



ANTONIO CAVANILLAS DE BLAS

HARALD

EL VIKINGO

NOV  LA HISTÓRICA



Lectulandia

Harald el Vikingo novela la vida del varego más famoso que pasó por Bizancio, Harald Sigurdarson, después rey de Noruega (1047-1066). Hijo bastardo de rey y hermanastro de Olav Haraldsson, el futuro San Olav, patrono de Noruega, su extraordinaria trayectoria es el ejemplo más brillante de la huella que dejaron los vikingos en Bizancio.

Encontramos a Harald peleando con su hermanastro Olav para reconquistar el reino de Noruega; lo vemos prisionero en Nóvgorod y al frente de los ejércitos del príncipe Yaroslav de Kiev; surge en Constantinopla al mando de una tropa varega para servir en la guardia imperial y defender Bizancio. Vacante el trono noruego tras la muerte de Olav y de su hijo Magnus, y luego de una fuga novelesca, regresa a Kiev, y en 1047, se hace con la corona de Noruega. Harald se embarca en la expedición de Inglaterra junto a Guillermo el Bastardo, duque de Normandía. En el verano de 1066 desembarca en las costas inglesas y aplasta a los británicos en Fulford Gate, pero muere en la batalla de Stamford Bridge a primeros de octubre. Una novela épica y apasionante que te sumerge en la vida del vikingo más famoso de la historia cuya vida sólo se puede comparar a las de Alejandro Magno, Trajano o Napoleón. Batallas, conspiraciones, viajes... un retrato emocionante en la Europa de los siglos X y XI, en lo más profundo de la Edad Media.

Lectulandia

Antonio Cabanillas de Blas

Harald el vikingo

Subtítulo

ePUB v1.0

deor67 11.07.11

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

*La forma del destino cuando nace un niño, giros
de las estrellas y el viento en una noche oscura de
febrero, en las islas.*

YORGOS SEFERIS

Fiordo de Trondheim, primavera del año del Señor de 995.

La embarcación discurría en silencio sobre las aguas quietas. De quilla plana, su único mástil envergaba una vela cuadrada apenas hinchada por la brisa. En cubierta, como inmensas cucarachas azabaches, brillaba el correa de los guerreros nórdicos. Amanecía. La claridad del alba se abría paso en la negrura dando una luz lechosa, opalescente, que matizaba los contornos sin querer desvelarlos, como el hijab el rostro de una favorita del sultán. El ambiente era gélido y la tierra olía al último aguacero. El topetazo sacó chispas en el embarcadero y resonó en la orilla del fiordo, en la otra parte. Doce oscuras siluetas, como insectos siniestros saliendo del letargo, saltaron de la nave y ascendieron el inclinado talud de arcilla amarillenta. Se armaban con espadas y picas pareciendo saber lo que buscaban. Rodearon la choza de madera en completo silencio, entre visajes cómplices. De la casucha emergía el pavor que preludia la muerte: sus desprevenidos ocupantes dormían o soñaban con los ojos abiertos. Regueros de humo gris escapaban por rendijas del techo y ascendían verticales, como llamas de cirio, perforando despacio el aire helado. Se escuchó entre los árboles el gañido de un perro. Después, todo ocurrió en segundos: el jefe de la tropa se apostó ante la puerta y, sin palabras, la derribó de un recio patadón. Revestido hasta el cuello de negra piel remachada de clavos, era alto, fornido, con un costurón cruzándole la cara y la testa rapada. Siete anillas de bruñido acero decoraban sus brazos.

—¡Todos fuera! —aulló.

Tras un breve silencio se entremezclaron lamentos, llantos y alaridos. Por fin, apareció en el quicio de la puerta un macizo hombretón de unos cincuenta años flanqueado por dos zagalones espigados y escuálidos. Llevaba en la mano derecha una hoz y en la otra un látigo.

—¡Malditos! —dijo—. No hay nada aquí para vosotros, mala peste... —añadió, largando un rebencazo que rasgó el aire y lo llenó de ecos reverberantes.

—No te queremos a ti, viejo indecente, sino a tus hijos. Sabemos que escondes también a dos preciosas jovencitas. Es una orden del rey. Dánoslas...

—Yo soy mi único rey. Antes tendrás que matarme.

—Eso es fácil —aseguró el esbirro y, sin más, ensartó al desgraciado con su pica igual que a una oca cebada antes de asarla.

—¡Amarrad a los chicos! —chilló luego mientras él entraba en la cabaña.

Tardó poco en salir. Lo hizo con dos chiquillas descalzas cogidas de los pelos, desgrednadas, pataleando lo mismo que polluelos ante un gallo de raza que muestra el espolón. La madre iba detrás bañada en lágrimas, mesándose los cabellos, contemplando cómo encadenaban a sus hijos y, quizá por última vez, viendo a sus pequeñas alejarse en la nave. Una de aquellas niñas se llamaba Solvej.

Harald el Vikingo nació en Nidaros el primer año del siglo XI. Su padre fue el rey Harald II de Noruega y su madre Solvej, la mozuela raptada de aquel fiordo, que servía a la reina Ingeberg. En los albores del segundo milenio el Occidente se debatía entre la anarquía, la miseria y el oscurantismo más cerril. No se habían apagado todavía los confusos chirridos que el año 1000 había producido en las gentes sin distinción de clases. Soliviantados por una cohorte de espiritistas, truchimanes, iluminados y falsos profetas, los creyentes esperaron el cambio de era temiendo inmensos cataclismos, terremotos y catástrofes sin cuento. El resto aguardó simple y llanamente el fin del mundo o la llegada del Anticristo. Mientras monasterios y cenobios acogían a centenas de fieles para escuchar en oración las trompetas del Apocalipsis, en Roma, París, Atenas o Constantinopla resonaron los ecos de las orgías que celebraban enloquecidas turbas heréticas, gnósticas o ateas. Hombres y mujeres, mozos y niñas, jóvenes y viejos en sórdido aquelarre, al son de los tambores y las flautas de Pan, copularon sin cesar durante nueve noches escenificando aberraciones ya conocidas desde el Pleistoceno o inventando otras. Sólo al ver que no ocurría nada, que pasaban los días y la miseria era la misma o peor, que el sol salía por el lugar de siempre, que el hambre no sólo no cedía, sino que arreciaba, y que el frío incluso era mayor, se envolvieron en sus sucios harapos y retornaron a sus cuevas o casuchas de barro.

En Noruega la situación era aún peor. A la incuria, desnutrición, infortunio y desesperanza se añadía el frío atroz que, de octubre a junio, mataba a más gente que el hambre. La semilla cristiana que Anscario, el benedictino francés conocido como Apóstol del Norte, había plantado en Escandinavia siglo y medio antes germinaba despacio. Sin vestigios culturales, con misérrimas tierras de cultivo y una climatología adversa, las incipientes monarquías nórdicas, feudales y despóticas, imponían la ley del más fuerte. La más potente de ellas, la danesa, tras conquistar Inglaterra, imperaba en Noruega. Su rey, Harald, tras vencer y destronar al monarca noruego de igual nombre, se asentaba en aquel reino a trancas y barrancas. Y era así, pues sólo controlaba ciertas ciudades del sur y las orillas de los fiordos principales, pero no el interior del país ni sus altas montañas y glaciares. Los guerreros daneses, los más feroces de entre los vikingos, asolaban las costas y poblados marítimos haciendo razias entre sus habitantes para robar ganado que comer, hombres para la guerra y mujeres para la esclavitud, pero no solían aventurarse más arriba del gran

fiordo del norte, el Nordfjord, donde se hallaban las avanzadillas del ejército noruego de su vencido rey, Harald II.

El rey noruego murió cuando apenas cumplía un año su bastardo. Lo hizo en los brazos de su amante, Solvej, a la que veneraba, y en presencia del obispo de Nidaros, pero no de su esposa legítima que se hallaba enclaustrada. El religioso, un obeso agustino, teutón para más señas, que edificaba su catedral en la ciudad con la ayuda real, no quiso enemistarse con la corona y asistió al moribundo con los sacramentos de la nueva fe, pero la reina fue incapaz de aprobar desde su encierro el flagrante adulterio. Un adulterio que ella había propiciado al tomar a su servicio a tan bella muchacha.

Tras su captura, Solvej y su hermana menor fueron llevadas a palacio y entregadas a la gobernanta. Allí pasaron varios años trabajando con las demás sirvientas en lo que se ofreciera: mondaban hortalizas o fregaban peroles, pelaban aves de corral tras escaldarlas, baldeaban los patios para hacer circular las inmundicias, lavaban, planchaban, limpiaban orinales o recogían detritus del real retrete. Sus hermanos Mad y Rulav pasaron a engrosar las filas de guerreros rumiando un afán de venganza que iba diluyéndose a medida que el tiempo cicatrizaba agravios, se aficionaban a sus catres habitados de chinches pero calientes, al aroma del nabo y la col agria, al asado de cerdo y a la dulce embriaguez que provocan el hidromiel y la cerveza. Todo normal y tan esperado como su alistamiento. La recluta forzosa de hombres jóvenes era esencial para mantener viva la savia de guerreros que precisaban el ejército y la armada reales. Una vez en los cuarteles de palacio, tras ser uniformados, eran adoctrinados antes de pasar a formar parte de las temibles formaciones vikingas. Peleaban por la comida y una mísera paga que apenas alcanzaba para satisfacer su ardor libidinoso con cualquiera de las infames prostitutas que, como los tábanos, pululaban alrededor del campamento. Era infrecuente que alguno se negara a combatir. En ese caso, se le encadenaba por los tobillos destinándolo a trabajos forzados en el campo o como galeote en naves de la flota. Cuando ocurría alguna desertión se buscaba al fugitivo empleándose la delación o la jauría de perros. Una vez apresado, lo que ocurría prácticamente siempre, era ajusticiado en medio de la plaza y ante sus familiares más directos, cuya presencia se consideraba obligatoria. La forma más normal de ejecución de un desertor era el descuartizamiento. Cuatro curtidos percherones, con las colas amarradas a los miembros del desdichado, eran azuzados a latigazos y encauzados siguiendo la rosa de los vientos: norte, sur, este y oeste, hasta el desmembramiento. Perros asilvestrados con hambre de diez días devoraban los despojos sanguinolentos y palpitantes de los ejecutados. Las piltrafas eran para los cuervos. Los delitos menores conocían penas diferentes, pero había un solo juez: el rey. Al furtivo se le ahorcaba desnudo, al ladrón se lo decapitaba, al fullero se le cegaba con tarugos

ardientes, al descuidero le amputaban ambos brazos y al violador —hablamos de clases inferiores— se le empalaba tras emascularlo con tenazas al rojo y untar su trasero con sebo de carnero. Con tan expeditivos métodos, comunes a Escocia, Inglaterra y toda Escandinavia, la paz y la tranquilidad en los reinos vikingos eran de limbo. Las mujeres se destinaban a tareas domésticas en el palacio real y en las mansiones nobles o, las más bellas y jóvenes, a servir a la reina y al placer del monarca y de la aristocracia. A las levantiscas las azotaban hasta desollarlas. Si enfermaban o cuando envejecían, vendían sus cuerpos en cualquiera de las decenas de prostíbulos que medraban en las ciudades y acuartelamientos de guerreros.

Poco aportó el cristianismo, en casi siglo y medio, a la dulcificación de tan bárbaros modos. Por único consuelo, al exhalar sus últimos alientos los condenados eran asistidos por frailes con la promesa del paraíso o de un mundo mejor en la otra vida. En cuanto a las mujeres, nada cambió hasta el reinado de Olav Haraldsson, en 1016. Y en realidad, el paréntesis se ciñó a su corta estadía: si San Olav fue el primer rey casto de Noruega fuera de matrimonio, el único en justicia, su padre Harald II mantuvo a varias concubinas y a una deliciosa favorita, Solvej. El tema del serrallo era el preferido del señor obispo cada vez que coincidía con el rey, normalmente a la mesa en fechas señaladas y con menos frecuencia en las sacristías, después de los servicios religiosos.

—Con todos los respetos, majestad, he de recordaros que viviendo amancebado estáis en pecado mortal —decía el religioso, apurando el vino de la vinajera, un venerable y dulce mosto que se hacía traer del Mediodía de Francia.

—Patrañas, querido Justus —contestaba Harald.

Era el monarca un hombre fuerte y grande, de hirsuta cabellera hasta los hombros, pobladas cejas en visera y piel áspera, lo mismo que lija de desbistar maderal. Un rosetón vinoso erizado de cerdas como de jabalí le decoraba un pómullo dando a su aspecto un toque primitivo, zoológico. De voz maciza y ronca, sus dedos cargados de sortijas volaban por el aire acompañando al habla, al modo de los mercaderes italianos que traficaban con especias y aceite por las dársenas.

—Pecado mortal sería dejar de amar a una mujer tan bella y deseable como Solvej... ¿O no lo veis así? —añadió el rey.

El fraile, un obeso germano que temblaba de emoción delante de tres libras de asado, dudó antes de contestar mientras, con la bocamanga de la sotana, se secaba el sudor que le perlaba el rostro. Era de ojos saltones y pequeños, de batracio.

—Hermosa es, majestad, y, si me lo permitís, apetitosa, pero no es vuestra esposa legítima. También es bella la reina y la dejáis en mal lugar prefiriendo a otra.

—Ingeberg no tiene queja mía y es la madre de Olav, mi primogénito. Dejadla en paz. A ella la quiero de una manera diferente. Además, no le hago daño a nadie amando a dos mujeres... y hasta a seis. Según os he escuchado en vuestras homilías,

los patriarcas del Antiguo Testamento mantenían verdaderos harenes y no pasaba nada.

Una claridad glauca, como filtrada por un fino cendal, penetraba por el acristalado ventanuco emplomado, se reflejaba en un espejo veneciano y tintaba los rostros dándoles calidad fantasmagórica.

—Eran otros tiempos, majestad —sostuvo el religioso doblando el amito, besándolo y colocándolo en el enorme cajón de una cómoda, entre ramitas de lavanda—. Además, aquellos patriarcas no forzaban a ninguna mujer —aseguró—. ¿Qué pasa con Solvej? Tendrá sus sentimientos... ¿Os ha dicho que os ama?

—¿Solvej? Vaya cuestión... Como es lógico, vistiendo ropas talaras no sabéis de hembras o eso espero. ¿Dónde se ha visto que alguien pregunte por sus gustos o apetencias a una mujer? Su felicidad se lee en los ojos.

No era felicidad, pero tampoco pesadumbre. Era ese conformismo silencioso que ha sido patrimonio femenino desde que el mundo es mundo. Solvej se adaptó pronto y con facilidad a su nueva situación. Desde que se comprobó su afición al trabajo y su inusual belleza fue reservada para el servicio de la reina. Al apreciarse el brillo nacarado de su cutis dejó de lavar orinales. No limpió más retretes desde que se apreció el aroma de su piel, a hongo silvestre. Ya no fregó más suelos cuando le despuntaron los pezones de leche y se erizaron en sus túnicas como bayas de abril. No desplumó más caza en el instante en que se divulgó el fulgor de su mirada zarca, ni lastimó sus manos pelando berza o col a partir de cobrar magia sus caderas maternas y sus nalgas, dos planetas simétricos. Tenía trece años y una curiosidad interminable por todo y hacia todo. Llevaba grabada en la mente la muerte de su padre, pero poseía un innato sentimiento de bondad que le impelía a olvidar y perdonar. Su cometido pasó a ser planchar ropa de hilo, bordar de realce, mantener limpias y caldeadas las habitaciones reales y acompañar y distraer a la reina Ingeberg cuando era requerida. Y lo era con frecuencia: nadie mejor que la hermosa muchacha para decorar las uñas de la reina, limarle las asperezas de los pies o almohazarle el cabello con cepillos de morsa y peines de marfil africano. Todo lo hacía con el mejor talante, canturreando las canciones que desde muy pequeña escuchara en su aldea del fiordo. La reina, aficionada a la lectura, pasaba muchos ratos ojeando manuscritos alemanes que le facilitaba Justus, el obispo de Trondheim, la antigua Nidaros. Una tarde, intrigada, Solvej revoloteó alrededor del facistol como los petirrojos sobre las migajas cuando caen de la mesa. Ingeberg contemplaba la escena fascinada. Había algo sugestivo en aquella doncella: el turquí de sus ojos, la transparencia de cristal de cuarzo de su dermis, el brillo de su pelo color ámbar, la suavidad etérea de su andar, sus modos de gacela... A Solvej le atraían aquellos desconocidos grabados y palabras, verdaderas obras de arte, y los artísticos dibujos en colores brillantes de escenas bíblicas o hechos de santos y patriarcas. Había visto trabajar en palacio a varios

amanuenses sobre el pergamino y calculaba que para escribir uno de aquellos libros se precisaba media vida.

—¿Te gustaría aprender a leer?

—Me encantaría, majestad.

Ingeberg se la quedó mirando. En verdad que no había otra más hermosa en todo el reino: alta y elástica como los alerces jóvenes, tan blonda como el hilo de oro que traían los mercaderes del Oriente, con los ojos azules engalanados de estrellas y asustados de su propia grandeza, el rostro que era la perfección y un cuerpo que no terminó de afinarse hasta un año después. Sin cumplir quince fue una locura de curvas atrayentes, sugestivas veladuras y perfiles griegos. En esa ocasión se encontraba descalza sobre el suelo tapizado de alfombras, temblorosa, con el cabello suelto y la luz marcándole el perfil bajo las vestiduras.

—Ordenaré que te enseñen. Te asignaré un maestro —dijo la reina.

El cerebro virgen de Solvej sorbió con rapidez las enseñanzas. Aprendió a leer y escribir el idioma alemán y el habla nórdica, la que se usaba en toda Escandinavia. La primera vez que el rey la vio bordaba ante el gran ventanal que daba al fiordo. La luz, sin matizar, nimbaba su figura y marcaba siluetas bajo el lino blanco. Harald II iba a cumplir cuarenta años. Quedó tan hechizado que no fue capaz de articular palabra, como si una gola de acero toledano lo aferrara la nuez. Ella, sintiéndose observada, notó un rubor abrasador subiéndole del pecho y un latido agónico en las sienes que la desveló y la mantuvo insomne hasta la madrugada. El monarca la rondó varias veces antes de poseerla, una noche sin luna. Solvej era tan delicada, tan dúctil, tan preciada, que precisó varias jornadas para perder su integridad. Harald, un consumado amante, la desfloró con tanto arte que consiguió compartir el deleite desde el segundo envite. Aquel placer intenso y doble trastornó al monarca hasta el punto de olvidarse de la paz y la guerra, del peligro danés, de todo lo que no fuese ella y su aroma, de no volver a ver sino a través de los ojos de la bella aldeana, respirando su aliento y bebiendo del néctar que manaba su boca.

Todo palacio con la reina a la cabeza se hizo eco del enamoramiento del monarca. Era igual que si Solvej o su sombra le hubiesen dado un bebedizo: desde que la gozó no fue capaz de apartarla de su pensamiento ni un segundo. Ingeberg trató de quitar a la moza de las garras de su marido, pero ya era tarde. Quiso devolverla a su madre, intentó aherrojarla en las mazmorras, consultó a una hechicera para provocarle mal de ojo, pretendió envenenarla con la ayuda de una vieja sirviente. Puesto al corriente de la conjura por una confidencia, Harald ordenó encerrar a la reina en un torreón e instaló a la favorita en sus habitaciones. Allí se amaban con absoluta inconsecuencia, a plena luz del día, sin cuidarse de ocultar ante la servidumbre sus desnudeces ni de amenguar bramidos o alaridos. No contento con ello, el monarca subía al torreón alguna vez acompañado de la favorita para exhibirla allí, semidesnuda, ante su

esposa. No perdonaba a la reina que hubiese querido asesinarla. Cuando estuvo harto de escuchar el concierto de aullidos de su esposa, ordenó recluirla en un convento. Muy pronto quedó preñada Solvej y dio a luz a un precioso varón que enloqueció de felicidad al rey. Harald tenía ya media docena de bastardos diseminados por el reino, pero esta vez el caso era distinto. Entregando los asuntos del gobierno a un consejero a la espera de que madurase Olav, el heredero, se dedicó en cuerpo a Solvej y en alma al fruto de su amor: Harald Sigurdarson.

Apenas tenía un año Harald el Vikingo cuando murió su padre. Nunca se aclaró por completo aquella muerte, pero se sospechaba que no fue fortuita. El monarca, gran cazador, fue herido en una cacería de renos y alces. Una flecha perdida traspasó la coraza de malla y perforó su pecho, malhiriéndolo. Trasladado a palacio, llegó con vida aún. Ello quizá salvó la del pequeño y la de su madre, pues no dio tiempo a los conspiradores para actuar. El cirujano barbero trabajó bien y con celeridad: adormeció al paciente con un vaso colmado de wisge beatha, un licor que la tribu de los pictos elabora en las montañas escocesas fermentando trigo y malta, lavó la herida con vinagre diluido, extirpó la punta de la flecha con el escalpelo, la cauterizó con hierro al rojo vivo y la taponó con un emplasto de hierbas aromáticas. Al día siguiente, vista la plétora que lo aquejaba, sangró al herido y colocó sobre su blanca espalda doce sanguijuelas. El regio paciente pareció evolucionar bien las primeras jornadas. Incluso se levantó, dedicando a Solvej sus sonrisas dolientes y a su gateante rorro más de un arrumaco. Semejaba que se imponía la reciedumbre real. Pero, al cuarto día, se instauró violenta calentura con supuración densa y fétida por la lesión que aparecía tumefacta, violácea. Al quinto debutaron unos escalofríos que empaparon al monarca dejándolo exhausto, nauseoso, perdida su mollera en una niebla densa que le impedía pensar. La fiebre era tan intensa que el lecho real amanecía chorreando de transpiración ácida y maloliente. Harald II, sintiéndose morir, hizo testamento y pidió confesión. Al tiempo, ordenó traer a su presencia a Rulav, el hermano mayor de Solvej, uno de los guerreros más solventes de su ejército, que luchaba en la frontera sur contra los enemigos daneses.

—Rulav... —dijo con un hilo de voz.

—Majestad.

—Me muero, Rulav... Estoy en paz con todos. Quiero pedirte perdón por ser el causante indirecto de la muerte de tu padre. Ya lo hice con Solvej. Ella y su hijo son la luz de mis ojos. Te hago responsable de su seguridad. Te dedicarás a ella y al pequeño el resto de tu vida.

—Lo haré, señor.

—Júralo ante los Santos Evangelios.

—Lo haré mejor por nuestros viejos dioses, señor —respondió Rulav—. Que Njord el Fecundo, Odín el Grande y su hijo Tor, el Guerrero, me condenen a caminar

por el glaciador desnudo y descalzo, eternamente, si faltó a mi palabra.

Escuchar tan serio juramento pareció sosegar al monarca que murió dulcemente. Aquella misma noche, bien provisto de alimentos y vituallas, partió Rulav hacia la montaña en un carruaje en el que se acomodaban su hermana y su sobrino.

La infancia de Harald el Vikingo transcurrió entre verdes montañas, fiordos brumosos y glaciares helados. Rulav construyó en pleno bosque una cabaña de madera de haya que tapizó de suelo a techo con doble capa de piel de alce. Fuera, acoplada a ella, fabricó una especie de alpendre para el carruaje y el caballo. En la única habitación se acomodaban los tres con amplitud. En un rincón se hallaba el hogar, que nunca se apagaba, donde Solvej cocinaba y que era al tiempo fuente de calor. Los humos salían al exterior por un hueco en la techumbre recubierto por una piedra plana, para evitar que penetrara nieve durante las ventiscas o agua de lluvia en las largas veladas invernales. En la esquina frente a la chimenea, en un lecho de madera de alerce acolchado con pieles de marta, dormían Solvej y su pequeño. Una delgada cortinilla la apartaba de ser vista cada vez que amamantaba al niño. En el centro de la estancia había una mesa de roble y cuatro taburetes. El fiel guerrero dormía a los pies de la cama de su hermana, sobre una piel de oso. En realidad, descansaba sólo medio cuerpo pues los oídos permanecían atentos. Por sus orejas se decantaban los sonidos del bosque que conocía mejor que los andares de su viejo jamelgo. El menor ruido que produjesen fauna o flora en tres leguas era filtrado y analizado por sus finos tímpanos: el gorjeo de los pájaros, la berrea de los alces, el otilar del lobo, el canto del urogallo, el titear de la nívea perdiz, el silbo del ofidio, el ladrido de los perros selváticos, el cuco del búho y el cuclillo, el frémito del oso, el rebudio del jabalí, el crotorar de la cigüeña en los días largos, el mugido del uro o los distintos rumores del aire al mecer las copas de los árboles, desde el arrullo del remusgo estival hasta el fragor de batalla del viento huracanado. En el alpendre, junto a la pila de tocones de leña, Rulav fabricaba cerveza tostando la cebada y fermentándola. Rulav era el corazón de la familia y Solvej el alma. El hombre bajaba a las aldeas en pos de arenque ahumado, camarones de fiordo, trigo en polvo, copos de lana, cebada y sal. Mientras ella cantaba, atendía al niño, hilaba con la rueca, cosía pieles con las que hacía vestidos, cocinaba o arreglaba la rústica vivienda, él proveía de caza. En un barreño de madera, usando cáscaras secas de avellana y nuez, Solvej se hacía sus propios tintes. En los cortos veranos, bajo la atenta vigilancia del guerrero, madre e hijo se bañaban desnudos en el fiordo viendo al aire levantar en la orilla marullos de ola chica. Luego jugaban en la arena hasta secarse. Los ecos de los gritos y risas golpeaban las aristas rocosas y se amortiguaban en los troncos musgosos de los robles y hayas. En ocasiones bajaban a la aldea los tres para matar el tedio, saludar a algún pariente o darse el gusto de fisgar y brujulear buscando baratijas. Formaban un buen trío. Adoraban sobre todo las jornadas de feria: los

saltimbanquis, la música de tambores, pífanos, caramillos y flautas en la plaza, el teatrillo ambulante, el mercadillo y el guiñol de aquel orondo lituano que, año tras año, representaba la tragicomedia de la bella y la bestia.

Solvej dedicaba las tardes a enseñar a leer a la pareja a la luz de la lumbre. Los dos aprendían rápido, pero más el pequeño. Rulav sudaba tinta tratando de conseguir palotes rectos y círculos concéntricos. Se le atravesó la aritmética: le costaba sumar o restar, y jamás fue capaz de multiplicar o dividir. Lo suyo, amén del arte de la guerra, era toda cosa hacedera con las manos. En el tercer invierno preparó en el alpendre, de troncos de madera de abeto, un baño de vapor a la manera nórdica. Mientras Solvej y el pequeño se lavaban con nieve y ella azotaba su cuerpo con ramas de abedul, él calentaba el interior con ardientes y humeantes piedras volcánicas puestas al fuego desde tres horas antes. Después, desnudos, se solazaban allí durante largos ratos.

Harald se inició en la caza antes de andar. A la grupa del caballo acompañaba a Rulav en sus incursiones venatorias por los inmensos bosques y lagunas adentrándose en territorio de los svear, salvajes tribus suecas del septentrión, o de los gautas, algo más apacibles ciudadanos sureños, hacia Scania. Eran enormes extensiones boscosas desiertas, heladas y cubiertas de nieve en los largos inviernos y verdes y rientes en los breves estíos, salpicadas de lagos de agua límpida. Había una línea imaginaria entre ambas zonas que cualquier perspicaz cazador identificaba con facilidad: la parte en la que abundaban las ardillas rojas, el urogallo, los corzos y ciervos de grandes cornamentas correspondía al sur; la otra, en la que se veían grandes manadas de alces, renos y familias de osos pardos, pertenecía al norte. Al principio no se alejaban mucho de la cabaña, pero desde que Harald cumplió ocho años sus batidas eran de treinta verstas. Cuando no iba de caza, el rapaz se ejercitaba en las artes marciales. Aprendió de su maestro la ciencia de manejar el arco, de alancear con la pica un fardo de trapo que le cosió su madre y, desde que fue capaz de mantenerlas, golpear con el hacha, usar la espada, utilizar la rodela para parar mandobles y disparar con la ballesta. Se preparaba sus propias flechas aguzando con paciencia agarena frescas ramas de fresno o abedul. Luego las pulía, recortaba, enceraba y guardaba en un carcaj de piel de nutria que Rulav fabricó para él.

Rulav era un hombretón de mediana estatura, ancho y compacto, de melena larga y enmarañada de puercoespín albino. De rasgos varoniles, lo mejor de su rostro era la expresión que le surgía al sonreír, beatitud que dulcificaba en parte su aspecto rústico, de gnomo de caverna o duendecillo montaraz. Experto en toda clase de armas y un reputado especialista en la naturaleza, sabía por el tono de la corona lunar cuando era llena si habría meteoro y de qué clase. Conocía por el vuelo de grullas y cormoranes si venía tormenta o temporal del norte. Adivinaba con sólo ver las nubes si éstas eran de agua, nieve o pedrisco. Afirmaba que sentía en los tendones la tirantez que anunciaba cualquier cambio de tiempo, la súbita aparición de la ventisca o el temido

vendaval de levante, el «viento ruso». Podía anticipar con cuatro días, viendo desplazarse a las hormigas, si llegaba la tempestad del mar y si lo hacía sola o acompañada de borrasca y de aparato eléctrico. Vaticinaba las grandes nevadas con antelación olisqueando el ambiente lo mismo que el hurón al gazapo. Su habilidad cinegética no admitía parangón. Era diestro en matar con la flecha al urogallo en pleno vuelo o ensartar con la pica a un jabalí que atacaba de frente, bufando, con la fuerza y la velocidad del toro. Se aproximaba a la pieza siempre en contra del viento, con astucia de zorro, calma de prestamista hebreo y silencio de páramo. Marraba pocas veces. Cazaba por necesidad, nunca por ambición o darse gusto. Si capturaba un alce preparaba su carne limpiándola, salándola, macerándola, engrasándola con sebo de vaca y conservándola en vasijas de barro. La carne de oso, más dura y consistente, la oreaba y ahumaba dejándola secar colgada en cuartos dentro del cobertizo. Sólo cuando la conserva o el tasajo empezaban a escasear, organizaba una nueva incursión cinegética. Guardaba cualquier cosa metálica: trozos de alambre, limaduras de hierro, herraduras o viejas ollas de cobre, pues conocía el arte de la fundición y era capaz de fabricar sus propias armas. Atesoraba toda clase de piel, que curtía con nieve y teñía con colorantes propios o llegados del sur y que, tras ofertar a Solvej para que escogiera las más apetecibles, vendía en las aldeas de los fiordos. Reservaba los mejores visones, armiños y martas cibelinas para la feria anual de Trondheim.

También gozaba el pequeño Harald recorriendo el bosque con su madre. Solvej era una experta conocedora de árboles, a los que amaba tanto como a los seres racionales. De hecho, pensaba que los grandes robles y gigantescas hayas tienen alma. De otra forma no entendía que se hablaran con su tierno susurro, que palpitaban, se movieran, sangraran al ser heridos o vivieran más tiempo que los hombres. De su mano, el zagal aprendió a distinguir todo tipo de arbustos y de plantas. A veces, durante las interminables jornadas estivales, cuando el sol despereza temprano y se oculta ya de madrugada, recorrían arboledas inmensas. Ella apreciaba sobre todo las hayas. Tenía sus hayedos dilectos y, dentro de ellos, su rincón favorito en el que descansar y transmitir a su hijo sus conocimientos. Sentada en una roca que sobresalía del humus centenario le explicaba la causa de las cosas, el origen de los meteoros, la razón de la nieve y la lluvia, fuente del agua dulce, principio de la vida. Harald aprendió a distinguir las fases de la primavera y el final del verano con tan sólo apreciar el color de las hojas del haya, el más majestuoso de los árboles después del legendario baobab, que existe en las praderas africanas donde habitan los hombres de piel negra. Nadie que no haya visto florecer y envejecer un haya puede hablar con propiedad del color verde. Sus mil distintos tonos van del glauco esperanzado de los tallos de abril al delicado del primer solsticio, el animoso del caliente julio y el solemne de agosto y de sus finas lluvias. Solvej mostró a su hijo los troncos del gran

árbol, el tono blanco gris de su corteza, el nacimiento en la que mira al norte del musgo suave y de los hongos pardos, su altura extraordinaria. La sensación de estar en un hayedo es parecida —le explicaba— a la sentida en una catedral. Yo he visto de la mano de tu padre —le decía— y guiados por el señor obispo, el crecimiento de la que se levanta en Trondheim, una ciudad tan grande como cualquiera en Alemania. Las ramas circulares abiertas en la copa del árbol —señalaba— han debido inspirar al arquitecto que dibuja las cúpulas nervudas de aquella seo impar. El hombre —añadía Solvej— no precisa de un lugar especial para orar al Creador habiendo bosques.

—¿Quién es el Creador, madre?

—Dios nuestro Señor es cualquiera que ame a la mujer y al hombre. Quienquiera que no haga daño a un semejante, prójimo para los cristianos. Él envió al mundo a su hijo primogénito, según creía tu padre y afirma Justus, el señor obispo.

—¿Tú no lo crees?

Solvej dudó un segundo antes de contestar. Una ardilla saltó en aquel momento desde una rama alta a otra más baja. Al hacerlo, desplegó la roja cola, planeó lo mismo que las garzas y aterrizó con la delicadeza de las musas y el primor de las hadas. Había contemplado el espectáculo infinidad de veces, pero siempre le parecía fascinante, mejor que el efectuado por la más hábil de las equilibristas.

—Ya no sé en lo que creo... Tal vez en María, en Jesús y en sus primos hermanos, los demás dioses.

—Ya sé. Tor, Odín... ¿Viven en la montaña?

—Ellos están allí donde los necesitan.

Solvej enseñó al niño sus mitos ancestrales antes de hacerlo con el musgo, los líquenes, los insectos, la inacabable variedad de flores y de arbustos, las setas comestibles. Una vez por semana, tras las lluvias de estío, las recolectaban. Era tal su cantidad que a veces recogían tres cuévanos. Las consumían en fresco o las secaban al sol. Desechaba las venenosas de forma infalible. Además de su aspecto inequívoco, las delataba el olor y el sabor. Jamás se equivocaba.

—La seta que puede consumirse tiene que oler bien y saber dulce —le aleccionaba—. Es muy sencillo: después de pasarla delante de la nariz y apreciar su aroma a bosque, hay que arrancar alguna de sus láminas o una mínima parte de su caperuza y degustarla.

Harald el Vikingo crecía prometiendo alcanzar la altura de su padre y aun sobrepasarla. A los nueve años fue presentado a Sigrid, una célebre maga en las montañas centrales de Noruega, cerca de los grandes glaciares. La hechicera tenía fama de adivina y sus horóscopos de incontestables. Se decía de ella que era hija del más fiero troll que habitara nunca el interior de la montaña, la más alta y hueca de toda Escandinavia. Hicieron el viaje en tres jornadas, a lomos del caballo. La nigromante vivía en una cueva que compartía con los murciélagos, una antigua osera

que aún olía a los excrementos del plantígrado. No era la bruja que uno espera encontrar cuando se adentra en cualquier antro en busca de un oráculo: rota, desastrada, con ropajes infectos, pelambrera revuelta y un solo y puntiagudo diente. Ni siquiera era vieja. Sigrid no aparentaba más de treinta años, vestía una especie de toga hecha de pieles de astracán y, oliendo a lavanda y heno fresco, parecía aseada. El único desdoro que un purista podría achacar a su limpieza eran los pies, negros de roña veterana, sobresaliendo por fuera de la túnica lo mismo que ectoplasmas. Sus plantas, endurecidas como el queso de cabra más añejo, parecían ser de corcho. Taladró con sus ojos muy azules al infante desde que se sentó sobre las rodillas de su madre, frente a ella.

—Tú eres Solvej —dijo—. Eres mucho más bella de lo que se comenta. ¿Qué te trae por aquí?

—No vengo por mí, sino por mi hijo. Quiero que me descifres su destino y que intercedas ante nuestros dioses para que lo protejan.

—Pero tú eres cristiana...

—Lo es el niño. Yo no estoy bautizada, aunque creo en Jesús y en la Señora.

—Tampoco yo tengo impedimento contra la nueva fe. Freyr, Nerthus y Njord nada tienen contra Jesucristo, el más grande de todos los profetas. E igual cabe decir de Tor, Odín, su esposa Frigg o su hija Freya.

La adivina cogió al niño en sus brazos, lo desnudó y, tras acostarlo sobre un altar de piedra tapizado de líquenes, lo olió de arriba abajo, indagó en su boca, le palpó la cabeza y el abdomen, le numeró las vértebras tras darle la vuelta e investigó en su glánde tras descapullarlo. El ambiente era cálido por el fuego de un hogar que crepitaba a un lado de la gruta. Sigrid tomó de entre las ascuas la más ardiente y la depositó en un cuenco de barro. Cortando un poco de cabello de la nuca del niño lo echó allí junto con un haz de hierbas olorosas, polvos que tomó de una redoma y un pedazo de roca negruzca que sacó de un talego. Las brasas revivieron al contacto con la piedra oleosa emitiendo una llama azulada, amarilla después, roja enseguida, que ganó consistencia y altura inundando la estancia de un aroma acre y penetrante que irritaba los ojos. Desde atrás, surgiendo de lo profundo de una grieta que semejaba adentrarse en la montaña, llegaba un rumor confuso y apagado de voces guturales que no parecían humanas. Eran los bisbiseos de los cuervos sagrados, los mismos que, apuntando en el oído de Odín, indican al dios la bonanza en la paz o la ansiedad en la guerra. La maga se acercó a la jaula de hierro que los contenía y entornó su puerta liberándolos. Los pájaros volaron por la cueva, como reconociéndola, antes de planear sobre la llama del conjuro ardiente para acabar posándose cada cual en un hombro de Solvej. Ella, Rulav y el niño estaban con las bocas abiertas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la espiritista a una de las aves.

—«Ésta es Solvej, la hermosa, hija mayor de Svend Svendsson» —respondió con

claridad uno de los cuervos.

—«Era la amante del rey nuestro señor, Harald II, hijo de Harald» —dijo el otro.

—¿Y el pequeño? —tornó a inquirir Sigrid.

—«El niño es hijo suyo y del monarca» —afirmó un córvido, el que semejaba más listo y desenvuelto.

—«Se trata de Harald Sigurdarson, hijo de rey y hermano de rey» —confirmó con voz clara la otra ave.

Solvej, Rulav y el niño contemplaban la escena en silencio, estupefactos. Aquella nigromante acertaría o no en sus predicciones, pero sabía cómo impresionarles. Los mayores miraban a los volátiles tratando de averiguar si realmente hablaban o era la taumaturga quien lo hacía por ellos. Sabían que existían personas capacitadas para hablar con el estómago, con la boca entreabierta, e intentaban sorprenderla en un renuncio. No era el caso. Los cuervos, negros por completo, con el pico naranja, se expresaban como humanos de forma milagrosa o quizá merced a algún entrenamiento o raro sortilegio. Terminada la pesquisa verbal, Sigrid los capturó sin hallar resistencia, acarició sus lomos, introdujo en sus picos miga de pan mojada en miel silvestre, les susurró algo y encerró en su cubil antes de apagar la llama ya menguante del hechizo.

—Los cuervos confirman que el niño es tuyo y del rey Harald, que ya duerme en el Valhala —dijo, dirigiéndose a Solvej.

—No hemos venido hasta aquí para escuchar cosas que ya sabíamos —intervino Rulav—. Danos su horóscopo.

—Queremos también para él la protección de Tor —dijo la madre.

Sigrid, callada, trituraba las cenizas del cuenco con la mano en un mortero de bronce. Cuando ya eran un polvo ceniciento las vertió en una redoma que contenía una pócima turbia de color verdoso. Por fin, agitó la vasija y extrajo de ella una porción con una cuchara de madera que ofreció al pequeño Harald.

—Es una cocción de hierbas medicinales que cultivo yo misma. No sabe del todo bien... —añadió, ante el gesto de repulsión del niño y para intentar tranquilizar a la madre.

Harald, desde luego, se negaba a abrir la boca. Chilló y pataleó antes de que Solvej lo sujetara por los brazos, Rulav le taponara las ventanas nasales y Sigrid depositara el brebaje en la boca cerrándola después. El pequeño no tenía más opciones que asfixiarse o ingerirlo. Tras tragarlo, pasó más de un minuto durante el cual se puso cianótico, verde, gris y amarillo. Luego pareció serenarse. Miró a su madre con ojos suplicantes y por fin sonrió. La maga meditó unos segundos antes de hablar.

—Tu hijo hará un largo viaje adonde nace el sol, en los confines de Asia —aseguró—. Allí no existen fiordos ni glaciares y los mares son cálidos. Será

prisionero, guerrero, guardián, príncipe y, a su vuelta, dentro de muchos años, monarca de Noruega.

—¿Cómo podrá ser eso?—preguntó Rulav—. Olav es el hijo legítimo del rey, el que reinará cuando expulsemos al invasor danés.

—Olav morirá tras un largo reinado y será declarado santo por Justus, el obispo cristiano. Tras él vendrá su hijo Magnus, de reinado breve.

—¿Cómo sabrá Justus que mi hijo es hermanastro de Olav, hijo natural del rey Harald? —quiso saber Solvej.

—Por los tatuajes que ahora le grabaré detrás de las orejas y que tú le mostrarás a su regreso. Son los cuervos sagrados que, lo mismo que aconsejaron a Tor desde su nacimiento, le indicarán el camino a seguir en las encrucijadas que hallará a su paso.

Tras lograr la aquiescencia de su madre, Sigrid adormeció al pequeño aplicándole en la nariz una esponja marina empapada en misterioso líquido. Luego, utilizando una fina aguja de asta de alce, le grabó tras el pabellón de las orejas sendos cuervos negros con el pico amarillo.

Harald nunca pudo olvidar la jornada en que subió al glaciar. Fue en el solsticio de verano, en el día más largo del calendario nórdico, justo al cumplir doce años. Dejaron al caballo en la media libertad de una soga muy larga, amarrado a un abeto, y treparon por la lengua del glaciar hasta la cumbre. El aire, cargado de humedad, era muy transparente y la claridad tan deslumbrante que producía ceguera. Tras acomodar la vista, hubieron de sortear las escarpadas crestas de hielo azul buscando sendas planas o de suave pendiente. Ambos vestían de cuero, calzando zuecos de madera en cuyas suelas habían clavado estrías de hierro. Paraban a descansar y cada vez que Harald preguntaba o quería saber algo.

—¿Por qué si la nieve es blanca el hielo es azul en muchas partes ?

—No lo sé —dijo Rulav—. También puede tener un tono verde y hasta negro en las grietas más profundas del centro del glaciar. Quizá el reflejo de la luz tenga algo que ver con su color.

Llegaron a la parte más alta. Desde allí, en lontananza y siendo un día claro, se veía un gran fiordo y al fondo el mar azul. Caminaban con dificultad por el suelo rugoso, abollonado, a veces satinado y a ratos transparente como nácar. El aire seguía helado, pero el sol calentaba de firme. Una familia de palomas blancas levantó el vuelo cuando ya la pisaban, tan perfecto era su camuflaje.

—Es la primera vez que veo pájaros completamente blancos —dijo el zagal.

—Son palomas. No siempre son así. Es su pelaje de invierno. Cuando llega el verano mudan el plumaje. Pasa igual con los faisanes, las perdices, los zorros y los lobos del norte.

—Sé por mi madre que también existen osos blancos.

—Yo nunca los he visto. Viven más a septentrión, en el mar congelado. Son

siempre blancos.

—¿También en el verano?

—Siempre. Ellos no duermen en los largos inviernos como sus hermanos pardos que habitan en los bosques.

Harald quiso saber de la fauna del hielo y Rulav le nombró a la marsopa, la ballena, la morsa, el lobo marino, las focas, el pez mujer y el león de mar. Vadearon una zona de piso irregular y llegaron ante una enorme grieta cuya profundidad era tal que no se veía el fondo.

—¿Cómo te orientas en el hielo, tío Rulav?

—Por la posición del sol.

—¿Y si no hay sol?

—Es peligroso subir al glaciar cuando no hay sol. En esos días se conoce la situación del norte por la dirección de la brisa. Su soplo deja su impronta en las agujas de hielo, que desgasta en el lugar donde las erosiona.

—Supongo que conocerás bien este glaciar.

—Lo he recorrido y atravesado muchas veces, pero no lo conozco. Nunca es el mismo. Esta grieta cambia de posición y de tamaño lentamente y todo el glaciar camina y se mueve con mucha lentitud.

—¿Cómo puede caminar un glaciar?

—Lo mismo que el agua de los ríos, sólo que con más calma.

Nubes arrosariadas, negras y sospechosas, iban acumulándose a poniente. Arreciaba la brisa. Llovería. Rulav inició el regreso sin dejar de saciar la inacabable sed de conocimientos del muchacho.

—¿Qué profundidad tendrá esta grieta?

—Es insondable. El que caiga dentro morirá en el acto, congelado, y su cuerpo se mantendrá tal cual durante siglos. Al final será regurgitado al exterior por una de las lenguas del glaciar.

Solvej les había preparado tasajo de oso y queso de cabra que comieron sentados en el hielo, ofuscados de luz. Una bandada de patos de pantano volaba sobre sus cabezas dibujando en el índigo celeste una delta griega de lados desiguales. Volaban hacia el norte. Se iniciaba el verano. Era tanto el silencio que escuchaban sus propios pensamientos.

—Tengo sed —dijo Harald.

Rulav partió un trozo de hielo y lo colocó al sol sobre su caperuza de cuero de alce vuelto. Enseguida comenzó a derretirse y a formar un transparente charco que ofreció al chico. Éste bebió del agua helada y deliciosa hasta saciarse y después lo hizo él. Prosiguieron la marcha hasta llegar a un valle en la masa de hielo que formaba entrantes y salientes, lomos y vaguadas, igual que las cuadernas de una nave vikinga gigantesca y quimérica.

—El hielo se arruga y se comprime, levantándose o hundiéndose. ¿Te gusta?

—Es bonito —dijo el muchacho—. Pero tengo frío y miedo a resbalar y caer en una de las grietas.

—Volvamos, pues. Si estás cansado te subiré a mis hombros.

Aceleraron el regreso cuando el sol empezaba a declinar hacia el oeste. Desde los hombros de Rulav se veía el mundo bajo otra perspectiva. El guerrero caminaba despacio, con cuidado, afirmando los pies en cada paso.

—¿No hay flores en el hielo, tío Rulav?

—Tan sólo la rosa de la nieve, que brota en marzo y es efímera.

—¿Qué es efímera?

—Algo relacionado con el tiempo, si es corto. Pregúntale a tu madre. A ella se lo escuché.

—¿Por qué ella sabe más que tú, siendo mujer?

—Porque ha estudiado.

—¿Dónde?

—En los libros. En los libros se aprende. Ahora ella nos adoctrina, pero cuando bajemos a la ciudad podrás dibujar sobre el pergamino, leer un libro y conocer los secretos que encierra.

Harald había heredado de su madre la curiosidad interminable y el afán de aprender. Jamás se cansaba de interrogar, de buscar la causa de las cosas.

—¿Todo el mundo vive en los bosques, tío Rulav?

—Sólo sus verdaderos habitantes: los osos, jabalíes, culebras, renos y hormigas. ¿No te agrada?

—Me encanta cualquier tipo de bicho; es sólo que quisiera tener algún amigo.

—Ya tienes al puercoespín, a la serpiente, al lobo y a los alces, amigos siempre fieles. La ciudad es peligrosa. Especialmente para tu madre y para ti.

—¿Por qué?

—Hay gente interesada en haceros daño. Pero no creo que tardemos mucho en bajar a la aldea. Al parecer, la reina Ingeberg agoniza en palacio.

Aquella noche la pasó Harald escuchando de labios de su madre su historia. Fue el último verano en la quietud del bosque. Su infancia se acababa con doce años. No volvería a disfrutar con inocencia de la tranquilidad de la arboleda amiga, de su luz matinal, del alba parcelada por el verdor de las hojas del haya, del silbo de los pájaros en el amanecer, del rumor del arroyo, la aurora boreal en las interminables veladas de los días largos y aquel sol insumiso que parecía levitar en el aire las eternas jornadas del solsticio. Alboreaba septiembre cuando un heraldo real se acercó a la cabaña: la reina había muerto y el príncipe Olav reclamaba a su hermanastro.

Diecisiete años tenía Olav Haraldsson cuando murió su madre. Era un príncipe auténtico, con el empaque que debe suponerse en un miembro de la realeza: rubio

trigueño, de elevada estatura, sedosa y lacia cabellera que recogía en una larga trenza, rasgos agradables y poderosa osamenta que sonaba al cabalgar o si andaba entre piedras, lo mismo que los alces. Desprendía el aura magnética que da la sangre azul. En torno a él se agrupaba la nobleza vikinga para intentar llevarlo al trono de sus antepasados tras expulsar a sus primos daneses, malos inquilinos. A tal empeño dedicaba todas sus horas el joven Olav. Tratando de aunar mentes y corazones al proyecto, reunió a sus capitanes, los mejores guerreros noruegos, en su alcázar de Trondheim. Uno de los más fieles, Rulav Svendson, estaba en la montaña por mor de la promesa hecha al rey, en su lecho de muerte, de guardar y cuidar a Solvej, el amor de su vida, y a su hijo Harald, fruto de tal pasión. Muerta la reina Ingeberg y al no existir impedimento para su regreso, el bravo guerrero fue llamado a palacio y recibido con entusiasmo por Olav y por la soldadesca, que apreciaba su valor demostrado en pasadas contiendas. En el otoño del año del Señor de 1014 se congregaron ante las murallas de la ciudad más de once mil guerreros llegados de todos los confines del reino, desde Mageröya, en la roca situada en la punta del norte, frente al mar congelado, hasta Vik, en un recodo del Sognefjorden, o desde las islas atlánticas de Lofoten hasta el gran lago que separaba Noruega de las tierras que poblaban los svear. Toda la ciudad y sus alrededores fueron aquellos meses un pandemónium de tropas adiestrándose: humeantes fundiciones de hierro, cobre y plomo; hercúleos forjadores martelando espadas, arneses y corazas envueltos en el humo de sus fraguas; ferrallistas; herradores de acémilas; curtidores poniendo a punto arreos y correajes; bataneros encurtiendo pieles; tintoreros dándoles color; carpinteros de ribera reparando a martillazos naves; calafateadores restañando sus cascos; viejas pescadoras remendando velas y reponiendo jarcias; truchimanes, receptadores, sanadoras, descuideros y brujas quirománticas. En medio del tufo pestilente de las tenerías y del hedor a estiércol de caballo, se escuchaba la algarabía del mercado, los gritos en la plaza de las vendedoras de frutas y hortalizas, las destempladas voces de prostitutas y proxenetas publicando urbi et orbi sus géneros y ofertando precios y rebajas.

Harald fue recibido por su hermanastro con cariño no fingido. Se ocupó de alojarlo con arreglo a su alcurnia, al lado de los aposentos palaciegos que destinó a Solvej. Le puso un preceptor venido desde Normandía —junto con Al-Andalus y el Sacro Imperio el estado más poderoso de Europa— para que conociese el idioma de Francia y puliese los rudimentarios saberes que traía del bosque. El muchacho quedó deslumbrado ante aquellos inmensos salones decorados con tapices y al sentir la tibieza que las enormes chimeneas de esquina procuraban a las estancias principales. Nunca había visto un verdadero mueble. Se extasió ante las mesas de madera de nogal tallado con cubiertas de porcelana de Pomerania, las sillas alemanas de respaldo, tapizadas, los armarios de roble labrado incrustados de placas de cerámica,

los bargueños franceses y las cómodas panzudas que venían del ducado danés de Schleswig-Holstein. Y el derroche de luz... En aquellas descomunales lámparas colgantes que podían ascender y bajar, que giraban espontáneas como impulsadas por un duende benéfico, verdaderas arañas luminosas de cristal de cien patas, lucían centenares de cirios. Eran tan grandes que cada una tenía su propio servidor quien, provisto de velas de repuesto y de yesca, reponía sin cesar las que se iban gastando. Bajo ellas podía verse con mayor claridad que al aire libre de un soleado día de verano. Descubrió un nuevo olor: el de la cera derretida y quemada.

Al tiempo que los soldados se preparaban para la guerra, el Vikingo empezó a cultivar músculo y mente. Antes de cumplir catorce años conocía el francés y el latín además de su lengua materna. A los quince escribía con soltura en tres idiomas y tenía la altura de un hombre hecho. No cabía en sus ropajes y debía agacharse al cruzar las puertas de respeto. Pasaba las mañanas ejercitando su cuerpo al aire libre, en la orilla del fiordo, con independencia del tiempo meteorológico. Así lloviese, nevase, granizase, luciese el sol de estío o reinase la grisalla invernal, hiciese frío o calor, soplase el viento de levante o la brisa de poniente, Harald corría siete verstas, atravesaba a nado el fiordo por sus partes estrechas, trepaba hasta la copa del abeto más alto, cortaba troncos de árbol y lanzaba pesadas bolas de roca en la arena a distancias crecientes. Mientras los vikingos noruegos extendían sus acciones bélicas al sur, recuperando un fiordo tras otro, nuestro héroe se cultivaba y ganaba fuerza y consistencia. Una vez curtido en el esfuerzo físico, su propio hermanastro se ocupó de buscarle el mejor instructor para formarle en el arte de la guerra. Su espada de doble filo fue aumentando de peso y longitud a medida que sus brazos engrosaban y cobraban potencia. Se instruyó en la esgrima y en las mañas del desafío y el duelo. Con su pulso de orfebre y vista prodigiosa, capaz de divisar un hayuco en la rama de un haya a ochenta pasos, podía poner la punta de su flecha en el centro de cualquier diana y a distancias mayores que los demás guerreros.

Una oscura mañana de invierno su madre lo llevó ante Justus, el obispo de Trondheim. Vivía el agustino en un convento, del que también era abad, con otros frailes. El frío era tal que se habían helado las márgenes del fiordo y tiritaban peces, gaviotas y cormoranes. Caía del firmamento esa fina y persistente lluvia que ameniza muchos amaneceres nórdicos y que hace rezumar de humedad hasta las piedras. La construcción, llena de recovecos y rincones siniestros, de fábrica de roca que la pátina del tiempo y los humos de la colindante factoría ballenera habían vuelto negra, se alzaba tétrica y majestuosa frente a las casuchas de barro de la gleba. Harald se asustó cuando un monje, el hermano portero, les abrió un portalón cuyos goznes chirriaron de manera ominosa. Era un tipejo fúnebre, de tan delgado casi transparente, con un pegote granujiento por nariz, boca sin dientes, negra sotana que ocultaba sus pies en las sandalias y caperuza que apenas si mostraba de su rostro sin luz los ojillos de

chivo. En la portería, oscura y lóbrega, hacía más frío que en la calle. El monje los llevó por ramales de un tenebroso claustro y pasadizos serpenteantes a la antesala del obispo. En todas partes olía a momia egipcia, a antigüedad medieval solemne y resentida. Sentado en un banco de obra, petrificado de abulia, frío y sueño, estaba un fraile grueso como las ocas listas para la matanza antes de Pascua. Era la antítesis del flaco de la puerta. Parecía meditar en placeres inciertos o lo habrían dormido la quietud y el posprandio. Levantó la cabeza al oír pasos y miró a Solvej como a una aparición celeste. Abrió la boca lo mismo que una almeja su concha y dejó resbalar por su abultado belfo un reguero de saliva espesa y maloliente. Se la comía con sus ojos de rata libidinosa cuando se abrió una puerta y apareció el obispo. A un chasquido de dedos del prelado, como al grito de ¡fuego!, el gordinflón se levantó de golpe, el enjuto dio un violento respingo y ambos se evaporaron al galope, como un mal viento.

—Pasad, pasad... Cuánto bueno...

—Sólo un segundo, Justus —dijo Solvej.

—Para ti, padre Justus.

Solvej miró al religioso antes de responder. Era turbio de rostro, muy lucido de carnes, desprendiendo de sí un inquietante aspecto de abandono. El alzacuello estaba ladeado. Se fijó en la sotana: precisaba un repaso de plancha, tal vez la mano amiga de una fémina. Le pareció detectar en el aliento un deje a vino rancio.

—No sois mi padre —dijo al fin sin alterar el tono de su voz—. Y no estoy bautizada. Os respeto aunque no me halle bajo ninguna férula. Sé que nunca me distinguisteis con vuestra amistad; que para vos siempre estuve en pecado; que siempre me considerasteis la indigna amante del rey, que en gloria esté.

—Eres injusta, Solvej. En mi cristiano pecho, de pecador, no cabe el odio. Yo siempre respeté a la reina Ingeberg. Lo tuyo era un concubinato por mucho que al difunto rey le importunase oírlo. Dicho esto, jamás te desprecié. Y si tuve hacia ti la más pequeña inquina o resquemor, te suplico el perdón más humilde delante de tu hijo.

—Por Harald vengo. Antes o después partirá hacia el Oriente. Él sí es cristiano como sabéis, pues vos lo bautizasteis, y quiero para él vuestra bendición.

—Me das una gran alegría pero, ¿cómo sabes que tu hijo partirá del reino?

—He consultado a Sigrid.

—La adivina... Debí suponerlo... No es mala mujer.

—No lo es.

—¿Te fías de ella? Es tan sólo una nigromante, una buscavidas que cobraría por su augurio.

—No lo hizo. Le pagué su trabajo.

—¿Llamas trabajo a una serie de embustes que cimenta en la buena fe de gentes

ignorantes?

—Me considero desde luego ignorante, pero si su predicción es un embuste sólo el tiempo lo dirá. No quiso oro; le aboné con una piel de marta los tatuajes que hizo a mi hijo detrás de las orejas y que quiero contempléis con vuestros ojos.

El obispo, desconcertado por la claridad de la mujer y por su verbo fácil, se aproximó al muchacho y vio los cuervos dibujados sobre el saliente óseo que se haya detrás del pabellón de los oídos. No salía de su asombro.

—Se trata de un buen trabajo. No sabía que Sigrid fuese una experta tatuadora. ¿Y bien?

—Os ruego que toméis nota de lo que habéis visto. Anotadlo en vuestro libro de horas o en el de gastos. Algún día, vos o vuestro sucesor deberéis dar fe de ello y de que los tatuajes, los cuervos sagrados, son de mi hijo Harald.

—Ignoro lo que te traes entre manos, pero descuida que lo haré si el Señor me da vida. Daré constancia de que estos cuervos, desde luego profanos, están grabados en la piel del muchacho. Y al hacerlo sólo diré la verdad y sin cobrar por ello. ¿Es todo lo que deseas? ¿No quieres merendar con este pobre fraile? Puedo enseñarte con detalle las obras de mi catedral, ya muy avanzadas...

—Gracias, Justus. Yo también quiero pedir os perdón si os he ofendido o habéis interpretado que os detesto. No tengo nada contra Jesús o María y menos contra vos. Por ello no he interferido ni pienso hacerlo en las creencias del niño. Él es completamente libre.

—Todos somos libres. El cristianismo se basa precisamente en esa libertad.

Salieron del convento como almas que lleva el diablo. Harald no había entendido nada o casi nada. Su madre le explicó que aquella Iglesia que en el nombre de Cristo explotaba a los pobres aldeanos, confiscaba sus tierras con el beneplácito del rey y la nobleza o los hacía trabajar de sol a sol en las obras de la catedral por un plato de gachas no podía ser la verdadera Iglesia que pregonaba el Evangelio, la que representaba al galileo que murió en la cruz. Las cosas tendrían que ser así, quizá. Pero hasta que cambiasen, hasta que los frailes dejaran de ser lascivos comilones y los hombres esclavos, prefería a sus dioses.

Poco después de cumplir quince años, Harald se embarcó por vez primera en un barco de guerra. Era una típica nave vikinga de quilla plana y una sola cubierta, con las bordas levantadas y agujereadas para dar paso a los pesados remos, cuarenta remeros prestos para las maniobras de abordaje, la enorme y levantada proa para embestir a naves enemigas y una sola vela trapezoidal envergada en un mástil de cien codos de altura que se desplegaba para la navegación en mar abierto. Las proas y popas, desprovistas de espolón, se enroscaban hacia dentro en volutas como de caracol para por fin alzarse al cielo exhibiendo en su cúspide mascarones representando águilas, osos, dragones, serpientes o monstruos. Los mascarones eran

desmontables igual que el mástil. Todo el costado del buque se hallaba revestido por escudos y rodela de colores brillantes, una por tripulante. Los guerreros, sesenta por embarcación, se apelotonaban en el centro del buque sobre una plataforma fija, prestos al desembarco o a saltar sobre las naves enemigas en los abordajes. Era un barco que podía discurrir entre los fiordos muellemente, pero que danzaba más que una ramera de cuartel la noche de los sábados en sus singladuras por el océano.

Poco tardó Harald en hacerse a la vida de a bordo y conocer el buque, pero precisó tiempo para acostumbrarse al vértigo de mar. En su primer mareo devolvió toda la bilis que contenía su cuerpo, vomitó la leche que mamó desde la cuna y pensó finiquitar sin confesión; en el segundo anduvo a gatas por cubierta día y medio antes de echar una mascada por la borda que tiñó el mar de negro pútrido; en el tercero se tragó las bascas y las náuseas derrumbado catorce horas en su catre maldiciendo al destino y, en el cuarto, tras tirarse al helado fiordo de cabeza, se bebió de un tirón media pinta de uisge beatha y fue la solución. Nadie le había dicho que el aguardiente es el mejor remedio contra el mal de mar y tuvo que aprenderlo por su cuenta. Jamás se arrepintió. Desde entonces, antes de embarcar para la más nimia travesía, pasaba primero por la taberna para ponerse a tono y encarar la menor contingencia o el mayor albur oceánico con secos lingotazos de aqua ardens. Aquellas singladuras eran jornadas de puro entrenamiento y puesta a punto de naves y aparejos, con tripulaciones de marineros jóvenes, algo mayores que Harald, pero de parecida experiencia. Al ser de un sólo día, nunca salían a mar abierto. Recorrían entre brumas y lloviznas el fiordo de Trondheim, o los vecinos, turnándose en el remo, simulando abordajes, adiestrándose con la espada o el hacha, tirando con la ballesta y tesando las jarcias o el velamen. Una parte importante de la preparación era el manejo del «fuego griego», una mezcla de alquitrán, resina arbórea, petróleo, azufre y cal viva que, envuelta en lona embreada y prendida con pedernal y yesca, se utilizaba para abrasar las naves enemigas lanzándola en los abordajes a mano o con una gran honda.

Su bautismo guerrero fue poco antes de cumplir los dieciséis. Las operaciones bélicas se empantanaban en el fiordo de Bergen, por lo que el príncipe Olav hubo de echar mano a todos sus recursos. Bergen, plaza fuerte en poder del enemigo, se encontraba sitiada desde hacía siete meses por los noruegos. Los daneses, que resistían el asedio sin agobios, se aprestaban a recibir refuerzos de una flota de trescientos navíos que subía ya desde Stavanger tras asolar las costas en las que repostaban. Se presumía que en la contienda naval iba a dirimirse el curso de una guerra que ya se prolongaba durante doce años. Harald se sentía fuerte y preparado. En la nave donde mareaba, la Furiosa, era uno más. Había amolado despacio y con gran mimo los filos de su espada y suspiraba ya por encarar de frente a los daneses: la única forma de combate para un guerrero nórdico. Le habían enseñado que en la lucha siempre hay que dar el pecho, no la espalda, y que el que hiere por detrás no va

al Valhala. Soñaba con entrar en combate, suspiraba por escuchar el fragor de los aceros al chocar o el silbido de las saetas perforando el aire, por notar el olor de la sangre, la sensación de sentirse vivo y pleno. Por ello se resistió a acatar la orden que, poco antes de empezar la batalla, recibió del capitán del barco. Por decisión superior del propio rey y almirante, Olav Haraldsson, le estaría vedado participar directamente en las hostilidades. De nada valieron sus protestas.

—¡No es justo, capitán! ¡Estoy presto a la lucha! —chilló en el rincón de la tendilla que hacía las veces de camarera.

—No tienes la edad que se precisa para entrar en combate.

—¡Nadie lo sabrá si vos no lo decís!—gritó rojo de furia—. Me faltan cuatro meses para cumplir dieciséis años.

—He de acatar las órdenes del príncipe Olav. Permanecerás en la bodega de la Furiosa atendiendo a los heridos, aprestando bolsas de «fuego griego» y proveyendo de flechas y de dardos a los combatientes.

—Pero...

—Es mi última palabra. Baja a la sentina y obedece o haré que te amarren y azoten.

La batalla fue épica, gloriosa. Jamás, ni en los tiempos de las guerras entre el rey danés Gorm el Viejo y Harald Hermosa Cabellera, su colega noruego, o Harald Diente Azul y su homónimo nórdico el Sanguinario, se vio cosa semejante en los reinos del norte. Un mar de enseñas rojas partidas por una inmensa cruz de color blanco, el famoso danebrog, la más antigua de las enseñas nacionales europeas, maniobraba al fuerte viento de poniente para penetrar en el fiordo de Bergen, desde el sur, tratando de copar a la armada enemiga en su interior. Harald, desde una escotilla, sintió un hervor de sangre nueva quemando sus entrañas. Enfrente, con los acantilados de Osteröya guardando sus espaldas, la flota danesa se encontró con las rojas y azules banderas y gallardetes noruegos enarbolados en centenas de mástiles. El espectáculo era apasionante y poco visto: sobre un hirviente océano de espumas, bajo el encapotado cielo gris culebra, sobrenadando una bruma lechosa, maniobraban dos grandes escuadras a punto de embestirse. Ambas intentaban colocarse a socaire del viento para guardarse de él y mejor ofender al adversario. Los noruegos, mejores conocedores de aquel fiordo, fueron más rápidos o tuvieron más suerte. Con sus navíos aproados al viento flotando en aguas quietas esperaron con tranquilidad al enemigo. Las naves capitanas, con arreglo a las normas nunca escritas del mar, se situaban al frente de sus escuadras para tratar de dirimir a su favor el contencioso en lucha personal. El fiordo, aborregado, presentaba su mejor color azul cobalto. Poco faltaba para que se tiñera en rojo sangre.

Se inició una lluvia helada y pegajosa; en las laderas altas, por encima de la costra verdosa que formaban los árboles, asomaba la nieve. Sólo faltaba el sol en la ocasión:

tal vez se escabullía entre nubes plomizas para no presenciar la triste efusión de sangre entre cristianos. El invasor danés progresaba con sus barcos llenando aquel brazo de mar y acorralando a los noruegos contra los arrecifes de la costa. Cuando los barcos se encontraban a tiro de ballesta, se escuchó el bramido de los jefes guerreros excitando al combate respondido por miles de gargantas. Una nube de flechas oscureciendo el cielo preludió el brutal encontronazo de cientos de navíos empotrándose. Los secos estampidos de leño contra leño rebotaron en las montañas mucho tiempo, como un redoble de tambor alejándose batido por un troll. La nota de color la ponía el «fuego griego» al estallar y arder en los cascos de buques, arboladuras y velámenes.

La Furiosa no tuvo mucha suerte: recibió la visita de dos naves danesas a la vez. Harald escuchaba desde la sentina el sonido batiente del acero, el rumor sibilante de los dardos, las blasfemias de los soldados al morir o resultar heridos y el mate chasquido del hacha al penetrar las carnes o quebrar los huesos. No pudo aguantar mucho. Una angustia infinita se adueñó de su ánimo, sintió que su vista se teñía en bermellón, que las sienes reventaban de sangre impetuosa y el corazón le coceaba en el pecho. Al tercer herido quejumbroso que bajó la escalera se apretó la cincha que le ceñía el pecho, tensó sus borceguíes, se abrochó la gola de cuero que protegía su garganta, tomó la espada y saltó a la cubierta. No pudo hacerlo en mejor ocasión pues los daneses apretaban de firme y rendían ya la nave, tras abordarla. En décimas de segundo evaluó la situación, que no era buena. Los vikingos del sur, revestidos de cuero guarnecido de hierro y entonando canciones guerreras, habían saltado a la Furiosa siguiendo la estela de su jefe, un luchador alto y recio, tratando de emularlo. Sin pensárselo dos veces, tras ensartar con su acero a dos contrarios, Harald se dirigió hacia él. Los noruegos, al ver a su joven adalid en acción, parecieron reanimarse. Sin duda, la presencia de un guerrero tan tierno, un hermano del príncipe que además no debería estar allí para luchar, debió de enardecerlos. Algunos lo rodearon protegiendo sus flancos mientras llegaba a la altura del paladín danés. Éste, tras despachar a varios contrincantes de certeros mandobles, miró a Harald y esbozó una media sonrisa. Cierto —pensaría— que se trataba de un buen mozo, pero no aparentaba dieciocho años y parecía una perita en dulce. El caso de nuestro héroe era distinto. Cuando se vio frente a su enemigo, alto cual torre de homenaje y ancho como las carretelas que acarreaban piedra en las obras de la catedral, le pareció un gigante y tembló de babor a estribor. Y más al contar los muchos brazaletes de plata y hierro martelado que decoraban sus brazos en contraste con los suyos desnudos. Antes de darse cuenta lo tenía ya encima. Pudo oler su tufo descarado, a grasa de caballo y sudor rancio. Se zafó de su primera embestida con la espada ahuecando la panza y ladeándose, esquivó la segunda agarrado a una jarcia, la tercera agachándose y la cuarta saltando más que un ciervo en busca de su amada en su celo caliente. Como

réplica, aunando genio y fuerza, el Vikingo lanzó a su enemigo un viaje con la espada que sólo le causó molestias leves, pues le dio con lo plano en un flanco. Aun así, lo escuchó rezongar en su lengua y ello le llenó de orgullo vanidoso. Es claro que pretendía cercenarlo por el medio igual que a un melón de cuelga, y lo hubiera logrado de acertar con el filo, pero una cosa es la teoría de salón y otra la práctica guerrera en la palestra. El gigantón aquél, además de incansable, debía ser rencoroso, pues a raíz de sentir en sus carnes la puya arreció en sus ataques. Luego de un molinete con ambas manos del que Harald salió indemne de milagro, le dirigió una estocada que no lo atravesó de parte a parte por el filo de una uña y otra que le hubiera rebanado la cabeza de no ser por el casco. A medida que el danés fallaba en sus intentos iba enfureciéndose. No entendía que aquel rapaz imberbe le hiciese frente y resistiese incólume, sin muestras de cansancio. Sobre todo no soportaba aquella sonrisa suficiente, insufrible, que lo desjarretaba. Con el rostro congestionado y la rabia desfigurando sus facciones de oso, redobló su ofensiva exhibiendo su mejor repertorio de mandobles y estocadas con pobres resultados. Harald las evitaba sin esfuerzo aparente, dejando a su cuerpo oscilar como los fresnos jóvenes, parando los viajes con su espada, agachando la cabeza o saltando ágilmente. Cuando vio a su enemigo sudar sangre y escuchó su barrito de elefante africano, comprendió que aquel furor y cólera venían en su ayuda. Entendió al tiempo que el caso era, más que de fuerza, de paciencia, destreza y sangre fría. En consecuencia, asociando habilidad e industria, asió con ambas manos su espadón, encaró a su contrario, amagó por un lado y le envió por el otro una estocada tan certera que lo degolló en seco como a un pavo de engorde. Una avenida de sangre le tintó las manos y empapó su rostro: el amargor de la peste bermeja le enseñó el camino del triunfo en el combate, su primera victoria. Tras terminar de segar la cabeza del guerrero danés, la ensartó en una pica paseándola en triunfo por la cubierta de la Furiosa en medio del clamor de los marinos. Un brutal alarido de júbilo recorrió los navíos noruegos y fue el preludio de la gloria. Poco a poco, la resistencia del enemigo fue cediendo y rindiéndose sus naves. Antes de las tres horas de iniciarse el combate sólo ondeaban al viento las banderas de Olav. Se iniciaba el principio del fin de la dominación danesa en el reino noruego y Harald era dueño de su primer brazalete, en este caso de oro, que el propio Olav le impuso días más tarde en el patio de armas del castillo en presencia de una Solvej llorosa.

En los meses siguientes fueron recuperándose los fiordos, uno a uno, hasta llegar al de Kristiansand, en la punta meridional de la península escandinava. Los daneses retrocedieron a sus islas, a su propia península y a Scania, la tierra de los gautas, al sur del territorio svear. A finales de 1017 la reconquista de la patria noruega era un hecho. En febrero de 1018, en la flamante catedral de Trondheim al fin culminada, Olav de Noruega fue investido rey por el obispo. Tenía el joven monarca veintiún

años. El templo, abarrotado de guerreros e iluminado por decenas de hachones, era un ascua de luz. Solvej, a quien el nuevo monarca daba el trato de madre, presidía la ceremonia desde un estrado junto al evangelio. Harald el Vikingo no tenía todavía dieciocho años.

Año y medio pasó nuestro héroe en la corte. Lo dedicó a terminar de pulir su forma física y a afinar sus conocimientos de historia y geografía. Le apasionaba el estudio de la tierra, su formación, la disposición de las montañas, ríos y mares. Accedió al único libro que hablaba sobre el tema en la biblioteca de palacio, un manuscrito latino de los tiempos del rey Harald. Pasó más de seis meses estudiándolo, examinando sus grabados, deleitándose con sus excitantes mapas de colores. Descubrió que fueron los fenicios, antes de la era cristiana, los primeros que llegaron al estrecho que separaba Hispania de África y pasaron al Atlántico tras atravesar las columnas de Hércules. Fundaron allí Gades, punto de apoyo para el comercio con Tartessos, a orillas del río Guadalquivir. De Gades salió, en el 465 antes de Cristo, una expedición que recorrió las costas de África e hizo anotaciones de sus entrantes y salientes, señaló la presencia de gentes de tez negra, de puertos y poblados con miras comerciales. Fueron también a las Hespérides, un grupo de siete islas flotando sobre el mar, una de ellas alta y nevada como los glaciares y otra con perros blancos ladrando desde sus negras playas. Supo de las descripciones geográficas que Homero, un griego antiguo, hacía en La Odisea, su obra dilecta. Aprendió que los filósofos jonios fueron los pioneros en la ciencia geográfica, los que describieron con detalle la entera cuenca mediterránea y aseguraron que la tierra era un disco que flotaba sobre las aguas. Anaximandro, uno de ellos, fue el primero en trazar un mapamundi, que no era sino el dibujo de las tierras y mares que componen nuestro globo terráqueo. Conoció a Hecateo de Mileto, un griego del Asia Menor, que afirmaba que el mundo era redondo e incluso daba datos sobre su dimensión. Y a Herodoto, otro heleno que viajó por Asia, Egipto e Italia, quien hizo descripciones en sus obras históricas, pues era historiador amén de geógrafo. Nombraba en ellas a las pirámides que construyeran los antiguos egipcios y a las propias edificaciones griegas en Atenas, Tebas y Corinto.

Harald, en un creciente éxtasis del que sólo a su madre hacía partícipe, siguió profundizando en el saber geográfico. Hizo trasladar libros, mapas, pergaminos y recado de escribir a un torreón para aislarse del mundo y allí pasaba el día estudiando, pensando y viendo el mar. Se enteró de que Piteas de Marsella fue el primer navegante que publicó sus viajes, ya en el siglo IV antes de Cristo, siguiendo y dibujando las costas de Hispania, la Galia, la mayor de las islas Britanas y la desembocadura del río Elba, en la Germania. Fue también el primero que midió la altura del polo y estudió las mareas. Le admiraba tanta y tan temprana sapiencia, le sofocaba y llenaba de pasmo, no entendía que los vikingos anduvieran hambrientos y

dirimiendo sus diferencias a estacazos, cuando en Grecia y en el Mediterráneo hacía siglos que se estudiaba y razonaba, se escribían libros, se levantaban monumentos y se hacían obras de arte. Alucinó al tener noticias de Alejandro Magno, de las campañas del general macedonio por todo el mundo conocido, y de Eratóstenes, el autor del primer tratado geográfico ya en la tercera centuria antes de nuestra era. En la segunda fue Polibio, el historiador griego, quien introdujo su teoría de que nuestro planeta era redondo y flotaba en un magma sideral. Pero fueron Estrabón, quien publicó poco después su imponente Geografía, ciencia que separó de la física y de la astrología, y Ptolomeo, en el siglo II, los griegos que dieron el impulso definitivo a dicha ciencia.

Largas jornadas anduvo Harald admirando los mapas que compusieran en el siglo I el hispano Pomponio Mela y el romano Plinio, apodado el Viejo. Especialmente Mela lo deslumbró. Era un prodigio de erudición y ante sus descripciones topográficas se sintió pequeño. Se citaba en el libro su opera prima: De situ Orbis. Al estar en latín no entendió mucho, pero era tal la belleza y riqueza descriptiva de la lámina que lo representaba que se propuso buscar el libro original por medio mundo. Al avanzar en el tratado, se encontró con la polémica que algunos Padres de la Iglesia, como Orígenes y Cosmas, en los siglos III y IV, mantuvieron con los filósofos aristotélicos para no contradecir las tesis bíblicas que explicaban el origen y aspecto de la tierra. Para ellos la tierra tenía forma plana, rectangular, y era el centro del cosmos. No opinaban así otros religiosos posteriores, cardenales y obispos, como Paulo Orosio e Isidoro de Sevilla, ambos españoles, quienes en el siglo VII volvían a las tesis de Ptolomeo y Aristóteles. Harald se embelesó ante una lámina sacada de un libro, De Astronomía, del obispo sevillano, en la que explicaba los fenómenos terráqueos como mareas, terremotos y volcanes. Sevilla... La cálida y mágica ciudad junto al Guadalquivir... Temblaba tan sólo de pensarla. Estaba tan impresionado de lo visto y aprendido en el libro que, nada más terminarlo, lo empezó de nuevo.

Él jamás se había preguntado cómo era la tierra ni había hablado con nadie interesado en el tema. Daba por hecho que era plana. Su madre se encogió de hombros cuando nombró el caso y Rulav lo miró como a un extraño. Una vez trató de sacar el tema a relucir en la taberna y no le entendieron o lo tomaron por loco. Decidió que el único en todo el reino que podía sacarle de dudas era el obispo, y a la catedral se dirigió un domingo después de la misa mayor. Justus, en la sacristía, se despojaba del alba y la casulla cuando lo recibió con muestras de alegría.

—Qué agradable sorpresa, Harald, caro te vendes... Tampoco veo mucho a tu madre por la catedral, ahora que viene al caso.

—A pesar de no frecuentar la iglesia sigo en gracia de Dios, padre Justus. Últimamente me dedico al estudio. He venido para hacerle una pregunta. Vos, que habéis viajado y os entendéis en latín, ¿qué opináis de la tierra?

—Aclárate, muchacho. ¿A qué te refieres?

—A su forma, a su tamaño... He leído en un manuscrito traducido de palacio que para unos es redonda y plana para otros. Los que afirman una u otra cosa son gente tenida por sabia y cultivada. Alguien tiene que estar en el error.

—Pues no sé qué decirte... En el seminario no nos enseñan eso o lo hacen de pasada. La lógica nos indica que debe de ser plana e inmensa. De ser redonda caerían al abismo los habitantes de la parte opuesta en la que estamos. Pero, por otro lado, si miras a la luna verás con claridad que es esférica. Y lo mismo sucede con el sol y los demás planetas que también nos circunvalan: todos ellos se ven en el firmamento como discos rotundos. Hay algo que no cuadra y que no sé explicarte, cosas que no entendemos...

Harald salió de allí con más dudas que tenía cuando entró, pero firmemente decidido a resolverlas. Había cumplido dieciocho años y empezaba a cansarse de la monótona vida de la corte. Su preparación en las artes marciales era inmejorable, el reino estaba en paz y, sobre todo, no se vislumbraba ningún evento bélico. El aburrimiento se instalaba en un ánimo que sólo alegraba la visión de una joven beldad que su madre le había destinado y con la que pretendía, en connivencia con el señor obispo y con su hermanastro el rey Olav, desposarlo. La muchacha era hija del conde Roald Gudmundsson, un pariente cercano de la difunta reina Ingeberg. Pretendía Olav limar asperezas con la familia de la extinta y hacer olvidar viejos agravios.

La corte del joven monarca era muy austera. La única licencia permitida era la música sacra de algún autor flamenco, misas cantadas, que se interpretaban los domingos y fiestas de guardar. Poco recordaba a la del rey danés Harald Diente Azul, cuando reinaba en Noruega, o a la del viejo Harald II, su padre. Harald Diente Azul era famoso por sus francachelas, sus partidas de caza de diez días y sus interminables borracheras rodeado de mujeres hermosas. Harald, más comedido, prefería las fiestas palaciegas a la usanza normanda o de la corte inglesa: música, danza y amor anónimo o bendecido por la Iglesia, por este orden.

No era muy extensa la nómina de aspirantes a la mano de Harald el Vikingo, y ello porque eran pocas las jóvenes casaderas al ser pequeña la sociedad opulenta. Apenas cuatro docenas de familias de nobles, terratenientes, propietarios de bosques, grandes comerciantes y dueños de importantes rebaños de renos, cabras y ovejas pasaban por palacio en las dos ocasiones en que había fiesta entendida como tal, con vino y danza: la noche del solsticio de verano y la jornada del 15 de agosto. La primera, que se hacía coincidir con la noche de San Juan, era fiesta mundana, de exaltación del buen tiempo y la luz, de los dioses vitales del norte. La segunda era una conmemoración religiosa impuesta por el obispo, igual que en otras partes de la cristiandad, y estaba dedicada a la Virgen María. En la noche más corta del año las

gentes quemaban en hogueras rituales todo lo que pudiese arder, cualquier tipo de armatoste, objetos de desecho que habían perdido el uso y mobiliario inútil o pasto de carcoma, danzando alrededor del fuego hasta el amanecer al amor de tambores, flautas y cítaras. Junto a los trastos deberían arder también los malos pensamientos, los sinsabores del año transcurrido, los disgustos y pasadas desgracias. Era famosa en todo el reino, por su magnitud, la hoguera del patio de armas del alcázar de Trondheim. Tal sería, que un año llovió a cántaros durante cuatro horas y las brasas resistieron el diluvio sin apagarse. La fiesta de agosto era completamente diferente: luego de una misa ante el portón principal del castillo, a la que asistía el pueblo, se asaban para la gente decenas de bueyes, corderos y gansos en parrillas portátiles. Los invitados de mayor alcurnia pasaban a palacio y allí eran agasajados por el rey y el obispo. Se bebía con moderación y se brindaba al final con aguardiente, deseándose salud los unos a los otros. Por la tarde jamás faltaba un concierto con juglares llegados desde Francia y músicos de Italia.

Harald conoció a Greya en el solsticio de verano, el de sus dieciocho años, cuando ella iba a cumplir catorce. La muchacha era tan espigada como los cálamos del heliotropo, más delicada que el polvillo que dora los estambres y tan bella como las azaleas. Fue Solvej en persona quien la llevó a su lado, la arrastró casi, cogida de una mano. Recitó en alta voz sus nombres y desapareció. Media hora tardó Greya en articular palabra. Sus encendidas mejillas, en ardiente arrebol, tardaron en apagarse casi ese tiempo. Miraba a Harald consumida de amor, siendo incapaz de decir otra cosa que no fuese ja o nej. Y es que nunca había visto a un hombre tan apuesto. El Vikingo, perfiladas ya las líneas de su rostro, tenía el peso y la estatura de un varón cumplido. De larga y dorada cabellera, una barba rojiza le cerraba las quijadas formándole perilla; en su rostro destacaban sus grandes ojos zarcos, soñadores, y la boca pequeña de dientes blancos, alienados, simétricos; los pómulos agresivos, de luchador armenio, le daban un aspecto de belleza viril, casi igual que la nuez, que danzaba en su cuello con aires fieros que emulaban a los guerreros de ciertas tribus tártaras. El resto de su fisonomía era cabal así como su cuerpo, esbelto y desembarazado, y sus miembros de proporciones clásicas. No es de extrañar que una moza tan tierna claudicara de amor a la vista de aquel impar doncel. Aquella noche giraron alrededor del fuego cogidos del brazo, saltaron descalzos sobre sus rojas ascuas, cantaron hasta enronquecer, danzaron en honor de los dioses antiguos y se besaron largo rato en la boca, él sintiendo su verga insuflarse como la escandalosa de un navío que encara el vendaval. Sólo al amanecer, cuando el carro de Tor tirado por dos cabras de enrevesada cornamenta cruzó el cielo causando tal estruendo que los ensordeció, se retiraron al bosque en medio de la lluvia. Greya, empapada, mostrando a través de la húmeda túnica perfiles nunca hollados, temblaba de ansiedad, pero Harald prefirió diferir el placer. Sin malicia, ayuno en el gozo venéreo, no conocía de

las mujeres apenas nada. Había visto a su madre desnuda muchas veces, pero siempre de forma apresurada, con poca luz o a través de tamizadas sombras. Si era en la orilla del fiordo a pleno sol, en los veranos, ella se tapaba su sexo con las manos, de forma matemática. Si el caso era en la sauna de su casa del bosque, la que Rulav fabricara para ellos, el propio vapor de agua y su tibia humareda dificultaba unas observaciones que le inquietaban mucho. Sólo podía afirmar cómo eran los senos de una hembra, pero ardía en deseos de conocer la forma, los complicados entresijos que contornan y envuelven el meollo femenino, la gruta singular en la que reside el núcleo del placer, lo que estimula la pasión de los hombres y mueve la tierra. Sin decírselo nadie, estaba seguro de que una visión tan grata y estimulante merecía gozarse despacio y a plena luz del día. No era cuestión desde luego de prisas, ni de andar a la carrera en un amanecer lluvioso.

Aquel mismo día recogió a Greya cuando el sol remontaba las montañas del este, galoparon sobre el mismo caballo y fueron hasta el fiordo desierto. Sintiendo sobre la espalda la dureza de sus senos de núbil, Harald espoleaba la montura con ansiedad febril. La mañana era caliente, el agua mansa y clara, la soledad completa y las hojas de los árboles muy verdes. En los ojos de ella se conjugaban el miedo, la aprensión, la pasión y aluviones de estrellas delirantes. Se bañaron desnudos, inundando de risas y de ecos las rocosas paredes. Cuando no pudo más la cogió en brazos y la llevó a la arena. Se secaron tumbados en la orilla, él con su cabeza apoyada en el regazo de ella y los rayos del sol en las miradas de ambos. Después, asidos de la mano, descalzos, subieron muy despacio la vereda que los llevó debajo del gran árbol. Era quizá la mayor de las hayas del fiordo, la de tronco más recto y copa más poblada. Una cierva saltó de detrás de un acebal de bayas rojas y se perdió veloz en lo más intrincado del bosque. Apartando juncos y helechos fabricaron un hueco sobre el musgo y anidaron allí. Harald se hartó de ella: de sus ojos, de su boca, de su pelo. Los pecíolos de sus senos destilaban un néctar semejante al sirope. Su sexo, que no terminó de descifrar con claridad pues ella lo impidió, era un misterio. Fue tanto el gozo que decidieron repetirlo a diario.

El Vikingo debió heredar de su padre la maestría en el arte de amar. Sin otro profesor que la propia intuición consiguió que a la semana el placer fuese mutuo. Greya, con la fatiga del esfuerzo dilatando sus aletas nasales, se abrazó al cuerpo de él con la premonición de que en la íntima efusión, en aquel ensamblaje perfecto de cuerpo contra cuerpo, prendería la semilla, se hallaba el fundamento de la vida.

Harald seguía inquieto. Ni siquiera lo tranquilizaba el hecho de aplacar sus instintos viriles. Mataba su impaciencia cabalgando con Greya por el bosque. Una tarde de finales de agosto, en una taberna del puerto de la ciudad, escuchó a un viajero hablar del Imperio de Bizancio. Tomó su jarra de cerveza y acercó el taburete a aquella mesa. El viajero, un educado hombre de unos setenta años, de lengua y

blanca cabellera, dialogaba con unos marineros que lo escuchaban absortos.

—Es imposible —decía uno de ellos—. No puede existir una ciudad de cien mil habitantes.

—Mal contados —sostuvo el hombre—. Constantinopla quizá tenga algunos miles más.

Hablaba con un acento extraño. Sin duda era extranjero. Moreno, con delicadas manos de damisela adornadas de anillos, era de estatura mediana y ojos negros, pequeños, de urraca o halcón peregrino. Vestía de realce: calzas de cuero cordobés repujado, calzones de anca de potro con jubón de lo mismo, camisa de hilo holandés con botones de zafiro y puños vueltos y colete amarillo de piel de anta. Una mediana cruz de oro pendía de su cuello. Harald jamás había visto a nadie vestido de esa forma. Sobre la mesa, a un lado de la jarra de uisge beatha que se había hecho servir, estaba su sombrero, un capuz en nada parecido a los del norte. Aquél era de ala ancha, con copete adornado con plumas de colores de algún pájaro exótico. Mostraba sin cortarse la impúdica desnudez de su cráneo tan mondo como un huevo de grulla.

—En cualquier caso, mal puede existir una iglesia del tamaño que su señoría dice —intervino otro hombre de mar, un pescador a quien conocía Harald.

—Pues ahí no aflojo ni medio adarme —aseguró el forastero—. Dentro de Santa Sofía caben holgadas tres catedrales como la triste, y con techos de apolillada madera, que gastáis en Trondheim.

—Volved a describírnosla —pidió un tercer marino, despachando de un trago su vaso de aguardiente.

—Su cúpula es redonda, tan alta que dentro cabe un mediano otero. La fábrica es toda de mortero de piedra, con columnas de mármol a centenas traídas desde la isla de Paros, en el mar Egeo, piso del mismo material y bellas cristalerías venecianas de colores, emplomadas. En su interior, dedicado a la Virgen bajo la advocación de Sofía, una santa cristiana muy amada de Justiniano, el emperador que edificó la catedral hace quinientos años, he visto con estos ojos congregadas a más de dos mil personas.

Se produjo un silencio profundo, respetuoso. El tipo aquél se veía serio y parecía saber lo que decía. Harald se acercó un poco más hasta rozar a Ivar, su conocido, y luego hacerle un gesto.

—Señor Candis —dijo Ivar—, es para mí un placer presentaros a Harald Sigurdarson, hermanastro de Olav, el rey, nuestro señor.

—Stefanos Caridis, comerciante y griego de nación —dijo el foráneo, estrechando la mano que le tendían, sonriendo de oreja a oreja—. Es para mí un placer. Eres muy joven y puedo ser tu abuelo —añadió—, por ello me permitirás que te tutee.

—Lo haré con gusto, señor. Y también, si me lo permitís, me daréis el placer de

dejar que os escuche.

—No tengo demasiadas cosas que decir. De hecho, procuro hablar sólo si me preguntan y según quién. Dicen que la única forma de no errar es permanecer mudo.

—¿En esa preciosa iglesia que decís se adora a nuestro mismo Dios?

—Solamente hay un Dios. ¿Por qué lo dices?

—Mi tío Rulav ha escuchado que en el Oriente veneran a nuestra misma Virgen, pero a un Dios diferente que el de Roma.

—No hay tal. La única diferencia entre la Iglesia de Roma, y ello desde el patriarca Focio, es que nosotros, los ortodoxos, tenemos nuestro propio pontífice y otras pequeñas cosas: los popes, por ejemplo, se casan.

—¿Qué es un pope?

—El sacerdote encargado de cuidar de la grey. Lo mismo que uno de vuestros curas o frailes.

Hubo otro momento de silencio que los contertulios aprovecharon para vaciar sus vasos. Se mascaba en el aire la expectación. Era poco frecuente contar en la ciudad con un peregrino llegado de tan lejos.

—Me permitiréis señor otra cuestión, y perdonad, ¿qué opináis de la tierra? —preguntó otra vez Harald.

—Explícate mejor.

—Me refiero a su forma: ¿es cuadrada, plana, redonda?

—No soy geógrafo y sé poco de ciencias. Lo mío son las sedas, las pieles, las especias y el aceite de oliva. También creo entender de mujeres.

Todos sofocaron sus risas. Harald escuchaba absorto, orientando el pabellón de sus orejas como el lobo hambriento.

—Volviendo a tu pregunta sobre nuestro planeta, te diré que he escuchado de todo. Lo cierto es que no me atrevo a pronunciarme.

—Pues lo haré yo, señores —intervino Bjorn, otro contertulio, un pescador tenido por sensato—. La tierra que pisamos es redonda como sabe cualquier marino con dos dedos de frente. Mañana mismo podemos hacer la prueba, que es sencilla: se precisan dos naves. Si una va delante hacia poniente y navega más rápido, pronto dejará atrás a su compañera. Al poco el barco posterior dejará de verse, pero no de golpe. Primero se ocultará de nuestra vista el casco, luego la cubierta, el palo mayor y por fin la cofa del vigía. Si el mundo fuese plano no ocurriría tal.

Durante nueve días, el tiempo que estuvo Stefanos Candis en la ciudad, se las arregló Harald para no despegarse de su lado. El griego había desembarcado ya sus mercancías y estibaba en su barco pieles, maderas y piedras de ámbar que trasladaba a distintos puertos del Mediterráneo. Fue a verle a su nave del puerto, lo acompañó a sus gestiones en los almacenes reales y se sentó junto a él en la taberna, al caer la noche. Hablaron y hablaron. Se enteró de que existían lugares donde luda un sol sin

medida y la lluvia era excepción. Supo que había ciudades cálidas, noches estrelladas, días largos para vivir sin restricciones, aromas de flores de mil clases y playas luminosas. Todo ello era en el sur, tras veinte días de navegación por aguas mansas o algo más si encontraban borrascas, después de atravesar mares y estrechos.

—¿Hay noruegos en el Mediterráneo? —preguntó Harald al heleno una noche sin luceros.

Estaban solos. Una golfa borracha les ofertó sus ajados encantos y, tras obtener silencio, salió al sereno emitiendo dicterios junto a bascas hediondas. Caridis, gran bebedor, se enfrentaba a una pinta colmada de cerveza y a una botella de uisge beatha escocés, que ya mediaba.

—Desde luego —aseguró tras chascar la lengua—. Y especialmente en Bizancio, donde son muy apreciados por su lealtad, pundonor y coraje empuñando las armas. A decir verdad, el emperador posee para su protección una Guardia Varega, integrada exclusivamente por varegos o rus, es decir por guerreros escandinavos procedentes de Rusia.

—¿Dónde está Rusia?

—Cruzando el mar, en la otra orilla de la tierra que pueblan los svear. Es una inacabable extensión de tierras fértiles, tundras estériles, bosques inmensos, lagos, pantanos, largos y caudalosos ríos y elevadas montañas que terminan en los confines de Asia, a mil días de marcha, frente al País de Amaterasu, donde viven unos hombres de color amarillo y ojos rasgados que adoran al sol, que nace por allí.

Harald escuchaba la prédica del heleno con la mirada abismada en el vado y la boca reseca y muy abierta. Sentía el corazón batiendo sus costillas como un mazo y en el alma la ansiedad de partir, respirar y vivir plenamente.

—¿Y dónde está Bizancio?

—En el extremo oriental del Mare Nostrum, ocupando la extensión de la Grecia antigua con muchas de sus islas. Es un imperio que domina gran parte del mar Negro, toda el Asia Menor, Chipre, Creta, la parte oriental de Sicilia, la punta de la bota italiana, Bulgaria, Tracia, Macedonia y Dalmacia, teniendo varios puntos de apoyo en el norte de África. La capital, Constantinopla, se asienta a caballo entre Europa y Asia. En realidad, el Imperio de Bizancio es una continuación del Imperio Romano sólo que sin romanos.

Harald pareció meditar unos segundos, sumida ahora la vista en sus manazas. Se armó de valor y preguntó:

—¿Me llevarías a Bizancio en tu barco?

Después de varias charlas, Candis le había autorizado a tutearlo.

—Por supuesto. Pero no sin contar con la autorización de tu madre y del rey Olav. Deseo seguir contando con la amistad de ambos.

—No creo que Solvej me diera su permiso. Ella quiere casarme para que le dé

nietos. En cuanto a mi hermanastro, cuenta conmigo para ser capitán de su ejército.

—Tal vez el año próximo.

—No puedo esperar tanto. Me conformo con que al menos me expliques cómo llegar allí.

—No pensarás ir solo... Sería peligroso.

—Podría hacerme acompañar por algunos guerreros. Tengo amigos. Dime cuál es el itinerario más rápido y seguro.

—La vía más rápida es la marítima, y también la más insegura para un barco noruego. Una nave con ese pabellón jamás podría atravesar el Canal de la Mancha, un brazo de mar que dominan los normandos y sus primos hermanos, los vikingos daneses, que imperan en Inglaterra y son vuestros enemigos jurados desde siempre. Rodear las Islas Britanas es peligroso y pocos lo han conseguido, tal es la fuerza de la marea y tantas las tormentas que menudean por la zona. Nos quedaría el camino que atraviesa Rusia, recorrido ya por noruegos y suecos desde hace tiempo. Habría para ello que llegar al fondo del golfo de Finlandia y progresar por ríos, lagos y canales hasta Kiev y desde allí al mar Negro. Una vez en el Ponto, llegar a Constantinopla es un paseo.

—¿Qué es el Ponto?

—Los griegos clásicos llamaban Ponto Euxino al actual mar Negro.

Harald concentró su mirada en las llamas que desprendía el hogar crepitante. Era tan ardiente su mirar que competía favorablemente con el fuego. Una pavesa saltó de entre las ascuas y, tras describir una enigmática parábola, quedó sobre la mesa, roja y humeante. La apagó con la base del vaso. Ensimismado, parecía ausente, como atravesando ya ríos, mares, lagos y aquel mítico Ponto.

—Harían falta entonces caballos y una nave... —dijo como hablando consigo.

—Y algo más —aseguró Caridis—. Esa nave no podría rodear Escandinavia. Tendría que salir de algún lugar en la costa de los svear y cruzar desde allí el mar Báltico hasta el continente.

Hubo un momento de reflexión callada. El griego sacó de una bolsa recado de escribir y un pergamino que colocó sobre la mesa. Mojó el cálamo de una pluma de ganso en un pequeño recipiente de cristal que contenía tinta rubra y dibujó sobre la satinada piel, con rara maestría, el contorno de la península escandinava y los países limítrofes. Luego, cambiando de pluma y con otro tintero, marcó con un círculo negro el lugar donde se hallaba Trondheim, trazó un itinerario que lo unía a la costa sueca, donde vivían los svear, y lo continuó sobre el mar hasta el fondo del golfo de Finlandia.

—Éste es el camino que te recomiendo —dijo, apurando de un golpe su cerveza.

—¿Y por qué no rodear navegando la península escandinava? Sería más rápido...

—Porque sería una locura imposible. Los daneses controlan los estrechos que

separan Fionia de Selandia y esta isla de Scania. La vigilancia es muy severa sobre todo en el Öresund, pues se trata de cobrar a los que lo atraviesen un fielato en oro o en especie, un cuarto de la mercancía que transporten las naves. Y, concerniente al metal amarillo, los daneses no se casan con nadie. Según tengo entendido con los noruegos alcanzan un acuerdo especial: primero los desuellan, luego salan sus restos, los echan de comer a los perros y requisan hasta la última brizna de mercancía. Después hablan.

Harald no se volvió a sosegar desde que oyó explicarse al comerciante griego. Para empezar se quedó con el mapa, que le hizo completar ampliándolo al territorio ruso donde le rogó que marcara ciudades importantes y aquel río notable que desaguaba en el mar Negro: el Dniéper. Después tanteó con cuidado a su hermanastro.

—Mi señor... —le dijo una velada en su despacho del alcázar.

—Malo será verte por aquí, querido Harald —contestó Olav—. No te dejas ver nunca. Ni siquiera a la hora de almorzar. Te encierras horas y horas en tu escondrijo del torreón, vas de faldas o andas por la taberna con ese comerciante griego.

—Stefanos Candis.

—No me interrumpas. Conozco bien su nombre. Me tienes aburrido. Cuando te decides a aparecer, lo haces para pedirme armas con las que guerrear. ¿Qué te inquieta?

—Nada grave o preocupante, mi señor. Culminada felizmente la reconquista del solar noruego he decidido partir para Bizancio. Si me dais varios hombres, monturas y una nave, podría ser vuestro mejor embajador. Fomentaría también el intercambio de mercancías y la amistad entre ambos reinos, con lo que todos ganaríamos: Noruega y vuestra corona poderío y yo honor y riqueza. Sin contar con ciertas ansias viajeras que me surgen desde algún lugar de mis entrañas y que trato de domeñar sin conseguirlo. Deseo navegar y ver mundo, paisajes, otras caras...

Olav escuchó atentamente tan sensata prédica. Lo que decía el pequeño Harald era juicioso y más que sugerente. El pequeño Harald... El adorado de su pobre padre. Amaba a aquel muchacho. No podía dejar de sentir un cariño fraterno por el fruto del amor de su progenitor con Solvej, la hermosa campesina a la que quería como a una nueva madre. Por otra parte, sabía de la listeza del bastardo, de su tesón y valor demostrado en las lides guerreras, y había oído rumores que lo consideraban como el perfecto candidato al trono si él faltase algún día. No tenía miedo ni se apegaba en exceso a la corona, pero sabía que en todo reino existen nobles ambiciosos, cortesanos intrigantes y locos regicidas. Firmemente creyente, entendía que su reino era un préstamo, un talento que debería multiplicar engrandeciéndolo para sus sucesores. No aspiraba a eternizarse en el poder, pero tampoco deseaba que durase tres días. Quizá fuese un acierto permitir tal viaje. Tan sólo le inquietaban los

secreteos sobre la relación entre Harald y Greya, la hija del ambicioso conde Gudmundsson. Sabía del resquemor del noble por la muerte de la reina Ingeberg, que achacaba indirectamente a Solvej. Él mismo pensó en su día en la humilde y bella aldeana como causante de la muerte de su madre, pero desechó enseguida tal presunción por absurda y nada cristiana. Si hubo algún culpable de aquella muerte fue el rey su propio padre. Consultaría a Solvej, a quien todos adoraban. Lo hizo llamándola una tarde. Ella puso mil impedimentos a tal marcha, resistió y al final adujo como traba insalvable el embarazo de Greya, que todos ignoraban. Finalmente Olav, indeciso, no tomó partido y dejó el asunto en las manos maternas. Harald, que seguía viendo y amando a diario a la muchacha, fue llamado a capítulo por su madre.

—¿Cómo puedes ser tan ingrato conmigo y con Greya? Ella te quiere y lleva un hijo tuyo en sus entrañas. Y tú pensando en desaparecer...

—No podré seguir viviendo si no parto de inmediato, madre. Me consumo por dentro de zozobra. Quiero ver otras tierras antes de encadenarme. Cuento con el favor del rey o con su indiferencia. Si no me dejas ir habré de hacerlo contra tu voluntad, cosa que no quisiera. Por el contrario, desearía contar con tu bendición el día de mi marcha. En cuanto a Greya, la deseo, siento por ella un cariño especial... que no es amor. El amor tal vez surja en la distancia. Si así fuese, prometo desposarme con ella a mi regreso, que aceleraría. Nuestro hijo quedaría como prenda de mi promesa y a tu entero cuidado.

Solvej, vista la irreductible decisión de su hijo y antes de provocar una ruptura, decidió transigir. Tan sólo puso una condición: su hermano Rulav iría con él para cumplir el juramento hecho al rey en su lecho de muerte. Más difícil de consolar fue Greya, en el cuarto mes de su embarazo. La niña lloró y gimió hasta que se convenció de que la decisión de Harald era irrevocable. Sólo se conformó cuando supo la promesa de volver de su amante si echaba de menos a su amor. Por ello, con mil mañas, trató de diferir su partida hasta que diese a luz. Sabía que el fruto del amor es lo único que puede atar a un hombre; Harald por el contrario, temiéndolo, aceleró su marcha.

Hubo un último obstáculo. Una mañana se presentaron en palacio dos mensajeros del conde Roald. Iban en pos de Harald. De hecho, lo llevaron al cercano castillo del noble casi a viva fuerza. Gudmundsson esperaba al Vikingo sentado en su sitio, en el gran salón de respeto, entre largos tapices alemanes barriendo el suelo e inquietos perros de caza, una jauría hambrienta. Le habló sin prolegómenos y sin ofrecerle asiento.

—En contra de mi mujer e hija nunca aprobé los amoríos que os traéis tú y mi Greya. He sabido de tus planes inicuos, Sigurdarson. Te desollaré con mis manos si haces daño a mi pequeña.

Roald Gudmundsson lo contemplaba desde una altura que le pareció enorme, con

sus ojillos de rapaz carroñera a través del túnel que formaban los mofletes carnosos de sus órbitas y las pobladas cejas en meseta. Lo cierto es que imponía respeto y majestad. Harald tragó saliva antes de contestar.

—Nadie puede dudar de mi cariño por Greya —dijo—. Ambos sentimos una atracción que es mutua, pura, opuesta a cualquier perversión. En nuestra espontánea relación no hubo ataduras ni promesas previas. Por ello, antes de hablar de matrimonio, creo tener derecho a conocer algo de mundo.

—Has mancillado el honor de mi hija y el mío propio. No puedo impedir tu viaje, majadero, pero no saldrás de aquí sin el juramento de regresar para casarte.

Justo entonces entraron en la estancia Björn y Svend, los hermanos gemelos de Greya, de una edad semejante a la de Harald. Iban armados. Parecían escuchar el parlamento de su padre detrás de algún dosel o puerta falsa. En silencio, se situaron a ambos lados del sillón paterno en actitud beligerante, reforzando al patriarca.

—Nadie va a imponerme por la fuerza juramento alguno —dijo Harald resuelto—. El rey y mi madre saben de mi intención de regresar a Noruega tan pronto como pueda. Ello y mi palabra bastarán.

—No nombres a Solvej. Ella fue la causa de la muerte de una reina inocente —dijo Svend.

—No discutiré sobre el pasado ni sobre lo que ignoro. Me reafirmo en lo dicho. Volveré lo antes posible. Abridme paso.

El Vikingo cruzó con decisión entre los canes buscando la salida sin hallar oposición alguna. Temía la reacción de los Gudmundsson, pero no se produjo. Sin nuevas trabas, se dedicó con afán al logro de su proyecto. Casi un mes llevaron los preparativos. El Vikingo buscó y encontró los mejores guerreros aconsejado por Rulav. De entre ellos destacaba Oleg Hansen, un luchador infatigable de apariencia tranquila, que conocía la ruta más corta que llevaba al mar Báltico, pues la había recorrido varias veces. Once guerreros y aventureros más, todos de probada experiencia y fidelidad, se congregaron para ultimar los planes de la marcha. La mayoría era gente brava, desarraigada, sin oficio ni beneficio o desengañados de la paz y la guerra. Todos célibes, se enrolaban por la comida, huyendo del hambre, pero albergaban la secreta esperanza de medrar. Hicieron acopio de cuatro probadas monturas y de víveres. Rulav mercó en el puerto una nave mediana, de nueva construcción, del mejor abeto nórdico y de mástil desmontable. La bautizaron la Bizancio. Tenía la quilla plana y una bodega donde cabían bien cinco caballos. Contaba con seis remos por banda, una camareta para dormir los hombres y un espacio donde estibar la carga: pieles, sal gruesa, harina de trigo, levadura, tasajo de carne y las barricas de aguardiente. Al timón de la Bizancio iría Igor, un vikingo con amplia experiencia de mar, que se encargó de comprar un cuadrante, imprescindible para navegar en mar abierto.

Acabando septiembre del año del Señor de 1019 salió la expedición desde el puerto de Trondheim.

Marearon fiordo arriba hasta dar con el río que desemboca en la aldea de Levanger, remontándolo. Un verano alegre y soñador, de día menguante, lo señoreaba todo de silbos sincopados y claridades glaucas. Era en la parte media de Noruega, una zona de tierras onduladas tapizadas de bosques y cruzadas por corrientes de agua, lagos y lagunas comunicadas entre sí. Navegaron aquel río, anchuroso y sin rápidos, turnándose en el remo hasta dar con un lago de aguas quietas, tan verdes como la frondosa vegetación de alerces y de abetos que lo circundaba. Lo atravesaron tras cebar dos docenas de anzuelos que dejaron pender tras las amuras. Al atracar en la otra parte cobraron cinco grandes salmones y siete hermosas truchas irisadas. Hicieron fuego utilizando como yesca estopa seca y cenaron pescado a la parrilla. Salaron lo sobrante y las huevas, prensándolo todo para conservarlo en una barrica de madera. El aire todavía no era frío y la calma invitaba a la conversación.

—Mañana deberemos arrastrar el barco varias verstras —dijo Oleg—. Será la única vez que lo hagamos en Noruega. Hallaremos un lago, ya en territorio svear, y desde allí hasta el mar navegaremos por corrientes de agua intercomunicadas con sólo un trecho corto donde tendremos que arrastrar a la Bizancio por última vez.

—¿Lo has hecho antes? —preguntó Harald.

—¿Arrastrar barcos? Más de una ocasión, aunque no con naves tan grandes y pesadas como ésta. Claro que nunca había contado con caballos. Siendo una parte llana, los equinos y el alfombrado suelo de hojarasca lo harán fácil.

Fue como dijo Oleg. Más complicado que deslizar el barco era hallar una senda adecuada, lo suficientemente lisa o poco empinada, libre de árboles y arbustos. Por ello tardaron día y medio en recorrer una distancia que, andando, no llevaría más de una hora. Todos, caballos y hombres, tiraban de la embarcación afianzándose en sogas amarradas a su casco. Paraban para descansar de vez en vez o a comer cuando el hambre apretaba. Se asustaron cuando a la nave le crujieron las cuadernas al quedar apoyada sobre un lomo de tierra y quedó bailando como una danzarina, pero los tranquilizó su resistencia. De verdad que la barca era recia, construida con madera curada; sus cuadernas se ajustaban con precisión de orfebre, el mástil se montaba y desmontaba rápido y estaba calafateada con arreglo a las normas del arte de la navegación. Respiraron cuando vieron el lago sueco de Kallsjön, del que ya Oleg les había comentado su curiosa forma de alargado garfio. Botaron el barco aprovechando una ensenada baja, embarcaron a los caballos utilizando una rampa de madera, cenaron y, tras montar la guardia, se fueron a dormir a sus petates.

No habían visto guerreros svear y además Noruega se hallaba en paz con Suecia, pero toda precaución era poca en territorio extraño. Al día siguiente navegaron primero aquel inmenso lago y enseguida un caudaloso río que los llevó a otro lago

más grande. Hubo varios rápidos que la Bizancio sorteó con galanura. Fue una jornada venturosa de confraternidad, velas desplegadas, sol deslumbrante y buena pesca. Tras la cena en cubierta, bajo un cielo estrellado, se entabló una encendida charla.

—He escuchado decir que en la colonia que integran los rus, en Novgorod, hay trabajo para cualquiera con dos brazos —dijo Morten, el más joven de la expedición después de Harald.

—Y que pagan en buena plata labrada de la ceca de Kiev —aseguró Anker, un curtido hombretón con el rostro cruzado por un gran verdugón de este a oeste.

—Veremos —dijo Harald—. Sé por Stefanos Caridis, un griego que conocí en Trondheim, que en Novgorod suelen recibir bien a los varegos. No en vano la ciudad fue fundada por Rurik, uno de los nuestros, hace más de cien años. Sé también que aquel asentamiento ha perdido importancia a favor de Kiev, gran capital de los rus, mucho más al sur. Mi intención es llegar a Kiev cuanto antes, pero me temo que habremos de invernar en Novgorod o sus proximidades. Me comentó el heleno que son tales el frío y las ventiscas invernales que se hielan ríos y canales y es imposible progresar hasta por tierra. Y, para vuestro gusto, os diré que el príncipe de Kiev suele pagar en oro.

Se produjo un silencio estuporoso, como después de ingerir cuatro escudillas colmadas de potaje de berzas.

—Nadie puede pagar en oro —intervino Karl, un gigante pelirrojo semicalvo, con las dos orejas agujereadas y ornadas por aretes de cobre. Como suele ocurrir, a pesar de la fiereza de su aspecto era de carácter manso, manejable. Se trataba de un bendito tan sin malicia que hasta un niño podría convencerlo de que un chino era verde.

—Es la moneda de uso corriente en Constantinopla, nuestro punto final de destino —dijo Harald—. Allí las transacciones de cierta trascendencia se pagan también en metal amarillo.

—Lo creeré cuando lo vea —terció Farlo, el más viejo del grupo, un hombretón de sonrisa agradable y cuello tan ancho como el de un buey de carga. Lo distinguía una mancha vinosa en la mejilla izquierda, florecida como de cerdas de elefante, que le prestaba claro matiz silvestre—. O hablamos de otro mundo —añadió—, o seguro que el oro sólo lo palparán los poderosos.

—No es ésa la información que tengo —insistió Harald—. Cualquier traficante en sedas chinas o alfombras de Persia, los comerciantes de zocos y mercados, los especieros que llegan de Bagdad con clavo, canela, comino, cardamomo y pimienta negra, los navieros venecianos que atraviesan el Ponto con vidrios de mérito o con mármoles, los rus que forman la guardia del emperador y viven en San Mamas, un barrio propio, y hasta las prostitutas que comercian con sus cuerpos en las mancebías, todos manejan monedas de oro bizantinas o sirias, similares a las que utilizan los

mamelucos del Egipto.

—Sabrosas deberán ser las cortesanas para cobrar en oro... —dijo Frelav, el más fuerte y callado, quizá, de la partida. Era alto, gallardo, con enormes pies de oso sobre los que podía dormir sin apoyarse, manos como paletas de las que usan en las tenerías para tundir el cuero, piel tan rugosa como un rinoceronte y ojos pequeños y muy verdes.

—Las ramera de Bizancio, según contó Caridis y debía ser verdad pues al hacerlo los ojos le viraban en seco y el tono de su voz se hacía acezante, no tienen nada que ver con las golfas que pululan por nuestros arrabales y cuarteles —aseguró el Vikingo—. Aquéllas, a su lado, son diosas del amor, algo parecido a las huríes que dicen esperan en el paraíso a los creyentes en Mahoma, el profeta que veneran los islamitas.

Se produjo un mutismo ahora cargado de agradables presagios. El que más y el que menos se veía ya en brazos de una de aquellas deliciosas hetairas, ninfas bendecidas por Eros y Afrodita para agradar y hacer levitar de placer al afortunado mortal que las gozase. Era ya madrugada. La Bizancio se deslizaba por el agua como una náyade por un espejo de ámbar. En el cielo lucían enigmáticas miles de estrellas. Algunos bajaron a la camareta y otros se arrebujaron sobre la cubierta en sus pieles de oso. A pesar de la escarcha no hacía frío. Igor veló y timoneó mientras todos dormían. Al día siguiente un caudaloso río los condujo a otro lago menor, que cruzaron con luz. Tenía pequeñas islas de verdor lujurioso pobladas de ciervos, ánades de den clases y pájaros cantores. Oleg eligió de entre tres brazos el más estrecho, que los condujo hasta un embudo de agua sin salida. Cuando llegaron anocheecía ya.

—¿Y ahora? —preguntó Harald.

—Tendremos que hacer noche aquí. Mañana acarrearemos la nave por última vez hasta llegar al mar.

Fue menos trabajoso que la primera vez, pues el terreno era completamente llano, una especie de tundra con matojos ralos y grandes superficies recubiertas de musgo blanquecino. A mitad de camino pasaron ante una aldea donde un grupo de abotargados campesinos svear los miró igual que si fuesen espectros. A pesar de su aspecto sucio y desastrado, parecían pacíficos. Varios niños famélicos y de ojos legañosos correataron semidesnudos tras la nave sólo por diversión, sin muestras de sorpresa, y es que ya habían visto a otras naves deslizándose en tierra. Todos eran altos y rubios, de ojos claros, presentaban en sus cabelleras calvas alopécicas y parecían igual de hambrientos. Los interpararon en lengua nórdica y les entendieron. Supieron que en la aldea fabricaban una especie de cerveza y pararon a descansar y a degustarla. Era un mal remedo de la bebida que elaboraban en Trondheim fermentando la malta, pero no sabía mal. También tenían un horno que esparcía por el

ambiente olor a pan caliente, de centeno. Les cambiaron medio talego de sal por seis hogazas y doce pintas de cerveza que bebieron con un tasajo de carne. Cuando empezó a lloviznar reanudaron la marcha. Harald advirtió en los ojos de dos hermosas jóvenes miradas suplicantes. Tal vez ansiaban acompañarlos y dejar atrás cuanto antes su sórdida miseria. Antes de ponerse el sol acertaron con el río Ljung, que en una jornada los condujo al Báltico a la altura del fiordo de Aino.

Tres días estuvieron en la pequeña Sundsvall, mísero puerto pesquero de escaso movimiento. Aprovecharon para avituallarse de agua fresca y, los más osados, visitar un infame burdel de una sola mujer. Harald, sin ninguna experiencia con ramera y con el recuerdo en la piel del aroma de Greya, prefirió pasear por la orilla del fiordo haciendo planes. Tiempo habría, pensaba, para hallar algo más convincente. Además, amar a la misma mujer que los demás, depositar en la misma hendidura su semilla, le repugnaba. Había que estar muy borracho o padecer una abstinencia de años para caer en aquella bajeza, meditaba viendo el mar apacible. Caminaba por la orilla del agua, descalzo, avistando conchas de crustáceos y pedazos de ámbar que el mar regurgitaba. Encontró curiosos caparzones blancos y varios caracoles amarillos que guardó. Los peces, muy cerca de la orilla, horadaban la superficie líquida con sus bocas buscando el espíritu intangible que mora en el aire, el que anima a los seres humanos y tal vez a las plantas.

Otro misterio. Pájaros pescadores merodeaban por la playa volando al sesgo. Planeaban en incursiones mar adentro, elegían la presa y se abatían sobre ella dejándose caer. Surgían otra vez sobre la superficie con el pico ocupado, levantaban el vuelo y buscaban un lugar tranquilo donde merendar. Se fijó en varias aves posadas sobre la techumbre de un tinglado del puerto. Había tórtolas, pollas de agua, sisonas, golondrinas, patos salvajes y una familia de cigüeñas negras. Los volátiles, bien avenidos, parecían inquietos: remecían entre sí, desplegaban las alas en seco o emitían sus silbos como tratando de darse ánimos. Volvió a preguntarse por cuestiones que desde muy pequeño lo habían inquietado y que su madre no supo responder: ¿Dónde van las cigüeñas en invierno? ¿En qué lugar se esconden las golondrinas y las garzas durante las ventiscas? Las cigüeñas sobre todo semejaban incómodas y castañeteaban con las medias cañas de sus picos como los palillos del tambor cuando toca a rebato, antes de la batalla. Era evidente que se habían rezagado o quizá descansaban antes de proseguir su viaje al sur. Era su mismo caso, sólo que ellas llevaban una dirección diferente. Y es que el otoño se adelantaba y no tenían tiempo que perder. Por las noches, acompañado por Oleg y Rulav, Harald bebía uisge beatha en la única taberna. Hicieron amistad con un viejo pescador finés que se hallaba de paso. Al saber que cruzaban el mar hacia el golfo de Finlandia se mostró interesado.

—Si tenéis ocasión, llevad ámbar, que aquí se encuentra en abundancia y en la

tierra de los rus valoran mucho —les indicó—. Debéis tener especial cuidado con los salteadores de caminos y piratas fluviales. Imagino que seréis cristianos...

—La mayoría —respondió Harald—. Algunos creen en nuestros dioses, otros en ambas cosas y dos o tres no creen ni en su sombra.

—En Novgorod son cristianos ortodoxos. Si os preguntan, haceos pasad por tales. Aleccionados por los popes, detestan a los católicos.

—¿Cuál es la diferencia entre unos y otros?—quiso saber Rulav—. Yo particularmente sólo creo en Odín. Y a ratos.

—No lo sé con certeza —dijo el finlandés— pero es muy pequeña. Los popes se casan. El resto es parecido. Ignoro la causa de un odio que no cesa. De un rencor que el tiempo agrava en lugar de amenguar. Los eclesiásticos, al tener poco quehacer y la pitanza asegurada, buscan la manera de mortificarse. Tal vez se trate de rencillas antiguas o soberbias enquistadas entre clérigos...

—¿Cómo es aquella ciudad? —preguntó Oleg.

—¿Novgorod? Semeja por el tamaño a Turku, que es mi patria. Está completamente amurallada y tiene cinco puertas. Pero es poca cosa al lado de Kiev, una fantástica población junto al río Dniéper. Kiev no tiene nada que envidiar a Roma o Atenas.

—Imagino que Novgorod será muy frío en invierno —intervino Harald.

—Frío es poco. Ni en Finlandia se alcanzan heladas tan notables como las que se ven en aquella tierra. Desde noviembre se hiela el agua de los ríos, la de las fuentes y, si te descuidas, hasta la orina si meas al aire libre. Todo se vuelve blanco inmaculado. Aparte de ámbar, llevad buenos tabardos de piel de foca.

Atendieron sus sugerencias. Contaban con ropa de abrigo suficiente, pero la tarde antes de levar anclas mercaron en la plaza una docena de grandes piezas de ámbar bruto, semejante por su aspecto a terrones arcillosos sin brillo, de un tono entre cobrizo y gualda.

—¿Cómo sabes que es ámbar? —preguntó Anker a Rulav, que fue el encargado del negocio.

—Porque el ámbar no pesa y por la sensación que se tiene en los dientes al morderlo. Ignoro cuál sea su naturaleza, pero puede pulirse y convertirse en adorno muy apreciado por los joyeros y las féminas.

Tuvieron suerte, pues hicieron la travesía con bonanza, la mayor parte a vela. Por si el mareo de mar, Harald se había dado antes de embarcar sus buenos lingotazos de aguardiente. Costearon la tierra de los svear hacia el sur, doblaron a levante a partir de la isla de Åland, siguieron hacia el este bordeando las islas finlandesas y llegaron a la boca del río Luga tras cinco singladuras. No pudieron progresar en su estuario pues el tiempo viró rápido como un dardo. Las nubes amarillas se apelotonaron desde el norte cambiando a gris ceniza, se auparon amenazantes sobre sí, como bullentes,

rugieron y descargaron el contenido de sus vientres como un llanto sin fin, otra vez el diluvio. Nunca habían visto llover de esa manera. El cortinón de agua era tan denso que no dejaba ver a medio paso y sus goterones hacían daño en la piel. Atracaron la Bizancio en una orilla baja y buscaron refugio en la bodega.

Amaneció helado y silencioso, pero limpio. El aire, inodoro y cortante, transmitía los sonidos y los amplificaba como con trompetilla. Parecía que el agua transparente, plana y sin una onda, hubiera muerto de su propia quietud. Largaron amarras, desplegaron la vela y dejaron a la Bizancio progresar agua arriba del espacioso Luga. Parvadas de gaviotas volando de costado deslizaban sus picos por la superficie del río emitiendo su desacorde gallí, gallí. Se olía el mar hasta muy lejos de la costa. Una costra de bruma pegadiza cubría las orillas tapizadas de arbustos y de árboles sin pájaros. En cubierta iba solo el piloto. Los demás dormitaban en sus catres tras llenar las panzas con el desayuno: gruesos mendrugos de pan empapados en aguardiente y nabo asado.

—¡Dos barcos a media versta por la proa! —gritó Igor.

Cumpliendo rigurosas instrucciones de Harald, el timonel debía alertar sobre la proximidad de cualquier cosa flotante sospechosa. Saltaron armados a cubierta, ciñeron sus correajes y se situó cada cual en su puesto. Por el centro del río, silenciosos, emergiendo de la neblina azul, se aproximaban dos lanchones de vela triangular. Eran barcos pequeños, que parecían maniobrables, muy veloces. En sus cubiertas se distinguían ya, como negras sabandijas grandes y voraces, las siniestras siluetas de sus tripulantes. Al menos fueron nobles: cuando estaban a tiro de piedra enarbolaron sendas banderas negras.

—¡Piratas! —clamó Rulav.

Decirlo y sufrir la Bizancio una andanada de flechas fue al tiempo. Al llegar a su altura, los corsarios maniobraron con habilidad, abordándolos por ambos costados con endiablada rapidez. Cuando se dieron cuenta habían saltado por la borda como furias, emitiendo a la vez estentóreos berridos con los que pretendían intimidarlos. El que parecía llevar la voz cantante, un albino y malencarado gigantón casi cuadrado, agarrado a una jarcia en la proa, se dirigió a ellos en su misma lengua.

—Entregadnos el ámbar y la nave y conservaréis la vida. En otro caso, disponeos a morir...

Fue visto y no visto. Harald, sin decir nada, desenfundó su daga y la lanzó desde la popa, donde se refugiaban, al cuerpo del intruso. Ni un áspid es más rápido. El cuchillo se clavó en el centro del cuello del facineroso que cayó sobre la cubierta como un fardo sangriento. Ni tiempo tuvo de exhalar un suspiro. Todos, vikingos y piratas, parecían perplejos. Sobre todo los malhechores, que no reaccionaban. Jamás habían visto algo tan certero y fulminante. A pesar de ello ofrecieron resistencia: desenvainaron sus espadas y atacaron a los nórdicos repuestos ya de la sorpresa. El

encuentro duró poco. Rulav despachó a dos contrarios a golpe de hacha y los demás dieron cuenta cada cual de su oponente casi sin despeinarse. Desde los lanchones trataban de ofenderlos con flechas incendiarias. Apagaron los fuegos antes de que medraran y, tras coger los cadáveres por las manos y pies, los lanzaron como pesadas armas arrojadizas. El sonido de los cuerpos al rebotar en las gabarras, destripándose, era espeluznante y consiguió un efecto disuasorio. Los forajidos reconsideraron la situación y cieron hacia las márgenes del río. Contribuyó al desánimo la visión de la testa del albino que Oleg segó de raíz y plantó en una pica. Un rugido de júbilo señoreó la Bizancio y su eco se divulgó tan veloz como huyeron los piratas agua abajo. Aquella misma noche, todos supieron en el curso del río que existía una nave vikinga recién llegada que merecía respeto. Anochecía cuando Harald y sus fieles fondeaban su nave frente a Ivangorod, pequeño poblado a mitad de camino hacia Luga, a cuatro días de Novgorod. No bajaron a tierra. Prefirieron esperar a ver la claridad del día. Todos durmieron con sólo medio cuerpo, pero no ocurrió nada.

Aquella noche heló. Para desayunar tuvieron que limpiar la parrilla de a bordo de carámbanos.

Desembarcaron a media mañana por darse el gusto de beber aguardiente sin gastar sus reservas. Un gran globo solar amarillento trataba de dar tibieza al mundo abriéndose paso entre nubes plumizas. Ivangorod era un lugar infame, más miserable que cualquier miserable aldea noruega elegida de entre las miserables. Lo conformaban treinta chozas de adobe desperdigadas al albur entre calles que eran un lodazal infecto si llovía, cosa habitual, o un muladar reseco y polvoriento en los días largos. Amén del polvo y los mosquitos, grandes como tábanos, en el estío olía a estiércol de caballo y el resto del año a boñiga de vaca, así lloviese o no. Se juntaban en la trasera de las casuchas los sólidos excrementos de hombres, mujeres y niños con el detritus de gatos, perros, palomas, cerdos, gansos y gallinas componentes de la fauna doméstica. Sus moradores, cuatro docenas de asombrados miembros de la gleba, los vieron bajar de la Bizancio con una mezcla de admiración y pasmo. Era raro que nadie asomase la jeta por Ivangorod no siendo el recaudador de impuestos —custodiado por hombres armados— a primeros de año. Conocían sin duda que los extranjeros habían masacrado al pirata Orloff y a parte de sus desarrapados secuaces en el río, poco antes. Los piratas eran malquistos por todo el que alentara, con la sola excepción de sus madres. Gente rastrera, sicarios y cuatreros que mataban y descuartizaban por un par de arenques o un cazo de mal trigo, quienquiera que les hiciese frente era apreciado y hasta bien recibido en todas partes. Incluso aquellos desconocidos y barbudos varegos hediendo a macho cabrío a media versta. Salvo cuatro que quedaron de guardia, el resto, con Harald a la cabeza, sentó sus reales en la única y solitaria taberna del poblado. Bebieron hasta hartarse mientras Farlo charlaba con la dueña, una mujer de unos treinta años, bien parecida, que atendía el

mostrador. La pareja se cayó bien desde el principio. Es curiosa la afinidad de caracteres: gentes que no se han visto nunca sintonizan a la primera mientras otras no llegan a entenderse tras convivir mil años. Ella era generosa de hechuras, rubia desvaída de melena, colorada de cutis, con las pupilas contraídas de una alondra y pecas hasta en la mucosa del cielo de la boca. Poseía buenos pechos y los mostraba sin pudor por el amplio descote de su peto de cuero, pues no gastaba enagua. Ni siquiera la aparición del que aparentaba ser su esposo, un espécimen grotesco, tuerto y rechoncho, hizo menguar la charla de ambos en una jerga mixta escandinava y rus.

El tabernero, antes de saludar con un gruñido seco, se pegó un lingotazo de aguardiente de casi media pinta. Quiso saber quién era el jefe. Tras felicitar a Harald por su reciente triunfo trató de tirarle de la lengua. Parecía interesado en saber de su ruta, del lugar al que se dirigía. Encendido del licor que trasegaba sin descanso, con una vena azul del grueso de un pulgar marcándose en su cuello, se colocaba mostrando el ojo sano a los guerreros y el averiado a su mujer o amante, quizá para no ver sus devaneos. Svetlana, que era el nombre de la alegre sota, servía sin cesar rondas de licor de vodka, el poderoso espíritu famoso en toda Rusia, mientras se timaba de forma cada vez más descarada con el nórdico. En su salaz libertinaje le palpaba el erizado bulto del calzón mientras se abría el coleteo para mostrar la albura del resto de sus senos, ciertamente de mérito. Desde luego no parecía estrenarse en esas lides. De súbito, tras pasar un brazo por su cuello, le dijo algo al oído que acarició con la punta de la lengua. Farlo miró a Harald, que se encogió de hombros. El tabernero pareció celebrar aquel entendimiento.

—Yo invitaré a esta ronda —dijo, levantando su copa—. ¡Por Orloff! ¡Porque se pudra en los infiernos!

Con la lengua de trapo narró la forma en que el pirata le vaciara el ojo de un navajazo por exigirle el pago de un servicio que se negaba a abonar. Cuando Svetlana cogió de la mano a Farlo y subió con él escaleras arriba comprendieron la clase de servicio.

—¿Quién manda en Novgorod? —preguntó Harald al tabernero.

—El conde Vasilievich, un bisnieto de Rurik, el primer rus que gobernó la ciudad, su fundador en realidad.

—¿Lo hace bien?

—Imagino que sí... para su gusto. Para el nuestro es un tirano más, un infame correveidile de su señor, el príncipe Yaroslav de Kiev. Pero nos conformamos, padrecito; su antecesor era peor y lo mismo pasará con el que venga. No hay amo bueno.

—¿Hay posibilidades de encontrar trabajo en la ciudad?

—Tal vez en las obras de la catedral que se levanta. Y ésa es otra. El pueblo muerto de hambre y el amo dispensando en mármol italiano dracmas de plata y

estateras de oro griego para dar gusto al clero.

—¿Y en cuanto al camino hacia Kiev?

—Imposible hasta el final de la primavera. Por tierra los bosques lo hacen impracticable y los ríos se helarán de aquí a pocas semanas.

En el pecho del hombre, sobre el infecto colete de badana de cabra, brillaba una cruz de oro cuyo travesaño, igual de largo que el madero, cortaba a éste por la mitad. Era de iguales trazas que la que portaba en su cuello Caridis, el comerciante heleno.

—¿Qué insignia es ésta? —preguntó Harald.

—Es la cruz griega. La que usan en Bizancio los cristianos. Ésta ha sido bendecida por un pope.

De arriba llegaba la escandalera propia del trasteo que antecede a un orgasmo completo e ilustrado, de libro. Hasta un niño de pecho sabría que aquel compendio de alaridos a medio sofocar, audibles pataletas, aullidos conminatorios, topetazos contra la pared, presuntos manotazos descontrolados, suspiros agónicos y sillas caídas correspondía a la antesala del placer de Afrodita. Ahora el aire divulgaba una especie de frémito salvaje, gemidos parecidos a los de una ternera al ser montada por el macho, juramentos... La taberna entera se movía como en un terremoto. Se escuchó un chillido de leona herida al que siguió un barrito semejante al que se gastan los elefantes de la India, si damos crédito al Libro de viajes que escribió Marco Polo pocos años más tarde.

—Te la cambio por esta piedra de ámbar —dijo el Vikingo, señalando la cruz y mostrando al tabernero un pedazo de ámbar bruto del tamaño de una nuez opulenta.

—¿Y qué hago yo con ese cacho de ámbar?

—Cualquier joyero de Novgorod te dará dinero suficiente para comprar una cruz más grande que ésta...

—¿Seguro? Si es así, ¿por qué no lo haces tú?

—No conozco a ningún joyero en la ciudad y quiero que me supongan buen cristiano ortodoxo desde mi llegada. Sin contar con que te vendrá bien tenerme como amigo.

Este último argumento pareció convencerlo. El tabernero se sacó por la cabeza la cadena, besó la cruz y, en silencio, la colgó del cuello de Harald.

—Quédate con la cruz y el pedazo de ámbar. Y no me debes nada. Tengo el presentimiento de que esa amistad que me ofreces puede valer más que el oro. Acuérdate de mí cuando seas poderoso.

El ascenso del Luga hasta el poblado de su nombre les llevó un día. Fue una jornada anodina, cenicienta. El frío húmedo empezaba a apretar y calaba los huesos. El río, de corriente muy calma, era ancho y venturoso en todo su trayecto, de buen fondo. Tenía orillas bajas pobladas de juncas y espadañas de enea habitadas de somormujos, negretas y patos salvajes de colores brillantes. Los ánades y pájaros más

grandes, grullas coronadas, garzas reales, majestuosos cisnes blancos y negros, se cortejaban en el otro margen, distantes, marcando diferencias. Algunas parejas se amaban sin pudor ni atajos, con aspavientos. La Bizancio se deslizaba por el agua verdosa en completo silencio, dejando una estela de espumas alborotadas y tímidas burbujas. Apenas se cruzaron con tres o cuatro barcas de pescadores que agitaban las manos a su paso y les mostraban pesca: truchas irisadas, percas, lucios y anguilas. Desconfiando de hallar nuevos corsarios comieron en cubierta, con las armas a mano. Pasaron el día en torno a Farlo, escuchando su aventura amorosa que hubo de repetir dos o tres veces.

—¿Cuántos polvos le echaste? —preguntó Frelav.

—Cuatro —contestó el aludido, serio.

—¿Cuatro en apenas hora y media? No te creo. Tú no gritaste tanto... Y en cuanto a ella, se escucharon sus gemidos dos veces.

—Pues fue como te digo. Yo intenté recatarme, pues me daba corte llamar la atención demasiado. Y en cuanto a ella, vaya usted a saber si gozó o padeció.

—¿Por qué lo dices?

—Si no puedes fiarte de una mujer hilvanando en la rueca, en la cama puedes estrellarte. Tratando de engatusarte, te engañarán fingiendo arrumacos, simularán placer y hasta jadearán cuando llegue tu orgasmo.

—¿Te cobró mucho?

—Mal se puede cobrar al que no tiene. Es cierto que me habló de dineros...

—Y tú ¿qué le dijiste?

—¿Qué habría de decirle? Que dineros no gasto. Que Dios proveería.

—Tenía buenas tetas... —sostuvo Ander—. O al menos lo parecían.

—Al principio no pude ver con claridad su cuerpo, pues había la poca luz que se filtraba desde abajo por la puerta entreabierta, pero, poco a poco, acomodé vista y olfato. Tenía muy buena encarnadura y olía bien.

—¡Bah!... Olería a cebollino, a sudor desabrido y a roña veterana, como cualquier hembra.

—Te equivocas. Su piel era suave como la de una niña; desprendía de sí aroma a espliego, a limpieza, tal que si hubiese tomado un baño de vapor o lavado en el río poco antes.

—Sueñas... Veo que sigues borracho.

Quisieron indagar sobre incursiones audaces de uno y otra en zonas comprometidas o acotadas de sus cuerpos, pero Farlo se cerró en banda y no soltó prenda. Aseguró ser tímido. Juró que Svetlana quiso partir con él y abandonar a su marido, pues dijo ser su esposa. También que estuvo apunto de acceder y subirla a la Bizancio.

—Comprendo que no haya mujer que soporte a un hombre como ése, tuerto,

temulento y maloliente. Pero en cualquier caso, me alegro de que no la trajeras —dijo Harald—. A ninguno del grupo nos está permitido subir mujeres a bordo y menos a prostitutas.

—Svetlana no es una prostituta —la defendió Farlo—. Sólo está mal casada.

—No estoy seguro —dijo el Vikingo—. Aquel hombre dio a entender que era su proxeneta. Y además es lo mismo —añadió con autoridad—. Esta no es una excursión de recreo. Las incursiones venéreas son de dominio privado y en la Bizancio todo debe ser público.

Nadie rezongó. Y es que nadie discutía el imperio de Harald. Le habían visto pelear y lo sabían hijo del rey del mismo nombre. Sentían por él admiración y un cariño que variaba con la edad, del paterno de Rulav al fraterno de Frelav. Cuando llegaron a la altura de Luga anochecía. Un hachón impregnado de olorosa brea, en un muelle flotante, señalaba el lugar donde amarrar la nave. Las últimas luces se desvanecían a poniente cuando Harald se decidió a largar el ancla en pleno río, casi a tiro de piedra del embarcadero. Un muro de niebla difuminaba la línea de la orilla.

—No me fío —dijo a Rulav—. Encuentro todo demasiado idílico. Tal vez nos anden aguardando los amigos de Orloff. Mañana, con buena luz, bajaremos a tierra.

Tras montar la guardia, esperaron al lento amanecer sin novedad. Luga era un poblacho algo mayor que Ivangorod, pero de iguales trazas: una apestosa calle central flanqueada por cuatro cenagosas callejas laterales. Sus habitantes, famélicos y astrosos, contemplaron su paso alelados, con expresión incrédula. Hubieron de alejar a pedradas a una jauría de perros asilvestrados, hambrientos, que los atacó al poner pie en tierra. Uno de ellos, un lobo siberiano con los ojos azules que trató de atacarlos, fue destripado de un recio patadón por Morten. Ya alejándose, vieron a varios niños abalanzarse sobre sus restos palpitantes para repartírselos. Intentando reeditar el éxito de Farlo, se acomodaron en la primera taberna que encontraron. Pero no había mujeres. No al menos mujeres deseables. La posadera era una vieja bruja sesentona, desdentada y de fétido aliento, con los pechos arrugados como pasas del Peloponeso. Acopiaron tres garrafas de vodka, las aves de corral que encontraron y una cesta con huevos que les vendieron como frescos; preguntaron por la ruta hasta Novgorod y tornaron a la nave para levar anclas de inmediato. Con las postreras luces del día avistaron las murallas de la ciudad surgiendo entre la bruma baja.

Hacía casi doscientos años que el vikingo Hroerkr, conde Rurik después, había fundado la ciudad de Novgorod, Nuevo Castillo. El asentamiento fue rival de Kiev durante muchos años, pero ya hacía más de cien que Oleg, el sucesor de Rurik, había unificado la región y fijado la capital del nuevo principado en Kiev. En Novgorod convivían sin problemas eslavos y escandinavos con la minoría hebrea. Los jefes de la administración, la policía y el ejército eran rus de origen varego. No deja de ser curioso el hecho de que los eslavos se dejasen gobernar por los vikingos. Ocurría en

Kiev, en Novgorod y en otros puntos a lo largo del Dniéper y del Volga. Pero era preceptivo que el rus de turno adoptara nombre eslavo. Era el caso del conde Vasily Vasilievich, el mandamás en la ciudad cuando llegó a ella Harald el Vikingo. Se trataba de un burgo amurallado, con cinco puertas de bronce y un castillo en alto que servía de alojamiento al conde. Situada a la orilla de un riachuelo, un afluente del Luga que desaguaba en un gran lago, la ciudad se hallaba rodeada de extensos bosques de abetos y abedules, tupidas arboledas de robles, campos de cereales y barbechos de terrones helados. La caza forestal y la pesca en ríos y lagunas pertenecían al príncipe de Kiev. La inmensa mayoría de la madera de los bosques, el grano y productos del campo eran también propiedad del principado. Un círculo selecto y muy cerrado de nobles controlaba el resto. Los braceros del campo —la gleba— y los menestrales de la ciudad malvivían del fruto de su trabajo o, mejor, de lo poco que quedaba en sus bolsas y faltriqueras tras pagar los impuestos con los que les gravaba el déspota de turno. Los campesinos eran siempre esclavos, dueños teóricos de la tierra que regaban con su sudor de orto a ocaso. Y era así, pues no podían enajenarla ni arrendarla. Nacían en su terruño y allí morían. En realidad, pertenecían a la tierra y no al contrario. Entregaban al amo la mitad de la cosecha la hubiera o no. En años malos, al no tener harina de trigo o de cebada suficiente, ni heno o grano de riza para alimentar al ganado, debían pagar en moneda contante o, no habiéndola, entregar al amo sus hijos e hijas. No poseían la tierra hasta después de muertos. Sólo al llegar la parca, casi siempre en plena juventud, eran inhumados en el rincón más pedregoso de su predio debajo de una cruz de madera. El amo, en todos los condados, ejercía el derecho de pernada con las vírgenes casaderas que, por su belleza, lo motivasen.

Los menestrales eran también esclavos y, sobre todo, hebreos. Se repartían entre ellos el escaso trabajo de forma parcelada: la albañilería, los oficios clásicos y el menudeo eran cuestión de rusos; el tráfico de paños, la medicina, el comercio al mayor y la usura quedaba reservada a los judíos. Los semitas participaban también en el gobierno, llamados en épocas de bonanza por el príncipe o como prestamistas. Igual que en todas partes, se sucedían periodos en los que los hijos de David eran perseguidos de manera implacable. Si tal ocurría, se libraban pocos de la muerte. Todos recordaban la última represión, a principios del segundo milenio, cuando, a raíz de una epidemia de peste negra que las gentes achacaron a un envenenamiento del agua provocado por ellos, fueron pasados a cuchillo y diezmados en dos terroríficas noches. Ni siquiera se libró Salomón Horevitch, consejero y principal acreedor del conde, cuyo único pecado fue enriquecerse de manera muy rápida. El propio conde, el padre del actual, se vio obligado a ahorcarlo para aplacar a la furiosa turba que exigía su cabeza. Lo colgó del torreón más alto del castillo, el que daba a la plaza, y lo dejó balancearse tétricamente durante doce días, hasta que su cuello

putrefacto se quebró dejando al cuerpo comido de gusanos y de aves carroñeras precipitarse sobre el barro. Fue un verdadero espanto. Varios perros salvajes terminaron de devorar su cuerpo hediondo. Aquella madrugada una enlutada mujer disputó la osamenta a los canes, la recogió en un saco y desapareció como aventada por el pánico.

Los varegos, más o menos esclavizados, formaban la policía del reino y poblaban las filas del ejército. Los policías, fanáticos vigilantes armados responsables de la seguridad del conde, eran odiados por eslavos y hebreos. Componían una tejida urdimbre que completaba una red de soplones, secuaces y sicarios que mataban por un plato de sobras. Nadie escapaba a los escrutadores ojos de su jefe, un siniestro rus de origen finlandés llamado Parco. El que osaba desmandarse, por ejemplo un tendero que estafase en el peso a la mujer de un rus, sabía que acabaría molido a golpes o ahogado en el río Voljov, frente a la siniestra cueva que hacía las veces de oficina de Parco. Si un furtivo era pillado con un mísero faisán o una paloma cazada para dar de comer a su prole desnutrida y canija, era ajusticiado en medio de la plaza ante los ojos inclementes del matón. La forma habitual de suplido de cualquier infeliz, siempre ante la familia, era el descuartizamiento tras ser descoyuntado a golpe de maza en hombros y caderas. Con tales expeditivos modos reinaba en Novgorod y en su zona de influencia una paz que no era de este mundo. Las gentes se llenaban la panza en años buenos con habas duras, berzas, mendrugos de pan y pintas de aguardiente, o, si venían mal dadas, se aplicaban a olvidarse del hambre a guantazos o comiéndose los puños.

En cuanto al ejército, lo integraban casi por completo rus de diferentes cataduras. Junto a rufianes o gentuza de ínfima extracción, que conformaban la tropa, podían verse hijos de nobles y aristócratas que constituían la oficialidad y las clases selectas. El ejército representaba la salvaguarda de los intereses del conde y por ende del príncipe de Kiev. La amenaza de las tribus asiáticas que bajaban de los Urales, desde Asia, y las recurrentes incursiones tártaras o chechenas del Cáucaso, eran los peligros perennes. De Siberia llegaban año tras año furiosas oleadas de mongoles, cazacos o uzbekos, y de las montañas caucásicas tártaros, armenios y chechenos. Se dedicaban al asesinato y al pillaje, vaciando graneros, incendiando casas y propiedades, llevándose el ganado, talando bosques y arrasándolo todo. Tras violar a mujeres y niñas desde que caminaban, arrapiñaban con las más hermosas para darse placer o venderlas en los mercados de esclavos de Astracán, Tiflis, Bakú o Tashkent.

La fama de buenos luchadores que traían los vikingos era su mejor salvoconducto. Cualquier escandinavo que llegase a Novgorod era bien recibido tras ser controlado por la policía en cualquiera de las puertas que daban acceso a la ciudad. Los tripulantes de la Bizancio no las traspasaron de inmediato. Buscaron un lugar donde atracar su nave antes de hallarlo en los sórdidos muelles de la puerta de

Pskov, extramuros. Se abarloadon a otra nave vikinga, llegada unas semanas antes, hablaron con sus tripulantes y pudieron hacerse una idea de la forma de vida en la ciudad y de las posibilidades de medro y subsistencia antes de proseguir viaje al sur. Conocían a la mayor parte. Eran luchadores noruegos compañeros en la reciente guerra contra los daneses, svear del fiordo de Estocolmo, vikingos finlandeses y guerreros de Islandia al mando de Gudumsen, un gigante de Torshavn, en las islas Feroes, en total treinta hombres. Ellos también sabían de Harald. En la primera noche, frente a una jarra de aguardiente, Harald y Gudumsen charlaron hasta el amanecer.

—Vosotros os habéis sacudido al fin el yugo danés —dijo Gudumsen—, pero nosotros seguimos aún bajo su bota cruel. Y difícil será que algún día logremos emanciparnos.

—No es totalmente cierto; algunos fiordos noruegos permanecen aún en su poder. Los daneses son fieros y malos inquilinos —aseguró Harald—. Pocos guerreros pueden hacerles frente. Dicen que sólo los turcos, un pueblo que vive en el Asia Menor, serían capaces de ello.

—Mi abuelo, que hizo varias incursiones con vikingos pero no hacia levante, sino al sur —afirmó Gudumsen—, me habló de los ibéricos, una raza que habita en la Hispania un día romana y hoy bajo dominio de los árabes en su mayor parte. Allí escuchó las hazañas, sin parangón posible, de aquellos míticos luchadores. Al parecer, se enfrentaban descalzos y a pecho descubierto a las legiones de Roma, eran capaces de caminar diez leguas hispanas, el equivalente a sesenta verstas, sin apenas comida y competir después contra el enemigo en la proporción de seis a uno. Cuentan sus sagas que, en una ocasión, fueron sitiados por el mejor de los generales romanos en su capital, Numancia. Escipión el Africano era su nombre, pues venía de someter a las poderosas tribus de Cartago, en la Tunicia. Tras un asedio de dos años, luego de mil penalidades, no conseguían vencerlos. Por fin, diezmados por las enfermedades, por el hambre y la sed, y sólo por la acción de un traidor que les abrió una puerta, lograron entrar en la ciudad. Los iberos pelearon como fieras defendiendo sus lares. Por cada uno que caía lo hacían cuatro romanos. Las mujeres luchaban lo mismo que tigresas: a pedradas, a bocados, arañando, mordiendo, sacando los ojos al legionario que caía en sus garras. Llegaron refuerzos de una legión vecina. Cuando los ibéricos se encontraron perdidos quemaron sus hogares con sus familias dentro, se arrojaron por las almenas de su fortaleza o se acuchillaron entre sí. No quedó ni uno vivo. Todo antes que caer en poder del enemigo y perder su libertad, ver esclavos a sus hijos, pisoteada su patria y violadas sus mujeres. Mi abuelo siempre dijo que prefería enfrentarse a cuatro hienas hambrientas que a un hispánico.

Hubo un silencio largo y estremecido. La noche era ténebre, desolada, y el frío intenso en el exterior. De allí llegó el rumor de una pelea. Pendencia entre borrachos,

quizá, o discusiones por el pago a un proxeneta tras los servicios prestados por una mala furcia. Escucharon el chapoteo de un cuerpo al caer sobre el río como un fardo.

—Mala hora para darse un baño —dijo Harald.

—Una boca menos —aseguró Gudumsen.

—Supongo que tu intención será bajar a Kiev —dijo el Vikingo.

—Tan pronto como pueda. Que no será hasta la primavera próxima, cuando empiece el deshielo —dijo el de Torshavn.

—Imagino que habréis buscado ocupación en Novgorod...

—He conseguido enrolar a casi todos mis hombres en las milicias del conde, pues esperan la inmediata acometida de salvajes asiáticos. El resto ha encontrado trabajo en las obras de la catedral —dijo Gudumsen.

—¿La paga es buena?

—Los trabajadores de la catedral, ebanistas, carpinteros, picadores, canteros y escultores, lo hacen por la comida y techo; han preparado un tinglado de madera junto al templo que hace las veces de hogar. Los que hemos entrado en el ejército contamos, además de manutención y alojamiento, con un dracma griego de plata cada dos semanas. No es mucho, pero es más que nada. Y mucho más que el hambre y la miseria que arrastrábamos en nuestra patria. Tenemos que incorporarnos dentro de tres días. Al parecer, están próximos los bárbaros chechenos que ya han arrasado Kalinin.

—Mañana pensaba acudir al castillo del conde para ser enrolado junto con mi gente —dijo Harald.

—Mejor espera algunos días, hasta que los asiáticos estén próximos. Entonces te hallarás en mejor posición para exigir soldada.

El Vikingo aceptó la sugerencia, pues era razonable. Él y sus guerreros dedicaron varias jornadas a recorrer la ciudad. Penetraban por la puerta de Pskov, la más cercana al río, y allí entregaban sus armas, pues no estaba permitido acceder a la ciudad con ellas. Recibían un vale que devolvían al recuperarlas a la vuelta. Ya habían caído las primeras nevadas y todo estaba níveo y resplandeciente, como bronce bruñido. Antes de nada canjearon a un cambista de la plaza mayor un gran pedazo de ámbar por una bolsa de moneda local, piezas de cobre y plata por el equivalente a una estatera de oro griego. Fueron a visitar las obras de la catedral, un templo de un estilo diferente al que los gotari imponían en Escandinavia. Su torre era más baja, disponía de una sola nave, sin crucero, y estaba rodeado de pequeñas capillas laterales. Edificado en piedra gris, se habían levantado ya los muros de carga, los arbotantes y el trascoro. Más de trescientos hombres trabajaban allí. Les llamó la atención un grupo de alfareros laborando el mosaico, placas de un barro especial modelado en distintos tamaños que acababan al horno, endureciéndolo. Una vez fraguadas, las placas eran decoradas por maestros pintores con motivos bíblicos y

después acopladas para formar murales admirables. Les explicaron que eran para revestir coro, ábside y atrio. Algunos hombres de Harald parecían interesados en un arte nuevo para ellos. Comieron en plena calle pan de centeno con col agria y borraja, husmearon en un mercadillo, bebieron aguardiente en tres tabernas y regresaron al barco.

El segundo día pasaron ante una especie de almacén donde, justo entonces, subastaban al alimón esclavos, alfombras orientales y sacos de especias. Una gran multitud se congregaba ante sus puertas. Ya habían subastado diferentes partidas de pimienta negra, clavo, nuez moscada, estragón, dragoncillo y alezna, procedentes de unas lejanas islas, y procedían a rematar diversos lotes de alfombras afganas, esclavos y esclavas. Los esclavos eran jóvenes y de mediana edad, de cualquier raza. Los había fuertes y débiles, de piel amarilla y ojos oblicuos, rubios, morenos, cobrizos, de dermis aceitunada y mirada muy negra. Las mujeres, alguna niña aún, tenían aspecto desvalido y ausente. Descalzas y semidesnudas, se veía que habían compuesto a la carrera sus ropas y cabellos, oliéndose los perfumes baratos con que habían sido embadurnadas para hacerlas más apetecibles. Muchas eran rubias, blancas de piel, pero había amarillas, en distintos tonos de bronceado o terroso y alguna mulata. En medio de su asombro, los vikingos contemplaron la puja por una belleza de unos diecisiete años, alta, pelirroja, de un cuerpo que se adivinaba escultural bajo sus sórdidos ropajes. Por fin fue adjudicada por veinte dracmas de plata a un viejo y pestilente eslavo del que supieron se dedicaba al comercio de caviar, las huevas de un pescado que pulula en los ríos rusos. El afortunado dueño de la beldad, tras amarrarla por los tobillos con delicadeza para evitar que pudiese escapar y al tiempo no dañar su piel sedosa, la introdujo en un carro, la cubrió con una piel de foca que destilaba grasa infecta y partió con ella para darse gusto o, más probable dada la edad que aparentaba, a contemplarla y evocar en soledad sus buenos tiempos.

En la calle de los cambistas se veían viajeros de todos los orígenes: venecianos, mongoles, griegos o chinos se afanaban en torno a los expertos numismáticos que, armados de sus balanzas especiales, raspaban un diñar persa, de Damasco o Córdoba para comprobar su legitimidad, olisqueaban un dirham de Bujara, sopesaban un tanka de Delhi o mordían un nomisma de plata de Constantinopla. Había peritos en calibrar la ley del oro en monedas y medallas. En el aire, rumores de tombacs del oriente, caramillos de pastores de ovejas, pífanos o panderos de una familia de equilibristas, prestaban al ambiente un toque exótico. Siguieron al mercado del pescado y la carne, paradigma del tufo y culmen de las moscas, pero antes de recorrerlo entraron a un colmado para beber un vaso de buen vodka. Todos tenían la boca reseca del reciente espectáculo. El antro estaba lleno. Hombres embrutecidos por el alcohol y prostitutas de ínfima catadura bebían juntos en el amplio local. Ocuparon una mesa del fondo y

pidieron diez jarras de aguardiente, pues Igor y Oleg se habían quedado en la Bizancio. Iban a alzar las copas cuando se acercaron tres rameras que se sentaron con ellos sin aguardar invitación. Parecían muy jóvenes. Tenían las mejillas rojas de polvo de coral, los labios decorados en rubro y los párpados tintos en azul lapislázuli. Vestían ropones de cuero de caballo con el peto delantero abierto hasta el ombligo y toquilla de basto y pardo sayal, como tela de saco. Se sentaron al albur cayendo entre Harald, Karl y Anker. O tal vez no fue así y eligieron a los que encontraron más jóvenes y apuestos. Eran guapas las tres y apetecibles. Se arrimaron a ellos y, para desquiciarlos, voltearon la toquilla dejando el nudo a la altura del cuello para dejarles ver sus senos tiesos, albos como suero de oveja ya cuajado. Lo cierto es que lograron con creces su propósito. Aquellos hombres llevaban sin oler a una fémina más de tres semanas.

—¿Dónde podemos ver toda la mercancía? —preguntó Harald.

—Arriba disponemos cada una de un camastro —aseguró la más desenvuelta, una rubia con los ojos tan verdes como el mar en las islas.

—¿Cuánto nos costará? —preguntó Anker.

—Los costos del negocio los lleva Privalov, que es nuestro dueño.

—¿Tenéis dueño? —preguntó Harald boquiabierto. Mostraba una incredulidad que desapareció en cuanto recordó la reciente subasta.

—Privalov nos compró y es nuestro amo.

—No lo puedo creer —dijo el Vikingo—. Imagino que será por un tiempo. Nada es eterno...

—Le perteneceremos mientras no devolvamos el doble de la plata que pagó por nosotras —aseguró otra de las muchachas, también rubia, con los ojos azules como un mar interior y la mirada triste y vacua. Tenía un costurón que le cruzaba parte del mentón.

—¿Entonces, el dinero que ganáis con vuestro cuerpo no es para vosotras? —preguntó Karl.

—Sólo una parte. El diez por ciento. Además Privalov nos da de comer y nos ofrece un techo.

—Pero así pasarán quince años, deberéis dineros y aún no seréis libres —dijo Harald.

—Es lo que hay —dijo la última golfa, endeble, de mirada angustiada, como si contemplase algún espectro—. No lo hacemos por gusto —añadió—. Eso o morir de frío y hambre... Y menos charla, guapos, que el tiempo pasa y hay que dar al amo cuenta de él.

—Pues yo, ni tengo prisa ni estoy de acuerdo con vuestro Privalov —sostuvo Harald—. ¿Cuál es tu porcentaje? ¿Qué es lo que te da cada vez que recibes a un varón? —se dirigió a la pizpireta descocada.

—Una moneda de cobre.

—¿Un óbolo griego por dar placer a un hombre, cuando el que te chulea gana diez veces más? Lo encuentro injusto. Yo pagaré con gusto esos diez céntimos de dracma, que deduzco es tu salario, pero sólo si es para ti. Y mis hombres lo mismo.

—Repito que eso tendréis que discutirlo con Privalov.

—De discutir siempre habrá tiempo —dijo Harald—. Vamos arriba.

Las tres parejas subieron por la angosta escalera a una habitación sembrada de sucios y estrechos catres. Hubieron de acostumbrar la vista a la semipenumbra. Hallaron un ambiente animal, cálido y turbio del sudor de otras furcias y de su clientela, pero pronto se integraron en él. Aquellas meretrices eran de buenos cuerpos, conocían su oficio y pronto hicieron levitar de placer a los guerreros. No les metieron prisas. Una vez satisfechos bajaron a la taberna donde sus compañeros, alegres, ultimaban las jarras de licor. En la barra los aguardaban Privalov y sus matones, media docena de armados y malencarados proxenetas. Fue Privalov quien se dirigió a Harald.

—¡Tú! —le chilló.

—¿Es a mí?

—No veo a ningún otro tan zafio y arrogante. Me ha comentado una de mis mujeres que pretendes organizar a tu modo mis finanzas. ¿Quién cojones crees que eres, varego de mierda, para imponer tus normas? Pagaré a mis putas de la forma que estime conveniente.

—Te equivocas de medio a medio, esclavo miserable, hijo de mala madre —contestó muy tranquilo el Vikingo—. Abusar de inocentes mujeres por la fuerza no es de hombres sino de acémilas, que es lo que realmente eres. Ellas nacieron libres. Tú las hiciste putas...

Los noruegos, súbitamente despejados de los vapores del aguardiente, se levantaron lo mismo que un resorte y se apiñaron en torno a Harald. Los matones, de manera refleja, sacaron del cinto sus afiladas dagas. No entendían que un varego desarmado se enfrentase a su jefe a menos que hubiese enloquecido de repente.

—Antes de despellejaros a los diez, pon encima de la mesa media dracma de plata, que es lo que me debes sin contar con el vodka. De ella descontaré tres óbolos que son para las golfas —dijo Privalov.

—Marras de nuevo, infame montón de mierda —dijo Harald, sonriendo—. Según mis cuentas, las mujeres se merecen por su trabajo diez óbolos cada una y me parece poco para su arte.

El Vikingo sacó de la bolsa las monedas y las hizo sonar sobre la mesa.

—Se los darás en mi presencia y además jurarás que a partir de hoy aquél será su nuevo salario. De no cumplir tu palabra volveré para impartir justicia.

—¿Justicia? ¿De dónde sales, muerto de hambre?—dijo Privalov echando fuego

por los ojos—. Mejor, dame la bolsa con todo lo que tiene y te mataré luego.

Sin terminar de hablar saltó sobre el noruego tirándole un terrorífico viaje con la daga que Harald esquivó sin mucho esfuerzo. Todo sucedió como un relámpago. El Vikingo se revolvió, cogió una de las jarras por un asa, la partió contra la pared y se enfrentó al facineroso amenazándolo con las afiladas aristas de cristal del gollete. Todos hicieron corro. Privalov, un gigante albino de ojos tan azules como un cielo de agosto, parecía estar fuera de sí. No era el caso de Harald, que se veía tranquilo y sonriente. El eslavo lanzó una segunda tarascada con la punta del puñal que falló por muy poco. Nuestro hombre, haciendo un molinete, lo hirió con las agujas del vidrio en uno de los brazos, de lo que resultó un reguero de sangre que tintó en rojo su colete de piel. El proxeneta no daba crédito a lo que estaba viviendo. Castañeteándole los dientes, se abalanzó sobre su enemigo pretendiendo destriparlo con la daga. Su furia precisamente lo perdió. Harald se echó con celeridad a un lado, aprovechó la propia fuerza del eslavo para estamparlo contra la pared y lo degolló con lo afilado del cristal. Los nueve, armados con los taburetes en los que se sentaban, contemplaban la escena, listos para intervenir en defensa de su jefe.

Al derrumbarse Privalov en un charco de sangre, se hizo el silencio. El eslavo tuvo un vómito rojo y varias convulsiones antes de expirar con un gemido ronco y los ojos muy abiertos. Sus adláteres enfundaron las dagas. Harald pagó al tabernero, entregó a cada prostituta diez óbolos y dejó el resto del dinero encima de la mesa.

—Esto es para los gastos del entierro —dijo.

Al día siguiente, justo al alba, se presentaron en la Bizancio hombres armados con hachas y ballestas para prender a Harald. Un juez había ordenado su detención por homicidio. El Vikingo no opuso resistencia. Fue juzgado de una manera justa, permitiéndose hablar a los testigos y escuchándose los alegatos del acusado que pudo defenderse; incluso las ramera subieron al estrado. Su testimonio fue decisivo para que el juez apreciase la atenuante de legítima defensa y fuese condenado tan sólo a seis años de cárcel.

Apenas dos semanas estuvo Harald en prisión. El suyo fue un encierro llevadero amén de corto. Sus carceleros odiaban a Privalov, el más rastrero de los proxenetas de Novgorod, el más degenerado y sanguinario. Sabían que, además de no pagar a sus mujeres, las azotaba si no trabajaban a su gusto o no rendían lo suficiente. Gustaba de encerrarse con las más bellas obligándolas a cualquier tipo de aberración, en las que era un experto. Por ello buscaron al noruego una mazmorra limpia, acondicionaron para él un lecho de paja recental y le facilitaron abrigo suficiente; incluso le prepararon en la celda un buen fuego de leña. Aquellos quince días coincidieron con la más brutal ofensiva mongol de los últimos cincuenta años. Hordas sin ley, desarrapadas y hambrientas, habían traspasado los Urales y, tras asaltar Riazan, la aldea de Moskva y Kalinin, se abalanzaban sobre la ciudad. Inmunes al parecer al frío

y las ventiscas, aquellos desalmados arrasaban cosechas, quemaban poblaciones enteras, violaban a destajo a hombres y mujeres y talaban bosques y arboledas. Una mañana, el propio alcaide de la prisión fue a despertar a Harald.

—Recoge tus cosas, Vikingo. Te vas. El conde quiere verte.

El conde Vasilievich lo recibió a media mañana en el castillo que dominaba la ciudad. Antes de llegar al todopoderoso mandatario tuvo que atravesar el foso de agua, dos puentes levadizos, tupidas alambradas e infinidad de salas y oscuros pasadizos. Los cuatro guardianes que le acompañaban lo dejaron en la antecámara, una fría estancia alta de techo cuyas troneras se abrían al gran lago que rodeaba Novgorod. Las paredes de piedra, descarnadas, destilando humedad, y la ausencia de cristales en los respiraderos eran la causa del ambiente helador. No esperó mucho. Un criado le franqueó la puerta que daba al despacho del conde, de ambiente acogedor, cálido del fuego de una chimenea de cerámica, algo nuevo para él. Admiraba la perspectiva del parque palaciego cuando sonó una voz a sus espaldas.

—Harald Sigurdarson —supongo.

—Señor...

—Sé de ti y de tus hombres desde pocos días después de vuestra llegada —dijo el conde Vasily, tras aparecer por una puerta oculta tras un dosel lo mismo que un fantasma. Era un hombre corpulento, risueño, vestido sin afectación al modo rus: calzas de cuero a media pierna, blusa de cuello alto abotonada a un lado y bombachos de terciopelo rojo. Nada en su compostura hacía presumir la vesania que se le achacaba; al contrario, parecía un padre de familia bonachón o un tendero enriquecido que se dispone a cenar con sus hijos tras bendecir la mesa.

Harald callaba. Imaginó que sólo Gudumsen podía ser su informador.

—Después, al enterarme con detalle —siguió el noble— supe la forma en que diste cuenta de un peligroso pirata fluvial cuya cabeza tenía precio aquí. Precio que, por cierto, nadie ha reclamado.

—Éramos Orloff y sus corsarios o nosotros, señor. Cuando liquidé a aquella peste en forma de serpiente no pensaba en dineros.

—También conozco cómo te defendiste, desarmado, de un depravado proxeneta que ya arde en el infierno. Sé que fuiste condenado por aquella acción en juicio justo. Pero nada de ello es causa de que te haya liberado... de momento. Háblame de ti.

—Hay poco que decir.

—No es eso lo que me aseguran. Uno de mis guerreros ha hablado con Rulav, el más leal de los tuyos, quien afirma que llevas en tus venas sangre del rey Harald de Noruega, que Dios haya acogido en su seno.

—Es cierto. Soy hijo de Solvej, la más abnegada amante que tuviera el rey Harald y hermanastro de Olav, el actual monarca.

—Interesante... ¿Y qué se te ha perdido en estas tierras?

—Llevo dentro trazas del espíritu aventurero que mi padre amara y su mismo afán de gloria y de conquista. Pero no es Novgorod objeto de mis ansias: estoy aquí de paso. A la espera de la corona de Noruega, que llegaría si muriese sin sucesión mi hermano, pretendo forjarme un nombre ilustre primero en Kiev y después en Bizancio. Desde luego, con la fuerza de mi brazo. Mi intención es bajar en cuanto sea posible, y con tu beneplácito, a Mickligaard y combatir allí al servicio del emperador.

—Podrás contar con él y con mi ayuda si antes tú me la prestas. Ya sabes que los bárbaros asiáticos invaden nuestras tierras año tras año. Necesito por ello todos los capitanes con que pueda contar, mejor cuanto más esforzados y valientes.

—¿Capitanes?

—Ése será tu empleo inicial. Y si me lo demuestras combatiendo, medrarás en mi ejército. Pretendo quitarte de la cabeza la idea de trasladarte a Kiev. Me hacen falta hombres de tu valía, nobleza y coraje.

—¿Y si no acepto?

—Volverás a la cárcel.

Harald meditó unos instantes. El sol de otoño se colaba por los ventanales de la cámara y en sus rayos oblicuos bailaban una danza fantástica millares de partículas de polvo que parecían tener vida propia. La elección ofrecía pocas dudas.

—No estoy solo...

—Lo sé. Había pensado en contratar a tus hombres como soldados mercenarios.

—No los encontrarás más fuertes y aguerridos, señor. Ni más caros de precio.

—¿A qué te refieres?

—Yo no me pongo sueldo. Dejo mi salario a tu liberalidad y a la fuerza de mi espada. Pero ninguno de ellos peleará por menos de una dracma de plata por semana.

—Pero eso es más del doble del salario de los demás soldados...

—También duplican a los otros en pundonor y valentía. Como compensación, y para no soliviantar al resto de la tropa, me comprometo a que guarden silencio sobre sus condiciones económicas.

—En ese caso, acepto. Además, deseo que vivas en el castillo. Mi padre y el tuyo tuvieron muy buenas relaciones, aunque no llegaron nunca a conocerse. Sabiendo la altura de tu cuna quiero que seas mi invitado. Conocerás a mi mujer y a mis hijos e hijas. Esta misma noche cenarás con nosotros.

—No lo tomes como un desaire, señor, pero no debo ni quiero abandonar a mis hombres. Seguiré con ellos en la nave. Por el contrario, acepto tu grata invitación para esta noche.

—Será para mi familia y para mí un honor compartir contigo nuestra mesa.

Cuando Harald llegó a la Bizancio la alegría se desbordó entre su gente. Y más cuando supieron las agradables nuevas que traía. El Vikingo se las vio y deseó para componerse para aquella cena. Se lanzó desnudo a las gélidas aguas del río para

enjuagarse de los pies a la cabeza, limpió de barro y abrigó sus botas de piel de anca de yegua, se puso sus mejores calzones de cuero de ternero, una camisa de hilo regalo de su madre, el colete de piel de ante amarillo sobre aquélla y, colgando del cuello, la cruz griega que nunca se quitaba. Llevaba a la cintura la daga italiana que heredara de su padre, un arma de filos vírgenes y mango de plata repujada. Al salir de la nave nevaba mansamente. El frío era tan intenso que utilizó su capote de piel de oso y cubrió la cabeza con el capuz de marta, de gruesas orejeras. Al llegar a la fortaleza lo esperaban. El jefe de la guardia lo acompañó al ala donde vivían el conde y su familia. Al traspasar la puerta lo inundó una oleada de aire tibio que le recordó al castillo de su segunda niñez, en la lejana Trondheim. Una sirvienta se hizo cargo del capote y capuz. Imperaba en el ambiente un grato olor a asado y la sensación de paz y comodidad que ofrece el lujo. Lo introdujeron en un salón con paredes revestidas de tapices persas, de techo artesonado en cedro, un árbol de montañas del sur que se delata por su aroma. Sentadas en una mesa circular, enfrentadas a un fuego atractivo y sonoro, se hallaban cinco personas además del conde Vasilievich. O, con más propiedad, un hombre, una mujer y tres personajillos, pues hablamos de infantes.

Vasily Vasilievich frisaría a la sazón treinta años. De clara ascendencia escandinava, tan alto como Harald, era un palmo más ancho. Tenía el pelo rubio desteñido, ensortijado, la piel sanguínea salpicada de pecas y el cutis atezado del sol y el aire libre, pues su gran pasión era la cetrería. Un delgado retículo de azuladas vénulas en ambas mejillas delataba su afición al vino búlgaro y al aguardiente ruso. Poseía los mejores ejemplares de halcones leonados, águilas reales, azores y neblíes que se veían por el norte, de Kursk arriba. Mimaba a su cetrero más que a las muchas vírgenes que —se comentaba— gozaba a su criterio. Era varón favorecido por la naturaleza en cuanto al físico, proporcionado de miembros, de poderosa estructura ósea. Su mujer era de raza eslava sabiamente mezclada con etnias siberianas, quizá, pues poseía rasgos orientales. Parecía una niña. De no ser por su prole, nadie le habría echado más de veinte años, pues la maternidad no le había hecho mella. Tampoco era muy alta comparativamente con su esposo. De formas gráciles, levemente bronceada, su piel se irisaba en tonos cárdenos. Harald se conmovió al hacer frente a su mirada negra hasta el punto de bajar los ojos. Jamás había visto unos tan negros ni tan grandes, tan rasgados y poblados de estrellas, dotados de tal poder de sugestión. Bajo su túnica de cendal verdoso se adivinaba un cuerpo de rara perfección. Exigua muestra de él eran las lomas de unos senos que, con las inspiraciones, querían salir por el escote arriba a conquistar el mundo. Sus pies pequeños, delicados, calzados en escaupines de seda de hechura nunca vista, asomaban por debajo de las alforzas doradas de su túnica. Su rostro era la perfección: boca chica y risueña, nariz cabal, pómulos tártaros, frente despejada y rosadas mejillas. E igual cabe decir del resto de su cuerpo con magia: lo que se suponía de las

caderas, los tobillos la vez que quedaron a la vista, su cintura entallada, el cuello de gacela y el undoso cabello cubriéndole los hombros.

Ana Vasilieva permaneció sentada cuando Harald entró. El conde los presentó y ella celebró su llegada ofreciéndole una copa de vino, a la manera griega. Era un vino ligero, dulce, que supo provenía de la Dobruja, una parte de Bulgaria a orillas del mar Negro. Tras brindar conoció a sus tres hijos, dos niños y una niña.

Los varoncitos, de siete y cinco años, eran copia fiel de la madre: finos, tiernos, con el pelo negro como el ala del cuervo, sus mismos ojos e idénticos tobillos de yegua corredora. La hembrita, grande, blonda, risueña, era el exacto calco de Vasily. De seis años, era blanca de piel y de ojos zarcos. Sonia, que era su nombre, lo sonrió de una forma especial y fue su preferida el tiempo que permaneció en Novgorod.

Una gruesa niñera de aspecto mongol acudió a la llamada de una campanilla y se fue con los niños tras las presentaciones. Pasaron al comedor familiar, una estancia aneja algo más recogida e íntima. Estaba decorada de igual forma, pero el hogar no era tan grande. Ardía en él un aromático fuego que, cada vez que menguaba, se encargaba de alimentar con tarugos de leña un servidor uniformado. Cuando empezó la cena era ya noche franca. Un velón de iglesia, en el centro del tablero de roble, daba luz a la mesa. Harald probó por vez primera borscht, una sopa hirviente y muy especiada de remolacha, un tubérculo que medra en los valles que rodean los Urales. Hubo después perca del lago, caviar del Caspio y asado de buey. A partir de la sopa y de media pinta de aguardiente ruso, Harald entró en calor. No pararon de hablar. Era extraño. Vasily Vasilievich sería un déspota, pero también la amabilidad cortesana en estado puro y primigenio. Los tres se tutearon desde el principio y, a los cinco minutos, parecían camaradas.

—Dime cómo es un fiordo —dijo Ana Vasilieva tras la primera cucharada de borscht—. Mi marido nunca supo explicármelo.

—Un fiordo, en realidad, es un río que serpentea entre montañas cortadas a pico y coronadas de glaciares. Sus márgenes rocosos se tapizan de bosques y maleza de verdor intenso. El azul de sus aguas es más vivo que el de un río normal y su profundidad mayor.

—¿Más profundo que el Volga?

—Nunca vi el Volga, pero imagino que sí. Casi todos los fiordos son insondables. Algunos, como el Sognefyorden, tienen tanto calado como los mares y un largo de doscientas verstas. Cuentan con un cauce principal y multitud de brazos que culebrea entre rocas enormes.

—¿Son muy frías sus aguas?

—Tanto como los ríos rusos. Pero es raro que se hielan por completo en invierno, y ello por ser saladas. Si acaso se forman delgadas capas de hielo en los márgenes.

—¿Te has bañado alguna vez en ellas?

—Infinidad de veces. No hay nada comparable.

—Sé por un varego que servía en el castillo, con el que hablé una vez, que las orillas de los fiordos están talladas en roca.

—Son pétreas, escarpadas y también arboladas. Son frecuentes las cascadas, que se forman de manera espontánea. Y es que en pocas partes llueve más que en los fiordos. Es una lluvia mansa, como un llanto sin fin. Yo he navegado por ellos en época de lluvias, en otoño y primavera. Jamás podré olvidar el espectáculo. Del cielo se precipita el meteoro en medio de la bruma, el barco corta el agua quieta, lisa y brillante como el satén persa, mientras que de las montañas resbalan blancas cataratas lo mismo que torrentes de encaje, sonoro, burbujeante, atronando el ambiente. Es algo mágico.

—¿Te bañaste en aquella ocasión?

La Vasílieva se veía muy interesada en la conversación. Se comía con la mirada a su invitado. Con sus ojazos negros como azabache líquido, relucientes, y la barbilla apoyada en una mano abierta, no perdía una coma de sus explicaciones.

—Las veces que me bañé en el fiordo fueron siempre en verano. Sólo una vez supe de la frigidez invernal de aquellas aguas, pero fue involuntario: me arrojaron al fiordo guerreando.

—Si llegases a reinar en tu patria alguna vez quisiera visitarla —dijo el conde—. De esa forma Ana vería un fiordo.

—Confío en que mi hermano Olav viva muchos años. Además, para que yo reinara, él tendría que morir sin dejar hijos y yo sobrevivirle. Pero, si se diera ese caso, podéis contar con ello.

Tras la cena obsequiaron a Harald con aguardiente de Kiev, para muchos el mejor de toda Rusia. Lo sirvieron en pequeñas copas de cristal de Murano, una islita veneciana en el Adriático. Finamente talladas, de color rojo sangre, el Vikingo nunca había visto nada más bello y delicado en vidrio y no pensaba que pudiese existir. Eran más de las nueve y pensó en retirarse, pero la anfitriona no dejaba de preguntarle cosas, de interesarse por su vida, de insinuarle casi.

—Habrás dejado atrás a una mujer, seguro... —dijo, mojando sus labios en su copa y lanzándole el dardo envenenado de sus ojos.

—No exactamente. Hubo una mujer, sí... o mejor una niña.

—No podría ser mucho menor que tú —intervino Vasily—. ¿Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré diecinueve años.

—¿Cómo era ella? —quiso saber Ana.

—Prefiero no hablar de mi pasado. Me interesa el presente y el futuro. Sé que pronto entraré en combate y quisiera saber el cómo y cuándo.

Todos callaron. Aquella alusión a la guerra enfrió los ánimos. Ana Vasílieva parecía contrariada. Semejaba que no esperaba la noticia.

—Otra vez las odiosas espadas... —dijo—. Los hombres sólo sois felices batallando.

—Ahí donde lo ves —dijo el conde, sirviéndose otra copa y dirigiéndose a su mujer—, Harald es un guerrero nato. Colaboró en la expulsión de los daneses de su tierra y entre nosotros ha dado muestras de valentía y de destreza manejando la daga. No ha mucho degolló a un facineroso que abusaba de indefensas mujeres. Lo he nombrado capitán de mi ejército. Partirá en pocos días a la lucha que quiero haga a mi lado, formando parte de mi guardia personal.

—No debiera haber guerras... —dijo ella.

A los cuatro días partieron al teatro de operaciones, una zona esteparia a ochenta verstas de Novgorod cerca del nacimiento del río Msta. Casi una semana tardaron en llegar, quemando etapas. Se trataba de una vasta llanura rodeada de bosques y pantanos, cubierta por dos codos de nieve, que era la llave del acceso rebelde a la ciudad y al Ladoga, un lago que era la puerta de Finlandia. El desplazamiento de las tropas, dos mil hombres a caballo y tres mil infantes a pie y sobre trineos arrastrados por perros, fue penoso. Las bestias, hundidas sus patas en la nieve, espumajaban lastimosamente y echaban vaho por los ollares y hasta por las orejas. Los infantes, mal acondicionados, tiritaban dentro de sus ropajes. Los soldados que iban en los trineos se defendían del viento helado pegándose los unos a los otros y exhalando sus alientos entre sí. Tan sólo por la noche, dentro de aquellas tiendas donde cabían treinta hombres y se hacinaban noventa, cobraba la tropa vigor entre el calor animal y el que proporcionaba el vodka. El conde y su plana mayor iban algo más cómodos, pero no mucho más. Harald y sus noruegos formaban una piña entre los de a caballo. El Vikingo rehusó dormir en la tienda que le ofreció el conde y prefirió hacerlo entre los suyos, en un pabellón aparte.

Los combates duraron nueve días. Fueron en realidad escaramuzas, guerra de guerrillas antes que lucha abierta. Los asiáticos, entre seis y siete mil, hacían rápidas incursiones en el campamento ruso al caer la tarde lanzando «fuego griego» y flechas incendiarias. Los más intrépidos se aproximaban mucho, siempre en grupos pequeños y, a favor de las sombras, degollaban a algún ruso desprevenido y robaban caballos, comida e impedimenta. Sólo hubo una batalla como tal, cuando cerca de cuatro mil uzbekos quedaron rodeados en una bolsa, atrapados entre el bosque y el río. Fue una carnicería. Los rus, tras diezmarlos a flechazos, entraron a saco entre sus filas pica en ristre y no dejaron títere con cabeza en una orgía de sangre. Especialmente sangrienta fue la acción de Harald y sus fieles. A golpe de hacha, penetraron hasta lo más profundo del meollo enemigo enfrentándose a la crema de los guerreros asiáticos. Terminaron con las manos tintas de sangre contraria, sembrando el suelo de cabezas cercenadas y vísceras sanguinolentas, palpitantes. Aquello parecía una tétrica escena del infierno tras el Juicio Final. El Vikingo liquidó al adalid uzbeko en particular

duelo, decapitándolo. Regresó al campamento con su rezumante testa ensartada en una pica, como trofeo de caza que ofreció al conde. Ya con los orientales rendidos y en retirada, una saeta perdida hirió en un muslo a Vasily Vasilievich. Trasladado a una carpa de lona, aquella misma noche, bajo los efectos de tres vasos de vodka, el cirujano- barbero extrajo la punta de la flecha con rara habilidad. No se escuchó un gemido.

Parte del ejército quedó para invernar en la aldea de Vishera. El resto, con el grupo vikingo al completo, regresó a Novgorod. El conde y general en jefe, casi repuesto, cabalgó al frente de las tropas. Sólo al tercer día sufrió una recaída: refería fuertes dolores en la herida, que aumentaban con el vaivén de su montura al cabalgar, y ardía en fiebre. El físico revisó la lesión que se veía tumefacta, violácea, exudando grandes cantidades de pus amarillo verdoso, trabado y fétido. Cuatro días tardaron en llegar a Novgorod con el herido transportado en parihuelas. Llegó emaciado, inconsciente, con una tiritona febril que empapaba sus ropas que chorreaban cada amanecer, como recién lavadas en el arroyo. La condesa y el pope, puestos sobre aviso por un correo que se adelantó, lo esperaban en el portón de la fortaleza.

La Vasilieva no se separó en tres noches de la cabecera de su esposo; pero fue el religioso quien le salvó la vida a costa de una convalecencia de ocho meses, mil complicaciones y muchos altibajos. El pope era un hombre muy culto, griego de raza, que tenía estudios médicos. Casado y padre de siete hijos, era el adelantado del patriarca de Atenas en Novgorod y su zona de influencia. Sólo el metropolitano de Kiev le superaba en categoría eclesiástica en toda Rusia. Había estudiado el arte de Hipócrates en Epidauros, en el Peloponeso, en la escuela médica que allí creara el primero de los médicos de Occidente. Tras reconocer al herido y explorar la lesión con una sonda, manifestó que había quedado en el fondo tortuoso parte de la punta de la flecha. Por el olor nauseabundo dedujo que estaba emponzoñada, como es norma en los dardos guerreros de turcos y asiáticos. Luego de administrar al paciente una buena dosis de aguardiente, se decidió a indagar con una pinza entre los recovecos de la herida hasta encontrar el pedazo de hierro, enganchado a sus anfractuosidades por sus dientes de sierra. Estaba tan profundo que se tocaba el fémur, hueso propio del muslo según la denominación de Galeno, un médico romano de formación helena. Tras hallar la metálica esquirlo y desprenderla, lavó con vinagre diluido la lesión que apenas sangraba y aparecía lívida, introdujo en ella una mecha de estopa empapada en la propia orina del enfermo y la vendó con gasa.

—¿Hay esperanzas? —preguntó Ana Vasilieva tras la intervención.

—Es pronto para saberlo —dijo el pope—. La lesión es muy grave. Han pasado once días desde que se produjo y ello ha dado tiempo a que la ponzoña que llevaba la flecha se haya diseminado. La herida se ve lívida, como sin vida, y apenas es sensible. El hecho de que apenas haya sangrado indica que el cuerpo no reacciona o

el tejido está muerto. La fiebre no ha cedido...

—Os estoy muy agradecida. ¿Puede hacerse algo más?

—Administrar al conde este cocimiento de hierbas que detendrá la fiebre, en lo posible. Curarlo a diario, como pienso hacer. Esperar y rezar.

Las cosas fueron mal. La temperatura del paciente era tan alta que su piel quemaba. Se debatía en un escalofrío nocturno que lo hacía chorrear de sudor fétido y empapaba las sábanas al alba. Pasaba el día obnubilado, inconsciente, en un puro gemido. Por la herida manaba un manantial de pus que exhalaba un hedor insoportable. Hubo que trasladar al enfermo a una cámara aislada, tal era la pestilencia del exudado purulento. A los seis días, el pope descubrió en la cura diaria un amplio cerco negro rodeando la lesión. La carne, mortecina e insensible, desprendiendo de sí un tufo impuro, destilaba un líquido sanioso. Todo hablaba sin palabras de la complicación temida, del vocablo que nadie se atrevía a pronunciar: gangrena.

—Malas noticias —dijo el pope a Ana Vasilieva, que presenciaba las curas y no se separaba de su marido.

—¿Qué ocurre?

—Ha aparecido la gangrena húmeda.

—¿Y ello, qué significa?

—Es la complicación más grave de cualquier herida y sólo hay un remedio cuando afecta a un miembro: la amputación.

—¡¡No!! —chilló la condesa.

—Y lo más alta y rápida posible.

—Explicaos...

—Si no amputamos de inmediato el conde morirá. La gangrena se extenderá a la raíz del miembro, las miasmas pútridas invadirán su cuerpo por la linfa hasta afectar el corazón. Su final será terrible, en medio de un delirio estuporoso y espantosos dolores. En cuanto al nivel de sección, habrá que cortar alto, por lo sano, al menos cinco dedos por encima de la carne muerta.

Habló Vasily Vasilievich, que lo escuchaba todo:

—Adelante, buen pope. Prefiero ver amanecer con una pierna menos y contemplar a la condesa, que sólo ver la noche eterna.

La operación se efectuó aquella misma tarde. Ayudó al pope Oleg el buen varego que acompañaba a Harald, buen cortador en la carnicería de su padre; Ana Vasilieva insistió en presenciar la intervención. Administraron al conde ración triple de vodka. Todo fue bien hasta llegar al hueso. La carne mortecina era casi insensible, pero cuando el serrucho inició su vaivén y divulgó por el ambiente sus chirridos de ratón acosado, un escalofrío recorrió la médula de Ana y Vasily Vasilievich comenzó a quejarse. Su mujer, que se portó como una real hembra, le secaba el sudor de la frente

mientras lo sujetaba con las manos pecho y hombros. Los aullidos del conde atronaban la sala y erizaban el alma y los cabellos. Tan sólo el pope, habituado quizá a esos menesteres, se mantenía impávido. Había ordenado que amarraran al paciente a la mesa de roble para impedir que, con sus movimientos, dificultara o hiciese imposible la intervención. Un alarido y un chasquido seco, como un tronco al quebrarse, certificaron que el gran hueso había sido seccionado por completo. El cirujano cauterizó con un hierro candente el músculo sangrante, lavó la herida con agua salada y suturó sus bordes con aguja e hilo.

Desde la enfermedad del conde, Harald se convirtió en el invitado indispensable. El paciente exigía su presencia y Ana la agradecía. Informaba a Vasily del curso de la guerra, era luz en sus ojos y en su mente. La condesa se sentía más segura a su lado, dialogando con él, paseando si no estaba ante el lecho de su esposo, comiendo acompañada. Harald hizo excelentes migas con el pope. Lo deslumbró su sapiencia, su religiosidad. Lo acompañó una vez a su casa, una casa de familia normal, y otra al monasterio de su orden, mucho más luminoso que lo que viera en Trondheim. Los demás monjes eran también de aspecto soportable, más limpios y aseados que los agustinos bajo la férula del obispo Justus. En cuanto a la condesa, se sentía fascinado por ella. Era la mujer más bella que había visto. Y la más refinada, tanto como una reina. Ana amaba el perfume y los afeites, algo desconocido por las hembras del fiordo. Su aroma y su simple presencia lo alteraban hasta el punto de tratar de evitarla. Al contrario, buscaba la proximidad del pope. Una noche, antes de regresar a la Bizancio, el Vikingo habló con el religioso.

—Me gustaría que me enseñaseis cosas de vuestra tierra —dijo—. Sé tan poco... También quisiera conocer vuestro idioma, saber de la Grecia antigua y del actual Imperio Bizantino.

—¿Sois ortodoxo?

—Me hago pasar por tal, pero a vos os diré en confianza que no lo soy. Soy católico, aunque no me disgustan los antiguos dioses escandinavos.

—Tus dioses son tan legendarios como los griegos o romanos. Pura elucubración basada en mitos. Cristo existió, hizo milagros, murió en la cruz y resucitó. Los apóstoles lo vieron, lo escucharon, comieron con él y le creyeron. Fueron testigos de su resurrección. Eran hombres sencillos, lo mismo que los evangelistas, sin necesidad alguna de mentir y sin ganancia en ello.

—Viéndoos obrar, escuchándoos, se hace fácil creer vuestra doctrina. Explicadme cuál es la diferencia entre Roma y Constantinopla.

—No es tan grande, en realidad. Desde el patriarca Focio, hace más de cien años, no obedecemos al papa romano, pero le respetamos. Aún estamos a la espera de ser escuchados y nuestra ruptura no es total. Tenemos nuestro propio papa, que llamamos patriarca y está en Constantinopla.

—Pero algo debió de ocurrir para dicha ruptura —dijo Harald.

—Como suele suceder, sobre todo entre frailes, todo parte de una minucia que fue agrandándose. Los agravios eclesiásticos, reales o imaginarios, suelen partir de nimiedades. Las diferencias entre hombres de iglesia son pequeñas, salvables, pero los odios teológicos son difíciles de aplacar. Ignacio, el patriarca de Constantinopla, negó la comunión a un primo del emperador que llevaba una vida disipada. El emperador lo desterró y nombró a Focio en su lugar, cosa que Roma desaprobó. Hasta entonces la autoridad de Roma se había aceptado siempre por el hecho de ser sede apostólica. Pero Constantinopla no se consideraba en una posición inferior: era la sede del imperio, la Nueva Roma. Cuando Constantino la convirtió en su capital quiso hacer de ella la Roma cristiana, pensando que la vieja Roma era incurable y profundamente pagana. Si Roma era la ciudad de Pedro, Bizancio lo era de su hermano Andrés, que había sido el primer apóstol llamado por Cristo. En consecuencia, los emperadores, dada la lejanía de Roma, reclamaron para Constantinopla no sólo la jerarquía patriarcal, sino la preeminencia sobre los patriarcados de Antioquía y Jerusalén, más antiguos que Roma.

—Parece razonable...

—La gota de agua que colmó el vaso la pusieron los búlgaros —sostuvo el pope—. A pesar de su reciente conversión y de formar parte del área metropolitana de Constantinopla, solicitaron del papa romano Nicolás consejos y normas espirituales de conducta como si formasen un patriarcado autónomo. El papa transigió. A raíz de ello el emperador rompió con el papado.

—¿Y eso fue todo?

—Hay cosillas pequeñas... Focio, por ejemplo, no estaba conforme con la inclusión en el credo de la palabra Filioque, que alude a la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

—No me entero de nada. ¿Es posible que por una palabra se organice tal cisco?

—El rencor y el afán de poder de tirios y troyanos hizo el resto —aseguró el pope.

—¿Y en cuanto a diferencias que los cristianos sencillos podamos comprender?

—Pocas —sostuvo el religioso—. Los sacerdotes ortodoxos, tal como se hacía en la Iglesia primitiva, pueden casarse y tener hijos. El resto es casi igual, con mínimas diferencias en el culto. Si os parece podríamos charlar todas las tardes, tras la visita que soléis hacer al señor conde.

—Si abrazo vuestra fe, tendréis que bautizarme.

—No sería necesario. Bautismo sólo hay uno.

Se reunían todas las tardes en el alcázar, en un cálido torreón que Ana Vasilieva arregló para ellos. Disponía de diván, cajón portátil con recado de escribir y amplia mesa de estudio con tres sillas. Había una chimenea de fuego sempiterno y vitrina

con pergaminos, libros y manuscritos. Desde el ventanal se divisaba el lago y el ondulado mar que formaban las copas de los árboles en los vecinos bosques. Era una visión idílica, sedante, taumatúrgica: las hojas de los robles tapizando el otoño en tonos cárdenos, el verde manto vegetal surgiendo en las mañanas pálidas, la plateada claridad del mediodía y la dorada luz del sol en los rojos crepúsculos. Tras el atardecer, sin prolegómenos, caía la noche rusa: súbita reducción de todo lo tangible a un magma sin luz y sin relieve: el sonido se fundía, los colores perdían su matiz y la tierra se adensaba como un puré de berzas al que le sobra fuego y falta agua.

Iniciaron las clases con el aprendizaje del alfabeto cirílico, la historia de Macedonia y Grecia y la mitología. El cerebro virgen y tan sediento como una esponja de Harald, absorbía cualquier explicación. La condesa enviaba a la mitad de las clases un leve refrigerio, pues sabía del gusto que hallaba el pope en los vinos de Grecia y en los placeres del mantel. Al terminar, sobre las siete y media, cuando sus hijos ya dormían, pasaba en persona a recoger a Harald, hacían una última visita al enfermo y cenaban juntos en sus aposentos, en soledad completa.

—Cuéntame —le pedía—. ¿Qué aprendiste hoy?

—Hoy he sabido de las musas que presiden las artes.

—Sigue...

—Todas son hijas de los dioses. Son Clío, que entiende de la historia; Euterpe experta en música; Talía, perita en la comedia; Melpómene, en la tragedia; Terpsícore, que sabe de la danza; Erato, que es poeta; Polimnia, que es reina de los mimos; Calíope, versada en la elocuencia; y Urania, la más bella, que sobrevuela a todas desde el cielo, encaramada a las estrellas.

—Son nueve. Qué bonito...

—E incluso, para el pope, hay una décima, Safo, una célebre poetisa que nació y vivió en Lesbos, una isla griega.

—Todo ello es nuevo para mí. Y muy excitante. ¿Existieron las musas realmente?

—Sólo Safo. Del resto nadie sabe. El pope dice que pertenecen a los mitos clásicos, pero yo sé que son reales. Casi tanto como los dioses en los que creemos los vikingos.

—Algún día tienes que hablarme de ellos. Entonces no crees en Jesús, el Nazareno...

—No sé bien lo que creo. Mi padre creía en Él, pero mi madre no, aunque lo respeta. Jesús es muy lejano. Creo en ti, por ejemplo, porque puedo soñarte.

Ana le contempló con la mirada húmeda. Llevaba tiempo esperando de Harald alguna muestra de emoción, un gesto de ternura. Se sentía atraída por él y rezaba para que se decidiese a dar el primer paso, aunque fuese simbólico. Sabía del peligro que supondría para ambos una relación íntima, pero era incapaz de soslayarla. Antes de cenar daban largos paseos por el parque del alcázar. Era un jardín selvático, con

regatos y estanques de agua clara, misteriosos, donde árboles y arbustos poblados de avecillas medraban de manera caótica. Sólo había flores en la época cálida, pero abundaban alerces, robles, sauces y altos pinos azules. Caminando por los senderos tapizados de piedrecillas blancas comentaban los lentos progresos de Vasily Vasilievich o hablaban de ellos mismos. Siempre que surgía la ocasión —y surgía siempre— ella se las ingeniaba para rozarle las caderas al andar, para acorralarlo contra el tronco de un árbol, para quedar ante él temblorosa, exhalando su perfumado aliento con la boca entreabierta, ofertando sus labios. Ana Vasilieva se mostraba intrigada por la vida amorosa de Harald antes de su llegada a Novgorod. Él callaba o respondía con monosílabos.

—Dijiste que tuviste a una niña-mujer. ¿Cómo era? ¿La amabas? Diste a entender que os bañabais desnudos en el fiordo...

—Era una niña. Y nuestro desnudo fue inocente.

—Eso sí que no puedo creerlo. La desnudez de una mujer es lo más opuesto a la inocencia.

Ana se aproximaba hasta hacerle sentir su hálito y el calor enervante que irradiaba su cuerpo, lo mismo que un termóforo. Entonces el Vikingo la esquivaba y cambiaba de tema. Desde que oscurecía iban al comedor. Se sentaban en silencio en la mesa de roble y comían despacio, ella con su cerebro rumiando deliciosas lascivias y él calculando el tiempo que quedaba para caer en sus brazos. ¿Quién tomaría la iniciativa? ¿Habría lucha? ¿Cómo sería la rendición? Aquella noche, Ana se había descalzado. Llevaba varias noches haciéndolo. Y componiéndose para él con ropajes ligeros, de excitantes veladuras, para excitarlo. Ronroneaba a su alrededor lo mismo que una gata mimosa en pleno celo. Le acariciaba la pierna con la punta de un pie, debajo de la mesa, mientras lo desnudaba con los ojos. Temblaba con todas las parcelas de su cuerpo como la urdimbre de las telas de araña acariciadas por la brisa. Lo acechaba, lo mismo que el arácnido, para devorarlo si bajaba la guardia. Su boca destilaba deseo. Hubo una vez en que no pudo más: lo cogió de una mano y la llevó a su seno. Se alzaba ya para besarlo, para morder la pulpa carnosa de sus labios, cuando Harald se levantó de modo brusco.

—El pope no aprobaría lo que estamos haciendo...

—Me da igual lo que el pope apruebe o deje de aprobar —dijo la Vasilieva—. Ya no resisto más. Me consumo por dentro a fuego lento. Te amo, te adoro desde el primer momento en que te vi...

—Debemos controlarnos. Eres una mujer casada. Tu marido es mi amigo y confidente, fía en mí. Además está enfermo...

—Arderé en el purgatorio por mil años si es por amarte. No duermo, ni respiro, ni aliento, ni puedo ver más allá de la pasión que siento. Mi pequeño...

—Las pasiones se enfrían. Yo también me consumo en un sentimiento que no sé

definir, pero no podré hacerlo. No hoy, ni mañana.

Harald escapó como pudo del castillo. Hubiera dado un año de su vida por amar a aquella deliciosa mujer hasta el delirio, pero aguantó con una energía que le bajó del cielo. Tuvo fiebre tres noches. Era una calentura que le mordía al alma mientras la imaginaba desnuda entre sus brazos. Amanecía desorientado, envuelto en un torpor febril, bañado en semen helado y pegajoso. Decidió no aparecer por el alcázar durante ocho días. Al noveno vino a buscarlo a la Bizancio la doncella de Ana, temerosa de que estuviese enfermo. También preguntaban por él Vasily Vasilievich y el pope. Al día siguiente, tras visitar al paciente en presencia de su esposa, reanudó las lecciones.

—¿Cómo es que dejasteis vuestra tierra para venir tan lejos? —preguntó al pope.

—Mi viaje es de misión —respondió el monje—. Pretendo evangelizar la tierra de los rus y algún día llegar a Escandinavia para propalar allí la fe ortodoxa.

—Sé que los vikingos hace ya muchos años que llegaron a Grecia atravesando Rusia —dijo Harald—. ¿Hay muchos rus allí? ¿Cómo nos tratan?

—Los varegos llegaron a Constantinopla hace doscientos años. Las relaciones entre vosotros y los bizantinos tuvieron distintas alternativas, buenas y malas. En el año del Señor de 941, pronto hará ochenta años, surgió un conflicto que agrió las relaciones entre Kiev y Bizancio.

Entró una camarera con ciertas viandas y una jarra de vino.

—Mi ama dice que desea ver al señor capitán. Tiene algo que decirle...

—Di a tu señora que estoy en plena clase; que pasaré a saludarla un segundo antes de irme.

—Y dale las gracias por el vino y la merienda —añadió el pope.

—¿Qué conflicto fue aquél? —preguntó Harald.

—A consecuencia de una incursión vikinga se rompió el tratado de paz de 911. Ingvar, el príncipe de Kiev, sucesor de Helgi, irrumpió súbita y violentamente en el Bósforo con cien naves y arrasó las orillas del Cuerno de Oro. Se liquidaron en un soplo treinta años de paz.

—¿Cómo es el estrecho del Bósforo?

—Zigzaguea como un ofidio entre Europa y Asia, separándolas. Tendrá unas cuarenta verstas de largo por media de ancho.

—¿Es muy profundo?

—No tanto como un fiordo —dijo el pope—. Une el Ponto con el Mediterráneo a través del mar de Mármara.

—¿Y por qué los vikingos rompieron aquella paz?

—El pretexto fue que el emperador, Romano I, había dejado de pagar a los mercenarios ruso-escandinavos según lo estipulado en 911. Pero para mí, Ingvar, aprovechando la ausencia del grueso de la flota bizantina que guerreaba contra los

turcos, realizó el ataque por pura piratería, por los sustanciosos frutos del saqueo.

—He escuchado decir que los turcos representan el principal peligro para los bizantinos.

—Es cierto. Desde la aparición de Mahoma, los árabes no dejan de expandirse. Lo han hecho por el norte de África y la península Ibérica y ahora tratan de hacerlo por Grecia y el Mare Nostrum. Han asolado Sicilia y el sur de Italia, el Peloponeso, el Ática y la Tesalia. Sus guerras son odiosas. Pretenden imponer por la fuerza de las armas el Islam. En Grecia, tan sólo los monjes se les enfrentan con cierto éxito.

—¿Los monjes? No sabía que existieran monjes guerreros.

—No resisten luchando, sino enardecido a los campesinos, levantando ciudades e instalándose en cenobios inaccesibles desde los que desafían el poder otomano.

—¿Qué es un cenobio? ¿Y cómo puede ser inaccesible?

—Un cenobio es un lugar de oración, normalmente apartado, donde se reúnen los monjes de diferentes órdenes. Cuando vayas a Grecia conocerás Athos y Meteora y sabrás lo que significa inaccesible.

—Adelantadme algo.

—Verás en Meteora enormes monolitos de piedra hincados en la llanura, algunos de cien varas de altura. A lo largo de miles de años el agua de un río, el Murikani, ha arrastrado la arena y dejado aquellos enhiestos y enormes bloques pétreos, con grietas altas y hendiduras donde viven monjes y eremitas. No hay flecha turca que alcance tanta altura.

—¿Y cómo acceden ahí arriba los monjes?

—Trepando por anudadas sogas.

—Eso tengo que verlo. Pero antes decidme qué pasó con el pirata Ingvar.

—Los bizantinos defendieron Constantinopla con valor y apenas dejaron indemnes diez naves vikingas. Ello significó, pocos años más tarde, la renovación del tratado de paz. Con ella, los nórdico-varegos pasaron a engrosar las filas griegas y sirvieron con éxito en su flota. Recuperaron ciudades en la costa dálmata y fueron determinantes en la reconquista de Creta.

—Creta... El otro día, en la taberna, escuché tal nombre de labios de un comerciante importador de aceites.

—Es la más bella perla del Mediterráneo, que durante más de cien años había caído en poder de los muladíes españoles.

Iba a proseguir refiriendo la epopeya cretense cuando se dejó ver de nuevo la doncella. La condesa exigía la presencia de Harald. Lo esperaba en el pabellón de verano del parque palaciego, junto al estanque. El Vikingo pidió al pope que aguardara unos minutos y fue a su encuentro. La halló impaciente, bella como el amanecer del fiordo, deseable. Oscurecía. Los últimos rayos del sol poniente matizaban las líneas de su rostro. El aire, una grisalla tenue, se impregnaba del aroma

y la sustancia de ella.

—Dime qué es lo que he hecho para que me rehúyas. Prefieres al pope antes que a mí... —dijo con determinación.

—Sabes que no es así. Te deseo tanto...

Ana se abalanzó sobre él y lo besó con la boca muy abierta, devorándolo, sin dejarle salidas. Temblaban de ansiedad, como velas de barco que tremolan al paio. Se abrazaban tan fuerte, empotrándose, que casi se hacían daño. Ella lo sujetaba por la nuca, tenaz, como para impedir que se escapase. Él le aprisionaba contra un murete alto, perforándola con su bauprés de guerra.

—Llévame arriba, mi cielo —dijo ella—. Me moriré de angustia si no vamos al lecho.

—Si hablas del torreón, aún seguirá allí el pope. Le dije que esperara. Será mejor cenar primero. Pero antes pasaré para despedirme del religioso.

Cenaron con desazón visible, tragando como pavos, sin dejar de contemplarse con codicia. La doncella, sin duda impuesta en los desvaríos de su ama, los servía con los ojos perdidos en el artesonado. Al terminar, Harald se levantó.

—¿Estás completamente decidida?

—No pienso en otra cosa. Quiero ser tuya aunque sea lo último que haga y después se hunda el mundo.

—Sea pues. Despídete de tu marido como siempre. Luego lo haré yo y simularé partir. Aleja a la servidumbre, sube al torreón y espérame. Guardemos al menos las formas.

Lo hicieron de esa manera, acopiando prudencia. Desde la enfermedad del conde el matrimonio dormía en habitaciones separadas, por lo que el adulterio resultó sencillo y excitante. Con los pequeños no había problema, pues dormían en un ala diferente del castillo, cuidados por sus amas. Tampoco debería de haberlos con la servidumbre, fiel y sumisa, comprada por la castellana. Todos sabían que una palabra mal dicha podía costar el puesto a la habladora y quizá la lengua. Al despedirse de su anfitrión, Harald dejó pasar un cierto tiempo antes de subir la escalera de caracol que llevaba al torreón. Se trataba de una estrecha escalinata de piedra, de difícil acceso hasta para alguien con dos piernas. Harald trepó por ella con el corazón batiéndole en el pecho como un pájaro preso en su jaula de mimbre. Ana lo esperaba anhelante, arrebolada, hecha un puro temblor.

—Has tardado... Pensé que no vendrías... Que no me amabas... Si es así, dímelo y me arrojaré por el ajimez.

—Mi cosita pequeña... Me atraes con la fuerza de un coloso. Yo tampoco sosiego desde que te vi. Si hasta aquí me refrené es porque sé que lo que hacemos no es correcto, que pagaremos por esto.

—No tendremos que pagar si somos discretos. Tampoco yo quiero que Vasily

sufra. He diferido este momento hasta verle mejor. Ya casi está repuesto...

La estancia, circular, era de paredes de roca. La revestían tapices orientales y el suelo alfombras persas. Crepitaba en el hogar un fuego que olía a bosque y caldeaba el ambiente. A un lado de la mesa donde el pope impartía sus lecciones estaba el diván, un mueble de origen otomano muy usado en los harenes. Ella, descalza, se recostaba en él. Con los brazos levantados y las manos por detrás de la nuca, mostrando los sobacos intonsos, semejaba una maga, una hechicera lúbrica lista para ser venerada. Se subió el borde de la túnica hasta medio muslo en un gesto salaz que hizo a Harald reventar de zozobra. No hubo palabras. La contempló otra vez con un nudo en el alma: pies sensuales, carne tan blanca, uñas decoradas con tintura violeta, piel brillante de aceite de sésamo y tobillos de gama. El se quitó el ropón y ella, enderezándose, se sacó por arriba la túnica. Con su ceñido talle, el dorado del fuego reflejado en sus cabellos y su porte, Ana representaba la realidad y la magia, la luz plena. Lo deslumbraron el resplandor de su dermis radiante, la sazónada certeza de sus senos de pezones vibrátiles, sus largas y rizadas pestañas. El rincón escondido donde mora el deseo se enmarañaba bajo la montaña. Al amago de separar las piernas resultó el sonoro zumbido en las sienes de Harald. Nunca, ni siquiera al entrar en combate, había sentido pulsación semejante. Su corazón, coceándole en el pecho, pugnaba por salir de su encierro. Se acuclilló ante ella y le besó los pies. Lo hizo despacio, dedo por dedo, en las uñas y en las comisuras, por el haz y el envés. Después subió con calma prevenida, acariciando con la lengua sus rodillas, lamiéndole los muslos con mañas de culebra de agua, alargando el placer. Al llegar a la gruta encubierta, al núcleo que condensa los afanes del hombre, se detuvo un momento para hacer inventario. Lo precisaba también para pensar, para coger aliento. Lo anegó el perfume sui generis, el rey de los aromas. Cuando degustaba el excelso licor, cuando se perdía en el acre sabor de la abertura estrecha, pensó que ya podía morir. Daba todo por bueno, hasta el suplicio. Fue entonces cuando ella inició el laboreo. Tras tumbarlo sobre el terciopelo acarició con mimo el borde de su glánde y después lo saboreó de arriba abajo. Tornaron a besarse un tiempo eterno sin dejar resquicios por arcanos, rutas vedadas, trochas azarosas, callejones perdidos o escabrosos. Todo en la habitación vibraba rojo púrpura, estaba saturado de sudor varonil y olía a piel de fémina. Ana empezó su queja, un ronroneo felino de pantera celosa.

—No puedo más, mi amor. Entra dentro de mí, te lo suplico...

Yació con ella sobre una alfombra de seda de Naín, colocando bajo sus caderas un cojín de plumón de algún pájaro extraño. La penetró con la misma furia con que asaltaría un fortín turco, tomando por asalto su boca perfumada y su mágica cueva. No dejó que el furor lo anulara. Antes, acompasó su ritmo con sus ansias, se amoldó a sus modos y cadencia. Cuando sintió que llegaba el placer, al apreciar que

enronquecía su voz, que rilaba y le clavaba las uñas en los flancos, al entender que el gozo se instalaba en su mente y no había retroceso, entonces apretó. Tuvo que taparle la boca con la suya para amortiguar los aullidos de gozo.

Se vieron a diario en el torreón y se amaron de forma inconsecuente, como dos lunáticos, lo mismo que si resonasen las trompetas del Apocalipsis. Una tarde de pasión volcánica, después de recorrer el mapa de su cuerpo, Ana descubrió los tatuajes de Harald detrás de las orejas. La luz, azul, se filtraba por el suave tamiz de los visillos blancos.

—Parecen pájaros...

—Son los cuervos sagrados. Guían a Tor en la oscuridad y le indican el camino a seguir. Revelan a Odín los secretos del mundo; lo previenen de la conjura de las brujas en la noche de Walpurgis.

Ella meditó unos segundos. Acostada de lado junto a él, mostrándole los senos y el hueco de una axila, le miraba extasiada o besaba las marcas.

—¿Qué noche es ésta?

—La del 30 de abril, cuando las hechiceras, en libertad, celebran sus aquelarres con el diablo.

—Pretendes darme miedo. Y lo estás consiguiendo...

Harald intentó ver menos a su amante tratando de apagar aquel volcán o al menos sosegarlo, pero no hubo lugar. Ella lo acosaba, le buscaba lo mismo que la sedienta el manantial o las abejas el néctar de los cálices. Quiso partir junto a sus guerreros en varias ocasiones para luchar contra las hordas bárbaras, pero no lo logró. La orden del conde era tajante: el Vikingo debía permanecer a su lado, en el alcázar. Vasily mejoraba lentamente. Había cicatrizado su muñón y volado la fiebre, pero sufría lacerantes dolores. Refería un latido de sangre en el pie que no tenía, decía padecer un daño insoportable en el tobillo del amputado miembro, un dolor terebrante en la rodilla que había sido. De noche, un tenso duermevela lo mantenía insomne con la sensación de que miles de hormigas le ascendían del talón a la corva por el miembro fantasma, martirizándolo en una sensación desesperante de impotencia. Sentía, palpaba, podía oler la herida putrefacta y hedionda, la veía. Habían dispuesto para él unas muletas y con ellas se manejaba con soltura que aumentaba a diario. Antes del sexto mes ya daba largas caminatas por el parque y volvió a cenar con la pareja. Soñaba con volver a montar a caballo. También con ascender por las angostas y empinadas escaleras de caracol del torreón, donde Harald proseguía recibiendo sus lecciones de historia.

—¿Cómo fue la reconquista de Creta? ¿Quiénes eran aquellos muladíes españoles? —preguntó una fría tarde de enero al buen pope.

—Los muladíes eran cristianos renegados. Al estar su patria invadida por los árabes, muchos periclitaron en sus creencias y cayeron en el error abrazando la fe

islámica. Tras su expulsión de Al-Andalus por un malvado emir de Córdoba, hace ahora doscientos años, peregrinaron por el norte de África hasta llegar a Alejandría, que conquistaron.

—¿Conquistaron Alejandría? ¿Tantos eran?

—Casi cuarenta mil, de ellos seis mil guerreros. Estuvieron diez años en el delta del Nilo. Luego, amenazados por el sultán de Damasco, pasaron a Creta que nos arrebataron a los bizantinos. Allí permanecieron más de cien años, hasta que el griego Nicéforo Focas, ayudado por guerreros nórdicos, reconquistó la isla en 961. Antes de ayer...

—Bravos debían de ser. He escuchado decir que los ibéricos son gente empecinada y valerosa. ¿Se conoce el nombre del jefe de aquellos muladíes?

—Se ignora su nombre cristiano, el de antes de caer en la herejía. Su apelativo árabe era Abú Hafs, pero en todo el Mediterráneo Oriental se le conocía como el Muladí.

—¿Y qué fue de aquellos renegados?

—Sus descendientes viven en Creta. Han conservado su habla romance hispánica y la mayoría ha vuelto al cristianismo, pero ortodoxo.

—¿Y los vikingos que ayudaron a Focas? ¿Quedaron en la isla?

—Los vikingos son nómadas. Pocos paráis la pata en parte alguna. Las pasiones de un escandinavo, hasta donde yo sé, son el mar, la montaña, el hielo y el fondo de la tierra. Levantas una piedra y hallas uno. Ni siquiera una mujer es capaz de domeñarlos.

Harald quiso ver segundas intenciones en sus palabras, pero guardó silencio. Pensó en Greya. Al recordarla casi sintió su aroma, recordó sus deliciosas formas y un escalofrío estremeció sus médulas.

—Entonces, los nórdicos, ¿regresaron a Kiev?

—Acompañaron a Nicéforo Focas en la victoriosa campaña de Siria, en la que capturaron a los turcos en Aleppo. Ya en la bella ciudad del desierto, que disputa con Jericó el honor de ser el más antiguo asentamiento humano, los vikingos se entregaron a la molicie. Se apoderó de ellos el demonio de la carne.

—¿Qué pasó?

—Ingvar se instaló en la ciudadela que domina la ciudad contagiándose de la indolencia que fomenta el Islam. Se rodeó de efebos y de hetairas lascivas, se dejó embaucar por proxenetas y aconsejar por mujeres de trato, fundó un harén poblado de mancebas inmundas. Dicen que, tras amar a varias cada noche, no podía dormir si no era abrazado a la camisa de la favorita, una odalisca de una belleza tan perfecta que resultaba casi demoníaca. Gustaba despertarse rodeado de hembras desnudas, despatarradas, sin pensar en otra cosa que en beber de sus hediondos cálices o en fornicar como los simios. Afirman también que cayó en la aberración de Sodoma. En

pocos meses se fundieron sus entrañas y empezó a destilar por el caño de la verga pus teñido en sangre. Estaba poseído de tal fiebre que sólo disfrutaba libando del sexo de cualquier barragana sus flujos nauseabundos. Lo mismo que de un volcán en erupción, le brotaron a decenas úlceras fétidas, bubones y pústulas necróticas. Surgieron por todas partes: en el glande, en el pene, en los testes, en el ano, en la boca... Tras sufrir la amputación espontánea del falo, murió loco.

—Se perdería Aleppo...

—Desde luego. La guerra, el regalo y el afeminamiento son cosas tan contrapuestas como el hielo y el fuego. Los bizantinos se retiraron para hacer frente a un nuevo conflicto cuando el zar búlgaro invadió Grecia por el norte. Al tiempo, Bardas Focas se levantó en el Asia Menor y marchó contra Constantinopla con la intención de usurpar el trono imperial. El emperador Basilio, consciente del peligro, despachó una embajada urgente a Kiev solicitando ayuda al príncipe Vladimir. Era en 980, hace cuarenta años. Vladimir envió una flota con seis mil varegos que contribuyeron a la decisiva victoria de Basilio contra los búlgaros. Aquella guerra ha pasado a la historia del mundo por ser la más sangrienta que registran sus anales. Fueron batallas de degüello, de exterminio, como en las primitivas edades del hombre. No hubo prisioneros. Al que caía en poder del enemigo se le emasculaba de inmediato y luego lo vaciaban los ojos, a veces con los dedos. Si alguno se quejaba le cortaban la lengua. A las mujeres se las violaba en batería antes de empalarlas. Hubo casos de niños que fueron hervidos en su propia sangre y luego devorados...

—¡Qué horror...! Es imposible tanta maldad.

—Todo es posible para el hombre, el ser más sanguinario de todas las especies, cuando se halla poseído por la sed de venganza y por la ira. Aunque algo bueno hubo detrás de tal orgía de sangre: la paz en la región entre griegos y rus, que aún perdura, y la concordia entre Basilio y el sucesor de Vladimir, Yaroslav, el príncipe de Kiev que nos gobierna. Para sellar la paz se acordó el matrimonio entre Ana, hermana de Basilio, y Vladimir, con la condición de que el rus abrazara el cristianismo. Dicha conversión del príncipe ocurrió en 988, quince años antes de su muerte. Casi al tiempo se bautizaron la inmensa mayoría de los rus.

—¿Decís que junto al príncipe se bautizaron sus vasallos?

—Así fue. Es norma en muchas partes. Cuius regio, eius religio: los vasallos deben abrazar la religión del príncipe.

Llamaron a la puerta. Era Ana Vasilieva que traía caldo hirviente y buenas rebanadas de pan de hogaza tostadas al fuego. Venía colorada tras subir los peldaños, con un sofoco delicioso bamboleándole el pecho.

—Me tenéis secuestrado a Harald. Devolvédme. Debo referirle algo antes de cenar con mi marido, el conde —dijo, dirigiéndose al pope.

—Ya me iba...

Y recogiendo el libro sobre el que le explicaba, el religioso se despidió hasta el día siguiente. Dejaron pasar unos minutos, hasta que los ecos del taconeo del religioso se diluyeron en el aire.

—¿Qué es eso que tienes que decirme?

—Nada importante: estoy encinta.

Lo dijo de tal forma que, en efecto, el hecho parecía intrascendente. Al menos para ella. Se manifestaba con la tranquilidad de quien se aprieta el cinturón un agujero, sabe que el sueño sucede a la vigilia o refiere la compra de una gallina en el mercado.

—¿Estás segura?

—Como hay Dios. En realidad, lo esperaba, lo deseaba. Sueño con tener un hijo tuyo. Es el segundo mes que me falta la regla y presento los síntomas de mis otros embarazos: náuseas, senos hinchados...

—¿Qué haremos?

—De ti depende. Si me lo pides, en este instante dejaré a mi marido y a mis hijos y huiré contigo.

—Sabes que eso no es posible.

—Entonces tendré a tu hijo, lo bautizaré y lo cuidaré junto con los demás. Lo adoraré viéndote en él. Será tu recuerdo vivo el día que me mates con tu ausencia.

—Vasily será el que acabe conmigo. Y yo me dejaré matar a fe de hombre de honor...

—Nadie te tocará un pelo. Esta misma noche dormiré con mi marido. Será un inmenso sacrificio que haré con los ojos cerrados y soñándote. Será a ti a quien ame cuando esté en sus brazos, sin buscar el placer. No hay otra solución.

—¿Podrá Vasily hacerlo?

—Lleva ya dos semanas pidiéndomelo. Insistiéndome. Venceré la repulsión que me causa su muñón impuro. Luego me las arreglaré para que no vuelva a tocarme. Nunca. Deseo ser sólo tuya y para siempre, aunque sea en el recuerdo.

Los días se alargaron despacio a partir de abril. Había comenzado el deshielo. Las primeras cigüeñas se afanaban en renovar sus nidos en las torres de Novgorod y su dulce crotorar alegraba las almas. El fruto del amor anidaba también en las entrañas de Ana, pero en su corazón reinaban la ansiedad y la tristeza. Había amado a su esposo varias veces, con desgana, ocultando su preñez, antes de confesarle su embarazo cuando ya alcanzaba diez semanas. Procuraba ocultar su gestación usando muelles togas y jamás se mostraba desnuda ante su marido. Su pasión por Harald, lejos de menguar, se acrecentaba ante la sospecha de que su amante se disponía a abandonarla. Se veían a diario, pero el Vikingo evitaba hacerlo en soledad.

—Te encuentro cada día más huraño —dijo ella un atardecer, paseando por el parque—. No quieres ya tocarme...

—Nada me agradaría más. Quisiera que fueses libre para poder amarte. Pero eres la mujer del hombre que me ha favorecido, al que aprecio y acato. Pudo más tu belleza que la voluntad de respetarte. Nunca prometí nada...

Quedaron en silencio. Ella, refugiada tras el tronco de un roble, poseía la seductora hermosura de la mujer gestante. Las líneas de su cara se habían afinado, su pelo parecía brillar más, la carnosa pulpa de sus labios prometía mil venturas. Todo se concertaba para lograr la atracción del varón. Aproximándose, se estrechó contra su cuerpo haciéndole sentir la dureza de sus senos.

—Ámame una vez más...

—¿Estás loca? Sería muy peligroso. Vasily está, gracias a Dios, recuperado. Creo que sospecha algo. He visto varias veces en su rostro el recelo, la sombra de la duda. En cuanto al pope, sabe que soy el padre del hijo que esperas. No es tonto y habrá leído en nuestros ojos la pasión que nos devora.

—Vasily está en la inopia como todos los hombres. Jamás pensáis que podéis ser engañados. Vuestro ego de macho dominante os lo impide. Y el pope no puede saber nada... Y si lo sospecha, su condición religiosa le impedirá desvelar el secreto.

—No estés tan segura ni de uno ni de otro. A veces no queremos ver lo que está a un palmo de nuestras narices —dijo Harald—. En cualquier caso no tentaré más al diablo. Siempre supiste que mi intención era dirigirme al sur con mis hombres. Lo hubiera hecho de inmediato si el tiempo lo hubiese permitido.

—¿Cuándo te irás?

—En cuanto reúna provisiones suficientes para llegar a Kiev. Además, he de conseguir cartas de tu marido para el príncipe Yaroslav. No quiero pensar qué ocurriría si descubriese nuestra relación.

El incidente ocurrió a finales de abril. Una noche, volviendo del castillo a la Bizancio, Harald sintió que lo seguían. Por el rumor de pasos sus perseguidores eran dos. Se detuvo frente a una taberna simulando mirar en su interior y los pasos cedieron. Al reanudar la marcha buscó la mala luz de una linterna de petróleo, frente al mercado, y le pareció ver dos sombras reflejadas en un charco del suelo, deslizándose. Iba desarmado. Se serenaba pensando que serían vulgares rateros cuando las pisadas aumentaron su cadencia. Se echó a un lado justo en el instante en que una espada trazó en el aire su silbido de ofidio. Tuvo tiempo de quitarse el capote, hacer un ovillo con él y enfrentar a los que tan cobardemente lo asaltaban. Ante él, dos espadachines le cerraban el paso.

—Date por muerto —dijo uno de ellos en su idioma nórdico, mientras le asestaba un espadazo del que se libró por milagro, dando un quiebro. Una larga estaca reposaba en un cubo para baldear la tierra. Harald se asió a ella igual que un náufrago al cabo que le lanzan de un bote en medio de la mar. Haciendo un molinete logró desarmar a uno de los sicarios y apoderarse de su espada. El resto fue muy fácil.

Ensartó al inerme sin idea de matarlo y ya fuera de combate, hizo frente al segundo. Éste, con más experiencia, le dio guerra. Al clamor de los aceros al chocar salieron de la taberna varios curiosos, pero no intervinieron. La pelea terminó con la muerte del asaltante de una estocada que le atravesó el pecho. Nuestro héroe se dirigió al caído, que sangraba de un costado.

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis?

El herido, un hombre con aspecto claramente noruego, callaba. El Vikingo le puso la punta de la espada en la garganta.

—Habla o como hay Dios que te corto el gaznate.

—No me matéis, señor... Tened piedad. Nos envían los hijos del conde Gudumdsson.

—¿Svend y Björn? ¿Por qué?

—Lo ignoramos con seguridad señor, es decir, lo ignoro. Se comenta que es por la muerte de su hermana Greya, de la que os hacen responsable.

—¿Ha muerto Greya? ¿Cuándo?

—Al dar a luz, señor. Tuvo una hija.

—¿La pequeña está bien? ¿Y el conde?

—El conde Roald murió al saber de la muerte de su hija, pero la pequeña vive.

—Regresa a Trondheim —le ordenó— y di a los que te contrataron que no les temo. Y hazlo pronto. Si vuelvo a verte por aquí, te mataré.

El malhechor se perdió cojeando por las callejas que bajaban al puerto y Harald se quedó meditando. La pobre Greya muerta... Tenía una hija y la enemistad de toda una poderosa familia. Lo invadió un sentimiento mezcla de frustración y fatalismo. También de libertad, como un peso en el alma del que se hubiera redimido por un extraño ensalmo. ¿Hubiera cambiado algo su regreso a Noruega? Posiblemente nada. Las mujeres pueden fallecer al dar a luz tengan o no marido. No se sentía culpable. Pero otros no opinaban lo mismo y con seguridad volverían a intentarlo. ¿Cuándo? No antes de mes y medio, tiempo que se tardaba en llegar desde Novgorod a su tierra y regresar. Decidió ir siempre armado y aceleró su marcha al sur.

Los vikingos hicieron composturas en su nave y varias incursiones cinegéticas, con permiso del conde Vasily, para conseguir caza. Llenaron varias orzas de barro con salazón y tasajo de ciervo y urogallo. En la última cacería ocurrió algo penoso: un grupo de varegos acosó a una enorme osa parda. El animal, acorralado, defendía a sus oseznos con furia de leona. En una de sus tarascadas y terroríficos viajes con las garras abiertas, malhirió a Rulav desgarrándolo un antebrazo, que perdió. Trataba la fiera de devorar el miembro sangrante y desgajado cuando fue muerta de un hachazo. El guerrero fue operado por el pope, quien limpió la herida, cauterizó los músculos y suturó sus bordes. Ello retrasó la salida de la expedición, que no pudo partir hasta días después del solsticio de verano, el 26 de junio.

El Vikingo propuso a Rulav que se quedara en Novgorod, pero el fiel varego se negó alegando haber jurado al rey Harald proteger a su vástago. La tarde antes de la marcha se presentaron los condes de Novgorod en la Bizancio. Ana estaba bellísima, sin ocultar su estado. Parecía conformada de ánimo, resignada a su suerte. Demostraba con ello una gran entereza, el pragmatismo propio de una fémina recia. Vasily, al contrario, exultaba de gozo, consciente de la riqueza que suponen los hijos para la nobleza. Daba la sensación de verse libre, como el ciervo que, tras quedar atrapado, escapa de la trampa tendida en pleno bosque. Se manejaba bien con sus muletas, había vuelto a montar a caballo y semejaba haber recuperado la confianza en sí mismo. Al entregar a Harald una carta de encomienda para el príncipe de Kiev y un salvoconducto por si tenían problemas durante el largo y difícil viaje, pareció respirar. Como última atención facilitó a los nórdicos un guía, un experimentado rus que conocía al dedillo el itinerario que deberían seguir.

Cuando el conde recorría la nave para despedirse de sus tripulantes, los amantes aprovecharon para despedirse con un furtivo beso.

La Bizancio se deslizaba majestuosa por las mansas aguas del lago limen, al sur de Novgorod. Parecía un barco nuevo, un cisne que estrenara plumaje. Recién calafateado, renovados sus cordajes y jarcias, encerados los remos, barnizadas las tablas de cubierta y amuradas, reparada la vela, volaba empujado por la brisa del norte. Harald se ahorcaba en el banco delantero, tras la levantada proa con forma de mujer. Había sido una idea de Igor. Un artesano de Novgorod había tallado una sirena de madera de grandes senos y cola de pescado que hacía las veces de mascarón. Mientras la brisa ondulaba su melena, Harald pensaba en la dulce Greya, muerta tras haberle dado una hija. Ah, la maternidad... Excelsa facultad de las hembras. Los hijos y las palabras provienen de los hombres, pero nacen de la mujer, se nutren de su sangre. Son igual que los alerces: apuntan hacia el cielo buscando conversar con las estrellas. ¿Qué sería de aquel ser? Tendría casi un año, gatearía ya... El recuerdo de los pechos de Ana vino a turbar su mente. Evocó también su piel tan mórbida, la delicia melosa de su boca, el aroma de su cuerpo abierto para él, el abismo de su húmeda rendija y su sabor. Ella también llevaba un hijo suyo en las entrañas. No sentía nada. Es cómodo ser padre...

Aquella noche durmieron a bordo. No vieron por el lago alma viviente. Al día siguiente divisaron el delta que formaban el río Pola y el Lovat, que debían ascender. Era una conjunción de arena y agua, de marismas azules habitadas de pájaros y arenales fangosos y amarillos. Las riberas estaban tan pobladas de árboles que no hallaron un lugar para desembarcar, por lo que asaron en la parrilla de popa tasajo de oso, del mismo carnicero plantígrado que casi los devora. Hubo bromas a cuenta del antebrazo de Rulav.

—¿Estás seguro de que no se lo tragó?—preguntó Kart—. Esta carne sabe a rata

muerta...

—Será tu propio hedor, cerdo asqueroso —lo insultó Rulav—. Mi carne es dulce, como saben perfectamente mosquitos, tábanos y mujeres.

Tras celebrar a carcajadas la ocurrencia se relataron sus conquistas amorosas en la ciudad que acababan de dejar. Era el final de cualquier conversación: las mujeres, sus cuerpos, sus aromas, sus redondeadas formas, la manera en que amaban. La fama de los nórdicos tras la hazaña de Harald con las prostitutas era tal, que estaban en boca de todas las hetairas. Agradecidas, les daban preferencia haciéndoles descuentos especiales e incluso fiándoles si andaban mal de numerario. Todos tenían algo que decir, un placer que evocar. Sólo Harald callaba. Aprovecharon los interminables días de luz plena para progresar lo máximo posible. El Lovat era más ancho que ninguno de los ríos que navegaran antes. De orillas bajas, muy pobladas de arbustos y maleza, su corriente era sonora e impetuosa. De vez en cuando se cruzaban con barquillas de pesca o con hoscas aldeanos en ensenadas de arena cobriza, vigilantes a la puerta de sus casas de piedra. Dos jornadas gastaron antes de llegar a la aldea de Velikiye, que contaba con un mugriento embarcadero de estacas clavadas en el lodo negruzco. Había dos o tres barcazas y un lanchón que se dedicaba a cruzar bestias y gentes a la otra orilla por un mísero canon. El agua del río, remansada, era muy verde allí.

Tras dejar a bordo a tres hombres de guardia desembarcaron. Un tipo cetrino de color, escuálido, les indicó el camino que llevaba a la taberna del poblado, en una plaza desolada y pedregosa, junto a la iglesia. Poco había que hacer en el tugurio: el vodka era infame, aguado y con moscas flotando, y las únicas dientas dos golfas caducadas que daba grima ver. Cómo serían, que no hubo un varego dispuesto a complacerlas ni de balde. Era también que aún no echaban de menos el sabor de una hembra. El tabernero les informó sobre los rápidos del río, ya cercanos, y les habló de la mejor ruta terrestre para llegar al Dvina, datos que confirmó el guía. Al día siguiente reanudaron la navegación llegando a los rápidos al caer la tarde. Sacaron la nave por un lugar idóneo y pernoctaron junto al río. Desayunaron fuerte, pues los esperaban duras jornadas. Quince tardaron en cubrir con la Bizancio las treinta verstas que la separaban del río Dvina. Hombres y caballos se emplearon a fondo para arrastrar la nave por un suelo blando, bituminoso, cubierto a trozos por légamo o maleza. Era una zona ya utilizada durante muchos años por decenas de navíos escandinavos, llana la mayor parte, con pequeños repechos que suponían un obstáculo añadido en su progresión de por sí lenta y trabajosa. La compensación por el esfuerzo, que hacía sudar a hombres y espumajear de fatiga a los caballos, era la suave bajada que seguía a las pendientes. Entonces la Bizancio se deslizaba por la hierba o el musgo como un patinador sobre el hielo de un lago congelado. Recordaron a los esquiadores del lago de Novgorod, en el pasado invierno. Incrustaban en sus zuecos de madera una placa de acero y resbalaban por la helada

superficie lo mismo que libélulas. A mediados de julio encontraron el Dvina, el gran río que desaguaba al Báltico. Sólo lo navegaron día y medio, hasta llegar a Vitebsk. En la populosa población descansaron tres días.

La ciudad, un cruce de caminos náuticos y terrestres, estaba amurallada y bien provista de tabernas y prostíbulos, lugares que los varegos demandaban de forma preferente. Visitaron el más reputado, famoso en la región de Vitebskaia por la belleza de sus coimas y lo arreglado de sus precios. Hubo quien, como Morten y Farlo, se instalaron allí y no salieron en los tres días. Harald no lo pisó. Aún sentía en la piel las caricias de Ana Vasilieva, soñaba sus pies descalzos, la suavidad de pétalos de mirto de sus senos y el aroma de su piel, a arboleda otoñal tras la lluvia. Después de avituallarse de aguardiente, que empezaba a escasear, y sacar del río la nave para reparar con brea algunas rozaduras de su casco, reanudaron la marcha hacia el sur en busca del río Dniéper que los llevaría a Kiev. Era el último obstáculo, una porción de tierra completamente llana pero boscosa, de unas cuarenta y cinco verstas de extensión. Tenía trochas ya conocidas y trilladas por otras naves nórdicas que, al arrastrar sus panzas por el suelo de matas y de tierra arcillosa, habían dejado su impronta en forma de carriles profundos y resecos. El color de las hojas de los árboles empezaba a cambiar a un verde más intenso y se veían más pájaros. Sabían que habrían de enfrentarse a bandas de forajidos, cuadrillas de bandidos y asesinos que trataban de desvalijar a los vikingos al amor de los frondosos bosques solitarios. Hablamos de chusma sin ley ni orden, a veces evadida del penal, con la cabeza puesta a precio por el príncipe Yaroslav, canalla que no obedecía otro designio que no fuese el albur o su capricho. Dos días antes de llegar al gran río sufrieron el asalto. Ocurrió en una zona abrupta, a plena luz del día, cuando la nave se atascaba y trataban de encarrilarla colocando debajo troncos de árboles para que progresara. Los malhechores se abalanzaron sobre la Bizancio rugiendo, prorrumpiendo alaridos y disparando una nube de flechas que hirieron levemente a algún varego. Eran al menos treinta, todos desarrapados y hambrientos. Lo cierto es que los vikingos estaban preparados y, con rapidez, les hicieron frente. Fuertes, buenos guerreros y bien alimentados, decantaron el combate muy pronto a su favor. Cada cual se enfrentó con quien pudo, alguno con dos y hasta con tres, y a Harald le correspondió la peor suerte. Cuando pudo enterarse, se vio frente a un gigante pelirrojo, grande como un oso polar, y su ayudante, un eslavo malencarado y cejijunto, pálido, tan delgado como el tallo de una acelga. El flaco apenas participaba en el combate. Se limitaba a animar a su jefe, a surtirle de dardos o de lanzas, a poner en sus manos el alfanje y, alguna vez, a cooperar en la lucha a su sombra. Recordaba a la rémora, el pececillo que acompaña al tiburón, lo limpia de impurezas y se alimenta de sus sobras. Manejando el hacha de guerra con una mano y con la otra la espada, Harald los mantuvo a raya mientras los aburría. Era cuestión de tiempo que el cansancio hiciese

mella en ellos. Y es que, por el color cerúleo del grandullón y el aspecto apaisado de su adlátere, parecían ayunar desde hacía tiempo. Se alentaban entre sí en una lengua extraña: el dialecto de Kursk. Cuando el Vikingo comprendió que el de ceño adusto estaba ya en sazón, lo despachó de un hachazo que le rebanó el cuello a nivel del gañote. El alto resistía. Le lanzaba estocadas bajas que Harald esquivaba saltando y andanadas a la cabeza que el varego solventaba agachándose. Desde luego, el rufián era valiente. En una de las embestidas la punta de su espada rozó el pecho de Harald desgarrando el peto delantero e hiriéndolo. De ver y oler la sangre resultó el ímpetu que multiplicó la fuerza de sus brazos. Asiendo la espada con ambas manos hizo tal molinete que su mandoble perforó el vientre del facineroso y puso a orear sus tripas. El forajido taponó la herida con las manos pretendiendo evitar que vida y asadura se saliesen por ella, pero el Vikingo aprovechó la distracción para cortarle la cabeza de un limpio tajo y mandarlo al infierno. Después miró a su alrededor. El campo de batalla, tinto en sangre, semejaba una carnicería en vísperas de fiesta. Había varios bandidos muertos o desangrándose. La escabechina alcanzaba a las ramas de los árboles, donde se veían piltrafas humanas colgando como frutos sangrientos. Varios mutilados o heridos quejumbrosos contemplaron la huida de los supervivientes, cinco o seis salteadores que, arrojando las armas, se perdieron en la espesura arbórea sin volver la cabeza.

Hicieron inventario: a cambio de la pérdida de Morten, uno de los más bravos varegos, muerto de un flechazo, y de varios lesionados y heridos, habían quedado sobre el campo cinco eslavos muertos y trece heridos, alguno malamente. Para evitarles sufrimientos o ser devorados por las alimañas los remataron decapitándolos de certeros hachazos. Enterraron a Morten boca arriba con su espada sobre el pecho y, tras colocar una cruz de madera presidiendo el cúmulo de piedras y encomendarlo a Odín, prosiguieron la marcha. De tener un caballo sobrante lo habrían inhumado junto al bravo guerrero para facilitar sus combates arriba, en el Valhala, pero no podían prescindir de ninguno. Al dejar el lugar se abatía sobre los cadáveres una sonora turba de cuervos carroñeros y de buitres.

Dos días después llegaron a orillas del río Dniéper. Contemplaron extasiados su gran cinta de plata cabrillear entre grandes hayedos y bosques de robles y coníferas. El paisaje era completamente diferente. El abeto del norte iba siendo suplantado por hayas y abedules a medida que se acercaban al sur. Dieron con una playa, entre verdes juncas, y allí botaron la Bizancio. Todos tenían ganas de navegar, pero antes se arrojaron al agua tan desnudos como salieron del vientre de sus madres. Dejaron en el padre Dniéper la fatiga, el sudor de aquellas jornadas de polvo y el olor de la sangre. Ya a bordo, con la nave señoreando el río por su centro, brindaron con aguardiente antes de retirarse a sus camastros para dormir a pierna suelta. Era noche de luna. Selene espejeaba sobre el agua y hacía soñar futuros venturosos. Seiscientas

verstas de navegación los separaban de la mítica Kiev, con el postrer obstáculo de los rápidos, poco antes de Chernóbil.

Pasaron por Orsha, Moguiliov, Bobruisk y Retischa. Siempre que podían pernoctaban en un puerto fluvial. Amaban la proximidad de la taberna y, con excepción de Harald, la posibilidad de fornicar en los prostíbulos. Ello era muy barato y sencillo, más cuanto mayores fuesen la ciudad y su población. Eran siempre lupanares de ínfima catadura, sórdidos, con ramera por lo general sucias y harapientas, pero que a ellos les parecían templos del amor recordando el pasado. Vencido el impedimento de los rápidos, terminados en hermosas cascadas cuyo fragor resonaba a diez leguas, reintegraron la nave al anchuroso río y navegaron el lago Kiyeskoie. A finales de agosto de 1021 avistaron las murallas de Kiev.

Capítulo 2

Helena: Yo nunca fui a Troya; sólo estuvo mi sombra.

*Mensajero: ¿Qué dices? ¿Sólo por una sombra
estuvimos degollándonos diez años?*

EURÍPIDES

Difícil resaltar la conmoción de los vikingos al contemplar desde su nave las murallas de Kiev. Tras ellas, el sol del mediodía se reflejaba en las cúpulas de sus iglesias en una iridiscencia entre rosada y cárdena; la fuerte claridad de la jornada, casi meridional, rebotaba en los mosaicos de cientos de palacios provocando como un deslumbramiento cegador; el aire parecía más sutil, se respiraba mejor y con menos esfuerzo que en la nórdica Novgorod. Miríadas de palomas y tórtolas señoreaban el cielo en vuelos caprichosos y efímeros. Parecían volar atendiendo a un oculto designio: tan pronto formaban una muralla gris hacia levante, en pos del sol, como sesgaban su trayectoria en diagonal ofreciendo un perfil invisible, casi etéreo. La Bizancio se deslizaba por el centro del Dniéper, vasto en aquella parte, sorteando a decenas de embarcaciones de guerra, naves de carga y chalupas que cruzaban el río transportando hombres, ganado y mercancías. Los varegos jamás habían navegado un río como aquel, ancho como el más espacioso de los fiordos. Cuando se acercaban al enorme puerto, frente a la ciudad, ante su puerta principal de bronce patinado y verdoso, se les acercó un lanchón con su casco pintado de amarillo. Pertenecía a la autoridad portuaria. Harald se identificó al oficial que lo gobernaba y le mostró sus cartas. A la vista de ellas, facilitaron a la nave fondeadero desde el que se accedía a la escalinata de piedra que conducía directo a la ciudad.

Los varegos desembarcaron de inmediato. Era infinita su curiosidad por ver cuanto antes la capital de Ucrania, la quimérica cuna del arte y la cultura, la más antigua población de los países rusos. Al traspasar la abierta puerta quedaron extasiados. En nada recordaban aquellas calles y edificios a lo visto hasta entonces en ninguna parte. Aquel barrio era el más viejo, el Podol, donde se concentraba el comercio minorista. Sus casas de atezada madera, de tres y cuatro pisos, se arrimaban las unas a las otras como tiernos amantes, sosteniéndose o por darse calor. Por arriba se rozaban los tejados por su alar y abajo sus paredes se abombaban como abdómenes grávidos a punto de estallar. Daba la sensación de que, en un instante, reventarían para alumbrar a una pléyade de rubios y felices habitantes de aquella ciudad mágica. En el dédalo de sus callejas retorcidas como punta de garfio, limpias y adoquinadas, podía contemplarse cualquier actividad capaz de ser efectuada por el hombre: cambistas con puestos desmontables trocaban por monedas rusas o bizantinas

cualquier cosa; especieros de todas las especias que produce la tierra las anunciaban a voz en grito; ceramistas, lañadores, capadores de cerdos, mercachifles, sacamuelas, proxenetas, fruteros, echadores de cartas, amanuenses, notarios, gitanas quirománticas, cantamañanas y cien distintos tipos de buscavidas competían con sus voces hasta convertir el Podol en un rompecabezas, un guirigay sin nada que envidiar al más sonoro zoco de Damasco. Las gentes, trajeadas con vestidos de colores chillones, parecían seres de otra galaxia, cada cual inmerso en su propio trajín, como mariposas que aletean en busca de luz.

Salieron del sector comercial a otro más amplio, de calles rectas, algunas empedradas de forma que el lodo no salpicase a los viandantes al paso de caballerías y carruajes. Supieron aquel día lo que significaba la palabra acera. Se extasiaron ante los edificios de fachadas pintadas o decoradas con mosaicos y tejados de cobre que la pátina del tiempo había vuelto verde mate, con jardines frondosos de plantas nunca vistas y de árboles extraños. Cruzaron por delante del monasterio de las Criptas, el Kievo-Pechérskaia Lavra, centro espiritual e intelectual de Kiev. Sus altos muros, que dejaban asomar por arriba el lujurioso verdor del vergel interior, albergaban —según supieron— un gran edificio dotado de magna biblioteca y obras de arte. El palacio era sede de la máxima autoridad religiosa ortodoxa en toda Rusia: el metropolitano. Harald se propuso, desde que pudiera, visitar tan extraordinario conjunto levantado en piedra dorada de Fastov, canteras de un lugar no lejano.

El día era caliente y luminoso. Vieron en una plaza hexagonal la exhibición de unos titiriteros, de tragasables, de tipos que se introducían en la boca antorchas ardientes y humeantes, un amaestrador de pavos, otro que adivinaba el porvenir utilizando pájaros pequeños y un domador de serpientes, árabe por su aspecto y turbante. Se alejaron bufando cuando, al toque de una flauta de pico, surgió del agujero de un canasto la cabeza de un áspid sibilante, de lengua larga y bífida. Muy llamativo fue un faquir, un hindú auténtico, tan escurrido de carnes que visto desde cualquier parte parecía de perfil. En taparrabos, se le marcaban todas las costillas y podían numerarse las agujas prominentes de sus vértebras. Comía sin cesar vidrios rotos que tomaba de una cesta a su lado, mientras, recostado sobre un lecho de clavos, dirigía la mirada al infinito o a la alquibla tal vez, ese punto del horizonte al que dirigen los ojos los islamitas cuando rezan. Pero lo más impresionante fue un teatrillo ambulante, en plena plaza. Varios tipos azotaban a un hombre cubierto por una blanca sábana. La flagelación se hizo más vigorosa, acompañada de un soplando de fragua al que la gente hacía eco. El castigado sangraba por la espalda, si es que era sangre lo que manchaba su sudario y el escenario de tablas. Después, todo fue rápido: surgió un actor entre las bambalinas sable en mano, se aproximó al flagelado por detrás y enarboló su arma. La multitud rugió de pánico mientras el matarife lo decapitaba de un certero tajo. Lo que parecía una cabeza ensangrentada rodó sobre la

tarima en medio del horror de los varegos. Harald calculó que se trataba de una farsa. Nadie asesina a nadie sobre un escenario habiendo leyes. Un viejo eslavo que contemplaba el espectáculo fumando su pipa de opio no se inmutó. El Vikingo se aproximó, tratando de saber.

—¿Y esto? —preguntó en rus, una mezcla de lenguas que ya casi dominaba.

—Se trata de un antiguo truco persa —dijo el anciano—, que aquí ha sido representado con maestría. Traen a un niño o a un hombre de baja estatura, le sujetan sobre la cabeza la testa cortada de un cordero colocada de forma que el cuello sanguinolento esté hacia arriba y tapan todo con una sábana agujereada en el sitio conveniente. Como ha podido ver el efecto es sobrecogedor.

—¿Y la sangre de los latigazos?

—No hay latigazos. La cadena que parece de hierro es de cuero pintado y la espalda está acolchada. La sangre es bermellón obtenido de la sangre del múrice. El único problema es manejar el sable con destreza para evitar decapitar de verdad al actor principal.

Todavía impresionados, siguieron por una amplia alameda que desembocaba en una plaza rectangular, donde estaba el alcázar del príncipe. Harald se adelantó a una de las garitas que daba acceso al parque palaciego, se identificó al jefe de la guardia y le mostró sus cartas mientras solicitaba audiencia al mandatario.

Iban tan asombrados de lo que veían que se olvidaron hasta de comer. Tan sólo a media tarde, cuando el sol declinaba y sus rayos morían tras besar la cúpula de la catedral bizantina de Santa Sofía en la que aún se trabajaba y cuya magnificencia pretendía emular a su homónima de Constantinopla, recalaron en un figón que prometía por su aroma. Probaron un sabroso guiso hecho de berenjenas y aderezado con queso fundido de cabra, algo jamás probado y de lo que no tenían noticia. El vino, de Crimea, era oloroso y fuerte, del color del rubí.

—Fuerte y poderoso deberá ser el príncipe que gobierne un país como éste —dijo Rulav.

—El príncipe Yaroslav lo es —aseguró Harald—. Según me dijo el pope en Novgorod, es un rus verdadero, descendiente de Rurik, que llegó a Kiev siguiendo la misma ruta que nosotros hará ciento cincuenta años.

—También llevará por sus venas sangre eslava —dijo Anker.

—Por supuesto. Como habréis comprobado, las eslavas son amables, bellas y cariñosas —respondió Harald—. Todos los vikingos terminan amancebándose o casándose con ellas.

Regresaron al barco con las primeras sombras, pues supieron que las puertas de la ciudad se cerraban cuando la clepsidra de palacio marcaba las once de la noche. A esa hora, el reloj hidráulico activaba un mecanismo que hacía sonar las campanadas en la torre. Cayeron derrumbados en sus catres y durmieron diez horas.

Harald soñó que se enfrentaba en un caballo blanco a las hordas mongolas, las vencía, era encumbrado a la jefatura del ejército y premiado con la mano de una bella doncella, blonda de cabellera, frágil, tan delicada que su piel olía a muérdago y la planta de sus pies era suave como el polen que se cría en los cálices de las rosas silvestres. Creyó que todavía soñaba cuando Rulav lo despertó tirándole de un pie. Se despertó con lentitud. No sabía si estaba en los bosques noruegos amando a Greya, en el torreón de Novgorod poseyendo a Ana Vasilieva o matando daneses en el fiordo de Bergen.

—Arriba, pedazo de holgazán. Han venido a buscarte.

—¿A mí? ¿Quién puede buscarme a estas horas?

—¿Qué hora crees que es? La gente honrada trabaja desde el alba. El príncipe Yaroslav quiere verte. Ahí fuera está su emisario, el jefe de la guardia de palacio.

—Que espere. He de desayunar. Invítalo. Mientras, date un baño en el río y adecéntate, que hiedes a media versta. Me acompañarás.

Ambos se zambulleron desnudos en las aguas del Dniéper; Harald desayunó con apetito, se puso una camisa limpia y estrenó calzones. Había comprado en Vitebsk un par de botas nuevas, de cuero de ternero, que calzó con orgullo. A pesar de ello odiaba inaugurar calzado. De forma inevitable le martirizaba el pie en alguna parte. Aquél no le apretaba. Era amarillo como los girasoles, tan suave como la piel de la garduña, de media caña, con las polainas vueltas y unos graciosos perifollos colgantes que oscilaban con la marcha. Colgó de su cuello la cruz griega, puso al cinto su daga de ceremonia y se armó con la espada. Se miró en el espejo de las aguas del río y se vio lo mismo que un nuevo Prometeo. Sus veinte años habían cuajado en un hombre cabal, de buena planta, larga y rubia melena desbordando sus hombros y rostro atezado del sol y la brisa fluvial. Montando un caballo que traía para él el alguacil, con Rulav como escudero, recorrió el trayecto hasta palacio despacio, en medio de la admiración y los suspiros de las hembras a su paso. El príncipe lo recibió de inmediato, tratándolo de forma familiar, como nunca había imaginado.

—Siéntate, Harald —le ordenó Yaroslav en la sala de audiencias, un salón de amplios ventanales orientados al parque, penetrados de luz.

El Vikingo obedeció tras entregar su carta credencial que el príncipe ojeó con interés. Aprovechó para pasear su vista por el artesonado, por los tapices que colgaban del techo, por el macizo mobiliario. Los suelos, ajedrezados, eran de mármol blanco y gris. Todo reverberaba de bruñido y limpio. Allí se respiraba poderío.

—Mi buen Vasily Vasilievich... —dijo al fin Yaroslav como hablando consigo—. Sé que está mejorando de la fatal herida que le costó una pierna. Triste. Es el duro fielato que los guerreros tenemos que abonar si queremos conservar lo que es nuestro. Pero, en lo que a tí respecta, sobran credenciales. Tengo las mejores referencias tuyas

y de tus hombres. Por si ello fuera poco, no ha mucho llegó de Trondheim un embajador de tu hermano el rey Olav, que Dios guarde, con una carta suya manuscrita.

—Un embajador de Noruega, señor... —dijo Harald con los ojos muy abiertos—. ¿Qué nuevas trajo?

—Las cosas deben de andar bien por aquel reino, al fin en paz. Olav se casó no hace tanto y el casorio sienta bien a los hombres.

—No tenía noticia, señor; qué agradable sorpresa. ¿Fue hace mucho?

—Debió matrimoniar nada más partir tú. Se trata de una princesa sueca. Se tomó el asunto con tanto ímpetu que anda ya embarazada de siete meses y a punto de dar a luz. Me habló, aunque ya lo sabía por Vasily, de que estabas en Rusia. El te suponía en Novgorod. Ambos alaban tu gallardía y valor.

—Me abrumáis, señor. Pensé que me olvidaron ya en mi patria. ¿Cómo llegó hasta aquí aquella embajada? ¿Lo hizo por tierra?

—Cruzó los mares desde Trondheim. De esa forma se ahorró dos meses de viaje.

—No es posible, señor. La flota danesa impide el paso a los barcos noruegos en los estrechos bálticos y en el canal que separa Francia de Inglaterra.

—Ya no. Tu hermano Olav, que debe ser astuto y sosegado, ha firmado un tratado de paz con los daneses.

—Hermanastro, señor.

—Para mí no existen bastardías. Sólo hay que mirarte para saber que la nobleza corre por tus venas. Eres hijo de rey...

—Gracias, señor. ¿Y no os dijo nada de mi señora madre?

—Pues lo cierto es que no. Lo que quiere decir que estará bien. Ya sabes que la mejor noticia es su ausencia. ¿Cómo te fue en el viaje desde Novgorod?

Harald relató los pormenores de su desplazamiento incluyendo el asalto en el bosque. Habló también de la belleza del Dniéper y de lo poco que había visto de la ciudad de Kiev. El príncipe le escuchaba interesado, agrandando las orejas. Por fin habló:

—Si he de hacer caso a las alabanzas guerreras que de ti hace el conde, compadezco al bandido que pretenda asaltarte. Vasily ha perdido un valioso guerrero que he ganado yo. Todo se queda en casa.

—Yo pretendía, señor, con vuestra venia, pasar a Constantinopla cuanto antes.

—Siendo tan fiel vasallo como afirma Vasily no tendrás inconveniente en ayudarme, por supuesto con tus hombres. En agradecimiento, sabré corresponder. Se ha detectado movimiento de tropas tártaras en Jarkov, en la línea del Donest, a doce o trece días de marcha. Si ello es verdad, y mi fuente de información es muy fiable, veremos a aquellos salvajes ante nuestras murallas antes de terminar el verano. Quédate, te lo ruego. Pasarás el invierno con nosotros. Conocerás a mi familia.

Quiero incorporarte a mi ejército con el empleo de coronel.

—Es un honor que no puedo rechazar, señor.

—Lláname Andrei, por favor.

El Vikingo, sorprendido por el trato y la propuesta, por su buena estrella, miró al príncipe. Era un hombre rondando quizá la treintena, agraciado de rostro, de mirada clara y limpia, nariz clásica, con el típico aspecto del rus, sabia mezcla de eslavo y escandinavo. Vestía con elegancia cortesana, de una forma nueva para Harald. Calzaba esarpines de seda roja que, por lo elevado de tacones y suelas, parecían coturnos de escenario. Llevaba bombachos blancos, moda que luego supo turca, acuchillados y con forros azules. Un ancho cinto de damasco ceñía su cintura y daba paso a una camisa de hilo egipcio bordada en finísimo encaje. El colete de piel, sin mangas, dejaba ver en su cuello una cruz bizantina. Se armaba con daga curva, al estilo agareno, con empuñadura de oro y pedrería. Un tahalí de cuero negro sujetaba su espada de ceremonia a la cintura; era un arma de tal belleza que atraía la mirada del

Vikingo. Su mango, de plata repujada con tres gruesas esmeraldas engastadas y un rubí del grueso de una almendra, debía de ser obra del más fino orfebre de toda Ucrania.

—Es la espada de Rurik —dijo, sacándola de su funda—. Veo que suscita tu atención...

—Nunca vi nada más hermoso, señor.

—Andrei, te lo suplico. Es factura del mejor armero cordobés, en la Andalucía que gobiernan los árabes. Su acero es toledano, templado en las aguas del Tajo y martelado por los mejores artesanos que contemplan el orbe conocido.

Tras aquella entrevista no estuvieron ociosos los nórdicos. Harald fue investido coronel del cuartel de San Juan Bautista, en un altozano cercano a la ciudad, donde se instalaron sus varegos. El entrenamiento guerrero era intenso y diario. Ya un experto jinete, Harald se aplicó a dominar su caballo, un ejemplar árabe de capa gris moteada, regalo del príncipe. En ocho días jinete y montura parecían formar un bloque compacto y monolítico. Ambos participaban de las mismas cabriolas, iban al paso, piafaban, trotaban, galopaban y respiraban al unísono. El Vikingo, risueño y participativo, caía bien en todos los ambientes: en la carpa de oficiales durante los descansos del servicio, en las cuadras con los palafreneros y en la cantina de tropa con los soldados más humildes. Cuando supieron, a mediados de septiembre, que los tártaros habían cruzado el río Sula, un afluente del Dniéper, llegó la orden del príncipe de avanzar sobre ellos para tratar de contenerlos. Más de quince mil combatientes procedentes de distintos cuarteles se concentraron en Borispol, a un día de marcha de la ciudad, hacia el este. Cabalgando sin descanso, llegaron en cinco jornadas a la vista del campamento enemigo.

Harald mandaba varios regimientos de caballería ligera en los que se integraban sus hombres. Si hubiera que buscar una palabra para describir el estado de su ánimo sería excitación. Era la primera vez que llevaba a sus espaldas tan dura carga: más de cuatro mil hombres. Saberse responsable de tantas vidas lo mantuvo insomne toda la noche. Cuando se hartó de dar vueltas en la estrecha litera se levantó y salió de la tienda a la noche estrellada. Todo dormía en un silencio calmo, húmedo del relente nocturno. Los fuegos que limitaban el campamento emitían una humareda densa que iba azulándose a medida que la claridad del nuevo día, una albura delgada y blanquecina, diáfana, se aupaba entre los cerros de levante. Paseó inquieto, saludando a viejos luchadores varegos que velaban como él, bebiendo a morro en sus pellejos de vino, confraternizando, infundiéndoles ánimo y deseándolos suerte.

Aquel 19 de septiembre amaneció radiante. Un gran disco solar alzaba su pálido amarillo sobre las llanuras humeantes, como calima fosca en el desierto. A la derecha, surgiendo entre el verdor de chopos y abedules, espejeaban las aguas de un gran lago. Treinta y cinco mil hombres de ambos bandos afilaban sus armas para la batalla. Los tártaros venían de someter Poltaba y exultaban de moral y sed de triunfo. Los precedía su fama de guerreros crueles e infatigables. Solían acudir a la guerra portando el fruto de su rapiña que trasladaban en galeras arrastradas por mulas. Parte fundamental de su rapacería eran las féminas, bellas niñas o mujeres de entre doce y veinte años capturadas desde Armenia a Crimea. Al acabar el día, tras repartirse el botín confiscado en sus razias, copulaban con ellas antes o después de emborracharse. Al ser mucho mayor el número de hombres, era normal que una muchacha de quince años soportara sucesivamente el peso y el hedor de veinte fornidos y beodos guerreros. No era raro que alguna muriese al ser violada tan repetidamente. Incluso, en ese caso, no cesaban de fornicar con ella mientras su cuerpo conservara el calor. Eran alimañas sin fe ni religión antes que seres humanos, bestias sometidas a la tiranía otomana o bizantina, pero no por ello menos sanguinarias o culpables.

Los tártaros, sin dejar de animarse con aullidos, se agrupaban en tres núcleos: arqueros, lanceros de a pie y caballería ligera.

Los arqueros conformaban la vanguardia. Eran famosos por su puntería, temidos por la agudeza de sus envenenadas flechas. No menos célebre era la caballería cosaca aunque sus caballos proviniesen de Mongolia, en los confines de Asia. Los equinos mongoles no tendrían la alzada de los árabes, pero eran más robustos y mucho más resistentes. Comían cada tres días y podían atravesar desoladas regiones sin beber, lo mismo que los camellos y dromedarios los desiertos libios. Eran casi salvajes, no soportando la dureza de la silla. Por ello sus jinetes cabalgaban a pelo o sobre cuartos de vaca, para ablandar su carne al modo que implantara Gengis Kan. En cuanto a los lanceros, no existía cuerpo de ejército más temible. Eran los herederos de las huestes de Darío, el sátrapa persa, ante cuya presencia la única salvación era la huida.

Los ucranianos, a tercias varegos, eslavos y rus, eran no menos fieros. Curtidos en ancestral lucha contra griegos y uzbekos, mongoles y fineses, turcos y chechenos, no temían a la muerte. No serían tan ágiles y escurridizos como los tártaros, pero, mejor alimentados, eran mucho más recios. El príncipe conformaba su ejército en dos alas y un centro. La caballería, acorazada, iba en vanguardia. Tras la incursión de los caballeros seguían los infantes. Mientras, por ambos lados, los arqueros cumplían su misión. El ala izquierda, la más próxima al lago e integrada por varegos en sus tres cuartas partes, era la que mandaba Harald. En el centro, al frente de sus tropas, destacaba la gallarda silueta del príncipe Yaroslav. Todos sus efectivos —rus y eslavos a la par— lo idolatraban. Con él había llegado a Ucrania la paz y la prosperidad. Era un gobernante valiente, culto e inteligente. Había transformado Kiev hasta hacerla la principal ciudad de Rusia y convertido sus tierras negras, productoras de grano, en las más feraces entre el Don y el Danubio. Amaba la cultura, los libros y entendía el griego y el latín. Los rayos del sol centelleaban en su coraza y yelmo, rodeado por su guardia, convirtiéndolo en el centro de todas las miradas.

Imperaba en el ala derecha el general Zicov, un militar eslavo tuerto de un ojo. Alto como un farallón que sobresale del mar y fuerte como un tigre, su figura destacaba entre sus hombres, más eslavos que rus; tenía fama de ser un ardiente amador y el bebedor de vodka más conspicuo de Ucrania. Entre sus hazañas carnales figuraba el haber copulado con nueve mujeres distintas en veinticuatro horas, colmándolas a todas. Estando de servicio era la pulcritud, el primer cumplidor del reglamento, pero cuando se hallaba con licencia era un ciclón. A pesar de ser casado y mantener a dos amantes, se encerraba con cinco o seis hetairas y un tonel de aguardiente en una dasha que poseía en el campo y no salía de allí mientras durara el vodka. No hay testigos de lo que allí ocurría, pero es voz popular que las hembras abandonaban la villa con los ojos brillantes y un suspiro en el alma. Su vigor fornicando era tal, tal su fuerza y dotación venérea, que no había prostituta en veinte leguas que no anhelara ser llamada a una de aquellas juergas incluso sin cobrar. En cuanto a su valor y destreza militar, era tanta la pasión que ponía en la guerra que Yaroslav lo adoraba. En la ocasión en que una flecha uzbeca lo vaciara el ojo, no se apartó de su cama en cuatro noches.

Cuando rayaba el día se hallaban listos ambos ejércitos para embestirse. Los soldados se remejían en sus puestos, impacientes. Recordaban a esos jabalíes montaraces que pezuñean entre la hojarasca, ante la hembra en celo, antes de acometerse. El sol se ocultó tras un nubarrón alto por no ver, quizá, la contienda entre hombres de parecida raza. La nube, gordinflona, no era una nube de agua: se insuflaba por un lado y emitía digitaciones por el otro, se afilaba en la punta y engrosaba otra vez, jugando remolona, intentando tal vez refrescar las ideas de los generales con su sombra. En los dos bandos se izaron las enseñas que anunciaban que

los ejércitos aceptaban el combate. De la parte tártara se escucharon juramentos al cielo o al infierno. El que parecía jefe de aquella hueste, un gigante sin pelo con el pecho cruzado por tres aspas de cuero, armado hasta los dientes, lanzó una terrible imprecación, desenvainó sus dos alfanjes y ordenó a sus arqueros avanzar. En la parte cristiana, Yaroslav parecía orar o encomendarse a lo alto, mudamente, inmune a los berridos tártaros. Erguido en su caballo blanco, fuerte como las furias míticas, con su blonda melena surgiendo bajo el yelmo, no semejava menos impresionante. Por fin, besó la cruz que pendía de su cuello, desenvainó su espada de batalla y aulló:

—¡Por Cristo y por la santa cruz!

—¡¡Ucrania!! —fue la respuesta en millares de bocas rusas y escandinavas.

Y a esas voces se inició la contienda. El señalero de Yaroslav ondeó las banderas para que dejaran avanzar al enemigo, al tiempo que los arqueros se disponían en círculo. Harald, de manera refleja, ajustó al cinto el hacha de batalla, el arma letal distintiva de los guerreros nórdicos. Nunca se las había visto con tantos contendientes, pero estaba sereno. Era una paz ante el peligro que le surgía en la cabeza como insuflada por sus dioses Aesir, esas divinidades nórdicas que jamás envejecen ni mueren, que son buenas. Las líneas de arqueros estaban a menos de doscientas versts cuando, a un flamear de banderas rojas, se produjo la carga de ambas caballerías. La colisión fue terrible. Las certeras saetas se clavaban en los equinos, derribándolos, o en las carnes de los jinetes, malhiriéndolos. Los caballeros indemnes traspasaron las líneas enemigas cercenando cabezas; entre ellos, dando ejemplo, se batían sus tres jefes. Es verdad que el príncipe se rodeaba de una nutrida y feroz guardia que hacía casi imposible acceder a su proximidad. Pero no era el caso de Zicov o de Harald, que se batían como energúmenos, entre alaridos, con dos o tres contrarios a la vez. Sobre todo el Vikingo era un prodigio de soltura con la espada, de tino con el hacha. Manejaba ambas armas de manera impecable e implacable, sin clemencia, lo mismo que una fiera acosada o una alimaña. Como queriendo ahorrar en el esfuerzo, cada tajo, cada mandoble o golpe de hacha era una vida menos. Hubo un feroz toma y daca entre los contendientes que empeoró para los ucranianos cuando los cosacos del Don entraron en acción. Igual que un mal viento del norte asolando los fiordos, la caballería tártara, al son de los dombacs, los pequeños y estruendosos atabales de procedencia persa, se abalanzó sobre ellos. Zicov trastabilló ante su empuje y Yaroslav también se resintió. El encuentro lo decidiría, como siempre, la infantería. Los lanceros tártaros, más numerosos, producían brechas entre los cristianos que no daban abasto a reparar desde la retaguardia. Las filas ucranianas se partían como un dique de barro ante la avalancha de una avenida de agua. Pronto se halló Yaroslav en situación comprometida, aislado de los flancos de su ejército, y era cuestión de tiempo que se viese en un penoso trance. Harald tuvo un destello de luz en sus entendederas que se lo hizo ver claro: trataría de solventar el contencioso en

lucha personal con el jefe enemigo, con aquel gigantón que despachaba justo en aquel momento a tres contrarios. Lo tenía a menos de treinta varas. Se desembarazó, decapitándolos, de dos que lo acosaban y miró de tal forma a su enemigo que su influjo magnético pareció conmoverlo. Ambos se desentendieron de sus atacantes y, arrojados en sus leales guerreros, marcharon al encuentro. Ya frente a frente, descabalgaron para acuchillarse con más calma. A aquel salvaje revestido de badana de oveja daba miedo mirarlo: calvo hasta de pestañas, con el cuerpo minado de cerdas de elefante, brazos gruesos como ramas de roble y una insufrible sonrisa de maldad suficiente en los labios, su visión era una pesadilla. Al situarse ante Harald hizo una exhibición de maestría trazando con su alfanje en el aire un jeroglífico con sonidos de ofidio, tratando de asustarlo. Y lo logró. El Vikingo estudió sus posibilidades, que eran pocas. Salir vivo de allí usando sólo la fuerza era imposible. Él no era de alfeñique pero, entendiendo que el caso era de arte y destreza, tomó la espada con la mano derecha y el hacha con la izquierda y esperó la primera acometida. Esquivó un mandoble de alfanje capaz de partir en dos a un león marino y paró en seco otro con el filo de su espada. Tan sólo del retemble le dolió el brazo el resto de aquel año. El tártaro primero sonrió y luego aguzó la mirada tratando quizá de fulminarlo. Fue cuando le lanzó un viaje con la punta de su arma que no ensartó el pellejo de Harald por el ancho de un poro. De la fuerza del impulso, y al no hallar resistencia, resultó un resbalón que dio con la anatomía del coloso en tierra. El Vikingo pudo haberlo muerto ensartándolo como a una sabandija, pero no era su estilo. Tan sólo devolvió la sonrisa aumentada. No era nada ofensivo. Le hacía gracia ver morder el polvo a alguien tan corpulento. Aquel malencarado hereje lo tomó por ultraje y se levantó con la furia brillándole en los ojos. La rabia, prima hermana de la ira, muy mala consejera. Perdidos los estribos, lanzó un postrer ataque que Harald deshizo con pericia. En la cara del tártaro se reflejaba el pasmo y la impotencia. Abrió mucho los ojos al sentir el aguzado acero penetrar en sus carnes. No terminaba de creer que estaba siendo vencido y ultimado por un guerrero que podía ser su hijo. Su poca fe se hundió cuando el hacha del Vikingo cercenó su cabeza limpiamente y lo mandó con Satanás. Un torrente de sangre impura y negra tintó el rostro y las manos del luchador noruego, mientras un rugido de júbilo salía de miles de gargantas cristianas. Los tártaros, al ver decapitado a su adalid, se sumieron en la desesperanza e iniciaron un desordenado retroceso que empeoró las cosas. Apretados por varegos y eslavos, cogidos en la trampa mortal que el lago representaba a sus espaldas, dieron la batalla por perdida y, arrojando las armas, buscaron la salvación cada cual como pudo. Muy pocos la lograron. Los soldados de Ucrania, envalentonados, los persiguieron matándolos con saña como a sapos, alanceándolos o degollándolos sin piedad. La sangre era tanta y tan roja que teñía las márgenes del lago. En menos de una hora no quedó enemigo vivo. Más de veinte mil cadáveres sangrientos, la mayoría tártaros,

decoraban el campo de batalla.

Harald fue izado en triunfo y paseado entre las tropas. Lo tocaban, proclamaban su nombre, besaban sus manos, le arrancaban jirones del ropaje, lo ensalzaban igual que a un nuevo Héctor.

El regreso a Kiev de los soldados fue una explosión de júbilo. Por todas partes vítores, aplausos, pendones y estandartes de Ucrania. Tardaron en la vuelta más de lo previsto pues, conscientes de que el peligro tártaro se había prorrogado un año más, los celebraban en aldeas y poblados. La fama de Harald el Vikingo, como era conocido urbi et orbi, no hacía sino crecer. La entrada del ejército en la capital fue inenarrable. La ciudad, engalanada, acogió a su nuevo héroe como Roma a Servio Sulpicio Galba tras sus victorias en Hispania. Hubo un solemne tedeum en acción de gracias por la victoria, en el que Harald se situó a la derecha del príncipe.

El Vikingo, inmune a los elogios y a pesar de la insistencia de Yaroslav, seguía viviendo con sus compañeros de la primera hora en la Bizancio. Fue en un banquete que organizó en su honor, en palacio, cuando el príncipe logró convencerlo de trasladarse a su propia vivienda, un caserón con jardín en el barrio elegante, no lejos del alcázar. Le pareció una descortesía negarse y aceptó. Desde luego ganó en el cambio. En su nuevo hogar, amplio y confortable, disponía de mayordomo, criados, caballeriza y un frondoso jardín con árboles y arbustos desconocidos para él. Dedicó parte de aquel lluvioso otoño a conocerlos e identificarlos. Nunca antes había visto una rosa amarilla, una camelia o una azucena. Se extasió al contemplar la gardenia, un gladiolo, el amarilis, la azalea, el lirio y los colores puros. Y enloqueció al apreciar un verdadero aroma. Aprendió a distinguir los del jacinto, violeta, nardo e iris. En aquel vergel había enormes cedros, pinos azules de belleza anunciada, sauces lánguidos, rotundos albedros y madroños, acacias de flor blanca, cipreses melancólicos, olorosos magnolios, delicados plátanos silvestres, nogales y un laurel gigantesco. El clima, cuando llegó el invierno, siendo frío, era mejor que en Novgorod. También la luz era distinta, como dibujada por una transición a medio paso entre el norte y el sur. Recordando el mal trance de Novgorod y en prevención de un nuevo y traicionero ataque, dudó si traer consigo a Rulav, pero desechó la idea sin esfuerzo. Deseaba intimidad.

Había conocido en el banquete a la mujer del príncipe, Tatiana Yarosleva, una belleza eslava de ojos verdes y edad parecida a la de su marido, y vio en otra ocasión, en una comida íntima en palacio, al resto de su familia, Andrei Yaroslevich, un jovencito de siete años, y Sonia Yaroslievna, una princesita de cinco. Le chocó que antes de beber o de probar bocado, un servidor lo hiciera por el príncipe. Situado dos pasos tras él, tomaba en sus manos la copa, daba un prudente sorbo, limpiaba el reborde con un paño y se la pasaba. Si se trataba de un plato de comida, lo cataba con cuchara o tenedor de plata en un complicado ceremonial que le pareció absurdo.

Entre catas y pruebas el camarero permanecía en pie, tan erguido y silente como un poste, hierático. Tanto que le recordaba a uno de los espantapájaros que colocaban en las pomaradas de los fiordos, al llegar el verano, para tratar de alejar a estorninos, tordos y calandrias.

Harald jamás había degustado manjares tan deliciosos ni mejor servidos. Nunca había empleado para comer ningún tipo de cubierto, no siendo la cuchara de madera de su tierra o el cuchillo de hierro que conociera en Novgorod, por lo que se amoldó a ellos viéndolos utilizar a sus anfitriones. Sentados a la mesa, Tatiana miraba a Harald como a una aparición, asombrada quizá de sus modales rústicos. En cuanto a Sonia, era una niña pálida, rubia como los trigales de Moldavia al tiempo de la siega, con ojos azul turquesa y un piquito por boca de gorrión pardo. Almorzaba a su lado muy derecha, con los codos pegados al costado. Conocía el protocolo a pesar de su edad y se comportaba como una mujercita. La imitó cuando, con cuchara de plata y mango de marfil, paladeaba despacio su escudilla de especiado borscht, o al cortar con cuchillo dorado tajadas de cordero, ayudada con el tenedor portado en la mano izquierda a pesar de ser diestra. Cualquier movimiento de sus dedos parecía responder a un complejo ritual desconocido para él. Todos comían y bebían de manera silente. Masticaban con la boca cerrada y sonreían al tiempo. Se secaban los labios con finas servilletas bordadas cada vez que probaban el agua, incluso mojándolos tan sólo. Harald, acostumbrado a hacerlo en la bocamanga, estaba un poco incómodo. Le parecía pueril ensuciar un paño tan fino para algo innecesario. Sorbió de manera sonora, sin darse cuenta, de su copa de cristal veneciano —se trataba de un vino delicioso— y tan simple acción concitó la atención general e incluso risas sofocadas del pequeño Andrei, que fueron corregidas por su madre. Pero lo que más le impresionó fue la abundancia de platos y vasos. Utilizaban uno para cada vianda y una copa para cada distinta clase de vino o de licores, amén de una mayor que las demás para el agua. Al terminar los postres —la exquisita repostería ucraniana— le pusieron delante un mediano bol de porcelana china lleno de agua. Todos charlaban. Excusado es decir que el Vikingo, escarmentado, no movió un músculo hasta ver qué hacían los demás. Confiaba no tener que beberse aquella esclusa. Respiró aliviado cuando vio que Yaroslav se lavaba los dedos e hizo lo propio. En la otra parte del inmenso comedor actuaban varios músicos. Lo habían hecho durante la comida amenizándola con sones atrayentes, una especie de danza quizá más apta para la sobremesa. Él sólo conocía música de iglesia y la que cantaban a las mozas casaderas los muchachos, en el fiordo. Le extrañó, pero no hizo comentarios. Al final le entusiasmó. Era agradable, incluso digestivo, escuchar el sonido de instrumentos nunca vistos interpretando aires bailables. Al terminar la comida se despidieron la mujer y los niños.

Yaroslav cogió de un brazo a Harald y lo llevó a un pequeño gabinete decorado

en madera de ébano. Contaba con terraza acristalada, abierta al parque. No sólo las paredes estaban recubiertas de madera labrada, también lo estaban el suelo, de tarima de roble, y el techo artesonado. Recordó las descarnadas paredes de piedra del palacio de Trondheim, siempre heladas. Había un escritorio y una ventruda cómoda con los bordes de bronce patinado. Por el ventanal entraban juntos el resol de la tarde y el zureo de las tórtolas. Era el momento de las confidencias. El príncipe sacó del mueble una artística jarra de vidrio y escanció el aguardiente en dos mínimas copas. Luego de un carraspeo, degustando el aromático e incoloro licor que se hacía traer de la Dalmacia, el mandatario le ofreció la jefatura del ejército.

—Es para mí un honor y desde luego acepto —dijo Harald—. Pero no quiero engañarte, amigo Andrei. Sabes que mi intención sigue siendo pasar a Bizancio cuanto antes y ver mundo.

—Confío tenerte entre nosotros hasta haber conjurado el peligro que representan las tribus asiáticas —dijo el príncipe—. Para ello tendrás plenos poderes y un despacho propio, en mi palacio.

Tras escuchar de boca de su anfitrión distintos pormenores administrativos y políticos que atañían al gobierno y a las relaciones de Ucrania y de Bizancio con Venecia y los turcos, Harald se despidió. Pidió licencia al príncipe para recorrer el monasterio de las Criptas y recibir las enseñanzas de los sabios que moraban e impartían sus clases en él, para un selecto grupo. Su interés se centraba en conocer la historia del mundo. Pasaba las mañanas en su despacho de palacio resolviendo problemas castrenses, atendiendo la logística militar o visitando las murallas defensivas y acuartelamientos. Por las tardes recibía lecciones en la biblioteca del monasterio a cargo de los mejores profesores del país. Con León Semionov, el profesor de historia, le unió enseguida una fuerte amistad. Era un eslavo pequeño de estatura, tranquilo como un cochinillo atiborrado de tibia leche materna, con desproporcionada testa de rasgos acusados y cejas tan pobladas que imponían, dándole la apariencia de un ogro. Su cabezón era de tal calibre, que daba la impresión de que un mal paso podía volverlo del revés y dejarlo con la jeta clavada en el suelo y las piernecillas agitándose al aire. A pesar de su aspecto inquietante era más inofensivo que una mosca.

—¿Es muy antigua la dinastía reinante en la ciudad? —le preguntó una tarde.

—Procede de Igor, un caudillo varego que señoreaba Kiev hace cien años. Alguien quizá con tus mismos orígenes. En el caso de Ucrania no puede hablarse de dinastía.

—¿Por qué?

—Porque hacen falta siglos para poder hablar de ello. Es el caso de Amaterasu, el país de los hombres amarillos y las mujeres de ojos rasgados. Allí los emperadores llevan sucediéndose dos mil años.

—He escuchado decir que es donde nace el sol.

—No es cierto. El sol nace en el lugar donde su disco amarillento surge tras las montañas, pues la tierra es redonda.

—¿La que existe en Bizancio, es dinastía?

—Sí. Tiene quinientos años. Pero es chica al lado de la sumeria, persa, babilónica o egipcia, que perduraron mucho más.

—¿Y la romana?

—No es dinastía en el sentido estricto. Allí hubo épocas en las que los emperadores se sucedían y otras en que eran electos, igual que en la república ateniense.

—¿Quién los elegía?

—Un senado de patricios o el propio emperador saliente entre los que suponía más idóneos.

—La elección me parece un sistema más propio —aseguró Harald.

—Suele serlo. La república, si es honesta, elige a los mejores. Por el contrario, puede darse que el hijo de un buen rey sea un cenutrio. Los mejores emperadores romanos, como Trajano o Adriano, fueron electos o, mejor, adoptados.

—¿Adoptados?

—Nerva apostó por Trajano y lo adoptó. Y acertó en este caso. Pero todo conduce al mismo desenlace: el mejor gobernante será siempre el más justo y honorable, el más sabio, el más honrado.

—Entiendo. ¿Es cierto que los reyes son una emanación del propio Dios?

—Por supuesto que no. Dios es eterno y las dinastías no lo son. Además, yo he visto nacer príncipes y te aseguro que nada hay más alejado de la divinidad que dicho parto.

—Explicaos.

—Espero que serás discreto... —dijo León, amortiguando el tono de su voz y mirando a un ventanal que daba al parque interior del monasterio—. Yo te tengo por tal —añadió—. Las paredes oyen y, tratándose de reyes o de príncipes, hay que ser muy prudente.

—Conmigo no deberéis tener la menor prevención. Lo que entre por mi oído no lo sabrá mi lengua.

—Dicen que eres hijo de rey

Harald tardó en contestar. Era un tema que terminaba saliendo en cualquier conversación y que ya le aburría. Se pensaba un ser normal, tan rey como cualquiera. Miró a su interlocutor y luego a la copa de un árbol del jardín. Ajenos a cualquier asechanza la poblaban los pájaros cantores. Saltaban en las ramas, picoteaban con el pico sus plumajes, ahuecaban el ala para acicalarse, se amaban, parecían felices... Volvió a escrutar el rostro de León. Por el brillo especial de su mirada supo que se

disponía a relatarle algo que no se hallaba escrito en los tratados de historia, algo que había vivido.

—Soy de origen bastardo —dijo al fin.

Esta vez fue León el que guardó silencio. Luego prosiguió en voz baja, casi en un susurro.

—Mi abuelo conoció a Igor, un valiente varego surgido de algún lugar de Escandinavia. Era, por otra parte, un destripaterrones. Había salido de la gleba, como todos, pero poseía un alma noble.

La fuerza de su brazo y el vigor de su mente lo hicieron duque merced a un juego de amenazas y dádivas de los emperadores de Bizancio. La suerte tuvo poco que ver. En último término sólo medra el constante, el más fuerte. Igor legó el ducado a Vladimir, motejado de santo, y éste a su hijo Yaroslav.

—¿El Santo?

—La mayoría de los príncipes tienen un sobrenombre. Vladimir se lo ganó al abrazar el cristianismo tras casarse con Ana, una princesa bizantina. Imagino que su vida no sería en exceso piadosa, pero al menos no fue cruel o sanguinario, como es norma. Suele ser tal la vesania en testas coronadas que a un rey que no sea un monstruo enseguida lo intitulan de pío.

—Veo que sois republicano antes que monárquico.

—Cierto. Pero espero que quede entre nosotros.

Hubo un mutismo que cortaba el silbo de los pájaros. Los rayos del sol, ahora oblicuos, aureolaban la cabeza de Semionov dándole el aspecto de un pensador de la Escuela de Atenas. Feliz edad —pensó Harald— la que permitía comulgar en el ágora con Platón o con Sócrates y discrepar en público del dictador de turno.

—Supongo que, tras hacerse cristiano Vladimir, se convertiría todo el pueblo a la nueva fe —dijo el Vikingo.

—Muy incisivo... ¿Por qué lo supones?

—Me lo explicó Alexei, el pope de Novgorod. En mi tierra pasó igual no hace tanto. Mi padre, el rey Harald, se convirtió a la fe de Cristo y con él los noruegos.

—Aquí ocurrió lo mismo un poco antes. Pero no deja de ser absurdo que yo tenga que convertirme a la fe de Mahoma porque mi rey profese el Alcorán. O que me haga budista o seguidor de Zaratustra por decreto.

—Tan cierto como que ahora es de día —dijo Harald—. Seguid...

—Al morir Vladimir, hace ahora siete años, se desencadenó una feroz lucha por el poder —prosiguió Semionov.

Se estableció otra mudez, ahora espesa. Llegaba del exterior el rumor de las aves, el del agua de alguna fuente dulce y el gañido de un perro. Mi informador tragó saliva.

—En este instante deberás aplicarte aquello sobre la discreción que hablamos

antes —dijo León.

—Adelante. Podéis contar con toda mi reserva.

—Los herederos del ducado, los primogénitos de Vladimir, eran mellizos, Boris y Gliéb. Dos detestables personajes que se negaban a estudiar de niños, respondones, malcriados, maníacos, mandones, caprichosos.

—¿Los conocisteis íntimamente?

—Más que eso: los padecí. Yo fui su preceptor y el de sus otros hermanos. Resultaba imposible intentar razonar con ellos, pues eran peor que zotes. Tratar de meterles en la mollera el concepto más simple era un suplicio. Se pelearon a muerte por dilucidar quién había salido primero del seno de su madre, pues ello significaba la corona ducal. Pero no lograron arrancar de los labios de la princesa su secreto, si es que lo había. ¿Qué madre que alumbró gemelos sabe tal cosa? Como los dos no podían ser príncipes, se retaron a un duelo que no llegó a celebrarse. Y ello porque otro hermano en discordia, Sviatopolk, vino a aclarar las cosas. Es sabido que, de su propia mano o a través de sicarios nunca descubiertos, ordenó envenenarlos. De un plumazo se fueron al infierno dos diablos. Sufrió su pobre madre, pero Ucrania respiró al verse libre de tales espantajos. Sviatopolk mantuvo el principado sólo un año. Tenía dieciocho cuando ciñó la corona ducal. Era tal su soberbia, tanta su maldad irresponsable, que el ambiente en palacio y en Kiev se hizo irrespirable. Mandaba azotar al primer lacayo que viese dormitando en un pasillo, maltrataba a su madre de su mano, gustaba de violar a toda doncella que se pusiese a la vista de sus ojos saltones. En Ucrania no se conocía el derecho de pernada, tal como existe en Francia, Inglaterra o en el norte de Rusia, hasta que lo implantó aquel infame en sus catorce inolvidables meses de desgobierno. ¿Emanar de Dios aquel engendro? Si acaso del averno, de entre las más escogidas furias de Satán. Desatendido el gobierno, olvidada la iglesia, preterida la justicia, relegada la hacienda y abandonadas las fronteras, fuimos invadidos por los pechenegos. Entonces fue cuando surgió, Dios sea loado, el hermano más chico, Yaroslav, nuestro actual príncipe.

—¿Cómo llegó al poder?

—Os pido nuevamente circunspección...

—La tenéis. Os lo juro ante estos Santos Evangelios —dijo Harald, colocando la mano sobre una santa Biblia.

—Es voz popular que asesinó a su hermano, al odioso Sviatopolk. Algunos dicen que contrató a un matón, pero otros afirman que lo hizo personalmente.

—¿No intervino la justicia?

—¿Justicia? ¿Qué justicia podía haber con aquel degenerado duque en la poltrona? Si existía algún resto Sviatopolk se encargó de anularlo, de aherrojar a jueces y fiscales, de pervertirlo. Cómo sería la sensación de alivio en toda Ucrania que ni siquiera protestó su madre, que murió al poco envuelta en el cariño del pueblo

y de su hijo más chico. Aquel homicidio sería en todo caso merecedor de recompensa, de algún galardón imperial. De hecho vino una legación de Constantinopla a la coronación del príncipe. Hubo fiestas, danzas callejeras, vino en toneles en la plaza, parrillas de ocas y terneros cebados... Para nuestra fortuna, Yaroslav es un gobernante sensato, culto, cauto, valiente y poderoso. Ha ordenado erigir la nueva catedral, protege la religión, las artes y las letras, atiende a la justicia y la respeta, ha repuesto a jueces y fiscales y los ha dado independencia, mira por los desvalidos hasta donde es posible...

Harald entendió al escuchar a Semionov el porqué del servidor dedicado a catar y a probar las bebidas y alimentos del duque. Le comentó el caso. Era el encargado de «la salva», sencilla operación con la que se pretendía preservar al príncipe de intentos de envenenamiento, de los que él tal vez tenía práctica. El Vikingo aprendió bajo la férula de tan docto maestro lo más notable de la historia. Supo de la existencia de la China de los mandarines, de sus riquezas y sapiencias antiguas, de sus mujeres silenciosas y de pies vendados, de las culturas sumeria y babilónica. Comprendió que había nacido en un rincón inhóspito y marginal del mundo al enterarse de la realidad de naciones como Persia o la India, sitios de saberes arcaicos, a doscientos días de marcha, donde existía el amor refinado y la seda y el oro eran moneda corriente. Conoció del Egipto y de sus milenarias dinastías, de sus monumentos funerarios, de Alejandro Magno y de la Grecia clásica, cuna de la civilización de Occidente. El centro de la tierra, el lugar donde se decidían los destinos del hombre, se escoraba del Oriente hacia Europa y dentro de ella hacia el Mediterráneo. Había estado entre el Tigris y el Eufrates, creció a la sombra de las pirámides y el Partenón, pasó después a Roma y ahora se encontraba en Constantinopla. Al caer la tarde, Harald visitaba a sus viejos camaradas en la Bizancio y bebía con ellos vino búlgaro antes de regresar al hogar. Allí, frente al crepitante fuego de leña, cenaba frugalmente antes de recopilar lo aprendido o de consultar, incansable, distintos tratados o manuscritos para aumentar sus conocimientos.

La popularidad del Vikingo, sobrenombre con el que empezaba a conocerse en toda la ciudad, aumentaba de día en día. Una tarde, cuando recorría admirado las callejas del Podol, llenas de vida, ocurrió un caso que vino a acrecentarla. Al salir de una taberna, yendo solo, vio como dos hombres malencarados, esclavos por sus trazas, vapuleaban a un anciano. Uno lo sujetaba por los hombros mientras el otro, grande y con una cicatriz que le partía en dos el rostro, se entretenía largándole golpes y puñadas a su antojo. El viejo se defendía soltando escupitajos y tratando de arañar al que lo inmovilizaba de forma tan artera. La gente había corro, pero nadie había nada por aliviarlo. Harald se vio en la obligación de intervenir.

—Buenas tardes, señores —dijo sonriente—. ¿Alguien podría explicarme la razón de esta paliza a un indefenso anciano?

El que daba los golpes paró en su acción al ser interpelado. Miró incrédulo a Harald y prosiguió la tollina con el mismo ímpetu mientras decía:

—Prosigue tu camino y cuida de tus propios negocios, sucio varego.

—¿Qué me has llamado?

—Te llamo lo que eres: varego infame, entrometido, sórdido y apestoso —dijo sin inmutarse aquel rufián.

El Vikingo no se alteró. Tan sólo se quitó el tabardo que dio a un espectador junto con el capuz. Iba desarmado aquella vez. Habló despacio.

—Antes de sentarte la mano y de hacerte tragar tus palabras, dime por qué pegáis a este hombre. Si no lo haces, el castigo que os propinaré será mayor.

Al verse metido en el ajo, el que sujetaba al abuelo lo soltó y se encaró con Harald puesto en jarras. Era un tipo difuso, malencarado, tuerto del ojo izquierdo.

—Primero expondré las causas de esta tunda y luego te daremos una paliza que jamás olvidarás —aseguró—. Este infame judío nos debe la renta de año y medio y, tras reclamársela en vano varias veces, hemos decidido exigírsela.

—Es correcto que intentéis recuperar lo que es vuestro —dijo Harald—. Pero no de esta forma. Dos hombres fornidos contra un viejo desvalido. Debería daros vergüenza. Pegad a quien queráis, pero no en mi presencia. Acudid a la ley, embargad al deudor, proponed la subasta de sus bienes... Todo menos castigar a un pobre octogenario de esta manera cruel y en público. —Y dirigiéndose al viejo como Cristo a la adúltera, le dijo—: Levántate. Puedes irte.

Harald dio media vuelta y, tras tomar otra vez su tabardo, reanudó su camino.

—¡No te irás de rositas, pedazo de cabrón! —chillaron los energúmenos, abalanzándose sobre él por la espalda y derribándolo.

El noruego se levantó buscando el modo de defenderse de la doble acometida. Sus contrarios, sendas dagas en mano, se disponían a rebanarlo a trozos. Harald hizo un rebuño con el tabardo y los encaró gallardamente. Detuvo el ataque de uno mientras, girando el cuerpo, propinaba al tuerto una patada en pleno escroto. Una mujeruca de las del corro murmuraba: «Es el Vikingo, es el Vikingo...». Al ver que había pelea se arremolinó un grupo de gente. El más grande de sus oponentes le largó un terrorífico viaje con la daga que Harald evitó ahuecando el abdomen. El tuerto se retorció de dolor, sujetando sus testes con ambas manos, momento que aprovechó nuestro héroe para atizarle una coz en la boca que dio con él en tierra. Uno de los presentes, un varego que parecía ir de compras, quitó el puñal de la mano del caído y se lo ofreció a Harald, pero éste lo rehusó. El del costurón, loco de furia, lanzó un postrer ataque puñal en mano que hubiera perforado a un buey de tropezárselo, pero el nórdico, ágilmente, lo evitó contoneándose. El público, decantado abiertamente por él, lo animaba y vitoreaba. Ello, y su impotencia, hizo reconsiderar la situación al grandullón que trató de escapar arrojando su arma. Harald lo impidió golpeándole

con el borde de una mano en la base del cuello, haciéndolo rodar por el lodo aparentemente muerto. Era un golpe que le enseñara en su momento Rulav y que, en efecto, había que manejar con tacto pues podía matar a un caballo de manera instantánea. Harald cogió a sus enemigos por los pies y, arrastrándolos a la cercana poza de unos tintoreros, los arrojó dentro. Sólo allí revivieron. Cuando recuperaron el sentido y salieron de la cuba chorreando, teñidos de magenta, lo hicieron mansamente. Cabizbajos, mohínos, se alejaron calle abajo en medio de los abucheos de la gente.

El Vikingo no consentía el menor abuso o prepotencia. Era calmoso, noble, accesible, nada altanero. Adornaba su fuerza con un carácter manso, como uno de esos grandes canes que buscan a los perdidos montañeros en medio del glaciar. Acompañaba cualquier prédica con su mejor sonrisa. Sólo si era atacado sacaba a relucir su casta y una fe en la victoria que lo hacía invencible. Lo relatado y otros sucesos, como la vez que protegió a una joven viuda que un desalmado dueño pretendía echar de su vivienda, la ocasión en que detuvo al ladrón de una indefensa mujer en plena plaza o la oportunidad en que machacó a un proxeneta que golpeaba a una de sus pupilas alegando que ocultaba parte de la recaudación, le dieron un aura de grandeza que crecía e iba a más.

Una mañana de domingo, de regreso a su casa tras salir del servicio religioso en una iglesia, conoció a un veneciano, un mercader de sedas que poseía el mejor almacén de la ciudad, perteneciente en realidad a su padre. Llamó la atención del Vikingo su compostura, el bello enjaezado de su cabalgadura, su porte aristocrático. Harald, dada su popularidad, trataba de pasar desapercibido y vestía con despreocupado desaliño. Pero ni vistiendo harapos pasaba inadvertida su planta mayestática, ese algo especial que distingue a los hombres ilustres y sólo da la cuna.

—Vos debéis de ser Harald, nuestro más bravo general —dijo el de Veneda, un hombre joven, de una edad pareada a la del nórdico.

—Ése es mi nombre. A quién tengo el honor...

—Me llamo Alvis. Soy un mercader veneciano de patria, pero con más años en Kiev que en la ciudad que me viera nacer.

Se apearon de los caballos y estrecharon sus manos. Harald le presentó a su inseparable Rulav mientras admiraba los ropajes del meridional: botas de brillante piel negra con espuelas de plata, calzones acuchillados y holgado jubón de seda bajo una capa cárdena forrada. Se cubría con sombrero de ala ancha adornado con plumas de algún pájaro extraño. Iba desarmado. Nunca había visto unos ojos más negros y profundos. El Vikingo se sintió desnudo con sus bastos ropajes de cuero y aquellos zapatones. Vio la oportunidad de relacionarse con un mercader, educado al parecer y noble por su aspecto.

—Iba hacia mi hogar. Os invito a un vaso de aguardiente. Me agradaría

conoceros, saber de vuestra actividad...

Alvise aceptó y allí nació una amistad que perduró en el tiempo hasta la definitiva vuelta del Vikingo a Noruega, muchos años después. Su relación se hizo fraterna. Se veían los fines de semana. Formaban una pareja que causaba expectación en todas partes: Harald tan rubio, fuerte, de pelo largo y lacio, Alvise moreno con el cabello negro alborotado, deshecho en bucles, de tez pálida y contextura delicada, longuilínea; el nórdico con los ojos azules y el mediterráneo con la mirada bruna envuelta en un halo violáceo; uno albo de tegumentos, rubicundo, el otro de piel acanelada, tan suave como la de una ninfa; el Vikingo con la belleza agreste de sus fiordos y el veneciano con el rostro perfecto de los romanos del Bajo Imperio. Juntos recorrieron los recovecos del Podol, su judería, la iglesia bizantina del Diezmo y los mercados. Terminaron siendo inseparables. No solían faltar, la tarde de los sábados, a los enfrentamientos pugilísticos, donde se hacían apuestas. Tenían lugar en la gran plaza, frente a la inacabada catedral de Santa Sofía. El pugilismo, viejo deporte heleno, lo efectuaban dos contendientes con los puños desnudos o, si el combate se pactaba a más de tres asaltos, liándose a las manos tiras de cuero impregnadas en resina de pino. Tenía sus reglas: no se podía golpear por debajo de la cintura ni al contrincante derribado en tierra. Un árbitro decidía el resultado, alzando la mano del ganador y encargándose de cobrar las apuestas. Tras la pelea, casi siempre incruenta, los dos amigos libaban vino en cualquier taberna del Podol y se contaban sus vidas y proyectos.

—Nada mejor que la milicia para medrar y hacerte un nombre —aseguró una noche Harald ante una jarra de vino de Crimea. Venían de ver ganar a Dalgesian, un mastodonte armenio que había derribado a Davidoff, un ruso blanco casi más grande que él, al primer puñetazo. Fuera, era tal la ventisca que ni una osa se aventuraba por las calles desiertas.

—Yo opino que el comercio es la forma más rápida y segura para ganar dinero y fama —sostuvo Alvise—. Odio la guerra hasta en pintura.

—Pero el militar recorre el mundo conquistando ciudades o naciones enteras... Su gloria, la popularidad, el uniforme... No puede compararse.

—Sí, pero al precio de dejarse muchas veces la vida en la palestra o quedar malparado. Quitaa... Para otros la fama y el relumbre, los entorchados y el fajín, la gloria militar. Los italianos, tras siglos de imperio y de dominio, estamos empachados de guerra. Nos hemos vuelto casi pacíficos, partidarios del diálogo y las componendas antes que de la espada. ¿Sabes qué significa dietrofront?

—No...

—Es término puramente italiano. Alude a la posibilidad de desdecirse en público, de saber reconocer un error y dar marcha atrás. Pocas veces verás a un político hacer tal en otras latitudes. Por ello la Italia actual es más de comerciantes que de militares.

Y, además, ¿dónde está escrito que el mercader no viaje? Sé de un traficante de especias, amigo de mi padre, que ha recorrido más mundo que Alejandro en todas sus campañas.

—He visto en el mercado jengibre, pimienta negra, clavo, canela y cardamomo —dijo Harald—. ¿Qué encuentra la gente de interesante en algo tan pedestre como un frasco de orégano?

—A medida que aumenta la población del mundo surgen nuevos alimentos y se precisan condimentos para conservarlos o darles sabor —sostuvo Alvise.

—Y matar de paso los sabores genuinos. A mí que no me engalanen con pimienta verde un asado de buey ni me embauquen el pescado con canela en rama. No ha mucho vi a un varego devorando un pedazo de carne putrefacta aderezada con guindilla y clavo. Puaf... Cuéntame de aquel hombre, el mercader —pidió Harald.

—Me refirió su último viaje, de casi once meses. Es largo de contar.

—Tenemos toda la noche.

Rellenaron las copas. En la taberna sólo quedaban varios soldados temulentos y alguna prostituta mustia y desocupada, buscando clientela. De la calle llegaba el rumor inquietante de la lluvia golpeando los cristales y el batir del postigo de una ventana mal cerrada.

—La primera parte de su periplo fue por tierra: Venecia, Trieste, Plovdiv ya en la Tracia, Constantinopla, Aleppo y Erevan en el Asia Menor, Tabriz en el Cáucaso y Teherán en Persia, donde descansó varias semanas. Me contó sus vivencias en aquellas ciudades: los paisajes, vinos y comidas exóticas, la forma de vivir de los hombres y de amar sus mujeres, sus rastros del pasado muchos de ellos griegos o romanos. De Persia pasó a la mítica Samarcanda, en el Turkistán, y de allí a Katmandú, en las montañas más altas de la tierra, discurriendo luego por Mashaad, Kabul, Rawalpindi y Lahore, ya en los confines de la India. De este subcontinente refiere maravillas. Los idiomas se cuentan por miles, como las religiones, las gentes son humildes y adoran a las vacas.

—Anda ya...

—Lo mismo pensé yo. Pero Tomaso es hombre serio, prudente, sin necesidad alguna de engañarme. En la India el que molesta a una vaca va a la cárcel tras ser convenientemente azotado. De Katmandú nuestro personaje cruzó a Shangai parando en Mandalay, Kunming, Cantón y Nanchang. Contaba y no acababa de la altura de las montañas que escaló, la anchura y el caudal de los ríos por los que navegó. De uno de ellos, el Yang-Tsé, afirmaba que no existe otro igual en longitud y anchura en todo el orbe. En algunas zonas de su curso apenas se divisaba desde una orilla la opuesta. Casi un año tardó en recorrer las ciudades y países citados.

—¿Hizo el viaje andando?

—¿Deliras? Se tardaría media vida en hacerlo y aún faltaría tiempo. Lo hizo a

lomos de caballo, al frente de una reata de mulas en donde transportaba aceite, sal y cueros. La vuelta, cargado con brocados y sedas, la efectuó en dos meses, casi siempre por mar.

—¿Hizo el periplo solo?

—No se puede ir solo por el mundo. Si no quieres que te destripen y salen tu asadura antes de desvalijarte, debes hacerte acompañar por diez o doce servidores armados.

Callaron. El vino, rojo y nuevo, entraba bien y producía la característica sensación de bienestar que cría adeptos.

—¿Cómo es el mar en China? —preguntó Harald con los ojos muy abiertos.

—Cómo ha de ser... Igual que en toda tierra de garbanzos. Navegó hasta Taiwán, una gran isla frente a las costas chinas, de allí pasó a Borneo, donde se hizo con una buena partida de especias, siguió a Sumatra y a Ceilán, una isla donde medra el arbusto del té.

Harald escuchaba la larga relación con auténtico arrobó, sin acabar de entender que hubiese tantas cosas que ver.

—Cuéntame qué es el té.

—Mejor lo probarás cuando vengas a casa. Mi madre y mi hermana lo preparan como nadie.

—Continúa.

—Desde Ceilán el viajero bordeó la India, siguió a Somalia, en el Cuerno de África, recorrió el mar Rojo hasta un puerto egipcio cuyo nombre he olvidado, buscó el Nilo y lo navegó hasta El Cairo. En Egipto vio los templos de Karnak y las pirámides. La postrer etapa fue un paseo: de Alejandría a Venecia recalando en Creta.

—Sé por mi maestro del monasterio de las Criptas que hay dos Nilos distintos.

—Cierto. Tomaso descendió el Nilo Azul. Solventaba sus cascadas haciendo los trayectos por tierra.

—¿Cascadas ? Sé algo de eso —aseguró el Vikingo, pensando en las centenas de su tierra.

—Seis o siete. En medio del desierto. Su rumor es tan grande que atruena como la mayor de las tormentas.

Harald se maravillaba de que el simple hijo de un comerciante supiese tantas cosas. Se lo hizo saber.

—Yo estudié desde niño, como los de mi clase, en Venecia. Aprendí a leer y escribir con los monjes. Sé latín, geografía, matemáticas, astronomía y hasta filosofar. El centro del conocimiento se encuentra junto al Mediterráneo —sostuvo Alvise—. Los cristianos lo conservamos en los monasterios y los árabes en sus medersas y escuelas filosóficas.

—Yo pensaba en los árabes como en unos salvajes.

—Lo son en su aspecto guerrero, cuando pretenden imponer a los demás su religión, pero culturalmente están a la altura de Bizancio y aun la sobrepasan. Dominan la ciencia matemática, la astrología, la medicina y la filosofía. La madrasa de El Cairo, El Ahzar, con cincuenta años a sus espaldas, irradia su saber al mundo islámico, lo mismo que las de Córdoba, Fez, Bagdad o Teherán. Tienen pensadores comparables a Platón o Porfirio, teólogos, poetas, matemáticos similares a Euclides y médicos reputados como Razés, Abulcasin o Avicena, que poco tienen que envidiar a Galeno o Dioscórides.

Al terminar sus charlas, de madrugada, paseaban a la luz de la luna y se despedían en la plaza del mercado, dirigiéndose cada cual a su hogar. En una ocasión Harald acompañó a su amigo a la más acreditada mancebía de Kiev, que Alvise visitaba alguna vez. La regentaba una antigua cortesana ateniense y pasaba por ser la de rameras más ardientes, bellas y motivadas de Venecia a Damasco. Se encontraba extramuros, sobre un altozano rodeado de árboles a la orilla del Dniéper, y sus modos y maneras exquisitas, todo un arte, se ajustaban a los de la ciudad del Partenón. Rodeada de altos muros, era una vieja villa remozada y acondicionada a su nuevo uso. No era fácil acceder a su interior, pues la que un día fuese hermosa coima ejercía de fiera cancerbera. Se apostaba en una garita a la puerta del jardín, flanqueada por dos hombres fornidos, e impedía el ingreso a cualquiera que no acreditara oro en la bolsa, ropajes adecuados y compostura propia de un señor. Borrachos, pordioseros y trotamundos eran alejados a patadas de sus proximidades. Todo era de color carmesí en el burdel: muros, puertas, techos, suelos, paredes, cortinas, hasta los velos en los que se envolvían las hetairas se tintaban en diferentes gradaciones de rojos y escarlatas.

La primera vez que Harald acudió a aquel templo carnal quedó patidifuso. Era también su bautismo de fuego en un prostíbulo como Dios manda. Lo impresionó el delicado trato con Sariza, la dueña, el aroma floral que parecía impregnarlo todo, el de los saumerios de sándalo y jazmín en las habitaciones, el suave son de una zampoña oculta soplada quizá por un dios mítico y la calma que se respiraba en el ambiente. Cualquier semejanza con aquel sórdido lupanar que una vez visitara era pura entelequia. Alvise lo informó de la existencia de un excelente plantel de cortesanas. Las había esclavas, tártaras, armenias, griegas, egipcias, nubias y sudanesas. El color de sus pieles transitaba del nacarado del pétalo de rosa al dorado de la cera de abeja, del bronceado del eraje silvestre al bruñido castaño del nogal, del plomizo de la aceituna del Peloponeso al negro intenso del pecho de los mirlos. No se podía escoger. Había que confiar en el saber y la experiencia de aquella sugestiva alcahueta. Una afable púber envuelta en tules rubros, casi una náyade, te recogía en el salón de entrada para acompañarte al baño de vapor, una cámara abovedada de ladrillo, al modo turco, donde los clientes se dejaban entre húmedas fumaradas la

suciedad y el polvo. Ya limpio, remozado y ciertamente ansioso, el afortunado usuario de la casa de trato, la Casa Roja, era conducido a uno de los cubículos en donde lo aguardaba la hetaira asignada. La expectativa ganada en la tibieza del vapor, la desnudez, la incógnita, el no saber ni el color de la piel de la hembra que iba a amarte, añadía a la espera un sentimiento lúbrico que levantaba el ánimo y erizaba la verga lo mismo que el velamen de un jabeque del Nilo la brisa del desierto.

Nunca olvidó Harald las salaces sesiones de placer en el burdel de la ateniense. En sucesivos y ardorosos cónclaves conoció a todas las golfas sin dejar una. De haber tenido que hacerlo, no hubiese podido escoger la más sofisticada y dulce. Todas competían en belleza, en alardes sensuales y en saber hacer. Mas no conviene desvelar los secretos edénicos ni referir al detalle lo que aconteció dentro de aquellos muros. Sería de pésimo gusto. Casi lo mismo que mentar los precios. ¿Tiene costo el amor refinado? ¿Puede pagarse por gozar del placer más sublime?

Fue una sorpresa para Harald ver el hogar de Alvise y conocer a su familia. Vivían en una de las primeras villas de la ciudad levantadas en piedra, pues la inmensa mayoría de las construcciones eran de madera. La extensa posesión se encontraba fuera de las murallas, a la orilla del Dniéper. Fue recibido con curiosidad no exenta de interés. Todos conocían las dotes guerreras del Vikingo. El hecho de su lozana juventud añadía a aquella expectación un aliciente, sobre todo en las féminas. Dos eran las mujeres en la vida de Alvise, pues no se le conocía relación fija con hembra alguna: su madre, una hermosa mujer en la plenitud de sus treinta y siete años, y su única hermana, que era melliza. Era también la primogénita, pues había salido del útero materno unos minutos antes que su hermano. Y ejercía de tal. Tenía tanta o más personalidad que él, llevaba la voz cantante en los negocios si el padre se encontraba de viaje y era mucho más culta. Sabía de geometría, conocía la historia, rimaba, escribía en prosa y llevaba un diario. Manejaba el latín, el griego, el árabe y el dialecto de Kursk. Su pasión primigenia era el estudio de la naturaleza. Luego se ocupaba de la mitología: los dioses, las musas, los héroes de los mitos helenos y romanos. Leía, en manuscritos que se hacía traer de Venecia y de Atenas, las obras de Homero y de Eurípides, de Ovidio y Cicerón, de Platón y de Sófocles. Su libro preferido era Las vidas paralelas de Plutarco. Todo esto se lo contó a Harald durante la sobremesa la primera vez que comieron juntos, mirándolo a los ojos, subyugándolo con su extraño magnetismo. Siendo un domingo del final de la primavera habían dispuesto la mesa en un merendero sobre el río, un remanso entre árboles frondosos. El Vikingo la escuchaba extasiado, como si se tratase de un oráculo. Lo demás —las viandas, sus padres, Alvise, todo— dejó de existir.

Julia no era una belleza deslumbrante, pero dominaba el arte del afeitado y la ciencia de la seducción con maestría de bruja. Era coqueta y femenina hasta la rendición. Vestía selectas sedas que combinaba con cuidado para que sus colores no

desentonaran con su piel. Más atezada la de ella que la de su hermano, con los ojos más negros si cabe, sacaba tanto partido a sus encantos que cualquier varón sucumbía al dardo envenenado de sus ojos. Y si alguno salía indemne a la prueba, lo remataba con el tono persuasivo de su verbo, cálido y acezante. Aun así, tampoco se decían de ella dimes o diretes en su trato con el sexo fuerte. Allí ocurría algo extraño. Un varón carismático sin novia y una fémina ardiente abandonada. Julia tenía, eso sí, cientos de adoradores acechando en la plaza, el parque o la alameda; si acompañaba a su madre a misa los domingos, un grupo de lechuguinos la aguardaba en el atrio, pues no era religiosa. Llevando siempre los mejores ropajes, su silueta enajenante se adivinaba bajo el alado cendal de sus túnicas o sedas sobrepuestas. Cuidaba especialmente su cabello, rizado, negroazul, que solía recoger en largas trenzas. Amaba utilizar sandalias de cuero que mostrasen sus pies casi al completo, unos cuidados pies que eran el meollo, la substanciación de lo sensual. La primera vez que los vio, Harald enmudeció y sintió en el gañote la sensación de un mazacote áspero, como una trinka férrea que le impedía hablar y aun razonar. Adornaba sus perfiladas uñas con colores fuertes y agresivos: rubro, bermellón o rojo múrice. El tacto de su dermis prometía ser tan fino como los pétalos de las glicinias.

El Vikingo se sentía tan atraído hacia Julia que apenas sosegaba. Pasaba la semana pensando en ella, calculando la forma más rápida de enamorarla y poseerla. Sus noches eran un fatigado duermevela en el que ella reinaba y del que sólo se libraba al amanecer, extenuado y pringoso. Dejó de ir al prostíbulo. Le parecía una profanación depositar su semilla entre los muslos de aquellas pelanduscas, bellas, amables, pero insípidas al lado de su diosa y compartidas por legiones de hombres. Además, no había en aquellos encuentros otra connotación que la animal, sin rastro espiritual por pequeño que fuese. Suplicaba porque llegase el viernes para escuchar el toque de clarín que anunciaba el alto en la tarea castrense. Entonces pasaba por su casa para adecentarse antes de correr al almacén de sedas orientales y alfombras para recoger a la pareja. Los tres cruzaban a caballo la puerta de Chernigov y cogían el sendero que los llevaba a la orilla del río. Si el deseo por llegar era grande, galopaban. En la casa del Dniéper los esperaban con las puertas abiertas. Una cálida tarde de verano, después de almorzar esturión asado a la parrilla, Julia lo tomó de la mano.

—Ven. Te llevaré a mi rincón favorito —lo invitó.

Alvise se había retirado a descansar, lo mismo que los padres. Harald la siguió hasta su escondrijo, una covacha tapizada de musgo en la margen de un recodo de los muchos del río, dentro de la propiedad. Hacía calor. El aire, limpio y quieto, era muy transparente. Todo invitaba al amor ponderado y a la holganza. Los rayos del sol intentaban traspasar sin conseguirlo la maraña vegetal de abedules y sauces donde anidaban los vencejos, pinzones azules y mirlos de pico amarillento. Tuvo la

sensación de felicidad que invade a los humanos rara vez, cuando se conjugan paz, salud y belleza. Ella se sentó sobre la yerba frente al remanso, descalzándose. Toda la magia líquida y tornasolada del río se sustanció en sus ojos. Ante ellos, varado en el agua, se veía lo que parecía el resto de un naufragio: el gran tronco de un álamo vencido, otro más chico puesto de través, una montaña de hojarasca y ramas de todos los tamaños.

—Observa —dijo Julia en un susurro.

—¿Qué tengo que observar?

—El agua... En la base del tronco... Shhh...

Pasó un minuto antes de que una masa castaña parecida a una enorme rata bigotuda asomase su lomo reluciente sobre el agua, tomase con la boca unas ramitas finas y las transportase a la otra orilla. El animal repitió itinerario y carga varias veces. Dejaba tras de sí una estela de espumas insonoras y de olas asimétricas. Se dio cuenta de que era observado y, con sus manecitas, se atusó el bigote antes de retornar a la base del tronco con un manojo de ramillas. Una vez allí se sumergió para volver a aparecer detrás de su guarida. Harald estaba perplejo.

—¿Qué bicho es ése?

—Es Rómulo, mi castor favorito.

—¿Castor?

—¿No habías visto ninguno?

—Nunca. Y me precio de conocer a todos los animales del bosque. Te aseguro que en mi fiordo noruego no los hay.

—No puede haberlos. El castor es un ser de agua dulce. Para muchos el padre de los ríos, una especie de duende. Su piel es codiciada; y eso es lo que los pierde...

—¿Cómo viven? ¿Qué comen?

—Comen tencas y truchas y construyen presas, pues necesitan agua para poder edificar sus viviendas y sacar adelante a su carnada, lejos de la nutria, que es su depredador.

—¿ Depredador ?

—Todo animal lo tiene: el renacuajo la trucha, la trucha el castor, el castor la nutria, la nutria el tigre, el tigre la hiena, la hiena el león, el león el elefante... El hombre es el único animal que se depreda a sí mismo.

—¿Y las hembras?

—En algunas especies devoran a los machos tras la cópula. Es el caso del esturión.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto. La hembra del esturión es mucho más grande que el varón. Se hace acompañar de una corte de machos para que la protejan mientras desova cada una en su lugar de siempre, donde nació. Pueden vivir cien años.

—Eso es imposible. Te lo estas inventando... Quieres impresionarme y lo estás consiguiendo.

—Mitislav, el criado más antiguo de mi casa, conoce a una esturión que ya existía cuando vivía su abuelo. Es larga como un cuerpo de mujer y tiene una señal en uno de sus labios, de un sedal que partió una vez que alguien quiso pescarla. Yo la he visto, pues gusta desovar en esta parte del río. Es gris perlada, con cuatro barbas blancas. Desde este rincón observo el río en las cuatro estaciones. El Dniéper es un animal vivo, que se transforma, siempre diferente...

Se escuchó el chapoteo de algún castor inquieto. Julia se tumbó sobre el césped. Por debajo de su enagua de seda asomaban sus tobillos y sus desnudos pies. Llevaba las uñas tintadas esta vez en rojo sangre, como savia de drago, un árbol que medra en las Hespérides.

—¿Cuándo es más bello el río para ti? —preguntó Harald.

—No sabría decirte. En invierno tiene mucho encanto. Suelen congelarse los márgenes y a veces, en inviernos muy fríos, hasta casi su centro. Yo nunca lo he visto congelado del todo. La vida se detiene alrededor y las plantas hibernan. Los pájaros han volado hacia el sur y borrado sus rastros. Alguna garza rezagada o enferma anida en los cálamos grises y es atendida por los somormujos. En primavera, cuando vuelven las cigüeñas y las golondrinas, mi río cobra vida otra vez. He escuchado el crotorar de la cigüeña cada vez que viene a por ramaje para el nido y no existe sonido comparable. La cigüeña es el ave más fiel, en su vida no existe el adulterio. ¿Has contemplado el vuelo inaugural de un cigüeñato?

—Nunca...

—Debe de ser tan emotivo como presenciar los primeros pasos de tu hijo primogénito. Encaramado a la espadaña de las torres y las hayas más altas, el pequeño volátil blanquinegro bate en seco sus alas. Papá cigüeña, inquieto, sabedor de que se acerca el viaje de retorno al sur cálido, apremia al alevín para que se decida a lanzarse al vacío. Mamá cigüeña, materna, conciliadora, lo acaricia con el plumón del alerón, como mimándolo, mientras parece animarlo, darle la postrer reconvención o un último consejo previo al bautizo aéreo. Por fin, tras un nervioso castañeteo con las medias cañas de su pico, el chiquitín cierra los ojos y se deja caer en el abismo. Luego de un momento de pánico indeciso, tras un frenético batir de sus alitas, se eleva al cielo azul con mayor facilidad de la prevista.

—¿Cuándo ocurre eso?

—Los cigüeñatos nacen en junio y tienen que estar listos para partir a finales de agosto, justo cuando el Dniéper se encuentra en su momento dulce. Sí, entonces es cuando el río es más bello. Florecen en sus orillas los tallos de los árboles, nacen las flores y cantan sin excepción las aves. Y se pueblan de peces y de ninfas sus aguas. Hay quien dice que precisa ver el mar para poder vivir. Yo no podría alentar sin mi

río.

—¿Has pescado alguna vez?

—Odio matar a un animal. Sé que es necesario, que hay que hacerlo para sobrevivir, pero detesto la sola idea de presenciar algo tan cruel como ver asfixiarse al más pequeño de los peces.

—Pues yo adoro la caza. Seguir el rastro del oso, el lobo o el jabalí, descubrirlo, acosarlo y matarlo en buena lid me transmite energía, me hace respirar, vivir de un modo pleno.

—Mi padre opina igual. Pero conmigo no cuentes para eso.

—Sigue con tu río... —pidió Harald.

—Ahora, en el estío, sólo sugiere paz e indolencia. Sus aguas están tibias y todo es ruido y actividad.

—¿Ruido?

—¿No lo escuchas? El trino de las aves, el chapoteo de los peces al perseguirse o amarse, la berrea de las ciervas, el murmullo de la brisa, el pájaro carpintero picoteando los troncos para buscar sus larvas... De noche ni siquiera descansan las luciérnagas.

—¿Sueles bañarte?

—Adoro el baño, sobre todo el nocturno, pero para ello exijo soledad. Amo bañarme desnuda.

—Yo no conozco otra clase de baño —dijo Harald—. ¿Quién se baña vestido?

—Las mujeres delante de los hombres.

—No en mi tierra —sostuvo el Vikingo.

—Será quizá que vuestras mujeres son más libres o menos ardientes. Para las meridionales el desnudo es incitante y desde luego pecaminoso.

—Sigue...

—El otoño es tal vez el momento culminante de un río que se precie. Las hojas de los árboles, rojas, malvas o cobrizas cubren su superficie. Una bruma plateada se levanta del agua y parece humear a media altura. Parvadas de petirrojos y rendajos atronan el espacio con sus silbos. Es el momento de navegar por él, de intentar cortejarlo. Yo lo hago siempre sola, en mi pequeña barca, sin alejarme mucho de la orilla. Adoro entonces levantar la vista para ver las copas de los árboles teñidas del color de la fruta madura, para llenar mi alma de sus ocre, cárdenos, rojos, sepías...

Un castor, posiblemente Rómulo, se chapuzó desde el tronco vencido y nadó a ras de agua. De vez en vez sacaba sus ojillos ratunos para observar a la pareja. Se extrañaría sin duda de ver a su hada madrina acompañada.

—Me están entrando ganas de bañarme —dijo Harald—. Hagámoslo.

Julia se le quedó mirando de hito en hito.

—Si piensas que voy a bañarme desnuda contigo es que deliras.

—No pensaba mirar...

—No me lo creo. ¿Tenerme desnuda a medio palmo y no mirarme? ;En tan poco me estimas?

Rieron de buen grado. La tarde empezaba a declinar, pero el calor no cedía. Al fondo, a través de la arboleda clara, por el centro del río, una nave vikinga transitaba hacía el embarcadero. Harald recordó su odisea, apenas hacía un año. El tiempo había transcurrido en un soplo.

—Pues yo me bañaré —dijo, alzándose.

Y diciendo y haciendo se quitó la camisa, las calzas y calzones y se arrojó al agua tal como vino al mundo. Julia contempló su musculado torso sin tiempo para reaccionar. Cuando quiso darse cuenta él la incitaba desde dentro.

—Qué delicia... ¿Tu castor muerde?

—Le diré que lo haga si sigues portándote tan mal. ¿Te parece bonito desnudarte delante de una doncella?

—¿Eres doncella?

—Lo soy, don indiscreto. Y quiero seguir siéndolo.

—Pues por mí no temas. Si te bañas prometo mirarte sólo de refilón y no tocarte, aunque me muero por hacerlo...

—¿Lo juras?

—Por Odín. Y también que éste es el mejor baño de mi vida. Vamos...

—Date la vuelta.

Harald obedeció. Julia se sacó la enagua y la basquiña por arriba sintiendo oscilar sus senos, se quitó las bragas, se metió en el agua y nadó hacia el tronco. Allí quedó apoyada, trémula, ruborosa. Harald se colocó detrás, a vara y media. Ella de repente giró y lo miró parpadeante, con estrellas fugaces en sus iris acuosos. Tan sólo le asomaba del agua la cabeza y el cuello; los rizos de su pelo bailaban en las sienes calientes una danza hechicera; apenas se esbozaban las deliciosas lomas de sus pechos que erizaba el río helado.

—No te asustes —dijo él—. Voy a acercarme.

—¡No! ¡No lo hagas por favor! Ése no era el trato...

—No pienso rozarte. Sólo quiero estar cerca de ti para apresar el aroma que emana de tu cuerpo —aseguró, dando hacia ella una brazada.

Se situó a su lado. No la tocaba pero sentía su palpito. Julia sumergió la cabeza en el río. Nunca la había visto más hermosa, jadeante, con una insospechada verecundia tiñendo de rosa sus mejillas. El cabello, que aglutinaba el agua en ambas sienes, formaba un retículo negro y goteante, como de miel destilada por cálices silvestres. Desafiando al destino se aproximó y aplicó su cuerpo al de ella sin usar las manos, que aferró al tronco por detrás. No se dijeron nada. Tan sólo vivieron la delicia del prolongado roce. Harald notaría la dureza de aquellas tetas tensas, la suavidad de

pétalos de mirto de la piel de aquel vientre, la realidad del acerado arco bajo el monte de Venus contra su falo hambriento, la demencia de sus muslos de coral escurriéndose como asustadas corzas, sus labios carnosos abiertos para él. Ella negaba con la cabeza lo que afirmaban sus dedos temblorosos. El Vikingo imprimió fuerza al abrazo hasta hacerle sentir la pétrea certeza de su miembro impar. Cuando no pudo más, Julia se entregó y le ofreció la boca. Ya se abría para él, temblorosa, cuando se oyó la voz.

—¡Julia! ¡Julia!...

Su madre la buscaba.

El resto del verano hicieron excursiones en barca por el río, que atravesaron una vez. Hacerlo era peligroso, dada su anchura y la fuerza que llevaba la corriente, pero Harald era ya un experto navegante. Él remaba y Julia, recostada en la proa, le enseñaba los descalzos pies y su sonrisa mareante mientras le hablaba de la naturaleza. Al regreso paseaban entre los tilos florecidos del parque familiar o le mostraba decenas de plantas y flores que cultivaba en su extenso jardín, la mayoría nuevas para él. Una tarde, en la veranda que se asomaba al río, ante una hirviente taza de té verde que su padre importaba de la isla de Ceilán, le inició en la mitología clásica: Afrodita, Apolo, Marte y Baco, Juno, Mercurio, Poseidón y Zeus.

—Muchos dioses helenos tienen sus correspondientes romanos —lo ilustró.

Harald absorbía sus enseñanzas con la facilidad de un niño y mayor avidez que un sediento. No entendía que pudiese existir una mujer tan sabia.

—Por ejemplo, Ares; el dios griego de la guerra tiene en Marte su homónimo romano. E igual sucede con Artemis y Diana, Atenea y Minerva, Dioniso y Baco, Hades y Plutón, Poseidón y Neptuno o Zeus y Júpiter.

—Háblame de los héroes —pidió él.

—Aquiles es uno de ellos. Educado por un centauro-médico, Quirón, fue el héroe mayor de los que acudieron a la guerra de Troya.

—Centauro...

—Se trata de un monstruo mítico mitad hombre y caballo. Aquiles es hijo de una nereida, Tetis, y de un mortal, Peleo. Venció a Héctor, pero a pesar de su agilidad —es conocido como «el de los pies veloces»— fue muerto por el cobarde París de un flechazo que le alcanzó en un talón, única parte vulnerable de su cuerpo.

—Una nereida...

—Son divinidades marinas. Hijas del señor de los mares, Nereo. La más famosa es Galatea, compañera del tosco Polifemo. Otro gran héroe es Ulises, el esposo de Penélope, protagonista de La Odisea de Homero.

—Imagino que tendrás algún dios favorito.

—Eros, sin duda.

—¿Es dios romano o griego?

—Es heleno y tiene en Cupido su alter ego romano. Es el dios del amor. Hijo de Ares y Afrodita, representa la atracción física y sexual entre los seres vivos. Voluble y caprichoso, siempre consigue su objetivo. Si te has fijado en los mosaicos del monasterio de las Criptas, se le representa alado y ciego, armado con un arco, apuntando a algún mortal desprevenido para herirlo con su dardo.

—¿Nadie es inmune a él?

—Ningún mortal, sin distinción de razas o de sexos, puede resistirse a su influjo —sostuvo ella.

En septiembre y octubre Harald tuvo que dirigir las operaciones bélicas que no faltaban nunca en el otoño. Esta vez los mongoles, aliados con kazaros y tribus pechenegas cruzaron los Urales y se abalanzaron sobre el pueblo rus. Fueron frenados y perseguidos hasta Astrakán, en la desembocadura del gran Volga, a orillas del mar Caspio. Allí fueron vencidos y exterminados sin piedad. El Vikingo hizo la vuelta ascendiendo el padre de los ríos por Volgograd, Kazán y Gorkii. Desde Gorkii, casi siempre navegando, bajó a Riazán y Jarkov. Cuando regresó a Kiev, a mediados de noviembre, era ya pleno invierno. Lo hizo en triunfo. Se sucedieron los agasajos por parte del príncipe Yaroslav y, sobre todo, en casa de Julia y Alvisé, donde ya era uno más.

Una noche de ventisca invernal, blanca y helada, regresando a su casa tras despachar asuntos triviales con el príncipe, le pareció distinguir entre las sombras la silueta de Alvisé. Iba con otro hombre. Lloviznaba aguanieve y el viento agitaba las copas de los árboles. Los sauces del paseo se habían desnudado de hojarasca y el frío era tal que se congelaban los alientos. Pensó en aproximarse y saludar, pero no lo hizo. Algo en la actitud de ambos lo disuadió. Tal vislumbre era una cosa cómplice, no compartible, íntima. Incluso así, vacilando, los espío indignamente escudándose en la negrura helada y en la doble hilera de árboles deshojados. Sin duda era él, la forma de caminar, la curva de la nuca, su aire grácil... Caminaban muy juntos, hablando bajo, susurrándose. Reían de cuando en cuando y, al hacerlo, amén del vaho grisáceo que salía de sus bocas, el eco de sus risas rebotaba en las piedras de las fachadas y en el alero de las casas bajas. Estuvo a punto de desaparecer, pero una especie de atracción malsana lo compelió a seguirlos. Entraron en un tugurio en lo más intrincado del Podol. Era un sórdido mesón en un perdido sótano, a trasmano. Una escalera estrecha en piedra desgastada del uso conducía al salón en penumbra. Se embozó antes de penetrar y se ocultó detrás de una columna, lo mismo que un proscrito. El fuego ardía en el hogar de rojizo ladrillo y su resplandor era la única claridad en la taberna. Alvisé pidió vino, los dos se despojaron de sus pieles de marta y se instalaron en una de las mesas más escondidas, al fondo del local semidesierto. Se frotaban las manos para entrar en calor. El otro apenas era un hombre: rubio, macilento, con ojeras violáceas y un proyecto de bozo apuntando en el labio, parecía

un efebo. Si tenía quince años eran muchos. Cuando se besaron con las bocas muy abiertas, devorándose, Harald notó un calor terebrante abrasándolo el pecho. Le temblaban las piernas y el sudor lo mojaba la espalda. Todavía permaneció unos minutos más en su escondite, como hipnotizado, sin poder soslayar el degradante espionaje, hasta que reanudaron las caricias con más ímpetu. Entonces se subió aún más el vuelto del tabardo, se encasquetó el capuz y huyó.

Se sintió mal toda la noche. Era una sensación de malestar indefinible, un cosquilleo importuno que le impedía dormir obligándolo a dar vueltas y contravueeltas en el lecho. Sabía que existían la homosexualidad y los invertidos, pero nunca se había topado con un sodomita. Y el caso era curioso, pues conocía la afición de Alvis a las mujeres. Por lo menos a un determinado tipo de mujer. Él le había llevado hasta la Casa Roja, hablado del placer de Venus y permitido escuchar sus gemidos de gozo. ¿Cómo desentrañar aquel misterio? Todo tiene su explicación y el caso sin duda la tenía. Quizá su amigo era ambiguo, disfrutando alternativamente de ambos sexos, como un hermafrodita. O tal vez aquel zagal imberbe fuese una mujer. Conocía que las féminas se disfrazan para evitar ser descubiertas y eludir la vigilancia de una madre puntillosa o un marido celoso. No tenía ninguna prevención contra el vicio nefando. Sencillamente, no lo entendía. Debía de tratarse de alguna aberración que superaba la voluntad del infortunado que la padecía o ser un caso ingénito, lo mismo que el que nace enano, sordo o tartamudo. Era imposible, de no tratarse de algo antinatural, que un hombre prefiriese a un varón antes que a una mujer. Pensó en Julia, en su aroma, en sus senos turgentes, en sus pezones devorables como diminutas bayas rojas, en su soñada abertura, húmeda, impar y bruja. ¿Qué varón en sus cabales podía preterirla a otro varón por muy arquetípico que fuese? Sólo una suerte de desconocida anomalía neonatal podía explicarlo. Tuvo un escalofrío al recordar el triste y cruel final de un pederasta sorprendido una vez en la aldea de su fiordo con un niño. Fue en los días largos, cuando el aro solar es perezoso y tarda en esconderse o queda flotando a ras del horizonte como una esfera roja. Yacía con el muchacho sobre un montón de heno en un pajar cuando, al escuchar los gritos que trataba de sofocar tapándole la boca, entró la madre. Al aullido de pavor de la mujer acudieron los hermanos. Cogieron al infeliz, lo arrastraron al medio de la plaza y le escupieron en la cara su delito. Callaba el pervertido y otorgaba. Antes de empalarlo, lo molieron a palos. Estaban sin excepción los moradores del poblado y hasta gente de paso. Sus ejecutores, estrictamente familiares del niño, sabían dónde golpeaban con sus pesados mazos. Ninguno aporreaba la cabeza o el pecho, zonas vitales, llevándose los mejores mamporros las extremidades. Se trataba de diferir la muerte, de alargar la agonía, de conseguir que aquel desventurado maldiciese el momento en que naciera. Uno aplastaba una mano de un mazazo y otro le partía un hombro con un marrón de fragua. El batir de los martillos y el crujir de los huesos al quebrarse daba un sonido

mate, deslucido, que rebotaba en las piedras y se perdía fiordo abajo como un eco trágico. Y es que los alaridos y ayes no eran de este mundo. Cuando no quedó hueso alguno por tundir, el padre untó con grasa de carnero una larga y afilada estaca y la plantó en el lodo. Desnudaron al miserable, le colgaron por los hombros de una viga que instalaron entre dos maderos y fueron descolgándolo tras apuntar en su ano la aguzada punta. Un Harald despavorido, de nueve años, cerró los ojos. Le pareció que un grupo de salvajes ajusticiaba a otro. Vomitó entre grandes arcadas cuando la madre del violado, desgredada como las mismas furias del averno, se acercó al moribundo con una hoz y le rebanó de un tajo el pene y los testículos. Trató de poner en su boca las piltrafas sangrantes pero, al no alcanzar ni puesta de puntillas, lo hizo por ella el hermano más grande. El sodomita no murió enseguida. Pareció establecerse una sorda y siniestra pugna para prolongar su vida: uno le refrescaba la cabeza con una esponja mojada en agua fría, otro, usando una paja, le vertía aguardiente por la comisura de la boca... Sólo de madrugada, tras seis horas de suplicio lento y diferido, cuando la punta de la estaca le apuntaba ya por el hueco que forma la clavícula, aquel infortunado echó la lengua fuera y expiró tras un largo bramido.

Harald siguió acudiendo a casa de su amigo y recibéndolo en la suya. Jamás preguntó ni dio a entender que sabía su secreto. Al final dedujo que hay hombres y mujeres que buscan el placer de forma diferente y se congratuló de que hubiese lugares donde pudiese hacerse de manera discreta. Lo que no consiguió fue seguir viendo a Alvise con el mismo talante. No podía evitar el sentir repugnancia al recordar el beso ni imaginar el cortejo siguiente, su salaz desnudez vista y codiciada por otro hombre. Por ello procuraba no estar solo con él. Trataba de evitar pasear a su lado por el Podol cuando iba al almacén, acudía a su casa cuando sabía que se hallaban sus padres y lo invitaba a la suya junto con Julia. Éste era el caso más frecuente. Habían hecho de la cena del sábado en el caserón una grata costumbre. Servidos como príncipes, cenaban pronto, charlaban de arte, de historia o de política, bebían licores griegos o aguardiente ruso y veían medrar las llamas de las dos grandes chimeneas enfrentadas. Sobre las nueve, Alvise desaparecía. Ni Julia ni el Vikingo preguntaban. Era un silencio tácito, una incógnita quizá ya despejada por los dos. Hacia las once, montando sus caballos, con el fiel Rulav velando desde lejos por su seguridad, Harald acompañaba a Julia hasta su casa.

Una noche, la veneciana se presentó en el caserón como una mujer nueva. Era el solsticio de verano, casi dos años después de la llegada a Kiev de Harald. Vestía de una forma distinta, excitante. Cuando se movía crujía el satén de su enagua y vibraban en la tela sutil de la camisa ambos senos. Sus pechos, dos botones eréctiles que perforaban el alma del Vikingo, se mostraban prodigiosos y desafiantes marcados en la seda. Se había pintado los labios de un rojo que recordaba la sangre del animal

recién sacrificado. Sus ojos, que agrandaban la turbación y el ansia, brillaban dentro de un halo azul sombreado en los párpados. Ya durante la cena no cesó de insinuarse de mil formas: sonriendo melosa, agitando las pestañas lo mismo que esos pájaros chicos que liban de las flores, susurrando propuestas incitantes o, descalza, rozándolo en las rodillas con la punta de su desnudo pie. Poco antes de la hora habitual Alvise se despidió.

—Hazme un favor, hermano —dijo ella—. Di a nuestra madre que no me espere levantada, como suele. Llegaré tarde...

Harald escuchó la petición como el más feliz de los augurios. Hada tiempo que se moría por poseer a Julia, pero no quería tomar la iniciativa. Temblaba al pensar en su cuerpo, en el aroma y sabor de su negra gardenia. Sabía que se acercaba el tiempo de su marcha de Kiev y pretendía ser sincero con ella. Odiaba la sola idea de hacerle daño y sobre todo, de mezclar el amor y la pasión. La vez que se bañaron juntos en el remanso del río estuvo receptiva pero tensa. Y ahora casi se le ofrecía... ¡Bendito fuese Odín! Habían terminado de cenar y se sentaban uno al lado del otro, junto al fuego. Como escuchando aquella muda invocación al dios nórdico habló Julia:

—Dime algo de tus dioses.

—¿Qué quieres saber?

—Lo ignoro todo. ¿Tenéis muchos?

—No tantos como los griegos o los romanos, pero sí.

Ella estaba tan encendida como una tea resinosa al contacto del fuego. El vino le tintaba en rubro las mejillas, el pecho le ardía del sofoco y el deseo le salía por la boca en forma de dulce hálito. Se aproximó tanto a él que podía respirarlo.

—Te escucho.

—Para los escandinavos el mundo está constituido por Aesir, jättes y humanos. Los Aesir son los dioses que nunca envejecen ni mueren. Son dioses buenos y comprensivos, de estatura normal. Los jättes son divinidades malas, dioses gigantes que pueden ser muy viejos, pero acaban muriendo.

—¿Cómo de viejos?

—Alguno, como vuestro Matusalén de las Sagradas Escrituras, puede vivir mil años.

—Sigue.

—Los dioses viven en el centro de la tierra, en una sima cuyo fondo lo forma un altiplano llamado Ydasletten, rodeado de altas montañas entre valles verdes y riachuelos de aguas calientes y agitadas. Acceden a la superficie de la tierra, donde viven los humanos, asiéndose al arco iris.

—Romántico sí es, pero el arco iris está en el cielo —sostuvo Julia irónica—. ¿Cómo pueden asirse a él? ¿Pueden saltar?

Harald se la quedó mirando. Su boca de oropéndola pedía ser besada y lo hizo

largamente, aleando las salivas quemantes, palpándole los pechos por encima de la túnica. Hubo de refrenarse cuando apreció en ella un mediano rilar.

—Dan saltos prodigiosos. Recuerda que son dioses. Pero te veo algo mordaz... ¿Te pregunté yo cuando me hablabas de las proezas de Héctor?

—Perdona.

—Los jättes viven en la parte más inhóspita de la tierra, una enorme tundra donde el frío es atroz, no medran la yerba y los arbustos y nieva todo el tiempo. Allí no crecen árboles ni maleza y sus únicos habitantes son unos lagartos que se comen a los jättes que agonizan. La misión primordial de los jättes es la guerra. Se entrenan, se ejercitan con todo tipo de armas, se agrupan en las fronteras de su tundra desértica con la esperanza de conquistar la parte fértil a los humanos, el Midgård, y quedarse con él.

—Si los jättes son gigantes ganarán siempre —dijo Julia nuevamente cáustica.

—No, tontuela. Porque a los humanos, en este caso vikingos, los ayudan los Aesir.

—¿Cómo lo hacen?

—Facilitándoles las mejores naves y armamento, buena comida, mujeres bellas y apetitosas, dándoles fuerza y vigorosos cuerpos.

—Claro. Ya he visto que un vikingo es más grande que un griego o un veneciano...

Había un especial puntillo zahiriente en los peros de Julia que Harald pasaba por alto. Era como si nada pudiese para ella superar en magnificencia y esplendor a sus mitos y dioses.

—Aunque los Aesir no envejecen ni mueren, tienen distinta edad —siguió el Vikingo sin poner reparos. Odín es el más viejo. Es el dios superior. Recuerda todo lo que ha pasado, lo vivido por él y sus ancestros y conoce el futuro. Ha bebido del río de la sabiduría, antes de que se secase tras la erupción de un gran volcán, y dado gustoso un ojo para conseguirlo.

—¿Odín es tuerto?

—Del ojo izquierdo, sustituido por una perla negra. Pero con su único ojo ve más que todos los mortales. Arriba, desde su paraíso en el Valhalla, sentado en su atalaya llamada Lidskjálv, atisba y vigila a todo el mundo, sobre todo a los jättes. Los controla y fulmina si son excesivamente crueles con los humanos.

—¿Admite pues cierta crueldad?

—Desde luego. La vida en sí lo es.

—No para todo el mundo... —afirmó ella.

—Todos terminamos por padecer, por caer en las garras de algún jättes. Yo divido a los humanos en dos categorías: los que sufren y los que van a sufrir.

Quedaron en silencio. Los ojos de Julia eran dos hemisferios luminosos,

brillantes, poblados de millones de estrellas delirantes, pasajeras. Nunca había estado más bella que esa noche.

—Y a ese cielo, el Valhalla, ¿cómo se accede? —preguntó.

—Siendo un buen guerrero si eres hombre. El último viaje deberás hacerlo en compañía de tu caballo y de tu espada. Sé por Alexei, el pope que me instruía en Novgorod, que en las tumbas de los faraones se encuentran los objetos que amaban junto a vasijas llenas de alimentos. También los antiguos griegos llevaban en la boca una moneda...

—El óbolo.

—... para pagar a Caronte...

—El barquero del Hades.

—... el estipendio por cruzar en su barca la laguna Estigia. En las tumbas de los vikingos distinguidos, normalmente en montículos sobre el terreno en medio de los prados, hallarás siempre una espada de hierro y el esqueleto de un caballo.

—¿Y las mujeres? —preguntó ella.

—Premisa indispensable es honrar al marido. Todas las mujeres, excepto las muy crueles, van al Valhalla. En las sagas nórdicas la inmensa mayoría de las hembras son buenas.

—Eso me agrada. Prosigue. Me gusta lo que escucho y la forma en que lo cuentas.

—Gracias. Las pocas cosas que escapan a la perspicacia de Odín, lo que no puede ver, se lo cuentan sus cuervos sagrados, Hugin y Munin, que se pasan el día sobrevolando el mundo.

—Son los cuervos que adoro... —dijo ella—. Los que llevas grabados detrás de las orejas, ¿verdad?

—Sí. Imagino que sí. Mi madre ordenó que los tatuaran cuando era niño quizá para ser informado de todo lo que pasa.

—¿No lo hizo ella?

—Los tatuó una adivina. Una especie de bruja nigromante. Hizo una serie de presagios que hasta ahora van cumpliéndose.

—¿Es verdad que eres hijo de un rey?

—Mi padre fue el rey Harald de Noruega, segundo de su nombre, y mi madre su amante, Solvej, hija de campesinos. De mi padre no tengo recuerdos. Amo más a mi madre, que me crió a sus pechos. Por ello me siento antes guerrero y campesino que hijo de rey. Además no creo en prerrogativas ni en realengos. Cada hombre y cada mujer es hijo de sus obras. Sólo los dioses reinan...

—Sigue pues con tu Odín.

—A veces se compadece del afán de los humanos y se acerca en persona a Midgård, deslizándose por el arco de la lluvia en su caballo de ocho patas llamado

Sleipner, para consolarnos. Al tener ocho patas, Sleipner es capaz de cabalgar con mayor rapidez que ningún caballo árabe.

—¿Es un dios solitario?

—No lo es en absoluto. Es un dios familiar. Su mujer se llama Frigg y tiene cinco hijos: Tor, Tyr, Brage, Höder y Balder de mayor a menor. Los dos mayores son los dioses de la guerra. Al ser muy guerreros se peleaban entre ellos por la cosa más nimia, de forma que Odín nombró a Tor dios de la guerra salvaje y a Tyr dios de la guerra organizada.

—Estás de broma... ¿Guerra organizada?

—Es la que surge por ambición, la de un reino contra otro para ganar poder o tierras. La guerra salvaje es la que acontece entre hermanos, miembros de una misma nación. También se la conoce desde la Antigüedad como guerra civil. Es la peor de las contiendas. En ellas los hombres se degüellan sin tregua ni cuartel, no se respeta sexo ni parentesco, se retrocede a las primeras edades de la historia.

—¿Y los demás hijos?

—Brage es el dios de la música y la poesía; Höder, que es ciego de nacimiento, no es dios de nada, pero es el más sabio. Balder, el más joven de todos, es el dios de la justicia y aprovecha a su hermano amaurótico para pedirle consejo en los casos difíciles.

—No suponía que tuvieseis tantas divinidades.

—Y aún hay más. Está Njord, que es el dios de la fertilidad, y sus hijos Frej y Freja, que son los dioses del amor. Frej es responsable del amor apasionado, mientras que Freja infunde en los humanos el amor tierno y profundo, más propio de las féminas.

—¿Tenéis representaciones de vuestros dioses?

—No, que yo sepa. Sólo lo que los troll transmiten en sus sagas a las brujas.

—¿Los troll?

—Son los duendes que habitan las montañas. Geniecillos a veces diminutos que viven en galerías y se alimentan de aire. Según ellos los Aesir son rubios con los ojos azules, menos Tor, pelirrojo y con la barba rubra, y los jättes de pelo negro y ojos grises, saltones. Freja tiene grandes pecas doradas y sus lágrimas son de oro.

—Imagino que tendréis cielo e infierno.

—Según Odín, nadie es tan malo para ganarse el fuego eterno. Si caes en una guerra, el dios te lleva al Valhalla, donde hay quinientas cuarenta puertas de bronce por las que entran a la vez ochocientos hombres. En una enorme plaza, fuera de la ciudad, los guerreros muertos prosiguen peleando de la mañana a la noche hasta que no quede nadie vivo. Cuando tal ocurre, aparece el silencio, un silencio de hielo, como si todo fuese un gigantesco claustro que habitasen monjes mudos. Entonces centenares de valkirias desnudas preparan un banquete con carne de cerdo, hidromiel,

aguardiente y cerveza. Es más valiente el guerrero que tarda más en emborracharse y es capaz de amar a más valkirias.

—He escuchado decir que los agarenos gozan a las huríes en su particular paraíso si son buenos creyentes —dijo Julia.

—No los vikingos. Odín prefiere que los humanos nos amemos en la tierra; quiere a los guerreros para que le protejan de los jättes, mucho más numerosos que los Aesir. Si venciesen los jättes ello supondría el fin de los dioses buenos, el ragnarok. También deben mantenerse jóvenes, cosa que consiguen comiendo cada día una manzana del jardín que custodia Ydun, diosa de la salud y la juventud eternas.

—Supongo que en sus luchas tus dioses emplearán armas.

—Por supuesto. Frej posee un sable llamado skop, que se maneja solo y es capaz de cercenar a la vez diez mil cabezas; Tor es dueño de un martillo de bronce llamado mjölner, tan pesado que no pueden levantarlo tres hombres fornidos, que arroja sobre el enemigo, lo mata y regresa volando. Tor emplea también diversas añagazas. Cuando entra en acción hace sonar por arriba de la capa del cielo mil truenos y relámpagos, como bolos gigantescos que rodaran sobre un entarimado, rayos y centellas que acompaña de vientos y galernas. Es cuando el mar se alborota y las olas se encrespan y engullen los navíos. Nadie tan fiero como Tor.

—Lo mismo que Zeus, será omnipresente...

—No exactamente. Pero viaja con la velocidad del rayo. Tiene un carro tirado por dos machos cabríos llamados Tandgnost y Tandgrisner, que lo transportan por el firmamento. También Freja utiliza un carro para desplazarse, impulsado esta vez por dos gatos inmensos que, al maullar, producen un sonido que intentan imitar muchas amantes con su ronroneo. Frej se traslada a lomos de un jabalí dorado, grande y resplandeciente, cuyas zancadas son tan largas que, al pasar en las tardes de estío, en las jornadas largas de luz y claridad que amamos en el norte, parece que es el sol quien cruza por los prados. Puede que lo hayas visto.

—¿Cuándo?

—Esa vez que, abstraída, meditabas en la quietud del bosque. El sol de repente ilumina las copas de los árboles, dibuja en su suelo un mosaico de luz y se va lo mismo que ha venido. Es Frej que pasa cabalgando sobre su jabalí...

Aquella noche Julia no regresó a su casa. Se escuchó su ronroneo gatuno varias veces. En realidad, no regresó a su hogar en mucho tiempo. Se hizo un ovillo en la cama de Harald y ahí permaneció hasta que ambos se saciaron de sus cuerpos. Se amaron con total plenitud e inconsecuencia, con frenesí demente, hasta el agotamiento. Parabán para comer o asearse y proseguían amándose. A los cinco días apareció la madre. Venía dispuesta a reñir a su hija, a pedir unas explicaciones que rehusó escuchar cuando vio la expresión de sus ojos, la radiante luz que emitía su rostro. Sólo a los tres meses, cuando el leve abombamiento de su vientre mostraba su

preñez y sus rasgos se afinaban hasta pergeñar una belleza mágica, intervino Stavros, el metropolitana.

—Queridos hermanos —les dijo una mañana, tras citarlos en su despacho del monasterio—, un general cristiano, azote de los bárbaros, debiera dar ejemplo al pueblo. Lo mismo que una mujer de conducta intachable hasta aquí. Vosotros, al contrario, os exhibís por toda la ciudad con desvergüenza propia de paganos; tú, con descaro —afirmó señalando al Vikingo—, y Julia desafiante, embarazada de casi cuatro meses. Vivís en pecado, en franco y escandaloso concubinato.

Era más que cierto. La pareja se arrullaba día y noche en el Podol sin mirar por los otros, paseaban abrazados por la alameda o el parque. Iban juntos a recepciones y fiestas, incluso palaciegas. Se besaban en público. Eran la provocativa y sensual comidilla en todo Kiev. Todos hablaban de matrimonio, pero ellos habían decidido esperar. Julia sabía que su amante se disponía a partir para Constantinopla y no quería urgirlo ni mediatizarlo. Era feliz con el hijo que llevaba en sus entrañas.

—No pretendemos escandalizar a nadie, querido pope —respondió Harald—. Nos amamos y esperamos un hijo que es fruto del amor. No obstante, escucharemos humildemente tu consejo.

—No puede ser otro que el casorio. Tus padres han venido hasta mí —dijo, mirando a Julia, para suplicar mi intervención—. Han visto en tus ojos paz y felicidad, cierto, pero no quieren ser abuelos de un bastardo. Lo mismo ocurre con el príncipe. Yaroslav me ha dado a entender, con sutileza, que vería bien una boda que favorece al reino. Pero no desea interferir. En su magnificencia, no pretende coartar vuestra libertad. Él sería vuestro padrino, si me dieseis la alegría de bendecir vuestra unión.

Los dos entendieron que era lo más sensato. La boda, en la capilla real del monasterio de las Criptas, fue un acontecimiento en toda Ucrania. El pesado traje de esponsales de Julia apenas ocultaba un embarazo de cuatro meses largos. Acudieron a Kiev los mandatarios de ciudades lejanas como Odessa, Jarkov y Donetsk. Hubo un representante de los condes de Novgorod. Vasily Vasilievich, que a pesar de su pata de palo tiraba con la espada con más tino que nunca, enviaba a la novia una preciosa yegua de capa blanca. Ana, su bella esposa, que había dado a luz una niña hacía ya dos años, hizo llegar a Harald un relicario de oro y pedrería cuyo contenido sólo vio la pareja, pues no tenían secretos. Se trataba de un minúsculo rizo de cabello, rubio como el heno maduro. Julia, más lista que la menor de cinco sordomudas huérfanas, preguntó a su marido:

—¿Cómo es Ana Vasilieva? ¿Es más bella que yo?

—Es distinta. No os parecéis ni en lo blanco del ojo.

—¿La amaste?

—Sí. Pero no llegué a quererla como te quiero a ti.

—Es muy rubia...

—El cabello no es de ella. Su pelo es negro azul, de un tono parecido al azabache líquido. —Entonces...

—Supongo, igual que tú, que se trata del pelo de mi hija.

El tiempo y la felicidad no habían hecho olvidar al Vikingo la asechanza que se cernía sobre su cabeza. Solía verse a diario con Rulav, quien le recogía a la puerta de su palacete al caer la tarde para dar una vuelta por las tabernas del Podol. Charlaban, comentaban casos del ejército, problemas de los compañeros de la primera hora o recordaban juntos sucesos y anécdotas de su tierra noruega. Al volver, no más tarde de las once, Julia lo esperaba leyendo en el gabinete con una copa de vino caliente o de licor del Véneto antes de acostarse. Una noche sin luna, saliendo de un mesón en lo más intrincado del gueto judío, ocurrió el sobresalto. Tres sicarios ocultos en un zaguán oscuro le salieron al paso rápidos como un viento del fiordo. Por su aspecto eran escandinavos. Al menos fueron nobles y atacaron de frente. Rulav, sabedor del encuentro de Novgorod, portaba su espada de servicio al cabo que Harald se armaba con la daga heredada de su padre y la espada de faena. No hubo preguntas, pues sabían las respuestas. Tan sólo se escucharon juramentos. El trío manejaba los aceros con soltura, pero no tenía la maestría experta en cien batallas de nuestros dos varegos. La lid duró pocos minutos: al precio de un rasguño en la frente de Rulav y de una herida punzante, tangencial, en un brazo del Vikingo, malhirieron y dejaron por muertos a los asaltantes. Por no hacer publicidad, introdujeron los cuerpos dentro de aquel portal y desaparecieron.

Julia curó sus heridas tras recuperarse del sofoco al saber la noticia. La de Rulav, apenas un arañazo, se resolvió con agua de la fuente y grappa de Bassano, de la que siempre había en la casa provisión. El puntazo de Harald precisó una cura más elaborada. Dirigida por su esposo y venciendo la aprensión, la veneciana lavó la herida con agua jabonosa y luego introdujo en la estrecha boca una mecha de gasa empapada en vinagre. Hizo un apósito de gasa, lo humedeció ligeramente con aceite de oliva, lo aplicó sobre la lesión y la vendó.

—¿Quién puede quererte mal en Kiev? —preguntó al terminar, asombrada.

Harald, por no mentir, le contó la verdad con pelos y señales. Ella pensó con el ceño fruncido antes de hablar.

—Pero ha pasado mucho tiempo para un rencor tan largo —alegó al fin—. ¿No me ocultas nada? ¿Seguro que no incumpliste un juramento?

—Es tal como lo cuento —dijo él—. Rulav puede corroborarlo.

—Los Gudumdsson tienen fama de altaneros y vengativos —dijo el varego—. Pero tal vez haya algo más que rencor en la cuestión.

—¿Qué otra cosa puede haber? —preguntó Julia.

—Tal vez alguien esté interesado en hacer desaparecer a Harald por problemas

dinásticos.

Harald callaba. La sugerencia de su fiel amigo, pues lo era más que tío, podía ser cierta. De ser así, el peligro no venía de su hermanastro el rey. Harald ponía la mano en el fuego por Olav. Pero parte de la nobleza noruega azuzada por Björn y Svend, los nuevos condes Gudumdsson, podría estar preparando la sucesión a la corona sin contar con él. Agradeció in mente hallarse lejos del solar patrio. Para otros las intrigas cortesanas, las salvas, los coperos y el dormir intranquilo. Su leve herida curó sin complicaciones. Fue el primer costurón que decoró su cuerpo, pero no sería el último.

La boda cambió los planes de Harald. La dulzura del tálamo, la novedad del matrimonio y su dulce delicia le hicieron diferir su marcha al sur. Era feliz en Kiev. Había organizado a la perfección las milicias del príncipe. Fortificó la línea del Don de Tula a Volgograd, ordenó levantar torres de vigilancia a lo largo de las riberas del mar Caspio y creó regimientos fijos en las zonas limítrofes de Ucrania, en la zona del Cáucaso. Estando en paz con Polonia y Moldavia, distrajo fuerzas desde aquellas regiones y las trasladó al este. Julia exultaba de gozo. Había conseguido sin palabras retener a su esposo, dándole sólo amor. Sabía, a pesar de ello, que su felicidad era pasajera. Conocía a los hombres. Esperaba de un momento a otro la llegada del cataclismo que iba a separarla para siempre de su marido. Aquél se difería. Increíblemente, los turcos y las tribus asiáticas parecían tomarse un respiro y sólo amagaban en los suburbios del Imperio Bizantino sin atacar su corazón, Constantinopla. La catástrofe llegó en el verano de 1024 en forma de embajada que, desde Bizancio, enviaba el emperador Basilio II. En ella se solicitaba a Yaroslav la ayuda urgente de una tropa varega para intentar frenar el avance otomano sobre el Bósforo. Los turcos habían recuperado Chipre, ocupado plazas en Capadocia, Cilicia y Anatolia y tomado la vieja Trebisonda romana, a orillas del Ponto. Una flota agarena de trescientos bajeles se adentraba por los Dardanelos hacia el mar de Mármara arrasándolo todo. Basilio ofrecía buena paga a los rus mercenarios y la posibilidad de integrarse, una vez conjurado el peligro, en su guardia personal, la famosa Guardia Varega, con espléndidos sueldos y alojamientos. Era la oportunidad que al tiempo esperaba y temía el Vikingo. Comunicó a sus hombres la noticia en medio del entusiasmo general. Por otra parte, Yaroslav, cogido entre la espada y la pared, sólo podía atender la petición bizantina. De prosperar el ataque a Bizancio, el siguiente en caer sería él. En octubre de aquel año, cuando el aire se llevaba el perfume del estío y los primeros cierzos hacían temblar en la yerba las gotas del rodo matinal, Harald, al frente de tres mil esforzados rus y en cincuenta naves de quilla plana, zarpó de Kiev hacia Constantinopla.

El Vikingo odiaba las despedidas. Había prometido volver, pero cuando la Bizancio se despegaba de su atraque, algo en el alma le dijo que nunca más vería a

Julia ni a su hijo Dimitri, que había cumplido ya un año. Ella lo despidió con idéntica premonición, sofocando su llanto. Sabía que iba a morir alejada de él. Lo deseaba incluso. No quería vivir sin su marido ni podía acompañarlo. Se lo había propuesto sollozando, pero él se había negado. Se dirigía a una guerra azarosa y sangrienta —adujo—, y no quería exponerla al peligro ni a las incomodidades del viaje. Además alguien debería cuidar del pequeño. ¿Quién mejor que su madre? Tendría que resignarse al papel de una nueva Penélope, a tejer y destejer su propio sudario esperando el regreso de Harald, a ser abandonada como Ariadna en Naxos.

Con la Bizancio como nao capitana, la pequeña escuadra enfiló el Dniéper abajo dejándose llevar por la corriente. Sus hombres habían trabajado duro en la puesta a punto de la nave. Cinco años transcurrían ya desde su botadura. Habían repasado sus cuadernas, calafateado el casco, renovado cordajes, repintado la borda y las amuras y puesto vela nueva. Hasta el retorcido mascarón de proa lucía su excitante novedad: una mujer desnuda con los brazos estirados sobre la cabeza y las manos apuntando al cielo. Sus negros pechos cincelados en ébano hendían el viento lo mismo que las águilas. Era tal la anchura del río que podían navegar cinco o seis naves juntas, sin estorbarse si había que bogar. En sucesivas singladuras atracaron en Cherkassi, Kremenchug, Dnepropetrov, Zaporozhie, Nikopol y Jerson, casi en la desembocadura del río en el mar Negro. Ya en mar abierto llegaron al puerto de Odessa, el mayor de Ucrania, donde el gobernador acogió a Harald con entusiasmo. Supo ahí que los turcos, tras sitiar Esmirna, habían rendido por hambre a la bella población y se dirigían a Constantinopla a marchas forzadas. Los sufridos varegos ni tiempo tuvieron de visitar los afamados burdeles de la Perla del Ponto. Había preparado el mandatario un contingente de mercenarios nórdicos y rus, cerca de novecientos, que fueron admitidos en la flota sin mayor novedad. Los tres días que duró la travesía —a velas desplegadas— del Ponto Euxino los gastaron los capitanes de los navíos en preparar las armas y arengar a los bravos guerreros. Poca arenga precisaban las tripulaciones, cuyos jefes de fila eran los varegos que salieran de Noruega con Harald. Lo habían seguido desde entonces siempre, por tierra y mar, siendo testigos de sus muchas victorias. Su admiración, su inquebrantable fe en el caudillo, se había convertido casi en culto. Todos estaban dispuestos a morir en el combate siguiéndolo. Y ello literalmente, pues el Vikingo era siempre el primero en cualquier lid. No era su estilo el del estratega que contempla la evolución de la batalla desde la retaguardia, especulando con las líneas de ataque, los puntos de menor resistencia del enemigo o las vías de escape si había que retirarse. Harald amaba el peligro. Escuchar el silbido de las flechas cruzando sobre el yelmo le procuraba una emoción distinta y peculiar. Su corazón latía fuerte cuando se enfrentaba espada en mano con un contrincante de valía. Ni siquiera amando a una bella mujer, sintiendo en la nariz sus efluvios y abrazándola hasta fundir sus cuerpos, se agitaba su ánimo como en una carga de

caballería. Antes de los combates se estremecía de pavor, pero ya en ellos no temía la muerte. Y sus leales vikingos lo notaban. Igual que el perro de presa sabe quién tiene miedo, lo mismo que una mujer descubre sin palabras al hombre que le engaña, sus nórdicos avanzaban tras él sin temor y a pecho descubierto.

Al llegar a la embocadura del Bósforo, los arqueros de las fortalezas de una y otra orilla dispararon al aire salvas de saetas e hicieron fuegos de bienvenida, a la manera griega. Atravesaron el sinuoso estrecho extasiados, casi sin respirar. Desde ambas riberas multitudes enfervorizadas los aclamaban y agitaban gallardetes con los colores rojos bizantinos y el águila rampante. Los castillos de ambas márgenes, europea y asiática, ondeaban banderas y enseñas del imperio en sus mástiles. El agua del estrecho, un río de agua salada en realidad, tenía un color y un olor diferente: la sal tal vez y el reflejo del cielo. También eran distintos el aire y la vegetación. El céfiro tenía la transparencia matizada del ámbar y era tibio, las nubes nacaradas parecían flotar en el espacio, expandirse como insufladas por un oculto fuelle o encoger sin motivo aparente hasta fundirse. Y aquellos árboles altos, erguidos, abiertos en sus copas como brevas maduras, estilizados como una bailarina cingara... Era la primera vez que los vikingos veían palmeras. No tuvieron mucho tiempo para disfrutar del paisaje, pues, de repente, ante sus ojos atónitos, aparecieron las torres de Bizancio.

Capítulo 3

*¿A cuál de los dioses invocará el pueblo por el desmoronamiento del imperio?
¿Con qué ruego fatigarán las vírgenes santas a Vesta, que ya no oye
cánticos de súplica?*

Quinto Horacio Flaco, Oda II

La ansiedad del emperador era tanta que, paseando aquí y allá, desalado, aguardaba a la flota en el fondeadero del puente Gálata. El Vikingo esperaba encontrar a un mítico monarca, alguien de fabuloso aspecto, un personaje legendario y carismático. En lugar de ello fue abrazado en pleno muelle por un anciano valetudinario, un provecto barbudo que bien podía pasar por un pastor de cabras si no fuese por su larga e historiada túnica hasta el suelo, la engalanada caperuza de oro y el báculo del metal amarillo en el que se apoyaba, con una cruz griega recamada de piedras preciosas como mango. La túnica estaba dividida por una cruz dorada y, en sus cuarteles, eran tantas las medallas, insignias, cruces, dijes y condecoraciones, que era imposible que un hombre las allegase por sus méritos ni en cien vidas. Una gran banda azul le partía en dos el pecho, pendiendo de ella un largo alfanje que arrastraba por el suelo y parecía pesar más que su dueño. Sus macizos coturnos, asomando bajo las rojas alforzas de su toga, apenas bastaban para disimular su modesta estatura. Era ceniciento de tez, más macilento que una lechuga seca, de manos cerúleas y arrugadas, con un pegote por nariz que daba sentimiento y bizqueando de un ojo. Dos hombres fornidos, a ambos lados, parecían aguardar a recogerlo del suelo desde que se desplomara, posibilidad que flotaba en el aire. Cuando le confirmaron que aquel homúnculo era Basilio II, emperador de Bizancio, entendió de una vez y para siempre que el hábito no hace al monje.

Sin tiempo material ni para refrescarse, el Vikingo fue llevado al despacho de Basilio en el alcázar real, una fortaleza sobre un promontorio desde el que se divisaba una espléndida vista del Bósforo y el Cuerno de Oro. Allí, mediante un traductor, pues ni el emperador entendía la lengua de los rus ni Harald griego, fue enterado de que los turcos se hallaban prácticamente a la vista, a un día escaso de marcha desde la parte asiática. Oteando el horizonte, los más hipocondríacos de sus generales aseguraban ver la humareda que levantaban al galopar los corceles islamitas y escuchar los gritos de los jenízaros, los más fieros soldados de todo el ancho mundo. Se hablaba de un ejército de treinta mil hombres con el sultán de Damasco y sus lugartenientes a la cabeza. Varios mariscales bizantinos, visiblemente frenéticos, le expusieron la situación del enemigo sobre un mapa que extendieron sobre una larga mesa, en el centro de la estancia. Todos ludan sus mejores galas y se hadan

acompañar por sus ayudantes de campo, floreada invención de cuya existencia el Vikingo se enteraba aquel día. ¿Qué necesidad había de contar con ayudantes cuando el problema era fajarse en el campo de batalla defendiendo la vida en lucha personal? ¿Iba el «ayudante» a perderla por sus jefes? Puestos a ello, él también podía presumir del suyo, su inseparable Rulav, que, trajeado de piel de oso y hediendo a salazón de carpa y esturión, no se despegaba de su mentor.

Basilio II escuchó en silencio la exposición que cada militar hizo de la situación, líneas de ataque, puntos estratégicos o lugares presumiblemente débiles de los otomanos. Al final, presentó el plan que le parecía más factible, un poco el resumen de lo pergeñado por sus mandos. Harald callaba displicente, mordiéndose los labios. Tras serle traducidas las palabras del emperador movió la cabeza a un lado y otro en voluntarista gesto de negación.

—A nuestro recién llegado varego no parecen gustarle nuestros planes tácticos. Tal vez tenga alguna idea que aportar —dijo engolado y retorciéndose el mostacho uno de los generales, que hablaba ruso.

Harald tardó algo en responder. Primero, y tras pedir perdón, cambió impresiones con Rulav en su lenguaje nórdico. Luego inició su entrecortado parlamento, pues daba tiempo entre las frases a que un traductor las vertiera al idioma de Sófocles.

—No sé si lo he entendido bien —dijo despacio, inclinándose sobre el pergamino provisto de una pluma de cisne y marcando los lugares según iba citándolos—. Los turcos —prosiguió—, tras haber ocupado Nicea y Nicomedia avanzan sobre Calcedonia, casi a tiro de piedra de Constantinopla. Vosotros os inclináis por cruzar el Bósforo con el grueso de las fuerzas bizantinas y enfrentarlos de golpe. Para mí, amén de peligrosa y simple, sería muy mala táctica. Y ello porque, me da el pálpito, es la que esperan también nuestros enemigos. Nunca he luchado contra los turcos en campo abierto, pero tengo de su ejército las mejores referencias. Me he enfrentado más de una vez a tártaros, uzbekos y mongoles, tropas de fiereza y entidad semejante, y no desearía volver a hacerlo en tales circunstancias. Los otomanos pelean muy bien en llanuras despejadas y abiertas.

—Entonces, ¿qué propones? —dijo otro alto jefe, tieso como una pértiga, que parecía haberse tragado un bacalao noruego entero con sus raspas e intentaba digerirlo.

—Dividirlos —sostuvo Harald—. Divide et impera es antigua divisa que conocéis y no he inventado yo. Obligarlos a refugiarse en una ciudadela y coparla matándolos por hambre. O atacarlos en dos frentes explotando la sorpresa, que es lo que propongo. Yo me encargaré, con mis cuatro mil hombres y mis naves, de desembarcar en Brusa —Harald marcó aquel punto de la costa próximo a Nicea—, cruzando de improviso y en la oscuridad el mar de Mármara. Preciso también de barcos auxiliares que transporten caballos. Partiendo esta misma noche podré caer

sobre su retaguardia mañana por la tarde. Mientras, el grueso de nuestras fuerzas cruzará el Bósforo mañana muy temprano, como estaba previsto. Cogemos al enemigo en una pinza y la apretaremos hasta que reviente como un cerdo cebado, lo mismo que un divieso en el trasero de una mula díscola. Jugaremos con los factores sorpresa y confusión. Y ahora, con el permiso del emperador, quisiera comer algo y dormir. Ruego al tiempo que mis varegos recién llegados —hizo maléfico hincapié en las palabras— sean atendidos como se merecen. Pretendo zarpar antes de anochecer.

Hubo un silencio de estepa siberiana. El Vikingo aparentaba una seriedad y tal seguridad en sus palabras que no admitía dudas. Basilio II dio por terminada la reunión y los generales fueron despidiéndose. Era evidente que todos aceptaban el plan de aquel varego «recién llegado». Allí mismo les fue servida una comida opípara y, en sendas otomanas, Harald y Rulav descabezaron un profundo sueño. Cuando el sol declinaba, sin tiempo material de contemplar la cúpula de Santa Sofía o patear el Hipódromo, Harald el Vikingo, al frente de cuatro mil varegos ávidos de gloria, se embarcó para cruzar el mar de Mármara.

La sorpresa y el desconcierto fueron, en efecto, los elementos clave en la victoria. Tras pasar con sigilo frente a Buyukada, la mayor de las islas Príncipes, cuyos fuegos marcaban los salientes notorios de su costa, la flota vikinga desembarcó en la rada de Brasa antes del alba. Nadie los esperaba. Faltándoles caballos, requisaron en las cuadras todos los que pudieron y a media mañana estaban a la vista del albo caserío de Nicea. Ya allí deshicieron en breve escaramuza a la sorprendida guarnición, cuatrocientos hombres legañosos, y cabalgaron sobre la espalda del ejército turco con caballos de refresco. Jamás pensó el sultán de Damasco en la añagaza. Dirigía ya su caballería contra la bizantina que, tras cruzar el Bósforo con arreglo al plan trazado, presentaba batalla ondeando al viento los gallardetes de Basilio II. Los otomanos izaban sus verdes insignias y sus medias lunas como signo de aceptar el combate, cuando se percataron de que, desde su retaguardia, una vociferante tropa de caballeros con la que no contaban se disponía a ofenderlos. En realidad lo habían ya. Harald y sus huestes recubiertas de lorigas de hierro y negro cuero, enarbolando la santa cruz y lanzando bramidos en su lengua natal para invocar a Odín, se abalanzaron sobre los infieles como una mala peste. Los turcos y su oficialidad, viéndose pillados en dos frentes, cayeron en el mayor de los desastres: el que provoca el pánico. Más de dieciséis mil agarenos, con su sultán al frente, tintaron de sangre las floridas praderas de Calcedonia en aquella jornada de gloria y bendición para Bizancio.

Tan sólo cinco días de respiro se tomó el gladiador. Harald convenció al emperador de que el mejor éxito de cualquier victoria es explotarla, no dar respiro al vencido enemigo, rematarlo antes de que levante de nuevo la cabeza y amague con morder, como las víboras. En consecuencia, se embarcó otra vez, ahora con diez mil

hombres, y se dirigió a Chipre, que recuperó para Bizancio. Allí aumentó su ejército con otros cinco mil entusiastas chipriotas y desembarcó en Antioquía, que liberó también. No aportaba novedades al arte de la guerra. Su método era el clásico que empleaban Darío o Alejandro: ocupaba un lugar, decapitaba a los más levantiscos, consolidaba su conquista, aumentaba sus mesnadas con tropas de refresco y pasaba a otro. De esa forma su botín crecía a medida que la moral y fuerza del enemigo iba menguando. Cayeron una detrás de otra, Aleppo, Edesa, Samosata, Tarso, Heraclea, Konya, Atalia, Éfeso, Esmirna, Pérgamo y Abydos. Cuando, once meses después de su llegada, Harald el Vikingo retornó a Constantinopla y entregó al emperador las llaves de aquellas ciudades y plazas fuertes, se desencadenó en la capital del imperio la locura colectiva. Basilio, en ceremonia pública celebrada a los pies del obelisco egipcio, en el Hipódromo, le ciñó las sienes con la corona aureolada del imperio, lo investió general de su ejército, almirante mayor de la Armada y jefe de la Guardia Varega. Harald juró sus cargos delante de los Sagrados Evangelios. Se declaró en la ciudad fiesta «obligatoria» durante siete días. Se instalaron frente a la Torre Gálata centenas de barriles de vino del Peloponeso para el pueblo, que se reponían a diario. Una legión de bueyes y terneros cebados se doraba en parrillas colocadas no lejos de las fuentes del mosto, mientras los matarifes sacrificaban nuevas reses sin cesar ni dar abasto. No se recordaba nada igual en Bizancio. El nombre de Harald se coreaba por doquier, se veía escrito en las esquinas en cirílico y las jóvenes madres lo ponían a sus recién nacidos cuando los cristianaban. Hubo misas en todas las iglesias y, en Santa Sofía, una especial, solemne, con asistencia ineludible de las altas jerarquías civiles y militares del imperio. Nuestro héroe fue durante aquellas jornadas agasajado sin cesar, vitoreado, estrujado, casi devorado a besos y abrazos por unos y por otros hasta la extenuación. Cuando pudo zafarse del desbordado entusiasmo se refugió, junto a Rulav, en la villa que el emperador había dispuesto para él en la más bella loma de la ciudad y allí se encerró esperando que se calmasen los ánimos.

La suya era una casa típicamente griega, recién enjalbegada, con tejados también blancos y cúpulas azules, rodeada de un frondoso vergel de sicomoros, palmeras datileras y magnolios en flor donde anidaban toda clase de pájaros y en donde se escuchaba el rumor de las fuentes. Contaba con numerosas y amplias estancias, varias para invitados. Todo era espacioso, luminoso, limpio, sin recovecos. Tenía un precioso salón solado en mármol vetado. La construcción era fresca en verano y cálida en invierno. Desde un mirador al fondo del jardín, entre arriates de flores, buganvillas y surtidores de agua clara y sonora, se divisaba la más increíble panorámica de Constantinopla que pueda ponderarse: en primer plano las antiguas murallas, luego Santa Sofía y su cúpula refulgiendo al sol poniente, más allá el Cuerno de Oro, la cinta plateada del Bósforo y, al fondo, en la orilla asiática, el poblado de Uskudar, una especie de gueto con casas de madera en donde residía la

colonia árabe.

—¿Qué te parece, Rulav? ¿Echas de menos algo? —dijo Harald un bello atardecer, desde aquella atalaya.

—Es demasiado bonito para ser verdad. Si acaso añoro a mi pequeña hermana. Solvej sería feliz aquí.

—Podríamos traerla. Se moriría si supiese que hay lugares en los que brilla el sol de manera perenne, se desconoce o es muy rara la nieve y casi nunca hace frío.

Cuando calcularon que el furor entusiasta habría remitido, bajaron a la ciudad. Lo primero que hizo Harald fue dejarse ver entre su gente. Los rus habían pasado a formar parte del ejército, y sus vikingos, los tripulantes de la Bizancio, integraban la Guardia Varega. Cuando intentaba despachar con Basilio II, se enteró de que el monarca agonizaba. Su estrella se apagó de repente, sin un rumor, como una candela a la que falta aceite. Hubo ceremoniosas misas de réquiem que presidió sobre un estrado preferente, junto a las demás autoridades del imperio. Desde él pudo fisgar, entornando los ojos, al sucesor de Basilio, su hermano Constantino, que, a los pocos días, fue investido en Santa Sofía con la dignidad imperial.

Constantino VIII era, visto desde cualquier ángulo, un mal remedo de hermano. Tan mal dotado en lo físico como él, era peor gobernante. Como suele ocurrir, suplía su ignorancia con una petulancia insufrible. Famoso por su carácter áspero, insoportable, que le hacía despotricar de todo y castigar incluso a sus sirvientes, tenía su mismo aspecto endeble, aplastado bajo el peso de tanta condecoración inmerecida. Daba la sensación de no poder con una espada que no había manejado en su vida. Poco tardó en entregarse a la depravación, al goce espurio con amantes y barraganas a pesar de su bella mujer, una princesa helena. Se rodeó de una corte de arribistas y logreros que enseguida convirtieron el palacio imperial en una ciénaga. Comenzaron a aparecer los signos de la disgregación y el desgobierno. La autoridad imperial se debilitó, el partido de los grandes terratenientes levantó la cabeza y la conquista de la privanza real revistió el aspecto de lucha encarnizada entre la nobleza civil de la ciudad y la militar de las provincias. Afortunadamente el imperio seguía en calma. Harald, al margen de polémicas, decidió aprovecharla para recorrer a fondo la ciudad y sus zonas limítrofes. Sabía que la tranquilidad no es posible teniendo de vecino a un agareno y que la paz entre turcos y griegos era pura entelequia. Por ello se dio prisa. Acompañado de su fiel Rulav inició la visita a Constantinopla por lo más importante: Santa Sofía.

La magna iglesia, «Sabiduría Divina» significa su nombre, fue construida por Constantino I sobre las ruinas de otro templo, levantado casi cien años antes, que desapareció tras un incendio. Era sin duda el centro religioso del Imperio Bizantino y había pasado por diversos trances. Muy deteriorada, Teodosio II la reconstruyó durante su reinado; en 532, y durante la revuelta de Nika, un pavoroso incendio la

volvió a destruir. Justiniano I ordenó levantarla nuevamente a los más famosos arquitectos de la época: Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. Ellos fueron los artífices de la gran cúpula, un prodigio arquitectónico demasiado bello para ser real. Cuando Justiniano la inauguró, el año del Señor de 557, entró al templo lleno de alegría y dijo en alta voz: «Yo pude terminarte, Salomón». Grandiosas palabras, huera como acontece. Veinte años más tarde la cúpula se derrumbó y enterró bajo ella a cientos de desprevenidos penitentes con el obispo al frente. Aún no se había producido el cisma de Oriente. Justiniano dedicó los últimos años de su vida a reconstruir la basílica. Esta vez eligió como arquitecto al de Mileto en soledad. Isidoro hizo una cúpula más pequeña que la anterior, pero más alta, un portento de técnica que resistió el paso del tiempo. Era la que contemplaban maravillados nuestros varegos. Recorrieron el nártex y esonártex, la gran nave central, las naves laterales, las cinco puertas de bronce y la galería. Admiraron los mosaicos de paredes y techos y las pinturas murales de la Virgen y San Gabriel a ambos lados del trono. En el centro geométrico del templo, justo bajo la enorme claraboya de la cúpula a setenta y dos varas de altitud, se expresó Rulav:

—¿Cómo, con los recursos de la época, pudo levantarse algo tan bello, tan etéreo?

—Para mí es un misterio —dijo Harald—. Sé por el metropolitano de Kiev que no existían andamios colgantes por entonces. También me comentó que eran casi diez mil los operarios. Al parecer Justiniano separó a los obreros en dos grupos. A los que trabajaban más deprisa les ofrecía pagas más suculentas. De esa forma, consiguió que la construcción fuese muy rápida y pudo verla acabada antes de morir.

—Desde luego fue un acierto de aquel emperador primar a los obreros según su valía —aseguró Rulav—. El hombre rinde más cuando se le estimula.

Estuvieron casi una mañana contemplando graníticas columnas traídas de Éfeso, nichos circulares venidos del templo de Apolo de Baalec, pilastras con capiteles bizantinos de mármol de Paros, planchas de mármol revistiendo los frisos procedentes de la isla de Mármara, que es el origen de la palabra mármol. Fueron al sureste de la nave central a admirar el pavimento de mosaico, en el lugar en el que coronaban a los emperadores. Pocos días antes lo habían visto en toda su esplendorosa realidad. Ahítos de belleza salieron al jardín. Allí, entre árboles exóticos, meditaron sobre lo contemplado.

—Fuerte y poderoso debe de ser el Dios de los cristianos cuando lo celebran con templos como éste —dijo Rulav.

Otra mañana pasearon por el Hipódromo. El emperador romano Septimio Severo construyó aquel lugar en 203 de nuestra era para su propio solaz, pues pasaba temporadas en la que luego sería Constantinopla. Era el centro real de la ciudad, donde tenían lugar las actividades civiles, las carreras de carros, las luchas de

gladiadores que, al modo romano, se celebraron allí hasta que Focio reformó la Iglesia griega. Fue también el centro de contiendas y sangrientas revueltas. Contempló por ejemplo la rebelión, en tiempos de Justiniano, de los dos partidos que se enfrentaban por el poder: los verdes y los blancos. Poco faltó para que el emperador perdiera el trono. Lo conservó gracias a su general favorito, Belisario, que mandó ejecutar a cuarenta mil rebeldes en el Hipódromo. Rulav y Harald se ubicaron en un lugar de la grada curva, la que apunta al norte, y trataron de imaginar cómo serían los espectáculos en aquel recinto en el que se acomodaban sentados cuarenta y cinco mil espectadores. Vieron en el ala sur la escultura de bronce dorado, representando a una cuadriga, traída de Roma por Constantino el Grande. Fueron después a ver los obeliscos.

El llamado Egipcio, de veinticinco varas de altura, estaba montado sobre cuatro pilastras de bronce reposando en un pedestal de mármol. Erigido por un faraón egipcio, Tutmosis III, fue traído a Bizancio por el emperador Teodosio en 390. Vieron los jeroglíficos esculpidos en sus caras y, en las del pedestal, episodios de la vida de Teodosio. Pasaron a admirar la columna Serpentina o de las Serpientes, el más antiguo monumento de la ciudad, compuesto por tres serpientes enrolladas y esculpidas en bronce. Se erigió como homenaje a los caídos en la batalla de Platea y en honor de las ciudades ganadas por los bizantinos a los persas. El obelisco, de sólo siete varas de altura, inscribe en su superficie el nombre de las ciudades ganadas al enemigo y fue fabricado con los escudos de los guerreros persas muertos o capturados. Vieron por fin el Coloso, una columna de bloques de piedra de cantería recubierta de bronce, ordenada edificar por Constantino VII Porfirogénito tan sólo hacía unos años, en 940. Era el obelisco más reciente y al contacto del aire presentaba un color gris verdoso.

Dedicaron muchas tardes a recorrer la ciudad, a visitar las demás iglesias bizantinas, los mercados, el puerto, las tabernas del barrio de San Mamas y a navegar el Bósforo de arriba abajo para visitar las fortalezas que se erigían en sus márgenes. Era tal la grandeza de la urbe, al menos el triple que Kiev, tanta la belleza de sus jardines y la opulencia de sus muchos palacios que no se terminaba nunca de admirarla.

Por las tardes el Vikingo estudiaba. Lo hacía de forma compulsiva, igual que se devora cuando se tiene hambre atrasada o se duerme después de una larga vigilia. Visitó la Biblioteca Imperial, el más importante centro del saber de la época. Todo lo escrito por el hombre en griego y en latín y muchos textos árabes y arameos se hallaba allí. Había hecho acopio de los libros que más le interesaban sobre historia y geografía y los repasaba en su soleado gabinete de trabajo, con la ciudad a sus pies. Había hallado una copia de la obra del hispánico Pomponio Mela, *De situ orbis*, de la que tuviera noticia en Trondheim, y no se cansaba de contemplar, extasiado, sus

grabados, los planos de las ciudades más notables del orbe. Viendo la distribución de sus calles y plazas le parecía estar en ellas y respirar su ambiente: Córdoba, Sevilla, Alejandría, Roma, Siracusa y El Cairo le atraían de una forma especial. También echaba en falta a Julia. Dudó si enviarla a buscar, pero la incertidumbre de una inminente partida a cualquier parte le hizo cambiar de idea. Se hablaba de revueltas en Sicilia y Crimea y de levantamientos en Edesa. Hacerla venir con el pequeño para volver a abandonarla sería cruel. A falta de su mujer legítima la única solución parecía el lupanar. Había pasado un año guerreando y añoraba el olor de una fémica siquiera fuese espuria, la dulzura embalsamada de su aliento, la tibieza que se consigue en su regazo, el palpar de su cuerpo ante el deseo, pero no deseaba reeditar antiguas ligaduras amorosas. Esperaba simplemente satisfacer sus ansias varoniles separando sentimiento y placer, lograr satisfacción carnal sin que calara hondo, sin que dejase poso.

Una tarde, cuando el sol se ponía en un crepúsculo que tintaba en rojos y violetas la colina de Uskudar, se dirigió al barrio árabe. Le habían hablado mucho de la belleza de sus calles y plazas recoletas, de sus anárquicas viviendas de madera, del colorido de sus zocos. Cruzó el Bósforo en una de las muchas barcas que lo hacían de modo permanente, armado con su daga, vestido con ropajes de cuero al modo de los rus de la Guardia Varega. Vivía en Uskudar una importante colonia de kurdos y otomanos, gente pacífica, que sólo se rebelaba contra el emperador si subía demasiado el precio del pan o la harina de sémola. Era la primera vez que el Vikingo se aventuraba en un barrio moruno. Tras desembarcar en el pequeño puerto zascandileó entre los mostradores de pescado: sardinas de brillo mercurial, rapes de cabeza rotunda y escurridizos pulpos goteando jugo de mar sobre la tierra negra entre mujerucas descalzas que remendaban redes. Olía a salitre, a océano y a pez de calafate. Con el tufo prendido en la nariz, se adentró en el intrincado laberinto de callejas estrechas, oscuras o mal iluminadas por hachones de brea. Las casas, de dos plantas, eran de leño que atezaba la pátina del tiempo. Todas tenían ventanas o balcones con celosías, esas tupidas e intrigantes mallas de madera o de caña que protegen de miradas a su usuario y hacen soñar venturas. No se veía mucha gente por las calles, pero se escuchaba su rumor. Recorrió todo el barrio, levantado sobre una suave loma. Hacía tiempo ya que el muecín había llamado a la última oración a los fieles musulimes y todo era quietud. Atravesó un bazar serpenteando entre hombres y mujeres que recogían los puestos de frutas y verduras, sorteando balas de algodón y montículos de especias. Iba a ciegas. La gente se movía despacio, con calma agarena, saludándose en el nombre de Alá. Envueltos en sus túnicas multicolores parecían actores disfrazados, bailarines sonámbulos de alguna representación soñada o mágica. Súbitamente desembarcó en una plazuela teñida por la luz del crepúsculo, los colores de Asia: turquesa, azafrán, amarillo atigrado y siena pálido. Una vieja desdentada y

decrépita, con el caftán remangado hasta mostrar las piernas recubiertas de gruesos verdugones verdosos, pelaba cebollas sentada en un portal. En el de al lado, otra con aspecto de bruja freía en un hornillo portátil ajo y berzas. Padecía también de flegmasía. Escuchó el tañer de un laúd árabe y le pareció ver el fugaz destello de unos ojos oscuros tras una celosía. Desde un balcón, una mora morena asperjaba agua sobre un plantío de romero y albahaca con una regadera. Al pasar el noruego lo miró de forma soñadora. Bajó por una rúa adoquinada, brillante de humedad, escuchando el sonido del agua de una fuente rebotar en los arcos de piedra. El zoco principal se hallaba ya cerrado, pero permanecían abiertos tenduchos y mínimos tabucos donde vendían pan ácimo, sal, aceite, comino, dulces de almendra, miel y dátiles maduros. A la derecha, en la primera angosta travesía, la puerta de una taberna se mostraba entreabierta. Entró tras empujarla y la visión lo trasladó al pasado: mesas cojas, sillas desvencijadas, techo bajo, suelo de tierra apelmazada y un olor parecido a los figones de su tierra. Detrás del mostrador había una bella mujer que, sorprendida, se cubrió el rostro con su hijab al ver que entraba un hombre extraño. Harald se hizo entender en el idioma griego, que empezaba a manejar con soltura creciente.

—Me han hablado del licor de palmera —dijo a la hermosa—. ¿Puede probarlo un cristiano decente?

Su velo azul transparentaba en parte el cutis y dejaba ver sus grandes ojos asustados, tan negros como mar en la noche sin luna e igual de hondos. Su túnica dibujaba un contorno ondulado y más que apetecible: anchas caderas, cuello de ánade y senos de adecuada apariencia. Con el rubor subiéndole a la frente, la islamita no tuvo lugar ni tiempo a contestar. Surgió por un estrecho y oscuro hueco en la pared un hombre, quizá su esposo, y lo hizo por ella.

—Sólo despacho arak a gente de confianza —dijo—. Lo que sí garantizo es que no lo hay mejor en todo Uskudar.

Hablaba con cierto deje extraño, arrastrando las palabras. Parecía como brotado de un ensalmo. Harald sabía que los árabes nunca beben en público, de ahí esa confianza que se le exigía.

—Yo soy gente de bien. Y de palabra. No me meto con nadie que me respete. Déjamelos probar...

El mesonero le sirvió una copa rebosante del licor que se extrae macerando la raíz de la palma de oasis, al tiempo que ordenaba a la mujer que desapareciera. Harald lo sorbió de manera sonora, al modo turco, para mezclar con aire el líquido y poder apreciar mejor su consistencia. Era fuerte, ácido, sabroso y al tiempo ligeramente dulce. Nunca había probado un licor más excelso, mucho más aromático que ninguno de los catados hasta entonces y de no tan alta graduación alcohólica. Lo degustó con los ojos cerrados. Sabía a dátiles maduros y olía a canela. Quiso entablar conversación con aquel hombre, pero era reservado. Regresó al lugar muchas veces,

siempre al caer la tarde, pero no volvió a ver a la mujer. Se sentaba en el colmado entre sacos de harina, sogas y esparto, bebía licor de palma, picoteaba pistachos y pan ácimo y dialogaba con el turco, Mustafá, con el que terminó por intimar.

—¿Qué puede hacerse por aquí? —le preguntó una noche lluviosa, tras invitarlo a varias rondas de arak. El último cliente terminaba de salir. Era tan tarde que Mustafá había cerrado ya la puerta del colmado.

—¿A qué os referís, señor?

—A qué puedo referirme... ¿Qué es lo que le puede apetecer a un hombre?

—Mujeres. Imagino...

—¿Qué más imagináis?

—Pueden apetecerse tantas cosas...

—Os seré franco —dijo el Vikingo, tratando de delinear aquellas apetencias—. Quisiera una mujer para esta noche. No importa el precio, pero debe ser joven y bella.

—¿Cuánto estaría su señoría dispuesto a pagar?

—Depende. Si el caso lo mereciera, hasta una estatera de plata.

Al turco le giraron los ojillos igual que dos planetas salidos de sus órbitas.

—Estudiaré el caso. Esta noche no es posible, pero mañana os daré la solución —dijo Mustafá—. ¿Tenéis algún tipo especial de mujer que os encandile?

—Podría parecerse a la que vi aquí en mi primera noche, aquella morena de ojos negros —dijo Harald, arriesgándose a sufrir un descalabro.

—Fátima...

—¿Es vuestra esposa?

—No... Es tan sólo mi hermana.

—¿Es casada?

—Es la tercera mujer del dueño del negocio, un rico comerciante que se encuentra de viaje. Hablaré con ella. Pero el asunto no es de solución fácil, pues su marido encierra a sus mujeres en el gineceo cada vez que se ausenta.

—¿Gineceo?

—Es el lugar de la casa donde se solazan las hembras sin ser molestadas. Allí charlan, se preparan, se bañan y acicalan esperando la llamada del marido.

—¿Tú no tienes mujeres?

—No podría pagarlas. Aunque no me apetecen...

Harald comprendió al fin la causa de la ambigüedad de modos y maneras de aquel turco. Tal vez su aberración estaba tan castigada entre agarenos como a orillas de su fiordo natal y por ello trataba de ocultarla.

—Si me consigues a Fátima, tendrás otra estatera para ti. Todo ello si actúas dentro de la más absoluta discreción.

—La misma que yo os exijo a vos... —dijo desenvuelto—. Si el viejo Ahmed se enterara del caso, ordenaría que salasen mi asadura después de matarme como a un

cerdo.

—¿Es un viejo?

—Casi tanto como la puta de su madre. Pero es muy rico. Y el dinero es poderoso...

—Me tienes sobre ascuas. ¿Cómo haremos?

—Mañana dispondré. No os garantizo nada. Hablaré con Fátima y hallaremos la mejor forma de satisfacer vuestro deseo. Venid a la hora acostumbrada.

El día transcurrió para el Vikingo en un suspiro tenso. Se bañó en el estanque del jardín de agua de pozo, se acicaló como para una novia, vistió calzón de cuero nuevo y camisa de hilo de Sohäg, un villorrio en el curso del Nilo donde tejen un lino reputado como el mejor del orbe. Sujetó los bordes de la camisa con fíbula de plata al modo tártaro, y, yendo al barrio árabe, utilizó tarbusch de color rojo, el más usado entre otomanos para cubrirse la cabeza. Cuando llegó al colmado Mustafá lo esperaba con la ansiedad reflejada en el rostro. No lo dejó hablar.

—Shhh... Ella está aquí...

—Alabado sea Dios. ¿Dónde se encuentra?

—En la trastienda. He logrado que saliera de su casa fingiendo una indisposición, para que me ayudara en el negocio. Tenéis sólo tres horas... Después de ese tiempo vendrá a recogerla su dueña.

—¿Se halla dispuesta?

—Está catequizada y convencida. Es toda para vos...

Harald se abalanzó sobre el hueco labrado en la pared. Ya iba a traspasarlo cuando Mustafá lo cogió por un brazo.

—Esperad —dijo—. El pago es por adelantado. ¿Pretendéis dar gusto al cuerpo y pagar al fiado?

El Vikingo depositó sobre el mostrador dos estateras de plata y pasó al interior con Mustafá. Se adentraron por un estrecho y sinuoso pasadizo en tinieblas. Al fondo se veía la tenue claridad que la luna derramaba en un patio moruno. No llegaron a él. Al cruzar ante un hueco sin jambas labrado en la pared, el árabe se detuvo.

—Es aquí. No demoraos. Vendré a avisaros con tiempo suficiente.

Y empujándolo suavemente, lo hizo entrar y desapareció. Harald tuvo que acomodar la vista pues el habitáculo apenas se iluminaba con la mala luz de una bujía de aceite cuya llama temblaba sobre el suelo, en un rincón. El silencio era hiriente. Olía al incienso de jazmín que se quemaba en un cuenco de barro, junto al candelero. Era un aroma suave con un toque sofocante, animal. Poco a poco sus pupilas fueron haciéndose a la penumbra cálida. Su propia sombra se reflejaba en el techo a favor de la llama oscilante, alargándola, estrechándola, dando imágenes tétricas. En la otra esquina, sobre un camastro bajo, se hallaba tendida una mujer cubierta con chilaba hasta los tobillos. Se adornaba con zarcillos y collares que parecían de plata, con

gruesas cuentas de ámbar. Mostraba por completo el pelo negro y lacio, suelto, largo hasta la cintura, pues descubría su cabeza. Ahora la veía bien. Estaba descalza, con los pies decorados con alheña y una ajorca de bronce en un tobillo. Atisbo con ansiedad sus ojos. Brillaban dentro de la negrura como ascuas. Era ella: la grácil forma de la nuca, aquella boca chica que apenas entreviera la primera vez, la nariz recta, la mirada ardiente y mansa al tiempo, como entregada.

—Fátima...

Ella no contestó. Parecía inquieta, rebulléndose como un ofidio sobre el colchón de borra. De repente, sonrió tímidamente, se subió el borde de la túnica hasta descubrir las rodillas y ahuecó su cuerpo como invitándolo a tenderse junto a ella. Harald obedeció. Tras enfrentarla quiso besar su boca, pero ella se dio la media vuelta, de cara a la pared. Sus carnes palpitaban finamente. Primero olió y acarició su pelo, luego abrazó su cuerpo, pegó el pecho a su espalda y por fin le aplicó su rebenque erizado y caliente, duro como la roca. Fátima, sin decir nada, volvió a girarse y le tocó los labios con los dedos. Luego se puso en pie. Dejó caer al suelo la chilaba y se sacó su enagua por los hombros. El resplandor del candil iluminó su desnudez y proyectó hacia el techo una danza fantástica de luces apagadas y de sombras alegres. Era hembra sazónada, llena de redondeces incitantes y de curvas crípticas. Poseía unos senos maduros de pezones rojizos como frutos del bosque, caderas maternas y un nido del amor grande, negro zaino, de pelo enmarañado, igual que un laberinto que invitara a perderse en sus revueltas. Sus areolas mamarias, levantadas, estaban decoradas con ocre de arcilla.

—Si no te importa apagaré la luz —dijo ella en griego, temblando levemente.

—Prefiero que no lo hagas. Me encanta verte.

Fátima lo descalzó mientras él se quitaba la camisa. Ella le ayudó a desprenderse del resto de la ropa.

—¿No temes que alguien pueda vernos en esta habitación sin puerta?

—La casa está desierta y Mustafá monta guardia en la cancela —aseguró la hembra—. ¿Quién podría vernos? Ven...

Y cogiéndolo de una mano se tendió boca arriba en el catre. Despatarrada, con las joyas rehiriéndole sobre la piel cobriza, semejaba una maga. Una bruja hechicera. Le dejó acariciar con la lengua pies y sexo antes de permitir que ahondara en ella. Harald actuó despacio, tomándose su tiempo. A medida que progresaba en su acción lujuriosa le inundaba su olor, fuerte y diferenciado, a sudor de mujer, a cera virgen, a secreción pudenda, a almendra amarga... Al sentir galopar el placer como las hordas tártaras, sujetó a Fátima por las caderas, le clavó las uñas y apretó para calar muy hondo, tratando quizá de perforarla, intentando con arte que el clímax fuese mutuo. Cuando el gozó llegó, exacto, matemático, se deshicieron en alaridos que atronaron el mundo mucho tiempo.

En sucesivas y ardorosas sesiones fueron conociéndose. Fátima, una mujer de veinticinco años con dos hijos, había sido casada contra su voluntad cuando era sólo una niña de once. De una forma que Harald no alcanzaba a entender, era una experta en las mañas de Venus. Secretos quizá de gineceos, de charlas femeninas, trucos de hembra o hacer de varón sabio. No había postura o *modus operandi* que no conociese. Odiaba a su marido, un viejo de sesenta años cuando la tomó como tercera esposa, que ahora terminaba de cumplir setenta y cuatro. Había pagado a su padre por ella siete estateras de oro y cuatro vacas. Detestaba la vez, cada nueve semanas, que era llamada al lecho conyugal. Afortunadamente, las citas se espaciaban, pues su señor esposo apenas si servía ya en asuntos de colcha. Toda su perspicacia, pues era listo como los hurones del desierto árabe, se le iba en los negocios, en atesorar mejor cuantos más dineros, joyas y mercancías pudiese allegar. Había pensado en envenenarlo de alguna forma que no dejara huella, por ejemplo con acónito, un tósigo elaborado con una planta de flores azules que medra en el desierto; o con pétalos de adelfa blanca que, ingeridos triturados en una pócima, detienen el corazón sin previo aviso; o asesinarlo introduciendo en su lecho un áspid, pero desechó la idea ante la posibilidad de ser descubierta y lapidada, suplicio reservado en su tribu para las parricidas. Además, respiró cuando el arcángel San Gabriel lo envió a él. Al verlo, pareció que todas sus angustias se evaporaban, que alentaba de nuevo. Rezó a Alá y a la Virgen María, en la que creía, para que hubiese reparado en ella. Cuando le tuvo delante, difirió alzarse el velo unos segundos, después lo sonrió debajo del hijab y le envió con sus ojos el dardo con el que el Eros griego hiere a los amantes. Cuando su hermano Mustafá llegó con la propuesta, chilló, brincó, creyó volverse loca.

—¿Qué es lo que te propuso? —inquirió Harald.

—Me dijo que habías seguido yendo por el colmado. Que estabas interesado en mi persona. Que querías verme... Yo no me lo creía. Alá y la Señora habían oído mis oraciones y mis súplicas.

—¿Y eso fue todo?

—¿Qué más podría ser? Estaba tan loca por ti que accedí de inmediato. Mi amor se encontraba de viaje. Me compuse con cuidado, para tratar de conquistarte. No podía desaprovechar aquella oportunidad. Por eso me arreglé de una forma especial, me adorné con mis mejores joyas, me perfumé de un modo sabio y vestí la chilaba de fiesta sin nada debajo...

Harald comprendió que Mustafá lo había engañado, pero no dijo nada. Daba por bueno el precio. Por primera vez en su vida hallaba a una mujer experta en el amor, alguien capaz de hacerle levitar de placer con sola su presencia. Cuando ya se enfangaba en una aventura que empezaba a ser comprometida, surgió un evento que lo sacó de apuros. Fátima era insaciable. Como cualquier mujer enamorada y joven quería cada vez más, pretendía amarlo a diario, y ello representaba un peligro para

ambos. Por ello respiró cuando tuvo que embarcar a Trebisonda al frente de sus vikingos. El sultán de Mosul se había levantado y puesto sitio a la ciudad. Se despidió de ella sin darse a conocer, pero prometiendo volver desde que regresara de un largo e insoslayable viaje.

Durante varios años se sucedió la guerra en todas las esquinas del imperio. El sitio de Trebisonda fue levantado tras un asedio por tierra y mar que duró cuatro meses. La ciudad ribereña acogió al Vikingo como a un héroe al huir los islamitas. La vieja ciudad del Ponto Euxino, a orillas del Píscites, que con Trajano fuera importante capital del imperio, conservaba aún restos romanos, como un bello teatro y algunas columnas de un templo dedicado a Venus. De allí, tras un paso fugaz por Constantinopla, Harald navegó a Creta, en donde amagaban con desembarcar tropas del sultanato egipcio. La isla maravilló al Vikingo. Tras algunas escaramuzas en Ierapetra, al sur, y en Sitia, en su punto más occidental, en las que los piratas africanos tuvieron que reembarcar a toda prisa, Harald se dedicó a recorrerla. Siempre acompañado por Rulav, Frelav y Farlo, se bañó en sus límpidas aguas, descubrió la existencia del verdadero vino, mojó pan en el singular aceite de sus olivos venerables y se hartó de pescado fresco sobre la misma playa. Ignoraba que los frutos del mar pudiesen alcanzar el sabor de los rojos babounis o las sardinas asadas en espetones a la orilla del agua. A su lado, los peces de los mares noruegos le parecían insípidos. Jamás había visto una langosta. Cuando probó una a la parrilla, sobre la misma arena, regada con vino de Malvasía, creyó enloquecer de dicha gastronómica. Pensó haber hallado el paraíso: un lugar de bellas mujeres ardientes y morenas, descendientes, al parecer, de aquellos muladíes españoles que llegaron a la isla doscientos años antes, de clima ameno y aguas cálidas, donde el vino era abundante, barato, y sólo se veía la nieve en la cima del Psiloritis, su montaña más alta. Y no todos los años.

Casi cinco meses pasó en Creta nuestro héroe tratado por el gobernador bizantino a cuerpo de arzobispo. Vio los principales vestigios griegos y romanos del pasado. Los más ancianos le hablaban de la existencia de ruinas de una vieja cultura creada antes de Cristo por un rey tiránico y brutal, Minos, que, al tiempo que apoyaba las artes, seguía una absurda religión que adoraba a un toro, el Minotauro, al que sacrificaban periódicamente siete bellas vírgenes traídas de Esparta, en el Peloponeso. Pero, por mucho que buscó e indagó, no logró dar con la más pequeña muestra de aquel monarca déspota e idiota. ¡Sacrificar bellas jóvenes a un toro! Hacía falta estar loco o ser un mentecato. Otro anciano le sugirió ante una jarra de vino nuevo que, siendo Creta una isla volcánica y de recurrentes terremotos, era posible que algún movimiento sísmico hubiese sepultado los palacios y fortalezas de aquel degenerado Minos. El gobernador, con gran sigilo y a espaldas del metropolitano ortodoxo, contribuía a su deleite y fomentaba su molicie enviándole a su villa costera cercana a

Spinalonga, a un paso de Candía, bellas y escogidas hetairas. Ya había decidido morir en Creta en brazos de una de ellas, tras una cena opípara de erizos de mar y de crustáceos y un baño nocturno en su cala desierta, tan desnudo como lo pariera su santa madre, cuando un correo de Constantino VIII lo impelió a embarcarse nuevamente para sofocar la invasión de Siracusa por los fatimíes.

Sicilia, la mayor de las islas mediterráneas, fue codiciada desde la antigüedad tanto o más que Creta. Tras cartagineses, romanos y bizantinos, los árabes la habían ocupado invadiéndola en el siglo VII. Primero alauitas de Kairuán y luego fatimíes tunecinos, los hijos de la media luna impusieron su despótica ley. Los fatimíes, que se decían descendientes de Fátima, la única hija de Mahoma, esposa de Alí, dominaban todo su territorio excepto una estrecha y oriental franja costera, en la que se encontraban Catania y Siracusa. Cuando Harald llegó a la isla la gobernaba un jeque descendiente de Muiz, el gran guerrero pariente del profeta, fundador de El Cairo, la vieja El Fustat, y autor de la expulsión bizantina de Sicilia. El desembarco del nórdico y de sus huestes vikingas se produjo en las desiertas playas de Augusta. Desde allí avanzaron hacia Siracusa que liberaron tras arduos combates y un sitio que duró mes y medio.

Ardía el Vikingo en deseos de pisar la patria de Arquímedes, Teócrito, el historiador Antíoco y otros hombres ilustres. Fundada siglos antes de Cristo por Arquías de Corinto, fue al principio república y luego reino merced a la alianza con Roma. Recorrió ensimismado la ciudad, quizá la más hermosa de Sicilia, y sus bellos vestigios del pasado: las grandiosas ruinas del teatro griego, el anfiteatro romano, los restos del templo de Minerva, las columnas del Olympeion, las catacumbas y criptas de los primeros tiempos de la Iglesia de Roma, los acueductos, baños, termas y restos de palacios. Siracusa tenía su propia y distintiva aura: aire seco y brillante cargado de misterio, temperatura edénica que invitaba al ropaje liviano, ambiente embalsamado que propiciaba el deseo de vivir y canciones dispersas en el céfiro como pétalos de una rosa quimérica. Todo era nuevo. Todo lo anhelaba y veía con ojos codiciosos.

Una noche oscura y silenciosa, ante un cuenco de olivas y una pipa de cuero rellena de buen vino de Módica, acompañado por sus fieles amigos, Harald escuchaba la relación de un anciano que habían conocido en la taberna. Se trataba de un hombre docto, parco por tanto en palabras. Aseguraba que la fuente de la salud la daban los alimentos consumidos en pocas cantidades: pan candeal, aceite, pescado y fruta, y el beber con mesura del virio que producían las viñas de Sicilia. El necesario complemento para una larga vida —afirmaba— era la tranquilidad del alma que consigue el sosiego y el gozo que se siente al amar a una hembra sazónada, hermosa y libre. Les habló después, a instancias del Vikingo, del sitio que sufriera la ciudad tras su alianza con Aníbal, el general cartaginés.

—Tengo entendido —dijo Harald— que Aníbal fue uno de los grandes estrategas

de la Antigüedad.

—Lo fue —sostuvo el viejo—, pero en Siracusa se estrelló. La alianza de Siracusa con Aníbal, dos siglos antes de Cristo, determinó el cerco a la ciudad por los romanos y la pérdida de su independencia.

—Dicen que el propio Arquímedes contribuyó a su defensa con su lucha.

—No es totalmente cierto. Arquímedes era un científico. Defendió su ciudad con las ideas, no con las armas. Aplicando un sistema de espejos de su invención, desde la costa concentraba los rayos solares en un punto del velamen de los barcos enemigos y lograba que ardieran.

—Eso es imposible —intervino Frelav—. ¿Quemar una tela a distancia? Tendría que verlo para creerlo...

—Tiene muy poca ciencia —aseguró aquel hombre—. Al concentrarse los rayos solares aumenta proporcionalmente su potencia térmica y el calor generado produce el fuego. Puedes hacer la prueba cualquier día soleado con una lente y un poco de paja.

—¿Y en cuanto a los experimentos que dieron fama a Arquímedes? —preguntó Harald.

—Arquímedes fue tal vez el genio más brillante del pasado —sostuvo el anciano—. Era matemático y físico, hijo de Fidias, un notable astrónomo. Estudió en el Museo de Alejandría junto a Conón de Samos y Eratóstenes de Cirene. Pero su pasión era la fabricación de máquinas y artificios de guerra. Precisamente trabajando en la resolución de un problema geométrico relacionado con la construcción de una de ellas, durante el sitio de Siracusa, un arquero romano terminó con su vida. En el Estudio sobre los cuerpos flotantes expuso su célebre principio que explica el que las cosas floten.

—Serán las cosas de madera —intervino Rulav.

—Todo puede flotar si se le da la forma debida. Incluso el hierro.

—Eso no me lo creo. Explicaos.

—Todo cuerpo sumergido en un líquido experimenta un empuje hacia arriba que es proporcional a la cantidad de líquido que desplaza, dice Arquímedes.

—¿Qué queréis decir con desplazar? —preguntó Frelav.

—¿Nunca te has metido en el agua, más que puerco? Cuanto más grande sea el cuerpo introducido, más líquido, agua en este caso, se derramará fuera de la bañera. Tú, estúpido obeso de mente plana, desplazas más agua que tu amigo el flaco —señaló el anciano con la barbilla a Farlo, que parecía un espárrago.

Todos rieron.

—Entiendo —dijo Harald—, pero de ahí a que los metales floten...

—Prueba con un cuenco de bronce de altos bordes. Intenta sumergirlo en una tina. Verás que tienes que efectuar cierta fuerza para lograrlo. Si construyes un barco,

del tamaño que quieras, cuyo casco de hierro no presente fisuras, flotará.

—Lo creo. Y más si lo asegura un hombre tan sabio como vos.

—No soy yo quien lo afirma. Es Arquímedes.

—Será verdad, pero sigue siendo una utopía —sostuvo Harald—. Ese barco de hierro tendría grandes planchas que habría que soldar. Soldar la simple cruceta de una espada requiere medio día de labor. ¿Qué soldador podría hacer trabajo tan ingente y en qué fragua? ¿Qué remero sería capaz de mover una mole de hierro? ¿Qué viento puede insuflar las velas para que navegue un navío metálico o qué tamaño deberían tener?

—El mundo se construye golpe a golpe —aseguró aquel hombre—. Antes se arrastraban las cosas y hoy se usa la rueda; antaño las mujeres iban al río a buscar agua y hogaño viene hasta sus casas en conducciones plúmbeas; hasta que se inventó el polipasto los hombres subían las piedras sobre el hombro...

Expulsados los fatimíes de la zona bizantina de Sicilia e incluso ampliada con la toma de Milazzo, un estratégico puerto cercano a Messina, Harald recibió a un mensajero marítimo con pésimas noticias: Constantino VIII agonizaba en Constantinopla por lo que el Senado solicitaba su regreso. Corría el año del Señor de 1028. Cuando supo la nueva se embarcó tras organizar la defensa de las plazas reconquistadas. Al llegar pensaba encontrar a tirios y troyanos enfrentados por el poder, pero por suerte no fue así. Zoé, hija de Constantino, lo había organizado todo con la astucia proverbial de la mujer. Las leyes bizantinas impedían coronarse a las hembras, pero admitían que las primogénitas gobernasen por intermediación de sus maridos, de ser casadas, y este fue el caso concreto. Zoé, mediante un juego de sobornos, promesas, gabelas y amenazas a los aristócratas que formaban el Senado, consiguió que aceptaran como emperador a su consorte, Romano III Argiro. Constantino VIII fue inhumado con gran pompa luego de un funeral al que asistieron los gobernadores de todas las provincias del imperio.

Sólo tres semanas después del óbito, tras la última misa de difuntos, el Vikingo se atrevió a preguntar por la causa de la súbita muerte de Constantino, un hombre sano de cuarenta y un años, pero nadie supo darle una explicación lógica. Se hablaba de síncope cardíaco, de tabardillo repentino y hasta de cólico miserere. Cuando preguntó al senescal mayor, un buen amigo, aquél dio media vuelta y desapareció sin contestarle. Lo mismo ocurrió con el metropolitano. Sólo comprando la voluntad del camarero imperial, un asustadizo conde tesalónico con rostro de avefría, pudo enterarse de que se habían detectado en el cadáver, mientras lo amortajaban, manchas violáceas a manera de mapas lívidos y siniestros con extrañas formas, típicos del envenenamiento con polvo de cantáridas, un poderoso tóxico que se extrae de las cutículas machacadas de ciertos escarabajos verdes del desierto líbico, según le informó uno de los físicos de palacio. Desde luego, el Vikingo no comentó aquello ni

con Rulav. Para medrar en cualquier corte hay que saber escuchar con gesto indiferente y no mover un músculo ni oyendo decir que vuela un elefante. Además, la desaparición de Constantino era una suerte de lotería celestial, algo que sólo podría aportar beneficios al imperio. Ni rebuscando en cien vidas por las siete revueltas del universo podría hallarse un personaje más infame en todos los aspectos. Aunque las cosas que andan mal pueden empeorar, dijo alguien. ¿Quién podía beneficiarse de aquella muerte? Sin duda el buen Romano, ahora III, un mediocre personajillo, y por supuesto la intrigante de su curtidura y ya madura esposa.

Afortunadamente, la relación entre Zoé y Harald era excelente. Ella era una mujer próxima a los cincuenta que aún mostraba trazas de su antigua belleza. Desde su llegada, incluso en presencia de su esposo, Zoé se le había insinuado, pues era fogosa y casquivana. Incluían su catálogo de colcha al menos tres amantes. El Vikingo, cuyo colmillo empezaba a retorcerse, se sabía completa la lidia de cualquier clase de fémica. Por ello, lejos de rechazarla, le dio largas de forma zalamera, sonriendo, aceptando achuchones detrás de un repostero en una fiesta palaciega, dejándose abrazar durante un baile cortesano o consintiendo en un beso furtivo y tangencial después de un ágape refugiados tras la primera puerta de respeto. Sólo cuando se vio demasiado acosado, salió con la peregrina excusa de su casamiento y el respeto debido a su mujer, en la lejana Kiev.

Año y medio anduvo Harald por Constantinopla tras la coronación de Romano III. Las cosas de la guerra iban calmadas y sus vikingos medraban en la Guardia Varega. Por tanto, mientras Romano se dedicaba a diseñar una política agraria que beneficiaba de forma impúdica a los terratenientes y latifundistas en detrimento de los campesinos, reanudó sus incursiones a Uskudar. Fátima lo recibió en un puro éxtasis, levitando de gozo. Su marido viajaba cada vez menos, por lo que se veían una vez por semana. Pero eran encuentros que, bajo la vigilancia del hermano bardaja y sin subir el precio, valían por diez sesiones de amor desenfrenado. Fueron casi dos años de pasión enfermiza, volcánica, cuyo lógico colofón fue el embarazo. Ni siquiera interrumpieron sus citas amorosas durante la gestación. Ella se las arregló con sus mañas de hembra para hacer creer a su marido que aún era hombre, que aquel encuentro que forzó ya embarazada había sido el causante de la preñez. Tan sólo interrumpieron el devaneo salaz los cuarenta días del puerperio, estrictamente lo imprescindible. Reanudaron los gozos enseguida. Fátima llevaba consigo a su pequeña de dos meses, la amamantaba en la recóndita guarida del colmado y se entregaba a su amante. Alguna vez se sumó a la algarabía del doble orgasmo el llanto quebrado de la niña en la cuna. En el verano de 1031 se produjo la invasión tártara del Quersoneso.

El Quersoneso, una franja al sudeste de la península de Crimea, era muy disputado por bizantinos, ucranianos y tártaros por la bondad de sus viñedos y la

riqueza de sus pesquerías. En su capital, Teodosia, se concentraban numerosas factorías de pesca, casi todas bizantinas, alguna ucraniana y pocas venecianas. Harald y sus vikingos embarcaron en la flota del imperio que patrullaba el Ponto y, tras el asalto nocturno a Teodosia y la ulterior marcha sobre los puntos que dominaban los tártaros, en Bagerovo y Kerch, expulsaron de Crimea a aquellos vándalos. Tras licenciar a las tropas y enviarlas de regreso a Bizancio, Harald y su fiel Rulav se dirigieron a Odessa donde pasaron el invierno. Se disponía a subir a Kiev para ver a su mujer e hijo cuando se enteró, por un comerciante que pasaba desde Ucrania a Atenas, amigo de los padres de ella, de que vivía con un hombre. Lo sacudió un fastidio importuno, un malestar punzante, indefinible, pero lo superó, pues entendió que la actitud de Julia era más que razonable. El comerciante la había conocido y hasta comido con ella en una ocasión, en la villa de sus padres, junto al Dniéper. Había hablado con aquel hombre, que pensaba su marido, y le causó una gran impresión: era alto, fuerte, eslavo de raza y se dedicaba también al comercio. Harald le preguntó distraídamente por un niño. Tras pensar un instante, el viajero recapituló e hizo memoria mientras miraba al Vikingo de forma interrogante: sí, por allí corría un arrapiezo de unos seis años, descalzo, con el pelo castaño rizado deshecho en bucles y los ojos muy negros. La noticia, aun esperada y lógica, dejó a Harald sumido en una melancolía que hacía inhabitable sus mañanas nubladas y sólo consentía en despejar a media tarde. Fue un invierno muy frío.

De regreso a Constantinopla se encontró de bruces con la peste negra. Las noticias sobre la aparición de la terrible plaga en la ciudad eran confusas. Unos la achacaban a la llegada de un barco genovés cargado con madera de los bosques armenios; habían visto bajar de la nave a varios marineros con trazas de beodo, tambaleantes, lívidos, escupiendo sangre. Tras perderse en el barrio de las prostitutas, como era habitual en la gente de mar tras cualquier desembarco, se habían producido allí en pocos días decenas de casos de muertes precedidas de vómitos biliosos, convulsiones y diarreas negras e incoercibles. Otros echaban la culpa de la epidemia a la sordidez de aquel lugar de lenocinio, donde se habían visto ratas como conejos y se mezclaban miseria, deyecciones, podredumbre y desecho de los lupanares, incluidos fetos abortados a término. Los físicos, siguiendo las teorías de su maestro Hipócrates, opinaban que la «muerte negra» era debida al estado del aire y a los cambios en la atmósfera, muy cálida aquel año. Había por fin quien creía que los responsables de la peste eran los judíos y los leprosos.

En cualquier caso, el mal se propagó con endiablada rapidez. Era normal encontrarse por las calles con afectados de ojos enrojecidos, sufusiones hemorrágicas en la piel de la garganta y en la lengua. Ésta aparecía igual que una morcilla, ocupando la boca por completo, impidiendo el habla y originando un hálito pestilente a treinta pasos. También era habitual ver caer en medio del arroyo a un desgraciado

ciudadano muerto, tan emaciado como un esqueleto, luego de horribles convulsiones. El emperador ordenó cerrar las puertas de la ciudad y prohibió entrar o salir de ella sin un salvoconducto. El patriarca ortodoxo organizó en Santa Sofía diversas misas de desagravio, pues los popes pensaban que el mal era un castigo divino por los muchos pecados de los hombres, por la depravación general y falta de oración. Como una forma empírica de combatir el morbo, centenas de pebeteros situados por el templo esparcían por su ambiente aromas de sándalo y jazmín. Anker, uno de los más fieles vikingos del grupo, enfermó del mal. Harald fue a visitarlo antes de que lo trasladaran al lazareto que habían improvisado a pocas leguas de la ciudad, extramuros. Lo encontró exhausto, demacrado, vomitando un líquido negruzco. Ardía en fiebre.

—Quiero morirme aquí, Harald —le rogó—. Me han dicho que el que va al lazareto no regresa jamás.

Era cierto. Junto a la iglesia de Santa María in Chora, hacia el oeste de la urbe en el camino a Adrianópolis, habían levantado aquel hediondo lugar de humo, llanto y tiendas de lona donde se hacinaban hombres y mujeres en demoníaco contubernio. Junto a grupos de penitentes se veían manadas de varones y hembras fornicando con desenfreno, apurando sus últimas horas con frenesí demente. Podía contemplarse cualquier aberración por rara y extravagante: tiernas doncellas ebrias copulando como perras con dos y tres hombres a la vez, hembras despatarradas dejándose penetrar por delante y detrás al mismo tiempo, varones dedicados en cadena a la aberración de Sodoma o mujeres que practicaban la fellatio mientras el nauseabundo jugo de su sexo era libado por algún libertino que se veía ya en la antesala del infierno.

Harald consiguió del mayordomo de palacio que a su amigo lo dejaran morir con arreglo a su gusto en una de las mazmorras de los sótanos. Y es que, a raíz de darse varios casos del mal entre reclusos, los habían soltado en comandita y se encontraban vacías. De manera instintiva el Vikingo se encerró en su mansión, junto con Rulav. Era como si un sexto sentido le dijera que la soledad y el aire puro lo mantendrían alejado del mefítico morbo. Además, odiaba pasear por la ciudad, pues era inevitable topar con decenas de flagelantes tipos que, en procesión y emitiendo lúgubres oraciones o consignas religiosas, se fustigaban con látigos o varas en medio de la humareda que provocaban las antorchas de petróleo que portaban. En un cuadro patético iban semidesnudos, muchos llevando cruces, la mirada extraviada y la cara pintada con barro o con ceniza. Se veían también bandadas de niños vagabundos, harapientos, famélicos, que atacaban a los viandantes, los apuñalaban para desvalijarlos y saqueaban las tiendas y comercios. De un día para otro los pocos ciudadanos que se aventuraban por las calles lo hacían armados, con los rostros cubiertos por paños empapados en agua de rosas o tapados por máscaras, pues corría

la voz de que era el aire lo que transportaba las miasmas pestíferas.

Harald sintió la necesidad de ver a Fátima y se trasladó a Uskudar. En la barca pareció revivir. El aire marino era más puro y el cielo se hallaba despejado, ausente de miasmas, libre de la humareda de antorchas y de hogueras que la plebe, enloquecida, provocaba en las casas en las que se había dado un caso pestilente.

Al desembarcar encontró el barrio árabe extrañamente mudo y solitario. Se había evaporado el mercadillo de pescado fresco. Crespones blancos decoraban la fachada de las casas de leño, como señal de luto. La plaza de la mezquita se encontraba desierta, pero pudo escuchar la voz del muecín llamando a la oración del mediodía. Enredado en sus ecos inició el ascenso a la empinada calle donde vivía su amada. Hubo de interrumpirlo, pues bajaba por ella una turbia procesión de disciplinantes que entonaba canciones mientras se azotaba. Iban envueltos en harapos, arrastrándose. Echándose a un lado, se introdujo en el quicio de un portal para verla pasar. En las primeras filas de penitentes reconoció a Fátima y a su hermano. Tuvo un pavoroso sobrecogimiento. Ella parecía haber envejecido treinta años. Su otrora bello cutis era ahora una costra ulcerada y purulenta, sus ojos mortecinos, hundidos en las simas abisales de sus cuencas orbitarias, reflejaban la muerte. No tenía pelo. A través de los jirones de su túnica, su carne mórbida, la carne que adoraba, era ahora mate y gris, ajada como la de una vieja moribunda. Mustafá se hallaba aún más afecto. Lo reconoció por el negro lunar que le decoraba un pómulos y por ir junto a ella. Gruesos bubones le deformaban un rostro en el que la nariz, amputada por el mal, era simplemente dos negros agujeros de los que manaba un líquido sanioso. Los dos iban descalzos, cogidos de la mano, con una enorme letra P dibujada con ceniza en sus frentes. El Vikingo sintió un escalofrío que lo indujo a esconderse aún más en el fondo del quicio. Temblaba como la llama de un cirio frente a un viento recio. No recordaba haber sentido tanto pánico jamás, ni siquiera ante una carga de la caballería uzbeka. Allí quedó hasta que el último disciplinante transcurrió y se apagó el rumor de cánticos y chirimías.

Ocultándose del mundo, como si pretendiese huir de Tánatos, dios griego de la muerte, o escapar de sí mismo, regresó a Constantinopla en la primera barca en que halló hueco, pues iban atestadas. Seguía despavorido, sin parar de temblar, como afiebrado. Al desembarcar, sintió bajo sus pies un remezón, como si el mundo temblara en pleno terremoto. De camino a su casa presenció en el Hipódromo el descuartizamiento de un leproso. Escapado tal vez de un lazareto, con la angustia de la muerte grabada en las pupilas, aquel pobre diablo era acosado sin piedad por un grupo de fanáticos muchachos de ambos sexos. Los miró con incredulidad, pues eran niños. Los sórdidos harapos del leproso no ocultaban sus lacras: la cara desfigurada por un cancro que había devorado ya boca y orejas, dos ollares siniestros por nariz, un putrefacto muñón donde antes estaba el antebrazo y cojeando de un pie deforme y

tumefacto. Lo azuzaban igual que al jabalí acorralado: con picas, palos, garrochas y punzones. Fue al fin cazado con un garfio para ensartar cochinos y arrastrado por el lodo hasta el gran obelisco. Lo desnudaron en medio de un ensordecedor griterío que atraía a más chiquillos y gentes de toda edad y laya. Eran igual que hormigas guerreras depredando a un gusano atrapado. En sus rostros se reflejaba el odio, la impotencia y la sed de venganza. Odio hacia el averno tras perder a sus hijos, hermanos, padres o esposas, impotencia ante el cielo que lo permitía y sed de venganza ante el desconocido causante de sus males. El Vikingo amagó con impedir la carnicería, pero comprendió que él mismo se exponía a ser masacrado por la masa. Uno apuñaló al miserable enfermo con su daga mientras otro le vaciaba un ojo con las uñas. Llovieron sobre el cuerpo del desdichado palos, mandobles, zurriagazos, patadas y escupitajos. Al final fue desollado cuando aún palpitaba, lo mismo que una bestia, al tiempo que exhalaba sus últimos suspiros. Horrorizado de la maldad humana, dio un rodeo para no presenciar el asalto a la judería, que una muchedumbre enloquecida de bastardos sedientos de sangre efectuaba en aquellos momentos. Las llamas y el olor de la carne quemada ascendieron al cielo y dejaron la impronta de su aroma en el aire, un tufo nauseabundo que tardó mucho tiempo en aventarse. Tras meditarlo durante una noche de llanto por su amada y sobresalto de los aullidos que subían a la villa desde Constantinopla, Harald solicitó permiso al emperador y se ausentó de la ciudad acompañado por Rulav.

Cabalaron el camino al monte Athos, en la península calcídica. Cubrieron la distancia en cinco etapas silenciosas, parando en Kesan, Tesalónica y aldeas abandonadas y humeantes. Llevaban esculpidas en el alma las escenas vividas y en las alforjas cartas del patriarca para el abad del monasterio. Fueron recibidos por los monjes con muestras de alegría. Les impresionó la forma de vida en aquella república teocrática. En una lengua de tierra de más de cuarenta versts se apiñaban decenas de monasterios no sólo griegos, sino rusos y búlgaros. Al fondo aparecía el monte Athos, una mole cónica de altura inmensa. Casi en la cima, luciendo como un diamante engarzado en el verde esmeralda de sus huertos de higueras, naranjos, sicomoros y limoneros, se hallaba el monasterio. Los conventos eran regidos por un abad elegido por tres años y la república monástica —pues los cenobios se hallaban conectados entre sí en cuanto a su gobierno— por un consejo de cuatro miembros y una asamblea de veinte. Aquella santa república era independiente de cualquier poder y los emperadores tenían a gala respetarla.

Harald y Rulav se acomodaron juntos en una celda umbría y silenciosa que daba al mar Egeo. Parecían haber llegado al fin del mundo. La vista era fantástica: pequeñas calas y ensenadas a los pies del monte, verdosas manchas de pinos que llegaban a besar el agua, abadías cercanas de un blanco inmaculado y el azul inmenso del Mare Nostrum gobernándolo todo. En mañanas claras y despejadas podían divisar

las alturas de las islas vecinas: Taso, Lemnos y Samotracia. El Vikingo hizo buena amistad con el abad, un viejo y educado pope de gran cultura. Había ejercido la medicina en su primera juventud y estudiado filosofía y teología siendo ya monje. Los varegos, acoplados al ritmo del monasterio, hacían la misma vida que los popes sin omitir los maitines de las tres de la madrugada. Harald lo amaba todo: la luz del alba, blanca como la nube de raicillas que brotan del bulbo del jacinto, la difuminada levedad del aire en el pequeño claustro, puro jade, el alegre silencio que rodeaba las celdas, bendecida mudez, y el aroma sutil de las flores y plantas, un nuevo paraíso. Pasaba largas horas en la biblioteca entre códices, manuscritos y antiguos textos griegos, alguno traducción de otros caldeos, arameos, coptos o hebreos. Emborrónó pergaminos y tablas enceradas hasta sentir los dedos yertos. A pesar de no tener labor determinada, le faltaba un tiempo que sacaba privándose del sueño. Descubrió con asombro que podía versar modestamente y hasta rimar. Lo hacía al atardecer, cuando la claridad menguante se colaba por la ventana abierta y la brisa del mar traía paz. Si coincidía con el abad, aprovechaba para intentar saciar su curiosidad inacabable.

—¿Habéis tenido algún caso de peste en la república monacal? —le preguntó una vez.

—Nunca.

—¿Y a qué lo achacáis? ¿A la religiosidad de los frailes?

—No os chanceéis... A vos puedo deciros que ignoramos la causa de la peste. Tal vez nuestro aislamiento secular tenga algo que ver en el negocio, pues el vómito negro se da preferentemente en grandes aglomeraciones. Dejamos que el pueblo crea que son nuestros pecados los que ocasionan el mal, pero es evidente que no es así. Pecadores hay en todas partes y, por supuesto, en nuestras celdas. Para mí, con Galeno, las enfermedades y epidemias obedecen a un motivo racional, explicable: cambios en el aire, grandes calores, hambrunas, aglomeraciones, suciedad, guerras... A consecuencia de la propia miseria, de cierto estado pútrido en la atmósfera, se producen descomposiciones de la materia orgánica. Tienen que existir desconocidas miasmas en el ambiente que se inoculan por la respiración, ponzoñas vehiculadas desde tierras lejanas por animales, por insectos. En las grandes epidemias que sacuden el mundo cíclicamente, en un afán que nivela las razas y termina con los seres más débiles, se ven por el aire millones de insectos voladores y por tierra sabandijas y ratas en grandes cantidades. Tal dicen que ocurrió en la gran peste de Justiniano. Entonces se registraron en Alejandría diez mil muertos diarios, quinientos en Aleppo y veinte mil en Gaza, en sólo seis semanas. Lo de ahora no es nada novedoso.

Más de ocho meses pasaron los varegos en el monte Athos, Harald cultivándose y Rulav haciendo incursiones lúdicas por los alrededores a lomos de su caballo rucio. Amaba descubrir lugares donde degustar asados de cordero y libar buen vino de las

viñas locales. No habiendo mancebías en la zona, hubo de emplearse a fondo hasta dar con una rolliza campesina, viuda de buen ver y mejores hechuras, que lo acogía de vez en vez en su choza de barro regalándole la carne de su cuerpo y otras de gallina o de buey que estofaba para él. Supo que no era el único en gozar del favor de la aldeana, pues más de un monje soltero o casado travieso de los distintos claustros pasaba por allí. En el invierno se despidieron y, tras dejar una buena limosna, se encaminaron a Meteora, que ambos deseaban ver.

La impresión que causó a los vikingos la visión de aquellos megalitos hincados en la tierra, fue inenarrable. Tanta como contemplar los cenobios y ermitas diseminados por sus proximidades. Pasaron meses en cuevas y abadías de frailes, todas griegas. Contemplaron absortos sus tesoros: las bibliotecas, los mosaicos, las diminutas capillas, celdas y refectorios, las pinturas murales... Alguna vez, para salir de la rutina del convento, paseaban por las aldeas de Castraki y Calambaca, bebían vino de Eubea y se regalaban con cabeza de cordero a la parrilla, un sublime manjar, en cualquiera de los muchos figones de la zona. Rulav, imitando a los campesinos, se comía los ojos del animal y chascaba la lengua de placer en medio de las náuseas de Harald. Año y medio después de la gran peste, cuando calcularon que la mortandad había ya cesado, regresaron a Constantinopla.

Transcurría el año del señor de 1034. Constantinopla parecía otra. Despoblada, silente, hasta las piedras de las casas y palacios se veían mates y deslucidas. Tan sólo el aire, el mar y el cielo mantenían sus olores y colores intactos: yodo, salitre, malaquita y turquí. Harald se reunió enseguida con el emperador. Lo encontró desmejorado, pero no hasta el extremo de hallarse en trance de muerte, caso que ocurrió a las pocas semanas. La conmoción en la ciudad fue general. Por no esperado, aquel óbito sumió a las gentes en una extraña desazón melancólica. La emperatriz Zoé, por el contrario, se hallaba indiferente, como poseída por la abulia. Se mostró curiosamente hermosa, envuelta en sus sedosos ropajes de duelo, las tres semanas que duraron los actos del sepelio. Se comentaba, sotto voce, que Romano III se había apagado casi sin creérselo, pasando de la salud exultante que mostraba en sus frecuentes jornadas de caza, a padecer un morbo insólito que se manifestaba con vómitos sanguinolentos, profusas diarreas, visibles retortijones de tripas que resonaban a distancia, dolores de cabeza insoportables y parálisis de manos y pies. Harald tanteó igual que la otra vez entre los servidores de la cámara regia, sin resultados. Se palpaba en el aire que el emperador había sido envenenado con premeditación y alevosía. Hasta en las calles no se hablaba de otra cosa. Pero era una cuestión que dejaba al populacho frío e impassible, como si los asuntos de palacio no le concerniesen o fuesen inevitables las muertes sospechosas entre la realeza. Nuestro héroe consultó en la biblioteca de palacio. Un veneno, el arsénico, causaba todos aquellos síntomas. Habló con su físico amigo, quien no soltó prenda. Le ocultó sus

sospechas, pero le preguntó sin más rodeos por el arsénico.

—Es un producto químico difícil de hallar en estado puro. Se encuentra en buenas proporciones en el oropimente y en el rejalgar —aseguró el galeno.

—¿Oropimente?

—Se trata de un mineral terroso que se trae de Dorilea, en el Asia Menor. Lo emplean mucho los tintoreros y los pintores, pues da un bello amarillo.

—¿Y en cuanto al rejalgar?

—Es otro mineral. Su máximo exponente es la «rosa del rejalgar», una piedra rojiza y muy lustrosa, usada en joyería, que contiene arsénico y azufre. No es muy dura, puede rayarse con la uña y disolverse en aceite de almendras. En pequeñas dosis es un enérgico estimulante, pero una dosis suficiente acaba con la vida de un toro.

Con esos datos Harald no tardó en averiguar que, en los últimos meses, se había pintado en amarillo el ala de palacio donde habitaban Zoé y Romano III. No pudo probar nada, pues intentó sin resultado localizar a los pintores, pero le hubiera gustado comprobar si la emperatriz conocía los efectos del arsénico. Se quedó con las ganas de saberlo en la primera oportunidad en que cenaron juntos, cuatro meses después de enviudar, la noche en que anunció su compromiso con Miguel Cirenario, el futuro y ya próximo Miguel IV. Zoé estaba más bella que nunca, con un escote exuberante y el cutis de una niña. Parecía haber hecho un pacto con Satán o con la maga Circe para no envejecer. Se soñó a sí mismo preguntándole, después del besamanos o la vez que coincidieron juntos en el baile: «Mi querida Zoé, ¿conoces cómo mata el arsénico?».

Nunca se arrepintió de ser discreto. Romano III fue un cretino y Miguel IV era un varón cabal, buen militar y valiente soldado como tuvo ocasión de demostrar años después. Agradable de trato, simpático con todos, el nuevo emperador tenía ante sí un futuro inquietante. Zoé, metida de lleno en la cincuentena, poseía la rara habilidad de mantenerse fresca y la más común de gustar a los hombres. Se sospechaba que tenía varios amantes fijos y que se acostaba con ellos a la vez haciendo sensuales dúos, tríos lujuriosos y lascivos cuartetos. Hubo quien la comparaba con Mesalina. Otros decían que estaba detrás de la desaparición de ciertos personajes de la corte, que habían volado sin dejar rastro o aparecido muertos. Fue muy comentada la vaporización de un capitán de la

Guardia Varega, muy conocido de Rulav, un joven casado de treinta años. Lo habían visto transitar como una sombra por palacio más de una madrugada y en la antesala de la emperatriz. Se difuminó de la mañana a la noche y no volvió a vérselo en su destino. Magia negra. Al mes y medio, su cuerpo putrefacto y cosido a puñaladas apareció flotando en el Cuerno de Oro.

Tras su coronación en Santa Sofía, el nuevo emperador llamó al Vikingo, a quien

no conocía. Se trataba de una entrevista rutinaria, enmarcada en las que el mandatario quería efectuar a las principales personalidades del imperio.

—Querido Harald —lo tuteó desde el principio—, te he llamado antes que a nadie pues quiero hacerlo con los hombres que mi antecesor intentaba preterir. Y ello porque presumo son los más válidos. Romano, como todo personaje insignificante, no soportaba a nadie que, más válido que él, pudiera poner de manifiesto la mediocridad que lo afligía. A pesar de tus éxitos guerreros, Romano III no te tenía gran aprecio.

—Agradezco vuestra confianza, majestad, pero no es cosa que no supiera ni que me preocupara.

—Puede que te necesite mejor pronto que tarde. Parece que en Italia los berberiscos y los turcos, coaligados, atacan otra vez. Ya te adelanto que, si hay problemas, serás el jefe del ejército expedicionario.

—Sabed que, como siempre, estoy a vuestra disposición y a la del imperio.

Hablaron de la situación de Bizancio y de sus enemigos. Tras la pasada plaga, luego de sus combates contra sus propias pestes, las provincias del Asia Menor y las regiones limítrofes se encontraban en calma. Los turcos, que según noticias fidedignas habían sufrido la epidemia con especial intensidad, estaban quietos tras sus fronteras. Otro tanto cabía decir de mongoles y tártaros. De Novgorod no había noticias, pero las que llegaban de Kiev eran tristes: Andrei, el hijo mayor y heredero del príncipe, había muerto. El propio

Yaroslav había padecido la peste, pero, increíblemente, la había superado. Tan sólo inquietaba a Miguel IV cierto movimiento de tropas en la frontera búlgara y el asunto de Italia. Allí las cosas empeoraban lentamente ante la indecisión de los bizantinos, cuyo ejército naufragaba sumido en la indolencia.

Aun así, pasaron seis meses antes de recibir la orden de partir para aquella península. En ellos Harald terminó de diseñar las defensas de los castillos fronterizos en el Asia Menor y en las islas mediterráneas, Rodas, Chipre y Creta. Siempre presto, esperaba en cualquier momento una nueva acometida de sus enemigos desde Noruega, pero se difería. Empezaba a sentir la añoranza de Fátima, de Julia, de Kiev, de Ana Vasilieva, de Greya y de sus fiordos, pero sobre todo de recorrer y conocer el mundo. Era como si una sed insaciable lo impeliera a partir sin rumbo fijo. Había tanto que ver... Tenía treinta y tres años y notaba que la vida comenzaba a escapársele, como el agua de un claro manantial, entre los dedos. A veces se sumía en penosas divagaciones cuyo centro lo formaban las mujeres que había amado. Aparecían en lascivo revoltijo la dulce Greya y la ternura de sus lágrimas, Ana y su cuerpo escultural que magnificaba el adulterio, Julia, el paradigma de la femineidad, y Fátima sensual, provocativa. En sus sueños eróticos veía a la turca recibirle en la penumbra quieta de aquella habitación con el caftán abierto. Su sexo era un volcán de

luz que lo deslumbraba con sus guiños. Luego la imaginaba en el horrible lazareto de Santa María in Chora, poseída por un montón degenerado de diablos. Despertaba sudoroso y febril, palpándose el cuerpo en busca de chancros apestosos. Era todo tan real que tardaba en comprender que sólo se trataba de algo onírico. Por ello recibió con alivio el mandato de embarcar al frente de la flota. Capitaneando doscientas naves y catorce mil hombres, en febrero de 1035, se hizo a la mar con destino a Pescara, en el Adriático, pues todo el sur italiano había caído en poder de los turcos y de sus aliados los piratas berberiscos.

La Italia de finales del primer milenio y comienzos del segundo comenzaba a surgir de sus propias cenizas. Una serie de intestinas luchas entre los descendientes de Carlomagno había dado paso al reino lombardo italiano que, en 936, gobernara Lotario. En Alemania, desaparecidos los restos carolingios, la monarquía se había hecho electiva aunque vinculada a las familias ducales de Franconia, Sajonia y Suabia. La primera en alcanzar la dignidad imperial fue Sajonia, que en la persona de Otón I el Grande, y merced a su matrimonio con Adelaida, la viuda de Lotario, se ciñó la corona de hierro de los lombardos. Nada el Sacro Romano Imperio, que el pontífice consagró al coronar en Roma a Otón, dándole el privilegio de reinar por sí o sus sucesores en Italia. El siglo xi trajo para los italianos aires nuevos que provocaron una corriente de reacción contra la injerencia germánica, cuya primera manifestación fue la lucha de Arduino de Ivrea, vencedor en 1003, en Campovitale, del emperador alemán Enrique II. A partir de entonces, comenzó el despertar de las ciudades. Milán se convirtió en centro de este nuevo movimiento en el que la Iglesia y sus arzobispos tenían mucho que decir. Cuarenta años tardaron en sacudirse las comunas el poder eclesiástico. En Roma, Génova, Mantua, Florencia, Padua o Siena, se instalaron en el poder familias oligárquicas. Los Pazzi, Orsini, Doria, Fiesque, Acquaviva, Crescenzi o Túsculo se hicieron con los mandos del ejército y la administración en aquella forma de gobierno que resucitaba a Esparta o Tebas: las ciudades-estado. Con el papa instalado en Roma y Bizancio señoreando el sur itálico y parte de Sicilia, grupos de aventureros normandos, venecianos o germánicos pululaban por la Emilia, Toscana, Umbría y Lombardía.

Esa era, sumariamente, la Italia en la que desembarcó Harald con sus rusos y vikingos en la primavera de 1035. Tras una asamblea con los mandos bizantinos en Pescara, en la que intervino algún representante de familias florentinas o romanas como Paolo Orsini, se decidió a atacar a los árabes por mar y tierra. Aquella vez, todos escucharon con atención las propuestas y el parecer del jefe nórdico. Su fama de arriesgado y esforzado paladín guerrero le precedía ya por todas partes. Siguiendo en parte su opinión, se acordó iniciar una ofensiva combinada, marítima y terrestre. Los islamitas se habían hecho fuertes en Gaeta, Nápoles y Tarento. Harald intentaría el desembarco en Gallipoli mientras los bizantinos y

Orsini, que había demostrado su bravura en la toma a los árabes de Foggia, atacaría en la línea que desde Nápoles terminaba en Bari, a orillas del Adriático.

Las operaciones fueron una larga serie de éxitos que culminaron con la recuperación, en sólo siete meses, de Nápoles, la Campania, la Basilicata y el resto de la bota italiana. Harald se batió en el sitio de Tarento con especial maestría. Parecía el resurgir de uno de aquellos luchadores míticos de la Antigüedad, un Viriato, el famoso guerrero lusitano que de pastor había hecho fulgurante carrera con las armas en lucha contra Roma, o un Aníbal, el terror de las legiones y de sus cónsules Paulo y Varrón en Cannas, en la propia Italia. Tras tundir las murallas de la ciudad con ingenios que arrojaban grandes piedras, la tomó por asalto sin dejar títere con cabeza. Sólo se libraron de la masacre varias centenas de herejes musulmanes que, tras abonar un fuerte canon en moneda de oro, se embarcaron junto con sus mujeres rumbo a Argel. El Vikingo esperó la llegada de barcas venecianas con caballos antes de desencadenar una brillante ofensiva sobre Brindisi y luego sobre Lecce. Los árabes se reagruparon en la Calabria para esperar allí la embestida final de los aliados. Ésta se produjo terminando el otoño. En el sitio de Catanzaro se encontraron Paolo Orsini, que venía de liberar Nápoles, y Harald. Juntos avasallaron a los islamitas que terminaron por pedir la paz. En noviembre de 1035 terminó la contienda con la completa rendición de turcos y africanos, la entrega de las armas y el pago de una ingente suma en oro, gemas y pedrería a los bizantinos. Pretendió Ahmed Baruli, el caudillo agareno, que le fuese permitido pasar a Sicilia a reunirse con las tribus alauitas y fatimíes que gobernaban parte de la isla, pero el Vikingo no lo consintió. La unión del cabecilla con sus homónimos isleños podía otra vez prender la mecha de la guerra. Cabizbajos, derrotados y exhaustos, partieron algunos rumbo a Argel, otros a Alejandría y pocos a Palestina y Siria.

Harald se encontró de repente mano sobre mano y sin nada que hacer. La oportunidad de recorrer Italia se le presentaba con la radiante luz de un día de primavera y decidió aprovecharla. Mandó a Constantinopla de retorno a parte de sus huestes, Rulav incluido, dictó una relación para el emperador de sus victorias, dejó bien pertrechadas de hombres y defensas las plazas reconquistadas, organizó la defensa marítima con naves que patrullaban los mares italianos y se dispuso a contemplar lo que quedaba de la antigua Roma y el Norte de Italia.

—Si no lo hacéis así me indispondré con vos tan gravemente que no lo olvidaréis —le aseguró Paolo Orsini tras un banquete en Catanzaro para celebrar la recuperación del solar patrio—. Y soy rencoroso... —añadió—. Os invito formalmente a pasar el tiempo que queráis en Roma, con mi familia.

—No tengo más remedio que aceptar tan grata invitación —dijo Harald—. Sueño con ver Roma. Bizancio agradece vuestra intervención en esta guerra y mi aquiescencia a visitar la ciudad imperial es prueba de ello.

—Pero vos no sois bizantino...

—Ni vos. Y sin embargo habéis luchado con fe por una tierra que es de otros.

—De momento —dijo el joven patricio—. Consentimos a Bizancio, pero es claro que ocupa nuestras ciudades y la Italia del sur. Es una carga lógica en parte, pues el Imperio Bizantino es la continuación del romano. La elección entre Constantinopla y Damasco como dueños no tiene duda alguna. Dicho esto, está claro que buscamos nuestra independencia. Tiempos vendrán, y los espero próximos, en que recuperaremos lo que es nuestro e Italia volverá a estar unificada y a ser grande.

Paolo Orsini era un príncipe auténtico: alto, de compostura atlética, atezado de piel, de hermoso rostro, con melena castaña recogida en una larga trenza y facciones clásicas, irradiaba vigor y alegría de vivir. Sus ojos eran claros, grandes, dotados de fuerte magnetismo. Tenía treinta y un años, estaba casado y padre de dos hijos pequeños. Aristócrata inquieto, hablaba griego y francés además del toscano, su lengua materna. Bajo su docta férula recorrieron Nápoles, la bahía de las Sirenas y la isla de Ischia antes de viajar a Roma en abril de 1036. Al pasar bajo los arcos del acueducto de Claudio, en la campiña, al este de la ciudad, Harald notó un escalofrío y se sintió pequeño. Lo contemplaban desde aquellas piedras mil años de historia. De repente, galopando la vía Apia, apareció ante sus dilatados ojos Roma, la ciudad de sus ansias. Conmovido, detuvo su caballo y Paolo hizo lo propio. La primavera pintaba en blanco los vestigios del pasado imperial, plata fundida deslumbrándolos, lo mismo que la luz diferente y el color de los pinos. Eran árboles rientes, cantores, distintos por completo a los abetos nórdicos, menos altivos pero más amables. También era dispar su verde y el rumor de la brisa acariciando las agujas de sus ramas. De todos salía el gorjeo de pájaros pequeños y felices. Todo parecía emitir una paz y una serenidad que le hizo regresar a los brazos de Julia, a aquellas tardes de pasión en el bosque del Dniéper que tanto amaba ella.

—Estás ensimismado... —dijo Paolo—. Seguro que una mujer anda detrás de tu abstracción. Siempre ocurre. En Roma conocerás mujeres que te trastornarán.

Reanudaron la marcha. Su amistad se había cimentado con mucha rapidez y ya se tuteaban. Apenas habían cabalgado media legua cuando fue Orsini el que detuvo en seco su cabalgadura.

—Mira... Allí... Detrás de la cúpula de San Lorenzo, la que tiene más brillo... Aquello es el mausoleo de Adriano, donde vivo.

—¿Vives en un sepulcro?

El Vikingo parecía asombrado de que pudiera morarse en un panteón mortuario. Por otra parte le mostraban un edificio majestuoso construido para los difuntos, algo muy italiano, pero que no entendía. En su fiordo enterraban a los muertos muy profundo, en la tierra, junto a un árbol.

—Mi bisabuelo lo compró al municipio hace más de cien años. Es un lugar que

en nada recuerda a lo que fue. Y tiene muy poco de sepulcro: los restos del emperador que naciera en Itálica reposan en otra parte. Es un sitio ideal para vivir, con anchos muros pétreos que lo aíslan del frío y del calor. El que será tu alojamiento tiene unas agradables vistas sobre el Tíber, el río romano.

Reanudaron la marcha seguidos muy de cerca por la nutrida tropa de jinetes, que, desde que salieran de Catanzaro, los protegía de cualquier eventualidad desagradable pues no eran raros los asaltos en campo abierto por bandidos descontrolados. Al caer la tarde, cuando la claridad del día moría ya y el susurro del aire al besar las copas de los pinos —un sonido balsámico, diferente al del norte— embargaba el alma y los sentidos, tras entregar los caballos a un palafrenero y golpear con fuerza el aldabón, entraron en la villa de los Orsini.

Ángela, la mujer de Paolo, saltó a los brazos de su marido como una cabritilla. Apenas era una niña de diecinueve años y ya tenía dos hijos. Lloró en silencio. Luego, aupándose en sus escarpines de seda, lo besó en la boca sin reparar en nadie y, al fin, roja de ansia y de felicidad, se percató de la existencia de Harald.

—Éste es Harald —dijo Orsini cuando pudo zafarse del abrazo—. Tiene un extraño apellido que no me atrevo a pronunciar.

—Mi apelativo es Harald y mi apellido Sigurdarson, pero mis amigos me conocen como el Vikingo.

—Si eres amigo de Paolo serás también mi amigo. Dispón desde ahora de nuestra casa y de mi afecto —dijo ella.

—Deberá ser así —sostuvo Paolo—, pues hablamos de un noruego guerrero, vengativo y errante. Tan sólo sé de él que es bravo como ningún capitán que haya conocido nunca, el terror de los turcos en Bizancio, de los tártaros en Kiev y en Italia de cualquiera que sea tan loco de ponerse delante de su acero. Sé también por Rulav, su escudero, un varego que regresó a Constantinopla, que es hijo natural del difunto rey Harald II de Noruega. El resto nos lo contará él.

—Qué emocionante conocer al hijo de un rey de verdad... Te suplicaré de rodillas que me cuentes tu historia —dijo Ángela—, pero no me creo que seas vengativo.

—Sólo ante los agravios con la espada.

La ítala era tan bella como puedan serlo las de su raza, con la delicada hermosura de las ninfas. Espigada, delgada, vaporosa, lo mejor de su rostro sin tacha era la risa. Cuando sonreía, y lo hacía sin tasa, las mujeres la envidiaban, los hombres se perdían, su marido se trastornaba de puro éxtasis y todos enmudecían de estupor.

—Mejor así —dijo—. Cualquier otro tipo de venganza dice poco de un hombre. Pero antes de contarnos tu historia, Elvira te acompañará a tus habitaciones para que te refresques antes de la cena.

Fue una velada distinta, muy agradable, en nada parecida a las de Oriente. Todo era diferente: la tibieza del aire, el aroma de las flores que adornaban la estancia, las

viandas y hasta la simpatía de sus anfitriones; resultó más natural, sencilla, menos alambicada que en Bizancio o Kiev. Tras saludar a los pequeños, una preciosa niña de tres años y un bebé de once meses, cenaron ensalada y rodaballo al horno, un pescado nuevo para Harald. Le chocó la forma de comer de la pareja. Añadían a casi todos los alimentos verde aceite de oliva de una alcuza de vidrio. Bebieron vino de Conegliano y con los postres —un dulce elaborado con miel de los Abruzzos, la cadena montañosa que parte en dos Italia— un aguardiente incoloro, la famosa grappa. Ángela no paró de preguntar a Harald detalles de su vida que el nórdico refería con naturalidad.

—Imagino que querrás ver la ciudad —sugirió ella.

—No pienso en otra cosa. Pero necesito un cicerone.

—Pensando en ello estaba —aseguró Paolo—. A mi esposa no pienso cedértela, pues la enamorarás. Puedes elegir entre el hermano de Ángela y mi propia hermana, Flavia.

—En principio me decanto por la fémina. Por supuesto, siempre que sea libre y me acepte.

—Flavia es libre, pero aunque no lo fuese, se volverá loca cuando sepa que hay un hombre soltero, un apuesto gladiador nórdico que se interesa en someterse a su docencia —dijo Ángela.

Harald iba a contar a la pareja su experiencia matrimonial en Kiev, sin omitir la existencia de otro hombre en la vida de Julia, pero prefirió no hacerlo. Le pareció prematuro. Tan sólo dio a entender que tenía un compromiso.

—Eres casi soltero entonces —dijo Paolo—. Flavia también tiene su historia. No hay otra más experta que ella en la de Roma, que se sabe al dedillo. Este sábado la conocerás en casa de Orazio Acquaviva. Celebran una fiesta y acudirás con nosotros.

Los Acquaviva, la familia de más rancio abolengo de Nápoles, se habían trasladado a Roma desde que los bizantinos, tres siglos atrás, implantaran su dominio en las faldas del Vesubio. Y es que no soportaban a los advenedizos. En su casa, frente al Foro romano, se reunía cuatro veces al año, coincidiendo con las estaciones, la aristocracia más selecta de la ciudad que es lo mismo que decir de toda Italia. Resultaba irreal contemplar la miseria en los sórdidos barrios que la rodeaban y el desbordado lujo y la forma de vida de sus afortunados inquilinos. Aquella noche coincidieron allí Orazio Acquaviva y su mujer, que eran los anfitriones, Severo Colonna con la suya, los condes de Túsculo, el príncipe Stéfano Porcari y su esposa, Amedeo Foscaro con su segunda mujer, los Tortóni, Lucas Cellini, un noble milanés, soltero, de paso en la ciudad, los Orsini con su hermana Flavia y el propio Harald. Los diecisiete comensales se acomodaban en una mesa circular bellamente dispuesta en la terraza que daba al Tíber. Fue una cena exquisita, mucho menos abundante que las nórdicas en cuanto a cantidades, pero mil veces más selecta. El ambiente aromado

de jazmines, los hachones de aceite que iluminaban la terraza, la temperatura propia de un edén, todo favorecía la ocasión festiva. Los cubiertos eran de plata martelada y la cristalería de Bohemia, un lugar del Sacro Imperio famoso por sus trabajos en vidrio de insuperable calidad. Hubo como aperitivo corpezuelos de cangrejo y distintos moluscos, sabiamente extraídos de sus caparazones y aliñados con aceite de oliva y vinagre. Siguió un plato típico romano, saltimbocca: finas láminas de ternera y prosciutto, un producto del cerdo, rellenas de hojas de salvia. Terminó el delicado ágape con langostas traídas desde Ostia rellenas de sus propias huevas. Harald, al recordar las cenas de su tierra, aquellos sebosos pedazos de oveja dura y vieja y la carne de buey comida con los dedos, tuvo ganas de llorar.

Le impresionó la forma de vestir de los varones, verdaderos petimetres, y la elegancia y sensualidad del traje de las hembras. Ellos se perfumaban y dispensaban en su atavío más que un príncipe de la Iglesia: pieles caras, sedas orientales, botones de diamantes al cuello y costosas preseas; ellas lucían túnicas transparentes o incitantes vestidos de gasa en veladuras que dejaban traslucir el perfil de senos y caderas, aromándose con esencias selectas desconocidas para él. El más discreto de la concurrencia, en cuanto a vestuario, era, desde luego, el propio Harald. Lo único llamativo de su atuendo era su espada de argéntea empuñadura, algo que brillaba por su ausencia en los demás varones, provistos simplemente de pequeños puñales italianos o dagas bizantinas. Del resto, las calzas de cuero que mercara en Vitebsk curtidas de años de desbrozar caminos, los manidos calzones de ante amarillo que habían recorrido medio mundo y la camisa de hilo egipcio, de excelsa calidad, pero planchada ya mil veces, nada lo distinguía de un modesto militar de paisano.

De forma milagrosa fue sentado al lado de Flavia Orsini en medio de la visible desesperanza de Cellini, el noble milanés, que se la comía con los ojos. Flavia estuvo toda la noche encantadora, discreta, con el oficio y el saber estar de la más educada y rancia nobleza de cuna. No era el caso de Lucas Cellini, el lombardo, dolido tal vez por haber sido preterido ante Flavia por aquel hombretón, basto como una lija para limar pezuñas de jabalí y con modos de oso, cuyo nombre no había entendido bien. Y además extranjero. Situado casi frente a Flavia, no dejó de soltar lo que duró la cena subliminales puyas que el Vikingo, poco hecho a los modos mundanos o desconociendo que tal pudiera darse en ambiente amistoso, ignoraba o pasaba por alto. Él se interesaba sólo en Flavia, una hermosa mujer de veintisiete años, viuda sin hijos, y bendecía al cielo que la había dispuesto a su lado izquierdo. Trató de averiguar sin conseguirlo la calidad de su delicioso perfume floral, enajenante. ¿Era nardo, azucena o nomeolvides? Le rozó intencionadamente con el muslo y no encontró rechazo. Hablaban en una mezcla del deplorable griego de ella, el toscano que Harald empezaba a manejar con soltura y frases helenas si no hallaba su correspondiente ítalos.

—Entonces sois noruego... —dijo ella.

—Nací en Nidaros, la actual Trondheim, un escandinavo lugar frío y desapacible, malo para vivir.

—¿Por qué? Una se adapta a todo.

—Eso es fácil decirlo junto al Mediterráneo.

—Entonces, ¿os quedaréis junto a nosotros? Por Italia se ven, como sabréis, normandos y tedescos, gente oriunda del norte como vos.

Le tremaban las aletas nasales cuando preguntó aquello y el tono de su voz era anhelante. Llevaba una túnica de seda, color gris noche, que modelaba las curvas y aristas de su cuerpo. Abierta por un costado, como si la costurera se hubiese olvidado de hilvanar aquella dulce parte, mostraba la pierna hasta la rodilla, algo tan excitante que en Bizancio hubiera provocado una revolución, pero que allí parecía no alterar a nadie, como si estuviesen hechos a cualquier tipo de licencia o placer edénico. Calzaba delicadas sandalias, en realidad una simple lámina de cuero trenzado que servía de suela y se anudaba a las pantorrillas por finas cintas del mismo material. Las había contemplado cuando se saludaron en las presentaciones, poco antes de cenar. Aquellas cintas embellecían de tal modo sus tobillos que sintió el palpitar de la sangre en las sienes y un sofoco que le cortaba el aire. Las envidió por ceñir su perfumada piel y soñó que se las desataba con los dientes.

—Deberé volver a Constantinopla a no mucho tardar. Todo lo más un año.

—Una mujer...

—No hay mujeres en mi vida en este instante —contestó sin mentir—. Soy almirante en jefe de la Armada de Bizancio y comandante de la Guardia Varega.

—¿Varega?

—Así nos llaman a vikingos y escandinavos en el Cuerno de Oro.

—Según Paolo no hay nadie como vos manejando la espada.

—Ni como vos conociendo vuestra ciudad y mostrándosela a tristes y solitarios huérfanos como yo. ¿Seríais mi cicerone?

—Ángela me pidió que lo sea y lo seré con gusto —aseguró Flavia.

En ese instante intervino Cellini con una de sus puyas. No había dejado ni un segundo de prestar atención a aquella charla.

—Querida Flavia —dijo con el ceño fruncido—, conozco el griego de mis muchos viajes a Atenas como diplomático. Si quieres podría hacer de intérprete y traducirte el discurso de Harald, apenas entendible.

—Te lo agradezco, Lucas, y es muy amable de tu parte, pero no es necesario. Además nos entendemos bien.

—Insisto. De esa forma podría intervenir en la conversación y disfrutar de la de una mujer culta e interesante.

—Gracias de nuevo. Te aseguro que disfruto de mi charla con Harald. Quizá en

otra ocasión...

—Pues no entiendo, y perdona, lo que hallas de notable en la conversación con un simple guerrero trashumante.

Se produjo un silencio oneroso, pues todos escucharon perplejos la extemporánea inconveniencia. Tal vez podía justificarla la profusa ingestión de vino del lombardo, pues no cesaba de reponer su copa. Harald callaba. Llevaba lo suficiente en sociedad para saber que nada hay más bello que el silencio cuando no tienes algo sugestivo que decir.

—¿Y qué encuentras de malo en un guerrero? —dijo Flavia, agitando sus pestañas como las alas las mariposas blancas.

Los comensales interrumpieron sus conversaciones y aplicaron la oreja. La expectación era tanta que hasta el aire dejó de circular.

—Soy diplomático. Mi labor es tratar de evitar la guerra. Odio a los militares y lo que representan.

El propio anfitrión, Orazio Acquaviva, se vio en la obligación de intervenir para cortar una divagación que empezaba a resultar incomoda. Alzó su copa.

—Por la paz —dijo—. Algo tan caro e infrecuente en toda época. Por los soldados y marinos que defienden nuestra libertad y por nuestro ilustre visitante, Harald Sigurdarson, hijo de rey, hermano de rey, luchador desinteresado en la defensa de nuestra tierra, agradeciendo su presencia en mi casa, que es la suya.

Todos bebieron. Lucas Cellini, despechado, verde de rabia, encajó aquella respuesta, toda una lección de diplomacia, con poca clase. Se rebulló en su asiento. Endureció las aristas de su rostro. Trincó los maseteros. No podía soportar ver a la mujer que sin duda anhelaba absorta en la conversación con el que parecía un patán. Al terminar la cena y la agradable sobremesa que amenizó una orquestilla cingara, Flavia y Harald se asomaron a la veranda de la terraza para disfrutar de la noche romana. Al poco pasó por allí Cellini, a despedirse.

—Ha sido un placer volver a coincidir contigo, Flavia. Mañana debo partir temprano. Pasaré por Roma dentro de tres semanas. Quisiera volver a verte.

—Tres semanas... Largo tiempo para planificar. Entonces, Dios dirá —dijo ella del modo más displicente que pudo aparentar, mientras dejaba levitar en el aire su blanca y tierna mano.

El milanés, tras besarla, se perdió sin dedicar ni una mirada a Harald. Este quedó abstraído, como si su cabeza no estuviese allí. Se tutearon de repente.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En la bondad, en la inteligencia, en las diferentes maneras de apreciar las cosas por las mujeres y los hombres. Nunca había visto nada más discreto que la actuación de Orazio Acquaviva. Vives en un país maravilloso.

—Lo dices por la chusca intervención del zafio ese...

—¿Por qué había de ser? Por la cuarta parte de su sucia manifestación sobre los militares, y de no haber mujeres por medio, le habría rebanado la cabeza con mi acero. Y hago constar que soy pacífico; jamás he hecho mal a nadie sin provocación previa.

—No trates de asustarme... Detesto la violencia. En cuanto a Lucas Cellini, jamás hubiera supuesto que pudiera comportarse de forma tan plebeya.

—¿Le conoces mucho? Está loco por ti.

—Lo sé. Nuestras familias son amigas desde antiguo. No es mala persona. Sin duda el vino lo ha ofuscado. Es culto, educado a pesar de lo visto, de brillante conversación y buena cuna. Uno de los más conspicuos diplomáticos del Imperio Romano Germánico. Últimamente me persigue. Ocurre que esta noche me interesas más tú. No tomes en cuenta su estúpida reacción; está provocada por los celos. Cuando te dé explicaciones, que lo hará, te ruego las aceptes.

—Desde luego, los italianos sois admirables.

—Tan sólo realistas. Sabemos desdecirnos y somos partidarios de la discusión antes que del enfrentamiento. Es como si, tras centurias de guerras y conquistas que acabaron en nada, sufriésemos un bendito hartazgo de violencia. ¿Qué quieres ver mañana?

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Ardo en deseos de mostrarte mi ciudad.

La Roma que vio Harald era un mal remedo de la Roma imperial. A pesar de algunas restauraciones en tiempos del ostrogodo Teodorico el Grande, la ciudad, cuya población era ínfima comparada con Constantinopla, había adquirido el aspecto de un baratillo en ruinas. Éstas no eran fruto de un día. Los muros de las construcciones romanas, templos, monumentos y termas, no cayeron de una vez. Las termas, por ejemplo, resultaban inútiles, pues no tenían ya agua ni bañistas. Todo se derribaba sin cesar para satisfacer las necesidades del momento: las estatuas servían de proyectiles durante los asedios, los monumentos se convirtieron en canteras, los mármoles eran absorbidos por los hornos de cal, cualquier cosa metálica fue arrancada o fundida. Las esculturas más bellas fueron vendidas durante quinientos años, como en un gigantesco cambalache, y se dispersaron por toda Italia. Durante siglos de feudalismo turbulento la Ciudad Eterna fue presa de la anarquía que desembocó en guerras civiles. La Santa Sede fue presa de la rivalidad de distintas facciones que luchaban por dominar el solio de San Pedro. Familias antagonistas entre sí construyeron castillos y reductos dentro de la ciudad aprovechando la desidia municipal y el grosor de los muros de las vetustas edificaciones: el Coliseo de Vespasiano era la fortaleza de los Frangipani, el mausoleo de Adriano de los Orsini, el Panteón de Augusto de los Colonna, las ruinas del Senado el recinto de los Creszenci... La feroz e inmortal barbarie del siglo X fue de tal calibre que lo ha hecho pasar a la historia romana como

el Siglo de Hierro.

Ésta era la Roma que aquella radiante mañana de junio mostraba Flavia a su acompañante. Iban escoltados a prudente distancia por servidores armados, precaución indispensable para poder moverse con seguridad por la ciudad. No eran raros los asaltos a desprevenidos viandantes en plazas y mercados, a plena luz del día, por el mísero botín de una capa gastada o una bolsa famélica.

—Aquellas de la izquierda son las columnas del templo de Saturno —dijo la Orsini.

Estaban en el Foro. La romana, deliciosa en una ligera túnica estival que flameaba la brisa, se mostraba tan bella como la vestal encargada del mantenimiento del santuario en sus días de gloria. Caminaron con precaución, saltando entre las piedras, buscando en lo posible la sombra de los árboles, pues hacía calor.

—Saturno... Un dios romano, supongo —dijo Harald.

—Es la representación latina del dios griego Cronos.

—Sé quien es Cronos —aseguró el Vikingo.

—Adelante... —dijo ella, sentándose sobre una vencida pilastra y mirándolo con el cuello ladeado. La luz del sol, oblicua sobre su frente, irisaba las líneas de su rostro. Le temblaba finamente la pulpa carnosa de los labios. Un lunar intrigante en el lado derecho, sobre la comisura, parecía alentar con vida propia.

—Es el segundo de los grandes dioses, hijo de Urano y Rea, que devora a sus hijos al nacer.

—¿Cómo lo sabes? —dijo perpleja—. Es raro encontrar a extranjeros que conozcan nuestra mitología.

—Tuve una profesora. Cronos es padre de los dioses del Olimpo: Júpiter, Neptuno, Juno... Pero es más humano y ama presidir la vida agrícola. Por ejemplo, es el dios de la siembra.

Flavia lo miraba embobada. No pasaba a creer que un guerrero, un guerrero bestial, bárbaro y nórdico, alguien capaz de cercenar una cabeza, supiese aquello y lo dijese con tal delicadeza.

—Me dejas fría. Buena debió de ser tu profesora. Seguro que era guapa...

—Era veneciana. Es veneciana. Se llama Julia y vive en Kiev, la capital de Ucrania.

—No me habló de ella Ángela... —dijo Flavia.

—Ignora su existencia. Y sí, es muy guapa y culta.

Ella seguía con los ojos muy abiertos. Tenían el color del topacio, del albaricoque maduro o de la suma de ambos. Algunos rizos de su cabello se arremolinaban en las sienes como caracolillos, por efecto del calor y el sudor de su piel.

—Falta de la belleza de tu veneciana, intentaré al menos ampliar su información con mis conocimientos —dijo Flavia—. Saturno es dios romano. Poca incidencia

tuvo su culto fuera de la ciudad. En el altar de este templo se le sacrificaba al dios, graeco ritu, o sea con la cabeza descubierta, el producto del campo que se deseaba cultivar: trigo, avena, cebada... Era un sacrificio desde luego incruento: se incineraba el producto en cuestión dentro de un ánfora. De esa forma se esperaba recoger una buena cosecha. Además, en una oculta habitación de su celda, se guardaban los estandartes de las legiones en tiempo de paz y el erario del imperio.

—¿Erario?

—Los aerarium Saturni o dineros comunales de Roma.

Pasearon bajo la sombra de un bosquecillo de pinos. Allí se sentía el frescor de la umbría y un aroma fragante. Un mirlo aventurero e insolente, de pico anaranjado, parecía espiarlos desde una rama baja.

—Háblame de ella —le pidió Flavia, sentándose otra vez. Al hacerlo le mostró los pies y los tobillos. Se había decorado las uñas de violeta brillante, amatista o azul aguamarina, un color que variaba con la incidencia de la luz. Harald sintió la conocida pulsación en las sienes y el corazón brincar.

—Prefiero no hacerlo. Tal vez más adelante. Cuéntame de aquel arco que surge a la derecha, entre los dos cipreses.

—Es la arcada de Septimio Severo.

—Sé que es un emperador. Pasó por Bizancio y allí lo conmemoran con un monumento.

—Fue uno de los grandes —sostuvo Flavia—. Era africano, pues nació en Leptis Magna, en la Libia. Viajó seguramente más que tú: sometió a los tracios, babilonios y persas y conquistó Bizancio, tu Constantinopla. Murió en Inglaterra, batallando.

—¿Y aquellas altas columnas que parecen sostenerse por milagro?

—Son los restos del templo de los Dioscuros.

—¿Otro emperador?

—Los Dioscuros son dioses. Me parece que aquí falló tu profesora...

—No recuerdo que me los nombrara. Y no le guardes rencor, te lo suplico... Tú eres más docta que ella y quizá más bonita.

—No es rencor; es sana envidia al ver cómo la aprecias. Tal vez lo hiciera bajo otra denominación: Cástor y Pólux.

—Puede ser. Ahora lo evoco entre una bruma densa. Cuéntame cosas de ellos.

—Dioscuros es voz griega. Viene de dios, «divinidad» y kouros, «mancebo». Son hijos de Zeus y Leda. Se consideran divinidades benéficas y salvadoras de los navegantes, muy veneradas en Esparta.

El calor arreciaba al haber dimitido la brisa. Prosiguieron la marcha hasta un estanque con percas de colores. Una larga hilera de cipreses intentaba con su menguada sombra refrescar el ambiente. Flavia se descalzó, dejó las sandalias en la yerba y metió sus pies en el agua.

—¿No temes que te muerdan?

—Confío en que no...

—Yo, de ser pez, lo haría. Y puede que termine haciéndolo siendo de carne y hueso. Nunca vi unos pies tan hermosos...

Ella se alteró mínimamente, pero no contestó. Se le subió a las mejillas un rubor leve, pálido, que hermoseó aún más su rostro.

Harald miraba aquellos pies desnudos y a su dueña alternativamente. Sentada en el reborde del aljibe de mármol, con la túnica alzada hasta las rodillas para evitar que se mojara, exhibía con escaso pudor la parte baja de sus muslos. El Vikingo pensó que iba a morir.

—Si me permites te secaré los pies y luego seguiremos —dijo.

Ella obedeció en silencio. Sacó los pies del agua, sentada como estaba giró su cuerpo, y los posó sobre las rodillas de Harald para que los enjugara con un pañuelo blanco que se sacó del pecho. Todo el tiempo mantuvo la túnica fruncida entre los muslos y los brazos rodeando sus rodillas, recatada, de forma que no pudiese contemplarse ni una pizca de carne apetitosa. Después dejó que le pusiese las sandalias.

—¿Contento? —dijo ella.

—Te parecerá extraño, pero me conmuevo ante unos bellos pies.

—Pues eres, por tu aspecto, lo más opuesto a un árabe.

—¿Qué conmemora aquel precioso arco? —preguntó nuestro hombre sin hacer referencia a la alusión.

—Es el arco de Tito, uno de los emperadores romanos más conspicuos. Su nombre era Flavio Vespasiano. Durante su mandato ocurrieron terribles catástrofes, entre ellas la erupción del Vesubio que sepultó Pompeya y Herculano y una epidemia en Roma que mató a miles de ciudadanos.

—Seguro que no lo conmemoraron con el arco por aquello.

—Fue, quizá, el más benevolente de los emperadores. Mostró no solamente la solicitud de un soberano amante de su pueblo, sino también el afecto de un padre para con todos. Incluso los cristianos. Durante su mandato no hubo matanzas de cristianos en el circo. Muchos lo conocen como el Clemente. Por ello la leyenda que leerás en la base del arco y que te enseñaré.

Bajaron por un terraplén pedregoso cogidos de la mano y llegaron al pie del monumento. Temblaron de ansiedad al notar la caliente compulsión en las comisuras de sus dedos fruncidos. En el fuste de una de las columnas jónicas, Flavia le señaló lo escrito: *Flavius, amor ac deliciae generis humanis*. Pasando la leyenda por su vista lo inundó el aroma de ella que ahora sí identificó: lavanda, limón, sudor de hembra. De allí pasaron a otras ruinas que visitaron despacio. Caminando, casi sin darse cuenta, habían llegado a los pies del Coliseo.

—¿Es cierto que lo habitan los Frangipani?

—Sí, pero no por completo. Tan sólo una pequeña parte de la entrada principal. El coliseo es enorme.

—Debió ser interesante verlo en funciones, en una de aquellas demostraciones de gladiadores.

—¡Qué horror!—dijo Flavia—. Detesto ver a nadie maltratándose. Las matanzas de cristianos tuvieron que ser espeluznantes.

—Pues para ellos debió ser un revulsivo. La sangre de los mártires fructifica más que ninguna otra simiente.

—Tal vez. Lo que no entiendo es que hubiese mujeres contemplando el espectáculo.

—He escuchado decir que una hembra puede ser más sanguinaria que cien hombres —habló Harald.

—Lo sé. Existieron Mesalina, Salomé y Berenice de Judea, que por cierto fue amante de Tito, pero son la excepción que confirma la regla —dijo Flavia.

Rodearon el Coliseo y ascendieron despacio la suave ladera del monte Celio. Había vuelto la brisa y se estaba mejor. Se sentaron sobre el césped, muy tupido allí, y contemplaron la preciosa vista: el Tíber a la izquierda, el Foro romano justo debajo y, a la derecha, destacando entre las cúpulas de diversas iglesias, la de San Pablo. Ella se las iba nombrando.

—¿Eres creyente? —preguntó Harald.

—Sí. Aunque un poco a mi manera. Apenas frecuento los sacramentos.

—Pensé que viviendo en Roma sería más fácil para un cristiano practicar su fe.

—Es justo lo contrario. Este es el mejor lugar del mundo para perder la fe en cualquier cosa. La Iglesia romana está tan pervertida que dan ganas de convertirse a la religión de Zaratustra.

—No sabía... Siempre supuse que sería más santa que la ortodoxa.

—Ignoro cómo andarán las cosas por Bizancio, pero entiendo que le nieguen la obediencia al papa. El actual pontífice, Benedicto IX, es la perversión escenificada, pura putrefacción. Dicen que tiene quince años, pues fue elegido con doce, pero dudo mucho que así sea. Primero por su aspecto, pues aparenta al menos veinte.

—¿Le conoces?

—Desde luego. Asistí a su coronación. Aunque no vamos a ningún acto que celebre y jamás lo hemos invitado a nuestra casa.

—Sigue.

—Es deprimente que se pueda elegir a un papa de doce años, una edad en la que no se distingue el bien del mal. La vida del pontífice, si es cierto todo lo que se cuenta, es un negro y hediondo poema. Es sobrino de Benedicto VIII, que era también de armas tomar, y de Juan XIX, el anterior papa. Todo queda en familia. Es

conocido en Italia como il Nipóte. A pesar de la tierna edad que afirman que tiene, se acuesta cada noche con una amante y a veces con dos.

—Qué barbaridad...

—Esto que te voy a contar no lo comentes —siguió Flavia, bajando el tono de la voz—. Su elección en el cónclave fue impuesta por el conde Alberico de Túsculo, el más poderoso personaje de la ciudad, al que tú conociste la otra noche en casa de los Acquaviva. Una de sus amantes es conocida mía. Júrame que callarás lo que voy a decirte.

—Lo juro por Odín y por Freya, su esposa.

—El pontífice sabe más de sexo que de liturgia católica. De hecho, apenas se conoce la misa ordinaria y el credo de Nicea. Lo suyo es la práctica de cualquier aberración que se te ocurra con la mujer más baja, incluso prostitutas.

—Pues, qué quieres que te diga: pocas aberraciones, si hay alguna, pueden cometerse amando a una mujer. Para mí el amor normal, entre hombre y mujer, lo admite todo. Otra cosa es el aspecto eclesiástico. Es lamentable que un papa dé tan mal ejemplo. Si al pontífice le gustan las mujeres, cosa que entiendo y aplaudo, y no puede disfrutarlas pues no se lo permiten sus convicciones, que se pase a la ortodoxia o cuelgue la sotana.

—Lo grave es que el caso de Benedicto no es único. ¡Ay!, si tal fuese... La curia y las sacristías son cuevas donde pululan alcahuetas y proxenetas, se encubren los embarazos de las barraganas de muchos eclesiásticos, se practican abortos, se venden pócimas para bajar la regla, se alquilan sicarios para asesinar a más de un cornudo y probo funcionario, se fabrican venenos o se recomponen los virgos de las doncellas violadas por sacerdotes y ecónomos. Raro es el día que no amanece flotando en las turbias aguas del Tíber el cadáver de uno que han liquidado por encargo.

—Para, para... Lo entiendo todo menos lo de los virgos. ¿Cómo puede recomponerse la doncellez de una mujer? —quiso saber Harald, que tenía los ojos como platos.

—En las plazas y mercados romanos puedes hallar de todo: desde venenos de mil clases, a matones que apalizan por medio ducado de plata, novicias que postulan su integridad por dos monedas de oro, curas que falsifican fechas de nacimiento o venden canonjías, curanderos que utilizan pomadas con las que disimular las roturas del himen y barberos que los recosen con aguja e hilo.

Nueve meses se hospedó el Vikingo en la villa del matrimonio Orsini. Era aquella una pareja ideal, la envidia de cualquiera en aquella sociedad depravada y agnóstica. Interesados en la cultura, gustaban de reunir en su salón a gente inquieta cada jueves al caer la tarde. Era el momento esperado por los diletantes del arte en la ciudad, que se peleaban por ser invitados. En medio de elegantes mujeres y hombres cultos, cenando deliciosos manjares y bebiendo vino o auténtica cerveza —elaborada

fermentando el lúpulo— se hablaba allí de historia, de escultura, de arquitectura, se declamaba poesía y se leían copias de manuscritos griegos o romanos. Harald no se perdió ninguna de las fantásticas tertulias. Tan sólo por aquellos momentos de placer, de cuya existencia no tenía noticia, merecía la pena vivir en Roma.

Solía ver a Flavia a diario. Iba con ella a recorrer ruinas interesantes o vestigios del pasado mantenidos en pie, visitaban populares tabernas en el Trastevere tras cruzar el Tíber por el puente Palatino, detrás del Circo Máximo, o coincidían en casa de los Orsini o en la de ella. Flavia Orsini vivía sola, rodeada de sirvientes. Tenía una preciosa villa amurallada muy cerca de las termas de Caracalla, de amplísimo jardín. Era un vergel luminoso y riente, en nada parecido al de su mansión de Kiev. El árbol dominante era el pino. Decenas de ellos, eternamente verdes, gráciles, odoríferos, de copas redondeadas, se agrupaban formando un bosquecillo al lado del estanque. Eran todos sonoros y en todos habitaban los duendes y los pájaros. Varios regatos de agua cruzaban por el cuidado césped sembrado de arriates de mil flores y plantas. A la sombra de un sauce, en un romántico templete circular de mármol travertino, gustaba Flavia de anidar y pasar en soledad ratos donde pensar, escribir o estudiar.

Tras enviudar, luego de un feliz matrimonio de siete años —casó con quince—, no consintió en volver a casarse a pesar de las propuestas de decenas de adoradores que la cortejaban en silencio. Era hermosa, joven, rica y perteneciente a una de las grandes familias romanas, pero guardaba a su difunto esposo fidelidad constante. Su divisa, *Non montura*, figuraba grabada en un dosel de su salón, sobre la chimenea. Como confirmando aquel «no morirá», gustaba de llevar prendida a un pliegue de su túnica la flor del amaranto, que nunca se marchita. Es obvio que el Vikingo se esforzaba en vencer su resistencia, pero era inexpugnable. Ella se defendía con el mismo tesón que una loba defiende a sus cachorros.

—Nunca me contaste tus amores con tu maestra veneciana. Porque tuvo que haberlos... —dijo Flavia una tarde, sentados sobre la hierba en una esquina del jardín, rodeados de olorosos arbustos.

Harald tomó una de sus manos. Se hacían carantoñas, incluso se besaban con la boca entornada, pero eran caricias fraternales, asépticas, que jamás pasaban a mayores.

—Lo haré cuando me hables de tu matrimonio. No puedo rozarte sin que se ericen tus cabellos, sin que se contraigan tus pupilas como ante algún peligro. Puedo jurarte que soy inofensivo. Debieras saberlo ya después de tanto tiempo. Necesito conocer lo que pasó, la causa de tu constante prevención, de tu pavor irracional, de esa defensa numantina con la que me distingues. Va para seis meses que nos conocemos y me tratas lo mismo que a un extraño...

Ella, callada, exhibió su ceño más huraño. Parecía como si la sola mención de su pasado removiese en sus entrañas los peores recuerdos. O tal vez los mejores.

—A nadie he referido lo que vas a oír —dijo al fin, atravesándolo con el dardo afilado de su mirada clara—. La primera noción que recuerdo de Claudio es la luz de sus ojos. Cierro los míos y los veo, incluso en sueños. Eran grandes, tan azules como una laguna de montaña y tan inmensos. Te prendían en la acuosa claridad de su mirar y te ganaban de inmediato, te poseían. Éramos primos carnales. Nos criamos juntos. Tan sólo era trece meses mayor que yo. No ha existido jamás un ser más bello, más atento, más cortés y más tierno. Me enamoré de él con siete años y sigo enamorada.

—Entiendo. Entonces vuestro matrimonio funcionó.

—Fue más que un matrimonio. Era un entendimiento espiritual y físico, la fusión de dos almas y dos cuerpos. Únicamente faltó la bendición de un hijo. Lo intentamos mil veces, en cualquier momento y lugar. A pesar de mi infertilidad, Claudio no sólo no dejó de amarme o pensó en repudiarme, sino que intensificó su pasión por mí. La manifestaba a diario, sin cejar, de manera perruna. Al despertar lo encontraba mirándome, velaba conmigo si yo me espabilaba, al poseerme procuraba siempre mi placer que anteponía al suyo. Adoraba seleccionar las mejores rosas del jardín y ofrecérmelas antes de cada cena. Lo amaba tanto...

—¿Por qué hablas de infertilidad? ¿No podía ser él el estéril?

—¿Claudio? Imposible. Me poseía como un león, de manera incansable, día y noche.

—Continúa...

—Fue cuando pensé en permitirle que se acostara con una concubina de confianza, para que la preñara, pues amaba a los niños. La idea era adoptar lo que viniese y verlo crecer como si fuese nuestro. Cuando se lo propuse se enfureció. «¿Cómo piensas que pueda tocar a otra mujer? —dijo—. Te adoro... Antes me mataría que consentir en ello. Te seguiré amando mientras viva aunque no seas fértil». Cuando escuché aquello, mi pasión por él se desbordó. Vivía por y para mi marido. Ya me había hecho a la idea de envejecer a su lado cuando contrajo aquel morbo maligno.

—¿De qué morbo hablas? Pensé que su muerte fue motivada guerreando o en algún accidente de caza...

—Claudio odiaba la guerra. Falleció de un cancro pestilente en sus entrañas que lo devoró en menos de dos meses. Fue hace sólo año y medio.

—Qué desgracia. Lo siento tanto... —dijo Harald—. Mi pobre pequeña...

—Pienso en él cada instante, ahora mismo lo siento aquí, lo respiro, lo sueño...

Flavia lloraba. No era un vulgar sollozo. Eran lágrimas mansas como la lluvia de los fiordos en mayo, un llorar silente y calmo pero lleno de angustia, que hacía daño contemplar. El Vikingo, tras enjugar sus lágrimas, la abrazó por los hombros tiernamente, estrechándola contra su pecho.

—Perdóname por haber añorado tus peores recuerdos. Merezco una paliza.

—No te preocupes —dijo ella hipando—. Pasará... Ya está pasando.

De pronto se animó. Se remejó en el césped, encogió las rodillas que rodeó con sus brazos y apoyó en ellas la barbilla. Una luz cenital le iluminó la cara y un tráfago de estrellas rutilantes surgió desde sus ojos.

—Ya no tienes pretextos. Cuéntame de tu maestra...

Harald le contó sus amores con Julia sin omitir nada por sensual, íntimo o escabroso. Le habló también de su vida de matrimonio y de su hijo Dimitri, al que apenas conocía. Citó a aquel desconocido hombre que había aparecido en la vida de ella tras su marcha de Kiev. Llegó a nombrar a Rómulo, el mágico castor del remanso del Dniéper. Flavia tenía el rostro nublado.

—Entonces eres casado... ¿Por qué le mentiste a Ángela?

—¿Mentir yo a Ángela? ¿Cuándo?

—Ella me dijo que eras soltero. Que tal habías dicho cuando te conoció en aquella cena, en su casa.

—No fue así. Jamás afirmé tal cosa. Ella aludió a un celibato que yo no desmentí. Le hablé de un compromiso para que entendiera que no era libre. No pensé que fuera necesaria ninguna aclaración.

—¿Llamas aclaración a manifestar ante amigos tu estado civil?

—Es fácil de entender. Aquella era una amistad que se iniciaba. Tú has tardado seis meses en abrirme el corazón, ¿iba yo a mostrar el mío en la primera noche?

—Visto así...

—Además ni Julia ni yo deseábamos casarnos. Nos amábamos, éramos felices sin ataduras. Pero la sociedad de Kiev, estrecha y encorsetada, muy de normas, nos impuso otra cosa cuando ella quedó encinta. Luego la vida nos separó. Cuando mis muchas ligaduras al imperio me lo permitieron, quise volver, y entonces ya era tarde. Si he de decirte la verdad, nunca me he sentido atado a nadie.

—¿No cuentan para ti la religión, las costumbres, los respetos humanos?

—Soy sincero al decirte que no. Tan sólo me atengo a la naturaleza y a la verdad en mi trato con vosotras. Siempre he procurado no haceros daño, no lacerar vuestra intimidad ni vuestra alma con mentiras ni engaños. Mis relaciones con las hembras las preside el amor, no siendo las pocas ocasiones en que he desfogado mis ansias de varón en una mancebía. Mi divisa es no hacer mal a nadie que no me lo haga a mí. En cuanto a religiones, sigo siendo escéptico aunque quisiera tener fe. Lo que vi en Noruega me espantó, mejoró algo en Novgorod y Kiev, pero Bizancio me decepcionó. Por no hablar de lo que he visto aquí y tú me has contado.

Hubo un silencio lleno de interrogantes. Los dos abismaban sus miradas en sus propios cosmos.

—¿Qué te pasó en tu tierra?

—Vi la forma de vida de los monjes, el apego a las cosas terrenas del obispo. El

actual monacato católico es una profesión asimilable a la del albañil o carpintero. Un monasterio, por sórdido que sea, representa la seguridad, la supervivencia. Los popes ortodoxos son mejores, pero no mucho más.

—Sé que se casan —dijo Flavia.

—Para mí es la mejor solución —sostuvo Harald—. De esa forma el fraile que habita en un cenobio lo hará de forma voluntaria, por su fe en sus creencias y en el celibato, y no para escapar del hambre.

La luz faltaba ya. Una colonia de pájaros pequeños piaba en la copa de un pino. Cumplían tal vez sus ritos religiosos, sus últimas oraciones del día. El rumor fue cediendo lentamente. Era como si el crepúsculo cerrara los ojos e impusiera el sueño a los volátiles. La claridad cedía, pero el intenso aroma de los jazmines impregnaba el ambiente. Ella se veía sosegada, como si el relato de sus vicisitudes amorosas procurase a su ánimo el más poderoso de los lenitivos.

—Julia te engañaba cuando afirmaba que le era indiferente casarse o no —dijo al fin—. Las mujeres decimos con la boca pequeña lo que callamos con el corazón grande.

—Es posible. Mas te juro que en mi ánimo jamás hubo voluntad de engañar. Ella sabía que partiría a la guerra y que tal vez no regresaría nunca.

—¿Nunca piensas hacerlo? Hablo de volver a Kiev.

—No lo sé. No me gusta hacer planes, pues la mayoría se quedarán inéditos. Soy hombre del lugar donde se encuentra. Y aquí y ahora me hallo bien.

—Lo que no entiendo es que pueda dejarse un hijo atrás...

—Será que los hombres, sobre todo cuando somos guerreros, tenemos distintas prioridades que vosotras.

Visitaron el palacio de Letrán, cercano al Foro, que Constantino el Grande había donado al papado para residencia del sumo pontífice. Era una mole clásica y aburrida en piedra gris de los Abruzzos, patinada del tiempo. Recorrieron las principales iglesias: San Juan de Letrán —la principal basílica romana—, Santa María la Mayor, San Sebastián, San Lorenzo y San Pablo Extramuros. Nada especial. Sobre todo San Juan resultaba mediocre al lado de Santa Sofía. Una tarde de aquel templado invierno fueron a visitar las catacumbas de la vía Apia.

—¿Por qué de la vía Apia? —quiso saber Harald.

—Porque hay muchas más. Están las de villa Panfili, villa Portuensis, Santa Inés, San Calixto, Santa Priscila y San Sebastián. Y puede que existan muchas otras ocultas e inexploradas.

—¿A qué es debido que haya tantas?

Tras dejar los caballos embridados a un árbol, habían entrado en la boca de la catacumba semioculta entre pinos y profundizaban en su interior alumbrados por antorchas portadas por cinco servidores armados. Allí era necesaria seguridad, pues

las galerías albergaban delincuentes y asesinos buscados por la policía de la comuna romana.

—Sabes que los cristianos se refugiaban en ellas para huir de las persecuciones —dijo Flavia—. Allí enterraban a sus muertos y celebraban las ceremonias del culto. San Pedro estuvo en ésta.

—Has dicho que los cristianos enterraban a sus muertos en las catacumbas. ¿Quieres decir que estamos en una especie de cementerio?

—Las leyes del imperio prohibían la inhumación de cadáveres en el recinto de la ciudad. Como los patricios, gozando de muchos privilegios, enterraban a sus deudos en sepulcros situados en las vías que de Roma iban a todos los extremos de Italia, los plebeyos que deseaban una sepultura decorosa para sus fallecidos se agruparon en asociaciones o collegia. A los acosados cristianos se les ocurrió la idea de perforar pasadizos en la tierra arcillosa, que en Roma llamamos «puzolana», de los terrenos margosos de los alrededores de la urbe. Poco a poco labraron grandes túneles subterráneos, a veces superpuestos, que les servían de refugio y al tiempo de cimitero o camposanto. En pocos años perforaron decenas de leguas de minas intercomunicadas en las que eran prácticamente inexpugnables.

Pasaron por delante de varios nichos excavados en las paredes arcillosas, verdaderas guaridas en las que vivían pordioseros y hampones. Familias enteras de mendigos y desahuciados se hacinaban en ellas a la luz de mínimas bujías de aceite. Se internaron por un lúgubre corredor que los condujo a una sala más amplia, con sus muros de tierra enjalbegada decorados con cruces, panes y peces, los signos primigenios del cristianismo. Uno de los laterales, un gran hueco labrado en la roca, era un osario. Estaba abarrotado de calaveras, esqueletos completos y huesos sueltos.

—Esto era una capilla —afirmó Flavia—. La tradición dice que San Pedro celebró aquí su última misa antes de ser crucificado.

—Es muy interesante —dijo Harald—, pero me falta el aire en este ambiente. Me bebería un vaso de buen vino.

—Aquí mismo, junto a las Fosas Ardeatinas, hay una taberna donde ofrecen buen mosto.

—¿Ardeatinas?

El Vikingo, siempre con su insaciable sed de conocimientos, lo preguntaba todo. Y cualquier cosa por la que se interesara hallaba respuesta en la boca de Flavia.

—Se llaman así por Ardea —dijo ella—, una antigua ciudad etrusca cercana a Roma, cuyo camino se iniciaba justo en el lugar donde se encuentra la taberna.

Salieron de las catacumbas por otro itinerario más corto. Recogieron los caballos y con ellos sujetos por las riendas se dirigieron allí. La tarde se iba ya. Entre nubes plomizas agonizaban los rayos del sol dibujando en el aire una grisalla turbia. El frío era muy intenso para Flavia, que temblaba. Harald, manteniendo las bridas de las

caballerías, la abrazó fuerte con la otra mano. Por primera vez sintió que su caricia era acogida con entusiasmo, una especie de apremio amable y cálido. Entraron en el mesón dejando los caballos al cuidado de los sirvientes. Era una simple choza de madera, semidesierta, con dos o tres arrieros de los alrededores como toda clientela. Buscaron la mesa más recóndita, pidieron vino rojo y lo libaron despacio, mirándose por encima de las copas. Los dos callaban. De pronto, sin previa declaración de guerra, Flavia cogió del cuello a Harald y lo besó en los labios. Era una caricia real, la primera en la que, después de tanto tiempo, abría su boca para él sin condiciones, aleando las salivas, bebiéndolas, pugnando por conquistar parcelas desconocidas con su lengua. Harald buscó sus senos bajo la túnica y ella los dispuso para él sin remilgos.

Tornaron a besarse dentro de un torbellino que iba ganando fuerza y velocidad.

—¿Me deseas? —dijo ella.

—Tú qué crees... Sueño contigo desde aquella bendita cena en casa de los Acquaviva.

—Has resistido mucho...

—¿Qué otra cosa puede hacer un auténtico varón que insistir y aguantar? No hay nada más bello que amar a una mujer con su consentimiento.

—Pero te irás... Me matarás de nuevo...

—Deberé hacerlo. No matarte, sino irme. Me debo a mi carrera militar y a un juramento. Mi puesto está en Bizancio. En Italia no tengo expectativas.

—¿Cuándo regresarás?

—No tengo prisa. En diez meses tal vez.

Tornaron a arrullarse con ansia. Flavia parecía haber tomado ya la decisión de ser amada. De repente se levantó, lo tomó de la mano y dijo en un susurro:

—Sea. Llévame a casa.

La mansión de Flavia, enorme y clásica, disponía de una habitación en la azotea, una especie de cálido palomar donde se refugiaron. No quiso ella utilizar el lecho conyugal, que seguía considerando un santuario. Era una casa similar a las romanas del Bajo Imperio: el atrio, un patio central que se comunicaba con las habitaciones y el triclinium. La cocina, bodega, calderas y dependencias del servicio estaban en el sótano. Disponía de letrina de agua corriente y un baño con conducción de agua fría y caliente por tuberías de plomo. En el jardín existía un estanque de mármol, con su fuente, que ella utilizaba en los veranos o desde que hacía calor para bañarse. Había decorado las paredes con frescos de motivos pastoriles o míticos y revestido los pavimentos con mosaico a la antigua.

Flavia le sorprendió por su sofisticada forma de amar. Nunca pensó el Vikingo, tras nueve meses de creer conocerla, que dominase de esa forma el siempre complicado arte de la seducción, el ars amandi. Ya el simple hecho de vestirse de una

forma incitante, desconocida en el Oriente, de perfumarse lo mismo que una experta, lo trastornaba. Casi tanto como la especial forma de desnudarse. Bajo las túnicas de seda utilizaba enaguas muy sutiles y bragas de gasa. Se depilaba las axilas por completo, pero no el sexo, al modo de algunas tribus turcas, que rasuraba sólo en los márgenes. Conservaba sobre el pubis un mechón de pelo en forma cónica, undoso, negro zaino, que recordaba al testuz del toro bravo. Se desvestía despacio, prenda a prenda, desvelando con calma las zonas acotadas de su cuerpo de forma que Harald se encendía hasta chillar. Era muy lenta copulando y gustaba de llevar la iniciativa. Tardó en consentir, pero cuando lo hizo fue un volcán ardiente: el Vesubio, el Etna y el Estrómboli juntos.

Harald se trasladó a su casa enfrentándose a Ángela y Paolo, que no consentían que los abandonara. Al principio dormía en el palomar, pues Flavia quiso dar cierta apariencia de normalidad ante la servidumbre. Durante el día comían, dialogaban, discutían, estudiaban o se bañaban juntos; desde que las sombras se adueñaban de la mansión y se apagaban las antorchas, desnuda y sinuosa, silente como una pantera de Bengala, a la tenue claridad cenital que se filtraba por la claraboya, la señora de la casa subía a la azotea y dormía con su invitado. Aquella situación anómala duró apenas seis días. Al séptimo, Flavia ordenó que bajaran sus cosas y lo instaló junto a ella. Desde entonces hicieron vida íntima, que es un grado más profundo que la conyugal. Pasaron a la habitación de matrimonio y no se separaron ni un instante, ni de día ni de noche, en casi tres semanas. Juntos desayunaban, se aseaban, leían o cabalgaban. La servidumbre, ciega y muda, contemplaba intrigada aquel amor perfecto, sonoro en las interminables madrugadas de placer, gozoso en las largas veladas de estudio o charla, visible cuando se bañaban desnudos en el estanque, envidiable a toda hora. Seguían recibiendo a sus amistades con naturalidad, sin aspavientos. Qué diferente Roma en lo sensual al resto de Occidente...

Todos en la ciudad imperial —hablo de los ambientes que frecuentaba la aristocracia— sabían que hacían vida de casados sin otro comentario que la felicidad de la pareja. Acudían juntos a cenas y recepciones, donde Flavia resplandecía otra vez con su belleza. Volvió a sentir la necesidad de acicalarse y arreglarse. Una tarde, paseando por las estribaciones del Coliseo, se tropezaron con Lucas Cellini. El milanés estuvo cortés y natural, muy en su papel, mundano e impertérrito.

—Qué agradable encuentro —dijo—. He sabido por amigos comunes que habéis sintonizado y vivís juntos. Para mí es una alegría, si lo es para Flavia. Y veo que lo es mirándole a los ojos...

—Aciertas —dijo ella—. Harald me hace feliz.

—Te envidio, Harald, y al tiempo te debo una explicación —dijo el lombardo.

—No seas ridículo. Siempre te consideré mi amigo.

—Estuve improcedente en aquella ocasión. Me porté como un vulgar cochero.

—No te preocupes. Está olvidado.

—Podría achacar aquel bochorno al vino, pero no sería toda la verdad. Fue una actuación indigna, doblemente inoportuna dada mi condición de diplomático. Como siempre que se habla alocadamente, marré. Quise ofenderte, pero no lo logré. Todo lo motivó mi amor por Flavia. Un amor al que no tenía ningún derecho y que aún llena mi pecho. Por ello te ofrezco mi más humilde excusa.

—Que acepto.

—En desagravio os invito a una copa.

La tomaron en una taberna de la orilla del río. Antes de despedirse, Cellini dijo al Vikingo:

—Te doy la enhorabuena, querido amigo. Te llevas a la mejor mujer del mundo. Cuídala...

—Descuida que lo haré.

Regresaron paseando a la villa. La luz faltaba ya y servidores de la comuna encendían las antorchas en las calles más anchas. Iban abrazados, rozándose, buscándose, igual que enamorados primerizos.

—¿De verdad que lo harás? ¿Me cuidarás?

—Lo juro. No sé por cuánto tiempo pero así será.

Una noche, cenando en la villa con Ángela y Paolo, Harald propuso viajar al norte para conocer Milán, Mantua y Venecia. El entusiasmo fue general.

—Haremos el viaje con vosotros —dijo Orsini—. Tengo ganas de volver a Venecia.

—Podríamos pasar también por Siena —propuso Ángela—. De esa forma podré ver a mi madre.

—Saldremos cuanto antes —intervino Flavia—. Podríamos desplazarnos en uno de mis carruajes. Resultaría más cómodo que a caballo y podríamos charlar.

—¿Qué más tenéis que deciros?—preguntó Paolo—. Estáis juntos las veinticuatro horas del día.

—Me refería a Ángela. La veo tan poco últimamente...

—Mujeres. Os contaréis mil dimes y diretes, chismorreareis, no dejaréis títere con cabeza —sostuvo Paolo.

—Pero no haremos mal a nadie. Nosotras arreglamos los asuntos terrenos con la lengua y vosotros con la espada. Ésa es la diferencia.

Salieron hacia Siena a finales de junio de 1037.

Viajaron como los grandes señores que eran, en una carroza de seis plazas tirada por ocho caballos. Las ruedas disponían de cubiertas de cuero y el carruaje contaba con ballestas, unos flejes de madera encerada acoplados en forma de arco que, junto con el cuero, ayudaban a amortiguar los baches del camino. Si éste era en exceso irregular, caso frecuente, o muy cuesta arriba, cabalgaban cada cual en su montura.

Una galera de respeto con cuatro hombres armados llevaba el equipaje y cerraba la marcha. Era una forma muy cómoda y moderna de moverse, desconocida para Harald. De esa forma recorrían treinta leguas diarias sin cansarse, charlando amablemente mientras admiraban el paisaje. Ascendiendo el curso del Tíber por su margen derecha entre campos de viñas y trigales en sazón, y tras comer en una venta del camino a la altura de Viterbo, llegaron a Orvieto al caer la tarde. Se alojaron en la mejor hospedería, Flavia y Harald como si fuesen matrimonio. Al día siguiente, tras almorzar en Montepulciano y libar sus vinos deliciosos, poco antes de una increíble puesta de sol, entraron en Siena.

La antigua ciudad etrusca que conquistara Carlomagno, a la sazón condado independiente gobernado por un podestá, ardía en fiestas pues celebraba la del Palio. Consistía ésta en una carrera de caballos en la plaza del Campo, un recinto en forma de herradura, y tenía lugar el 2 de julio. Grupos de vecinos del mismo barrio, o contradas, formaban las cuadrillas de jinetes. A los vencedores se les entregaba el palio, una valiosa pieza de seda bordada por artesanas locales. Después, el pueblo congregado en la plaza bebía espumosa cerveza, comía sin tasa y confraternizaba durante tres días. Ellos permanecieron once en casa de los padres de Ángela, una villa campestre a media legua de la ciudad, entre bosques de pinos, argénteos olivares cuajados de su fruto, sembrados y barbechos. Allí la pareja se alojó en habitaciones separadas para evitar que Saula, una devota mujer de cincuenta años, se escandalizara. Fueron unas jornadas deliciosas, en plena naturaleza exuberante. Todo era nuevo para Harald: el color bermejo de la tierra, la luz átona, el perfume floral y el sonido de grillos y cigarras, más lleno y refinado que el que causan con sus élitros las cigarras bizantinas y turcas. El padre, un aristócrata rural de poblados mostachos, se dirigió al Vikingo en la primera noche, cenando en una galería que se abría a un campo de trigales listos para la siega.

—Conozco por Ángela tus circunstancias desde hace tiempo, pues mantengo con ella una fluida relación espistolar. ¿Has tenido últimamente noticias de Noruega?

—Ninguna desde que salí de Bizancio. Lo único que hago es guerrear o viajar.

—Te lo diré sin rodeos. Supe no ha mucho en Milán que tu hermanastro el rey Olav ha muerto. Me enteré por un diplomático normando que pasaba a Roma para complimentar al papa. Siento ser yo quien te dé la mala nueva.

Hubo un momento de silencio respetuoso.

—¿Cómo fue su óbito? —preguntó el Vikingo.

—Sólo sé que murió hace tres meses. Ignoro cómo, pero imagino que sería combatiendo. Su hijo Magnus fue coronado rey con quince años. Mi informador dejó entrever que la coronación se hizo en contra de la opinión de determinada facción de la nobleza que apostaba por ti en calidad de regente. Hay también otro grupo partidario de cierto conde, pariente de la que fuese reina Ingeberg.

Harald calló. En su cabeza iban desvelándose incógnitas.

—Magnus... —dijo Flavia—. No es un nombre cristiano.

—Es apelativo sueco, muy frecuente entre las tribus de Scania, al sur de nuestra península —aseguró el Vikingo—. Olav se casó con una princesa gauta nada más salir yo del país. Hasta ahí alcanzaba mi información. Supe de su embarazo en Kiev, pero ignoraba que le hubiese dado un varón. Os agradezco mucho un dato que es bueno para mí, pues me libera de la terrible carga que supondría un reino.

La noche había caído sobre los campos. Había una luz violácea, como filtrada por un cedazo azul. El silencio era pleno. Legiones de pardillos y gorriones volaban al sesgo para cazar insectos. Todos meditaban sobre aquellas palabras.

—Yo no lo veo así —intervino Paolo—. No encuentro que te hayas liberado de nada. Magnus no es más que un niño. Puede, Dios no lo quiera, sufrir un accidente o cualquier enfermedad. Sabemos que es algo muy frecuente. En ese caso, tú seguirías siendo el heredero de la corona.

—¿No te gustaría ser rey? —dijo Ángela.

—No lo sé. Amo el poder, desde luego. Pero es mi libertad lo que valoro y no quiero perder. Y no existe oficio más esclavo que el de rey.

—Hasta donde yo sé, Harald no es ambicioso —intervino Flavia—. Lo que le gusta es la guerra —aseguró—. Se moriría dentro de un despacho en su alcázar de Trondheim.

—Es cierto —corroboró el Vikingo—. Pero no hablemos de utopías. Bajemos a la realidad. Estoy disfrutando de la que tal vez sea mi última etapa de tranquilidad, con mis amigos, y quiero hacerlo en paz. Brindemos al modo de mi tierra —añadió puesto en pie y alzando su copa.

Todos le imitaron. El noruego tardó algo en pronunciar su brindis. Le temblaba levemente el pulso mientras paseaba la vista en torno de la mesa.

—Skäl —dijo con voz recia—. A la salud de mi hermanastro Olav, que fue un buen hombre. Él confió en mí y me enseñó a luchar. Porque Cristo lo haya recibido en su seno y Odín en el Valhalla.

Tras chocar las copas bebieron, Harald de un trago. Los hombres estaban serios y las mujeres tenían los ojos brillantes. Flavia, especialmente, estaba muy afectada. Pasó casi un minuto antes de que Paolo tomara la palabra.

—¿Tuviste mucha intimidad con él?

—Le conocí con doce años, cuando él tenía dieciséis. Yo vivía en el bosque.

—¿Vivías en un bosque?

—Ciertos intrigantes adoctrinados por la reina Ingeberg querían deshacerse de mi madre y de mí. Me reclamó cuando murió la reina. Él me educó a su lado, me inculcó el amor a la guerra y a mi patria. Nunca olvidaré la deferencia con que trató a mi madre.

Hubo el silencio triste que produce la evocación de los difuntos. Todos, inquietos, jugueteaban con sus copas. Harald habló de nuevo.

—Tengo el presentimiento de que el emperador Miguel no tardará en llamarme. E incluso está tardando mucho.

—A lo mejor no lo hace —dijo Orsini—. Mis noticias son que el turco está tranquilo.

—Pues las mías dicen justo lo contrario —aseguró Harald—. Según mercaderes llegados recientemente a Roma, se han detectado movimientos de tropas en el condado de Edesa, en el límite del imperio, junto a Siria.

—¿Te quedarías con Flavia si no fueses llamado? —preguntó Ángela.

Todos callaron y alguno contuvo la respiración.

—Por favor, hermana —dijo Flavia—. ¿Cómo puedes preguntar esas cosas? Me harás enrojecer...

—Lo hago porque te quiero y por ser mi cuñada. Porque lo aprecio a él. Porque sé que os amáis. Porque es la pregunta que nos hacemos todos.

Nuevo mutismo. Flavia estaba esa noche más bonita que nunca, rubra por la indiscreción de aquella pesquisa inoportuna, brillándole los ojos de pasión y de ansiedad de la vida. Le temblaban finamente los párpados. Harald, centro de la atención, la miraba por encima de su copa con especial arrobó. Habló por fin.

—Sólo puedo deciros que, tan cierto como hay Dios, amo a Flavia. Ocurre que hay una circunstancia que ella conoce, pero vosotros ignoráis: estoy casado y tengo un hijo.

Esta vez el silencio fue de mausoleo de Halicarnaso antes de su derrumbe. Ángela se mostraba sorprendida. Miraba a su cuñada con la decepción grabada en el rostro.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Julia es veneciana, pero vive en Kiev, la capital de Ucrania.

—Entiendo —dijo tras un nuevo silencio—. Ése era el compromiso al que hiciste referencia... Podías haber sido más explícito.

—Es cierto —admitió Harald—. Pero también que acabábamos de conocernos y no imaginaba el derrotero que iba a tomar mi vida. No sabía de Flavia y jamás supuse que fuese a enamorarme...

Harald contó a sus anfitriones y al matrimonio Orsini lo que ya sabía su amada. Punto por punto. Lo cierto es que no parecieron sorprenderse. A todos les extrañaba que un hombre como él no tuviese un pasado amoroso. Aquella aclaración pareció relajar el ambiente. Los padres de Ángela se retiraron y los jóvenes charlaron hasta la madrugada sin ningún resquemor. Fueron jornadas de sosiego pautado, como en el paraíso. Dieron largos paseos por los campos y alargaron las veladas a veces hasta el amanecer, dialogando, bebiendo vino y grappa hasta que iban al lecho. Harald, desde que se apagaba por completo cualquier rumor, se trasladaba por el pasillo a tientas

hasta el cuarto de ella. Flavia lo esperaba desnuda y saltaba sobre él como una gata en celo. Se amaban con un deleite cada vez más refinado, sin urgencias, con pausas pensadas, como le gustaba a ella. Se buscaban el placer, incansables, descubriendo desconocidas parcelas de sus cuerpos, trayectos no explorados, lunares estratégicos, máculas en la piel o cutáneos estigmas de nacimiento inéditos. Flavia tenía una mancha canela en uno de sus muslos, cerca de su raíz, y Harald pasaba largos ratos adorándola. Nunca se hartaba de besar sus pies o acariciar su rostro. Cuando ella vio sus tatuajes, se intrigó. El Vikingo le narró su porqué y la instruyó en la mitología escandinava.

Siguieron a Florencia, un villorrio a la orilla del Arno que crecía al amor de sus opimos campos. Salvo los restos de la muralla etrusca, con una hermosa columnata dórica en la puerta de Prato, poco había que ver en aquella ciudad destartada y polvorienta. Saludaron al conde Lotario, que los alojó en su palacio de la plaza Magna. Les habló de los trabajos preparatorios para la construcción de una catedral cercana al río, a cuyo efecto se iniciaba la explanación de los terrenos. Después de visitar la única iglesia reseñable, San Miniato al Monte, y de asistir a un par de recepciones palaciegas, a la semana partieron para Parma.

Parma, también de origen etrusco, era otra cosa. Antiguo obispado, poseía bellas iglesias y un hermoso baptisterio tardorromano en mármol de Carrara, una población no muy alejada cuyas canteras tenían fama ya en época de Augusto. La autoridad episcopal, representando al partido güelfo —partidario del papado— se imponía a los gibelinos, que apostaban por el emperador Conrado II. Las felices parejas se acomodaron en el palacio de los Rossi, la familia dominante en la ciudad, muy amiga de los Orsini y con afines intereses. Amoldo Rossi vivía como un señor feudal y en realidad lo era. Poseía una mansión principesca en los límites de Parma, junto al río de su nombre. El parque era tan grande que debía recorrerse a caballo. Y tan bello como un bosque del norte. Rico en robledales, sauzales y fresnedas, lo recorría en toda su extensión un afluente del Parma. Su hijo Vincenzo, de la misma edad que Paolo Orsini, casado con una bella parmesana, los acogió con una hospitalidad tan exquisita que parecía arábica, cediéndoles un ala del magno caserón que habitaba. Las dos semanas que pasaron allí transcurrieron en una paz que no era de este mundo, atendidos por decenas de servidores, cabalgando, bañándose en un remanso que el riachuelo hacía al cruzar la posesión. Fueron días de evasión, calor sofocante y bandadas de mosquitos hambrientos. Hubieron de vencer la insistencia del viejo Rossi, que pretendía seriamente que siguieran allí todo el verano, y, terminando julio, siguieron a Milán por Piacenza y Pavía.

A Harald le impresionó la capital de la Lombardía. Ciudad de origen celta, pronto romanizada, alzaba la silueta de sus viejas murallas al pie de la llanura abierta en los primeros contrafuertes alpinos. Era ciudad eminentemente arzobispal, si bien el poder

pasaba lentamente a los duques lombardos que, apoyados por el emperador, residían en Pavía. La ciudad era dominada por dos grandes familias: los Torriani y los Visconti. Paolo Orsini, muy amigo de ambas, prefirió a los Visconti a la hora de alojarse. Vivían estos en un palacio en el centro de la población, frente a la basílica de San Lorenzo.

Isabel y Lucio Visconti eran algo mayores, pero conservaban el buen humor y la vivacidad de la juventud. Parecían disfrutar de la vida cada segundo y lo vivían como si fuese el último. Ambos amaban la buena mesa y adoraban la grappa, que se hacían traer de Bassano, en los Dolomitas. En las largas sobremesas, libándola en plan ceremonioso, les explicaron la estructuración de la sociedad milanese. El arzobispo permitía a la pequeña nobleza congregarse en parroquias, los pievi. Al frente del escalafón estaban las viejas familias feudales, de las que salían los obispos y abades; seguían los pequeños caballeros, rurales o urbanos, promovidos a capitanei por la Iglesia, que los infeudaba con diezmos y peajes; continuaban los cambistas, monederos, legalistas, jueces, físicos, notarios y abogados, junto a los comerciantes y artesanos que arrendaban las cortes de las instituciones eclesiásticas y les prestaban dinero; en el último peldaño de la escala social medraban los contadini, míseros componentes de la gleba de un jaez parecido a la de Novgorod, pero favorecidos por un clima más amable. Los hebreos, como en todas partes, tenían su gueto, hacían vida independiente y se mezclaban poco.

Junto a los Visconti hallaron un lujo y un placer elitista, como en ningún otro lugar aquella gira. Íntimo amigo de Ariberto de Intimiano, el arzobispo, y también de Conrado II, el emperador del Sacro Imperio Romano a la sazón, Lucio Visconti era un consumado actor versado en el arte de la adulación y el disimulo, industrias por lo demás muy trasalpinas. Ante un público modesto alababa a los güelfos, pero si la concurrencia era selecta ponderaba a los gibelinos; delante del arzobispo execraba del imperio; en presencia de Conrado II se declaraba agnóstico y en privado emitía impublicables dicterios contra el papado y su representante milanés y no menos feroces contra cualquier emperador o poder fáctico. Como buen oligarca sólo era partidario de sí mismo. Tras la política, que dominaba como la daga un experto jenízaro, su segunda pasión eran las hembras. No mantendría un harén al modo árabe, pero «poseía» a una legión de amantes diseminadas por toda la ciudad. Y digo poseía no en su acepción carnal, sino en la de apoderamiento material e incluso espiritual, pues era su dueño en puridad. Era especialista en casadas insatisfechas. Gustaba desflorar a cualquier doncella sazónada que oliese a cinco leguas y a todas las que penetraban por el portalón de su palacio para servir como criadas. Debía ser diestro en el negocio, además de bienquisto, pues había pocas quejas. Y es que era generoso. Jamás despedía a una amante sin recompensarla con arreglo a su alcurnia: casas, yeguas, ropas, dineros, joyas... Por lo demás, era un noble sensato, de conversación

amena y calma, interesado en el arte y las letras. Mantenía una pequeña orquesta, pues la música era su cuarta gran afición tras política, mujeres y caballos. Tocaba aceptablemente el laúd y la cítara, poseía un salterio y un órgano hidráulico y era dueño de una agradable voz de bajo.

Él en persona, tras devorar con la mirada a Flavia y Ángela, acompañó a las parejas a visitar las célebres columnas romanas del templo de San Lorenzo y sus bellos mosaicos. Fueron también a admirar la basílica de San Ambrosio y el famoso sarcófago del santo, una excepcional pieza de mármol, bronce y oro del siglo IV. Se extasiaron ante el atrio de la basílica, algo muy poco visto: labradas columnatas y arcadas de estilo romano-lombardo que parecían etéreas o esculpidas por ángeles. Recorrieron la abadía de San Eustorgio, extramuros, cuyo ábside y nave principal poco tenían que envidiar a los mejores templos de Bizancio. Pero nada como el derroche de cinismo que Visconti mostró ante el abad. Sabedor éste de la visita del prócer —que mantenía a la institución con sus aportaciones—, organizó para los visitantes un modesto ágape. Antes recorrieron el convento de su mano: vieron la capilla, el refectorio, el lavadero, las cuadras, el claustro y la biblioteca, lo que les dejó ver; se notaba a distancia que habían adecentado todo a la carrera y en algunos lugares, como en la portería, olía a pintura fresca. Cinco o seis monjes, cabizbajos, ocultos bajo sus caperuzas de parda estameña, se cruzaron ante ellos como hormigas sin rumbo, dejando un rastro sudoroso y maloliente. Yendo mujeres no pudieron pasar a la zona de clausura, pero la escasa limpieza, el aroma apestoso y la desidia recordaron a Harald el monasterio de Trondheim de su infancia. A la hora conventual almorzaron los siete en el comedor del abad, dentro de sus dependencias, la única zona habitable de la abadía. El religioso, recién rapado, con la tonsura reluciente y oliendo a agua de rosas, bendijo los alimentos elevando al cielo sus mortecinos ojos y mostrando sus blancas conjuntivas. Habían dispuesto las viandas en una mesa de roble pobremente vestida, sin manteles para mayor sensación de austeridad. Visconti, que había hecho el recorrido con gesto réprobo, aguardó al segundo plato para mostrar su enfado.

—Las hortalizas estaban desabridas aunque pasables, pero certifico que jamás he probado un asado de ciervo más duro, áspero y detestable que éste —dijo el noble, retirándolo a un lado. Recordadme que os envíe en el otoño un par de cuartos de un animal cazado por mí mismo.

—Perdonad, señor —dijo el abad, atragantándose—. Ya sabéis que la frugalidad y la pobreza son norma en nuestra orden...

—Pues nadie lo diría a la vista de vuestros frailes, tan orondos.

—Su grosura no es de carne, señor, que cría pestilencias y provoca dolores en las coyunturas, sino de harina de centeno. El señor arzobispo...

—Dejadme en paz al señor arzobispo y dedicaos a orar. Rezad por mí, que buena

falta me hace.

Todos se miraron alelados. Jamás habían visto tratar así a un miembro de la Iglesia. Ya de regreso al palacio, Visconti se explayó con sus invitados.

—El abad es un infame correveidile del duque de Lombardía, lacayo a su vez del imperio —aseguró—. Está amancebado con una viuda de buen ver a la que dice amar, aunque sé de buena tinta que busca su dinero; se acuestan no sólo en casa de ella, a la que llega embozado por las noches, sino en su propia cama de la abadía. Aseguran que se entienden hasta en la sacristía... No lo soporto.

Abandonaron Milán a finales de agosto en dirección a Venecia, atravesando Mantua y Padua.

Atravesaron la llanura padana en medio de la lluvia incesante, como un llanto sin fin. De tarde en tarde aparecía un tímido sol sobre la niebla baja o luda el arco iris. Predominaba el verde. Un verde domeñado, menos agreste y variado que en los fiordos. Ya se había recogido el trigo y los labriegos se afanaban en coleccionar la paja y anudarla en grandes fardos que, desperdigados por los campos, semejaban cadáveres de extrañas alimañas o seres de otro mundo. Las viñas se encontraban en plena madurez, con sus granados frutos haciendo guiños desde los cuajados sarmientos. Entre ellas, como fantasmas justicieros, se erguían decenas de espantapájaros que intentaban evitar el desayuno de alondras, gorriones y vencejos. Olía a tierra húmeda.

—Fue un acierto de Ángela utilizar el carromato —dijo Flavia—. Debe ser desagradable cabalgar soportando la lluvia.

—Lo es yendo de paseo, sobre todo para una mujer, pero guerreando apenas te das cuenta —dijo Harald.

—¿Qué os pareció Visconti? —terció Paolo.

—Un malencarado mujeriego y un déspota —contestó su hermana—. Entiendo que a un hombre le gusten las mujeres, pero lo de Lucio es una enfermedad. ¿Visteis cómo nos miraba?

—Mejor os desnudaba con los ojos y hasta os poseía —sus- tuvo Orsini—. De no haber sido sus invitados...

—¿Qué habrías hecho?—preguntó Ángela—. ¿Te batirías por mí?

—No creo que deba correr la sangre por un gesto, pero le habría afeado su conducta.

Harald callaba. Contemplaba las tierras de labor por el cristal del carricoche que empañaba la lluvia. Sabía que el meteoro suponía una bendición para los campos, tras una sequía de tres años. Las gotas de agua, tras engrosar con la afluencia de otras más pequeñas, crecían hasta precipitarse por su peso trazando en el vidrio regueros zigzagueantes formando un jeroglífico. Era algo tan hipnótico como mirar el mar.

—¿Y tú, Harald, lo harías por mí? —inquirió esta vez Flavia.

El noruego dilató la respuesta. Parecía muy pensativo aquella mañana. No afirmó

ni negó.

—Es difícil dejar de mirar a una hembra hermosa; una mujer bonita puede ser considerada, en ciertos aspectos, una obra de arte. Desde luego no es correcto fisgarla si se encuentra acompañada por un hombre. Pero no creo que tal acción merezca ningún tipo de castigo o recriminación. Y menos cuando la mujer se adorna y embellece para ser deseada.

Hubo un corto silencio. Un carruaje se cruzó en el camino.

—¿Insinúas que nos componemos para ser deseadas? —dijo Flavia.

—Nada de insinuaciones: lo sostengo. Todos somos vanidosos, pero la auténtica mujer es también seductora. Pobre de una mujer que no es coqueta. El arte de fascinar y seducir es connatural en la mujer, casi una obligación. ¿O acaso os arreglabais en el salón de los Visconti para vosotras?

—Harald tiene razón —dijo Orsini—. No hay mayor espectáculo que una bella mujer. Y no existe un varón verdadero que no aprecie a una fémina seductora y presumida. Todas lo negaréis, pero en el fondo tratáis de cautivar a los hombres.

—Y vosotros de conquistar a cualquier hembra, sin ninguna excepción.

Callaron. El silencio templó una discusión de las que llaman bizantinas, nunca supe por qué, baldía, que nunca llega a puerto. Habían comido en una venta del camino y se hallaban en las afueras de Cremona, una discreta población cercana al Po. Pasaron de largo pues no ofrecía nada reseñable y, tras dormir en una hospedería del camino, al día siguiente al atardecer avistaron las cúpulas de Mantua. La pequeña ciudad etrusca, a orillas del río Mincio, tampoco tenía nada destacable fuera de un templo dedicado a la divinidad griega Manto, hija del homérico Tiresias, que con el cristianismo se había consagrado a San Lorenzo. Tan sólo esta vetusta iglesia merecía el viaje: redonda, de cúpula hemisférica y rojizo ladrillo, con el baptisterio adherido a su circunferencia como lapa a una roca y la nave cilíndrica, con diez columnas mágicas. Cenaron en una posada de la plaza delle Erbe, donde pernoctaron. Amanecieron pesados y alguno descompuesto: demasiada cerveza, quizá. Siguieron a la cercana Padua. Tampoco tenía la población cosas especiales que ver. Ciudad obispal, de rica producción agrícola, lo más interesante era el mercado a la orilla del río, un afluente del Brenta que desaguaba en la laguna veneciana. Fue cenando en la mejor hospedería cuando Flavia se sintió indispuesta. Sin terminar el primer plato palideció, pidió perdón y corrió a la cocina donde vomitó. Regresó con aspecto cansado, la tez cerúlea y un cerco lívido decorándole los ojos.

—¿Te ocurre algo, cariño? —preguntó Harald solícito.

—No es nada. Se pasará. Llevo ya tiempo así...

—No nos has dicho nada —dijo Ángela—. Me asustas... ¿Qué tienes?

—Ganas constantes de llorar y un malestar indefinible que me quita la alegría y me desasosiega. Me siento mareada, fatigada...

—¿Has vomitado otras veces? —quiso saber Ángela.

—Vomito tres o cuatro veces al día. Sobre todo al levantarme. Os lo he ocultado para no preocuparos ni amargaros el viaje. De no saber de mi esterilidad, juraría que estoy embarazada.

—Eso te iba a decir —aseguró Ángela—. Imagino que tendrás tu periodo. ¿Te ha crecido el pecho? Y perdona lo indiscreto de mis preguntas delante de varones...

—No te inquietes. Hace dos meses que no veo mi regla. Tengo los senos mucho más grandes y consistentes desde que llegamos a Milán. Harald debe saberlo...

El Vikingo le asió una mano, que besó, y con la otra la estrechó contra su hombro. Ella quedó con la cabeza reclinada en su pecho y su carita demacrada, de ángel caído y medroso.

—Lo cierto es que, mirándote despacio, presentas un leve abombamiento del abdomen —dijo Paolo—. Estás embarazada.

—Pero... No puede ser... —dijo ella—. Los tres sabéis cómo me amó mi marido en siete largos años de matrimonio...

—Del cuerpo ignoramos más cosas que sabemos —sostuvo Harald—. Sé por Julia que en Venecia hay grandes físicos. Quizá sería interesante consultar a uno de ellos.

Lo hicieron. Tras cruzar en barca la laguna y acomodarse en una bella hostería que daba al canal de la Giudecca, indagaron en busca del más reputado galeno de la ciudad. Era un judío veneciano de aspecto venerable, por nombre Isaac Galdoni. Los recibió enseguida. Luego de una larga serie de preguntas a Flavia con los tres delante, y tras anotar en su libreta muchas notas, hizo pasar a las mujeres tras un biombo. Los hombres escuchaban perfectamente la conversación.

—Desnúdese por completo —pidió el físico a la Orsini—, y tumbese en la camilla.

Flavia obedeció. Galdoni la reconoció de arriba abajo: observó sus pupilas, la boca y los oídos, miró sus pies y manos, auscultó con su oído en el pecho y la espalda, palpó con cuidado su vientre e indagó con su oreja en la piel del abdomen y, tras lavarse las manos con cuidado, introdujo la punta del dedo índice en el antro vaginal.

—Orine en este frasco —le ordenó después.

Flavia hizo lo que le pedían envuelta en un rubor que no le abandonaba desde que el hebreo iniciara el interrogatorio.

—Puede vestirse y regresar con su marido —dijo el semita, tras dar por supuesto que lo era uno de los hombres.

Dedicó unos minutos a garrapatear sobre un pergamino los datos que había extraído del reconocimiento y la anamnesis. Luego acercó a sus labios el recipiente con la orina y le dio un sorbo. Lo paladeó como si fuese vino de una añada excelente:

con regodeo, faltándole sólo chascar la lengua.

—Enhorabuena —dijo, después de meditar unos segundos—. La señora está embarazada. La gestación, que va para tres meses, avanza normalmente. Su organismo funciona a las mil maravillas: corazón, estómago, riñones y pulmones. Su aparato genital es perfecto, sin secreciones odoríferas ni flujos.

—Tengo que ser franca con usted —dijo Flavia, tras unos segundos de vacilación.

—Eso espero —aseguró el galeno—. Tenga el convencimiento de que nada de lo que diga saldrá de aquí.

—Soy viuda. Estuve casada siete años y, a pesar de que mi marido me amaba a diario, nunca quedé preñada. Siempre pensé que era estéril. Todos lo pensábamos...

—No sabemos demasiado sobre esterilidad —aseguró aquel hombre—, pero algo hemos avanzado. Hace cuarenta años que Abulcasim en Córdoba y Avicena, su discípulo, en Teherán, descubrieron que el hombre puede ser, además de impotente, infecundo. El semen del varón, aunque esté bien dotado y cumpla sobradamente con el coito, puede estar afecto de una no tan rara afección que lo hace estéril. Hablamos entonces de impotencia generandi por oposición a la coeundi.

—Entonces mis vómitos, mis mareos... —dijo Flavia.

—Y también el aumento de los senos y la tristeza. Es usted una mujer gestante y presenta los síntomas de toda gestación. Y, repito, el fruto del embarazo viene bien. Hasta se escucha el leve rumor del corazón al palpar dentro del útero... Y aunque no esté casada le repito mi más cordial enhorabuena. Un hijo es la mayor felicidad para cualquier mujer con independencia de su estado civil. Ser madre marca, llena la vida de una fémina. Durante los tres primeros meses de gestación son frecuentes los mareos y los vómitos. Le proporcionaré un cocimiento de hierbas que cultivo yo mismo. No es nada mágico. Se trata de principios naturales que tonifican el corazón, calman la angustia y sedan el espíritu. Tómelo cada mañana al levantarse. Ello le hará más llevadero estos primeros meses.

Flavia, abrazada a Harald, con Ángela almohazándole el pelo y su hermano secándole la frente del sudor, lloraba mansamente. Su rostro había cambiado. La expresión de felicidad era tal, tan radiantes sus ojos, que parecía otra mujer. Harald abonó al físico el triple de sus honorarios y salieron a la radiante luz del canal de la Giudecca. Tomaron una barca. Los tres se abalanzaron sobre Flavia para evitarle el menor tropezón. Saltó a la lancha alzada al alimón, como si fuese más valiosa que la prometida del zar búlgaro. Salió de ella sujeta por las axilas, tal que una inválida. Ya en una taberna pidieron de comer y dieron rienda suelta a sus emociones. Tan sólo el Vikingo estaba serio.

—Mañana mismo volveremos a Roma —propuso Ángela—. Todo pasa a un segundo plano ante tu embarazo.

—Ante la locura de una gestación insospechada, tantas veces soñada —dijo

Flavia—. Pero no es necesario. Veamos Venecia. Harald quería verla.

—No te preocupes por mí, amor mío. Tú y tu embarazo sois lo único que cuenta —dijo éste.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Paolo a Harald—. Estás más pálido que ella. ¿En qué piensas?

—Pienso en mi triste sino. Amo tiernamente a Flavia y tendré que abandonarla. Si al menos no fuese un hombre casado...

—Mio tesoro, ¿tendré que ser yo la que te dé ánimos?—dijo Flavia—. Me has dicho mil veces que te irías. Sabía que eras casado cuando me amabas. Ni puedes reprocharte nada ni yo te lo reprocho. Además me dejarás un hijo. No cabe mayor felicidad.

Se alojaron en el castillete de los Orseolo, una de las principales familias venecianas, muy relacionada con los Orsini. Ubicado en la punta de la isla de la Judería, desde sus torreones se contemplaba la laguna de aguas quietas y grises y, al fondo, la silueta de Malamocco, en el Lido, franja arenosa que la separaba del Adriático. Fabricio Orseolo, que había hecho su fortuna traficando con esclavos y sedas del Oriente, era un buen conocedor de su ciudad. Gustaba de relatar, incluso sin preguntas, la historia de Venecia y lo había en cada sobremesa.

—¿Por qué una ciudad lacustre? —preguntó Harald.

—Huyendo de vándalos y lombardos, los habitantes de Mestre y tierra firme se trasladaron a ciertos islotes arenosos en medio de la laguna mediando el siglo vi. Allí vivían mercaderes de pieles y otros géneros, pescadores y salineros.

—Bravos debían de ser para medrar tan rápido —dijo Flavia.

—Lo eran. Intensificaron el comercio con las ciudades friulanas —Isonzo, Piave y Heraclea— y la ribera dalmata. A los cien años tenían ya el primer dux: Paoluccio Anafesto.

—Todavía no sería poderoso —dijo Paolo.

—Estaba mediatizado por los bizantinos. Y así fue hasta un siglo después, cuando Carlomagno estabilizó en los confines de Venecia las fronteras entre Oriente y Occidente.

—Perdón —intervino Harald—. Como almirante en jefe de la flota del emperador Miguel IV y responsable de su Guardia Varega, tengo que recordaros que esa mediatización continúa en parte.

—Cierto —corroboró Fabricio—. Pero es más nominal que efectiva. Nuestras naves navegan con el pabellón de la Serenísima República, pero admiten ser escoltadas por navíos bizantinos en mares peligrosos. Además os pagamos un canon. Y preferimos pagároslo a vosotros que a los turcos.

—Proseguid.

—No quisiera aburrir... Desde Malamocco, y sobre todo con Ángelo Partecipazio,

se expandió la ciudad y se poblaron Torcello y Murano. Empezaron a construirse puentes y palacios. Se sanearon las zonas encenagadas, se dragaron los canales de desagüe y se desviaron, en trabajos multiseculares, los ríos que amenazaban con sumergir la laguna. Alrededor de la iglesia de San Pedro, en la zona de Rialto, Partecipazio erigió el palacio que contiene los restos de San Marcos que esta mañana visteis.

—Yo sólo vi una urna con un montón de huesos y piltrafas adheridas de piel seca, apergaminada... ¿Se conoce con certeza que son los restos del evangelista? —preguntó Ángela.

—¿Quién sabe nada? La historia es algo que nunca ocurrió relatado por uno que no estaba allí —dicen—. Yo no afirmaré ni que respiro ahora —añadió Orseolo—. Los venecianos creemos firmemente que aquellos restos son los del discípulo de Cristo. Fueron traídos desde Alejandría por dos comerciantes de Torcello, en 828.

Con Fabricio como guía recorrieron el palacio ducal, recientemente terminado. Vieron los apartamentos del dux, los salones que albergaban las magistraturas venecianas como el Colegio y el Senado, el palacio de Justicia, las prisiones, la armería, la biblioteca y la amplísima sala del Consejo Mayor. Navegaron en góndola —una típica barca veneciana— los canales principales y culminaron la visita a la ciudad viendo el arsenal. Se hablaba de iniciar los trabajos de una colosal seo. Finalizando septiembre regresaron a Roma despacio, sin hacer más de quince leguas diarias por no cansar a Flavia, que había superado sus molestias y estaba cada día más hermosa. El 9 de octubre entraban en la Ciudad Santa por la puerta de Tibur. Un emisario llegado de Bizancio llevaba esperando al Vikingo tres semanas: el emperador reclamaba su presencia.

La despedida fue dolorosa, sobre todo para Harald. Flavia se veía tranquila cuando su amado partió a caballo para Ostia, pero él sintió un desgarró en el alma que lo mantuvo insomne cinco noches. Otra vez dejaba atrás un amor verdadero y carne de su carne. Habían hablado despacio del futuro. Ella trató de retenerlo. Vivirían juntos, pasando a engrosar la nómina de parejas romanas respetables. ¿Merecía la pena cambiar su porvenir con las armas y tal vez la corona por una vida plácida? —se preguntó. De aceptar la propuesta de Flavia se convertiría en un Orsini consorte, siempre a la sombra de su esposa, dependiendo de ella y de su riqueza. No dudó mucho. La milicia era su medio de vida, lo que le había dado dinero y fama. Además, habiendo comprometido su palabra con Bizancio, no tenía opciones. Y estaba Julia. Ya en la nave que le llevaba a Constantinopla decidió regresar a Kiev tan pronto como pudiera. Le asolaba la nostalgia de su mujer y de su hijo. Era su esposa e iba a intentar recuperarla.

Nada más llegar a Bizancio se presentó a Miguel IV que lo esperaba inquieto. Lo había mandado llamar pues se detectaban movimientos de tropas en la frontera

búlgara. En efecto, sin apenas resentirse de la mortífera epidemia de años atrás, el zar Samuel II hacía retumbar otra vez los tambores de guerra. Hubo una consulta con la plana mayor del ejército. El Vikingo fue escuchado con atención por los generales y almirantes que rodeaban al emperador. Luego Miguel dibujó en un mapa la posición del ejército búlgaro. Los jefes bizantinos expusieron cada cual sus opiniones y líneas de actuación. Todos eran partidarios del ataque inmediato para, de esa forma, explotar la sorpresa. Cuando intervino el nórdico se hizo el silencio. Todos apreciaban sus dotes estratégicas y su valor durante la pelea, quedando ya muy atrás las reticencias o aquella indiferencia de la primera vez.

—De lo expuesto, colijo que no hay pruebas de un inminente ataque —aseguró—. Todo son suposiciones sobre movimientos de efectivos búlgaros en la frontera que, simplemente, pueden serlo sólo de distracción. No hace tanto que salimos de una terrible epidemia de peste que diezmó nuestras fuerzas. Soy por tanto partidario de armarnos y esperar. Vigilaremos las fronteras. Reforzaremos nuestra flota, se repondrán nuestros hombres, afilaremos las espadas y alfanjes, tensaremos la cuerda en nuestros arcos y ballestas. De producirse una agresión búlgara tengo mis propios planes.

—Mucho agradeceré que los expongas —dijo el emperador.

—Son muy simples: mientras nuestro ejército repele la agresión por la frontera noroeste, si llega a darse, los varegos y rus desembarcaremos en Burgas y atacaremos a los búlgaros por la retaguardia. Caeremos sobre ellos de improviso donde menos lo esperen.

Pareció a todos bien la propuesta del jefe de la Guardia Varega y en ello se quedó. Corría el año 1038. Harald se dedicó otra vez al estudio en su villa, pero sin descuidar su entrenamiento con interminables cabalgadas y largas sesiones de esgrima con Rulav quien, a pesar de sus cincuenta años y su manquedad, seguía con el vigor de un elefante. Una lluviosa tarde de otoño el mayordomo vino a avisarle de la presencia de dos extranjeros que solicitaban verle.

—¿Quiénes son? Sabes que no me gusta que me importunen cuando estudio.

—Uno parece rus, señor, pero no el otro. Dice llamarse Alvis.

—Hazlos entrar.

Harald distinguió con claridad los pasos de su viejo amigo subir las escaleras. Era un andar incierto, vacilante, de alguien que teme y camina sin rumbo. Entró primero él, despacio, haciendo chirriar con levedad los goznes de la puerta. Después introdujo a su acompañante que entró silente, ladeándose como para evitar rozar las jambas. El Vikingo lo reconoció de inmediato. Era el muchacho con el que le sorprendiera años atrás en el Podol, en aquel encuentro que tanto le azorara. Ahora era un hombre. Debía tener cerca de treinta años. Había madurado y crecido. Le sorprendió su extrema delgadez que contrastaba con la anchura de hombros. Su tez seguía pálida,

pero sus rasgos se habían afinado dándole un aire femenino o sutilmente ambiguo. Un leve bozo le sombreaba el rostro de facciones perfectas. Tenía unas pestañas insistentemente largas y rizadas, por las que cualquier mujer habría pagado gustosa cinco estateras de oro. Su pelo castaño claro, peinado en dos simétricas mitades, recordaba a la crin de una yegua tras ser almohazada por el palafrenero en las caballerizas. Podía pasar por tártaro. Alvise seguía igual. Con su enigmática belleza, el porte aristocrático, idénticos ojos tiernos y escrutadores y el aire de ciervo acorralado. Su mirada era triste.

—Cuánto bueno... —dijo Harald.

Alvise paseó la vista por la estancia. Era un mirar cansino, aséptico, como si en realidad le resultase indiferente ver un paisaje marino o una montaña.

—Me complace que aprecies mi visita y verte bien instalado —dijo al fin—. Estás lo mismo que siempre.

—Han pasado casi catorce años... Tú tampoco has cambiado. ¿Qué te trae por aquí?

—Vamos de paso. Lo primero será presentarte a mi amigo. Sviatoslav, éste es Harald Sigurdarson, el Vikingo, del que tanto te he hablado —dijo, haciendo ademán con la mano.

Se besaron ceremoniosamente por tres veces, al modo rus, mientras Harald captaba un delicado aroma floral que no supo definir. Luego parecieron estudiarse unos segundos.

—Tú a mí no me recuerdas, pero yo te vi un día. O mejor una noche —comentó Harald—. Ibas con Alvise... Fue en el Podol.

Sviatoslav guardó silencio. Enrojeció ligeramente y se turbó como un infante.

—Sé que nos viste —intervino el veneciano—. Yo también lo hice cuando entrabas en aquella taberna. Comprendí tu confusión al sorprendernos y no quise darme por enterado. Tu comportamiento fue magnífico entonces y después.

—No soy quien para juzgar a nadie —replicó Harald—. Reconozco que mi sorpresa fue tremenda. La misma que tendría tu familia... ¿Qué es de Julia y Dimitri?

—Tu esposa y tu hijo han muerto.

—¡¡No!!

—Lo mismo que mis padres. Se los llevó la peste negra. La mortandad en Kiev fue terrible. Han desaparecido familias enteras. Ni siquiera respetó a la del príncipe: el mal se llevó al pequeño Andrei, el heredero.

Se produjo un silencio profundo. De la ventana abierta, desde el jardín florido y claro, se filtraban la luz y el trino de los pájaros. Era una claridad que amenguó de repente, como si las nubes al ocultar el sol participasen del dolor de Harald. También las aves bajaron el tono de sus silbos hasta dejarlo en ténebre sordina pesarosa. El Vikingo estaba conmovido, como si le faltase el aire o una gola de hierro le atenazara

el gañote sin dejarlo alentar. Le brillaban los ojos que lloraban sin lágrimas. Trastabilló un momento y tuvo que sentarse. Nunca supo si aquel sentimiento era dolor o tan sólo tristeza. Julia, su amada Julia... La pérdida de Dimitri lo afectó menos. Apenas le había visto y es el roce lo que causa el afecto.

—No fuiste capaz de avisarme... Me hubiese acercado para presenciar su inhumación...

—Te equivocas. Poco después de su muerte te envié a un mensajero, pero no te encontró. Guerreabas por alguna parte.

—Había también un hombre. ¿Qué fue de él?

—Pavel Vagalkian era georgiano. Murió con ella.

—Qué horror. Qué tragedia espantosa... —dijo Harald.

—Afortunadamente mis padres no la vivieron, pues murieron unos días antes.

—Coincidirías con la pareja muchas veces. ¿Julia era feliz?

—No al principio. Te esperó cuatro años. Cuatro largos e interminables años. Fue un tiempo de silencios no impuestos, de suplicios larvados y de llanto fácil. La observé muchas veces y no se consolaba. Nunca. Permanecía callada sobre la barandilla de nuestra terraza sobre el Dniéper, evitándonos, o en el remanso del río que adoraba, soñándote. Adelgazó mucho, pues apenas comía y dormía mal. Por fin apareció Pavel, loado sea el Señor. Julia luchó con su bestia interior pero logró vencerla. Poco a poco el cariño de Pavel, sus atenciones, fueron ganándola. Sí, sus últimos años fueron felices.

—Yo la amaba. Me maldigo por haberle causado aquel dolor. Me envolvió el frenesí de la existencia y su ajeteo, la maldita guerra, mis ansias viajeras, y no di con la senda correcta. Pero no supones lo dichoso que me haces al saber que al fin halló la paz y un hombre digno de ella. Aunque no lo entiendas, adoraba a tu hermana. Es todo tan difícil...

—Somos nosotros los que hacemos difíciles las cosas, los que las complicamos.

Quedaron mudos otra vez, como analizando la verdad que encerraba la sentencia de Alvise, pensando en la dureza de la batalla que supone la vida, en el inconformismo de cualquiera y el enorme valor de lo amable y las cosas pequeñas. Sviatoslav, un tanto al margen de la conversación, admiraba la vista de la ciudad y el Cuerno de Oro. Por fin, Alvise sacó del pecho lo que parecía un cuaderno de notas y se lo entregó a Harald.

—¿Y esto?

—Es el diario de Julia. Imagino que sabías que escribía sus vivencias cada noche. Superando cierta invencible angustia, lo he leído. Como puedes suponer, te nombra. Sé que te hará daño, pero pienso que debes ser su dueño. Al fin y al cabo, tienes en él un papel estelar.

—Te lo agradezco. ¿Cómo está Yaroslav?

—Soñando con tu vuelta, como todos en Kiev. Le afectó mucho la muerte de su hijo primogénito, pero se consoló con los nuevos diablillos que ahora pueblan su alcázar.

—¿Tatiana Yarosleva le ha dado nuevos hijos?

—Antes me expresé mal. Se trata de cuatro diablesas a cual más adorable. Nada más irte tú nació Ellisif y luego las demás cuyos nombres no retengo. Una por año.

—No recuerdo haberla visto embarazada.

—Pues lo estaba. A las mujeres les gusta ocultar su preñez. Son tan coquetas que a veces la esconden a su propio marido. Tendrías que ver a Ellisif. Es una mujercita preciosa.

—Y tú, ¿cómo tuviste la suerte de librarte del mal?

—Cuando se desencadenó la epidemia viajaba por Moldavia con Sviatoslav. Mi amigo padecía cierto mal de piel y acudimos a un balneario para tomar las aguas. Supimos del desastre y preferimos quedarnos en Silistra, a orillas del Danubio. Allí hubo pocos casos. Luego, cuando se calmó la tormenta, retornamos y nos encontramos la catástrofe. Todos en la villa, excepto tres sirvientas, murieron de la peste.

—¿Qué fue de sus cadáveres?

—Fueron calcinados y enterrados en la fosa común. Ni siquiera pude enterarme en cuál de ellas, pues hay varias centenas.

—Qué espanto... Qué final más tétrico... ¿Y el negocio familiar?

—Se fue al traste. Todo se ha malvendido para pagar a los usureros. Mi padre disponía en lugar seguro de cierta cantidad de oro y piedras preciosas. Gracias a ello puedo rehacer mi vida lejos de Kiev. No soporto los ingratos recuerdos que me suscita la ciudad y además el ambiente se ha enrarecido.

—¿En qué sentido?

—Hay un nuevo metropolita. Se persigue a los judíos y a los sodomitas.

—Entiendo. Tampoco creas que por aquí son vistos unos y otros con muchas simpatías.

—No pretendo quedarme en Constantinopla. Nos dirigimos a Mykonos, una islita del Egeo donde la homosexualidad no se persigue. Allí pensamos abrir algún negocio. Y a ti, ¿cómo te va? Veo que vives bien.

Harald resumió a su amigo sus peripecias desde la partida de Kiev sin entrar en detalles. Luego afirmó:

—Mejor pronto que tarde, tenía pensado regresar a mi patria.

—¿A Noruega?

—Mi idea era recoger a Julia y a mi hijo tras reconciliarnos. Ahora no podrá ser. Aunque supongo que terminaré haciéndolo aunque sea en soledad.

—Deberías hacerlo mientras quede allí un rastro de tu sangre. No imaginas el

dolor de perder a una madre.

Hubo un nuevo silencio cargado de nostalgias. Sviatoslav, que se había sentado, se removió en su asiento.

—Tendríamos que partir —dijo Alvise—. Pensábamos tomar el barco que sale para Atenas esta tarde.

—Hay naves a diario. Quedaos una noche. Sois mis invitados. Cenaremos y brindaremos por vuestro futuro y en recuerdo de nuestros buenos tiempos.

La pareja aceptó de buen grado. Cenaron en la terraza que daba a la ciudad iluminada con antorchas. Bebieron vino viejo de Creta y licores ardientes. Alvise y Harald relataron sus aventuras de prostíbulo en la afamada Casa Roja, cuando se intercambiaban las mujeres tras gozarlas. Sviatoslav, con un rubor de púber tiñendo sus mejillas, escuchaba absorto. De vez en cuando tomaba entre sus manos la de Alvise y la besaba. Se retiraron a descansar muy tarde, ahítos de vino, tras admirar las luminarias de Constantinopla reflejadas en la noche estrellada. Harald, de pensar que dos hombres se amaban bajo su mismo techo, tuvo un sueño alterado. Se imaginó que Alvise y su bello efebo le acariciaban por todas partes en medio de un malestar indefinible. Le crujían los dientes. Al final durmió profundamente. ¿Qué mal había en que cada cual expresara su sexualidad de un modo libre sin molestar a nadie?

La guerra entre Bizancio y el Imperio Búlgaro se arrastraba desde hacía treinta años. Alternando victorias y derrotas, fases de terrible ardor bélico al lado de otras de relativa calma e incluso paz completa, las hostilidades se sucedían desde los tiempos del zar búlgaro Pedro I y el emperador bizantino Juan I Zimiscés. Bulgaria, heredera de la antigua Trada romana, extendía su dominio en territorios que habían sido bizantinos, encuadrando un espacio que englobaba desde Sirmiun, Aulona y Nicópolis al oeste, hasta Varna y Constanza en el mar Negro. El Danubio conformaba su frontera norte, donde estaban los húngaros, rumanos y rusos blancos. Una línea oblicua que, partiendo de Nicópolis en el Adriático seguía hasta Larisa, Tesalónica y Mesembria en el Ponto, constituía su frontera sur. Las relaciones entre Miguel IV y Samuel II, legatario del zar Pedro, siempre habían sido malas. Ni siquiera tenían embajadores acreditados en Tírnovo o Constantinopla. Los hubo una vez, pero a raíz del asesinato de un diplomático búlgaro en Bizancio, al que siguió la quema de la embajada bizantina en la capital búlgara, se rompieron las relaciones entre ambos reinos. Ahora, tras una exigua paz de nueve años, nunca completa, pues se sucedían las escaramuzas fronterizas, los búlgaros, sin declarar la guerra, armaron un poderoso ejército e invadieron Bizancio por la frontera sur.

El inicio de las hostilidades casi coincidió con el paso de Alvise por la ciudad y la terrible noticia de la muerte de Julia. Harald estuvo varios días conmocionado, como ausente, sin pulsos, hastiado de vivir. Consideró la posibilidad de volver a Italia y arrojarle en los brazos de Flavia, tras dejarlo todo, pero no hubo lugar. Enseguida lo

envolvió el torbellino de la guerra.

Fue una guerra terrible, sin cuartel, de degüello, como en la época de las cavernas. Hubo miles de muertos en ambos bandos, casi tantos como en la pasada gran peste. En parte fue el remate, la guinda a la desolación que provocó la «muerte negra». El primer año las huestes de Samuel arrasaron Tesalónica y Hélade y llegaron hasta el Peloponeso. Por el este tomaron Macedonia y llegaron a las puertas de Constantinopla. Casi desde el inicio de la conflagración, Harald y sus vikingos, apoyados por marinos varegos, desembarcaron en Burgas, un puerto del mar Negro. Sin hallar apenas resistencia, avanzaron por la Dobruja hacia el norte quemando casas, campos y cosechas, talando bosques, requisando todo tipo de ganado, sobre todo caballos, y violando a mujeres y a niñas. A los pocos meses, entre los equinos incautados y los que iban llegando de Bizancio por envíos marítimos, el Vikingo contaba con una importante fuerza de caballería de casi seis mil hombres. Y es que la guerra iba decantándose por aquella antigua modalidad bélica. Poco a poco, con la llegada de refuerzos de Bizancio e incluso de Kiev, que enviaba Yaroslav, su príncipe, Harald pudo formar un cuerpo de ejército de veinte mil jinetes. Jamás pasó por su cabeza que pudiese mandar a tanta gente. Tras tomar una población y desvalijarla, dejaba en ella una pequeña guarnición y proseguía su avance. Avistó el Danubio a la altura de Silistra, bello lugar famoso por la pureza curativa de sus aguas, el mismo del que le hablara Alvis, y se detuvo allí varias jornadas.

Aquel era sin duda el padre de los ríos: más ancho que el Volga, más manso que el Dniéper y más azul que el Don. El índigo del cielo se confundía en el horizonte con el turquesa de sus aguas mientras miles de pájaros, volando al sesgo, llenaban el aire con sus silbos. Su rumor era tal, mientras hubiera luz, que impedía el reposo. Por el contrario, su piar en los lechosos despertares resultaba balsámico. Si existía un paraíso de las aves era aquél; había cualquier clase de ánades: patos, ocas, cisnes y somormujos amén de abejarucos, azulejos, águilas pescadoras, alcatraces, petreles, flamencos, gaviotas y tijeretas. Vivían en los juncuales de las dos orillas, bajas y arenosas, no como los humanos: sin rencillas. Harald quiso evadirse de la realidad dedicándose a pensar y a pescar, a dar largos paseos junto a Rulav en la margen del río, a planear su futuro. En treinta y siete años no había hecho otra cosa que viajar y guerrear. Tal vez era su sino. Había conocido el amor y sido padre varias veces, quereres y paternidades que no lo habían marcado hasta el punto de anclarlo.

—¿Qué opinas del amor, Rulav?

—Que es lo más grande. Lo único por lo que un hombre puede dar la vida. Lo demás es mentira.

—¿Tú lo has conocido?

—Pensaba que era amor lo que sentía por mi madre o mi hermana Solvej, lo que siento por ti. Pero no, no lo era ni lo es...

—¿Cómo lo sabes?

—Conocí a una mujer en Bizancio.

—No me has contado nada, malandrín. Aunque, calla... Esas salidas inexplicables que hadas desde el atardecer... La nueva forma de componerte y perfumarte... Tus llegadas al alba... Pensé que volvías del prostíbulo.

—Siempre he odiado el lupanar. Sólo lo he utilizado, si no había más remedio, para satisfacer mis ansias de varón. En realidad fornicar con una meretriz es igual que violarla. No lo harás por la fuerza, pero sí contra su voluntad. Ninguna hetaira fornicaba por placer, aunque lo simule.

—Es cierto eso que dices. Yo tengo un sentimiento parecido. Además, es repugnante usar el recipiente de otros para darte placer. Y luego está el sucio dinero.

—Por eso detesto cualquier fuerza que se haga a la mujer —dijo Rulav—. Son indignas las violaciones aunque sea en la guerra. El amor, si es consentido, se embellece.

Al hablar ponía mucho énfasis. Su rostro enrojecía y una vena azulada se insuflaba en su cuello. Si dialogaban entre ellos lo hacía siempre en lengua nórdica, la que usaban a la orilla del fiordo, pero se expresaba con la mímica y la movilidad de los meridionales, agitando la mano sana y el muñón de su brazo amputado.

—Por eso nunca te he visto participar, con los demás, en las orgías de sexo que siguen a la conquista de una plaza.

—Tolero la violación de la mujer del enemigo, un hecho normal tras la batalla en todos los ejércitos, pero la detesto y jamás la practiqué. Abusar de una hembra contra su arbitrio es villanía que deshonra a su autor y lo rebaja a un estado primitivo, animal.

Harald escuchaba perplejo a su mentor. Siempre le había respetado, pero ahora lo admiraba. El habitar en tierras clásicas parecía dar a su discurso un aire filosófico, pensamientos socráticos o platónicos que transmitiría el aire, pues jamás lo había visto leer un libro. Había envejecido. Su ardor combativo era conocido y temido entre rus y varegos, que jamás lo provocaban pues conocían su genio. A pesar de pelear con una sola mano, manejaba la más pesada espada como nadie y era un campeón con el hacha de guerra. Su furor en la contienda, su entrega, la ansiedad que ponía en cualquier cosa que emprendía, habían convertido sus sienes en una grisalla despoblada, plata líquida que, lejos de afearle, debía suponer un aliciente en más de una mujer. El Vikingo intentó tirarle de la lengua.

—¿Y esa enigmática hembra que te trastorna?

—Es una joven viuda. Una hermosa y bella madre de dos hijos.

—¿Dónde la conociste?

—En el Hipódromo. Paseaba con su prole.

—¿Es bizantina?

—Sí. Griega de nación. Nació en Corinto, en el Peloponeso. Perdió a su marido, al que amaba de una forma entrañable, en la guerra de Sicilia, a tus órdenes.

—¿Hace mucho que le hablas?

—No hará un año. Me costó progresar en su conquista, ardua y tan complicada de vencer como un alcázar turco, pero al fin lo logré.

—¿La has amado?

—A pesar de mil tretas y estratagemas no he podido lograrlo. Defiende su tesoro con furia troyana y afirma que sólo lograré rendirla tras pasar por el altar.

—Y tú, ¿qué harás?

—¿Qué puedo hacer? Avasallarla por fuerza o mediante el engaño no es mi estilo. Le he dado ya promesa de casorio. Lo primero que haré cuando termine esta maldita guerra es llevarla ante el pope para que nos bendiga.

—¿Te hiciste al fin cristiano?

—¿Cristiano yo? Ni cristiano, ni moro, ni fiel a Zaratustra o seguidor de Buda, que es lo que creen en la lejana China. Yo sigo fiel a Odín y a sus dioses menores, pero si para lograr la mano de Pelagia tengo que confesarme hindú, lo haré.

—Pelagia... ¿Cómo es?

—Bella como el amanecer del Cuerno de Oro, tierna como el brote del alerce, igual de perfumada que el narciso, sencilla como el traje de las amapolas. Es tan sólo una niña de veinte años. Lo que no puedo es describértela: me faltan las palabras. Tan sólo te diré que la adoro, que me muero por ella.

—Si lo deseas os apadrinaré.

—Pensaba pedirte. Ya he apalabrado una casa para nosotros en la que habitaremos tras casarnos.

—Será un regalo mío.

—No hará falta. Tengo mis ahorros de media vida. Tendrías que verla. Tiene tres plantas contando la terraza y está en el mejor lugar del barrio de San Mamas, frente al Bósforo. Dispone de jardín.

Harald miró con ternura al viejo Rulav. Se notaba a cien leguas que estaba enamorado, se palpaba, se sentía en su hálito la ansiedad y su pecho despedía ese furor urente que un día no lejano dedicaría a su joven esposa. Un año más debió esperar para satisfacer sus ansias. Un año de locura frenética, un tiempo en que la guerra, cual trágico jinete del Apocalipsis, se enseñoreó en los Balcanes. Cuando el Vikingo estaba a punto de entrar en Tírnovo, la capital de Samuel II, los búlgaros reaccionaron y le hicieron retroceder. Los eslavos habían sido particularmente feroces en sus batallas en territorio griego. Asolaban las aldeas, quemando casas y a sus habitantes dentro. Se hizo famosa la ocasión de Filópolis, una rica población de la Struma, la vieja Strymon griega, a orillas del río Márica. Tras vencer la resistencia de sus habitantes, luego de un armisticio en el que se prometió respetar sus vidas, los

soldados búlgaros, azuzados por sus capitanes, violaron a toda fémina que se sostuviese sobre las piernas en presencia de sus padres o maridos, sacaron los ojos a éstos y después los empalaron. Tras saquear la ciudad e incendiar sus casas antes de retirarse, dejaron a los bizantinos insepultos para que los buitres se alimentaran con sus restos. Cuando estas noticias se difundieron entre los combatientes de Miguel IV, y lo hicieron con la rapidez de un viento huracanado, hirvió la sangre en sus entrañas. La máxima bíblica de «ojo por ojo» se aplicó con rigor. A partir de entonces ya no hubo prisioneros. Cualquier búlgaro sorprendido en un camino, al volver de su huerto, al buscar agua en el cercano pozo para apagar la sed, era asaeteado sin piedad. Si era un soldado que trataba de escapar de la batalla, era apresado y torturado lentamente. Si se trataba de un desertor, se le hacía comer lodo hasta que reventase. Tras la ofensiva de Serrai, en territorio búlgaro, se decapitó a todos los soldados agonizantes en el campo de batalla, más de cuatro mil. No escapaba nadie. Para evitar errores se cercenaban todos los cuellos, incluso a los cadáveres.

Los combatientes llegaron exhaustos al final de la guerra. La batalla decisiva tuvo lugar a las puertas de Serdica, la futura Sofía. Fue una batalla épica, antigua, en la que la caballería decidió la victoria. Por parte bizantina, el emperador mandaba un cuerpo de ejército y Harald Sigurdarson el otro. Enfrente, al mando de sus tropas, se erguía sobre un caballo cárdeno el zar búlgaro. Las bruñidas armaduras de los coraceros, los escudos de los infantes, los arneses de los caballos y las picas de acero resplandecían al tibio sol de aquel amanecer de marzo. De ambos bandos se elevaban plegarias al cielo pidiendo su favor, sin saber que el Altísimo execraba del odio y de la guerra y que era en el averno donde se negociaba cualquier asunto bélico. Todos, hombres y equinos, despedían de sí blancas humaradas de vapor animal que el frío resaltaba. Al estentóreo grito de los oficiales animando al combate, se produjo una carga de ambas caballerías que se acometieron en el postrer esfuerzo.

La contienda se decidió por fin para las armas bizantinas. Fue una batalla feroz y sin cuartel, que llevó todo el día. Sólo al atardecer, vencido y desarmado el ejército búlgaro, se fueron apagando los rumores del combate. En la victoria tuvieron mucho que ver Harald el Vikingo y sus luchadores varegos. De él fue la decisión de atacar por el flanco derecho, en el que ondeaban las insignias de Simeón, hijo de Samuel II y heredero del trono. Cuando Simeón se rindió ante el empuje varego, los búlgaros dieron la batalla por perdida y entregaron las armas. Un mar de sangre teñía la pradera. Casi ocho mil cadáveres, la mayor parte búlgaros, sembraban los campos en una orgía cruenta como no se recordaba en los Balcanes. Entre gemidos, llantos y alaridos de los heridos que se debatían por conservar la vida, podían verse cuerpos sin cabeza, miembros amputados, pechos abiertos y tripas oreándose. La lluvia, que al fin apareció, apagaba los fuegos y resbalaba por las bocas abiertas de los guerreros muertos. Miguel, desde un otero cercano, ordenó que fuese degollado sin piedad

cualquier superviviente búlgaro. Quería sin duda hacer honor a la fama de su predecesor, Basilio II, conocido por todos como Bulgaróctono, es decir, matador de búlgaros. Harald, que se había reunido con el emperador tras la batalla, le pidió cortés pero firmemente un gesto de piedad.

—Majestad, quizá sea el momento de demostrar vuestra grandeza con una prueba de generosidad. Demostrad que sois fuerte perdonando.

Miguel, perplejo, miró a su general. No era normal tal petición ni un emperador estaba acostumbrado a escucharla.

—¿Qué ganaremos con ello?

—Vuestra acción se propagará por los cuatro puntos cardinales y será el preludio de una concordia duradera. Por vez primera en muchos años, búlgaros y bizantinos serán buenos vecinos y vivirán en paz. Podéis pasar a la historia con el sobrenombre de Magnánimo. Os lo suplico...

El monarca, rodeado por su estado mayor, comprendió que el jefe de su Guardia Varega tenía razón. Miguel IV fue un ser insignificante que en sus años de reinado, hasta su súbita muerte nunca explicada, sólo cometió ligerezas. Lo único anotable en su haber era su ardor guerrero. Pero, como todos los tipos anodinos, temía a cualquiera que, más lúcido y válido que él, pretendiese apuntarse algún triunfo. Hizo caso a su lugarteniente, pero le guardó mientras vivió un resentimiento que ya venía de atrás y que se acrecentó en aquel momento.

De vuelta en Constantinopla, Harald hizo recuento. De los doce hombres que salieran con él del fiordo de Trondheim sólo quedaban tres: Rulav, Frelav e Igor. Casi todos habían ido dejándose la piel en diferentes campos de batalla naval o terrestre. Alguno había sido finado por los piratas o la peste. Los últimos en caer: Carl y Farlo, regaban con su sangre tierra búlgara. Igor, el buen piloto de la Bizancio, y Frelav, el fiel Frelav, fueron testigos en la boda de Rulav en la que Harald actuó como padrino. Eligieron una ermita pequeña, de esas bizantinas diminutas que tanto amaba el Vikingo: San Nicolás. Tenía una nave central que parecía de juguete, dos capillas decoradas con mosaico en el crucero, el tabernáculo y el sagrario escondido tras él, como es habitual en templos ortodoxos. La iglesia se hallaba adornada con flores blancas, iluminada por hachones de estopa y por las decenas de delgadas velas que portaban los asistentes, al modo griego. Un coro de niños entonó viejos cantos litúrgicos. Si el templo no fue catedralicio siguiendo el deseo de la novia, Harald se ocupó de que el propio metropolitano oficiara la boda. Habría que haber visto la cara de Pelagia —y la de sus padres, dos campesinos llegados de Corinto— cuando vio que era casada por la primera autoridad religiosa del imperio. Ella estaba preciosa. Mejor: era preciosa. Como mediterránea, no era muy alta, pero suplía su pequeña estatura con la esbeltez y distinción nativa de los juncos del nardo. Su tez era morena, como la caña de la canela de Ceilán antes de ser molida; poseía unos ojos inmensos de color

negroazul, nariz ecuánime, boca pequeña de labios carmesíes y carnales y pelo castaño oscuro alborotado que, en nuca y sienes, se deshacía en guedejas rizadas y acaracoladas, todo un sueño. Su cuerpo, o lo que se adivinaba de él, era grácil, proporcionado de miembros, con matantes curvas marcadas en la túnica capaces de trastornar a un eremita. Rulav, desde luego, andaba desalado y sin pulsos. La miraba estupefacto, con la boca entreabierta, como sin terminar de entender que aquella maga lubrica del Peloponeso fuera a ser suya y para siempre. Pelagia, por su parte, asida a su mano durante toda la ceremonia, lo contemplaba con arrobos. Era esa forma de mirar inimitable, que sólo una mujer enamorada es capaz de crear. Harald la había visto varias veces y sabía de qué iba. O no entendía de la naturaleza humana o aquella muñequita morena estaba loca de amor por aquel hombre manco, por aquel ser impar, por su buen y ya maduro Rulav. Los contempló una vez más con la mirada húmeda. Cuánto daría Solvej por ver aquello... Aunque sólo fuera por contárselo tendría que volver. Lo haría. Le diría que tenía una bella cuñada y él una tía griega que casi podía ser su hija.

El banquete nupcial se celebró en el jardín de la casa que la pareja tenía dispuesta en San Mamas. Harald había terminado por convencer a Rulav y pudo lograr pagarla. Eran doscientas doce estateras de oro y al Vikingo el oro le sobraba. Conoció allí a la familia entera de Pelagia, un grupo de aldeanos tan atezados de piel como ella y con idéntica ternura negra en la mirada, y sus dos hijos, un par de traviesos mocosos de tres y dos años. Comieron ensalada al modo heleno, pastel de berenjena, sublakia, empanada de calabacín, cordero lechal asado sobre sarmientos de vid secos, quesos de cabra de la Tesalia, pastelillos de almendra y tarta nupcial que supuso el dulce colofón. Bebieron vino de retsina hasta el cordero, luego tinto de Macedonia para los dulces y, a partir de ahí, licores y aguardientes. La boda se inició a las diez de la mañana y el banquete fue a las doce pasadas; el baile comenzó desde que pudieron moverse, a media tarde, y se prolongó hasta el amanecer. Qué hermoso ver bailar la danza griega, en corro, cuando despunta el sol en la orilla del Bósforo...

Al volver a su casa le aguardaba una sorpresa que no supo cómo catalogar, algo agridulce. Un emisario le aguardaba con correspondencia llegada desde Italia. Era un parte de boda: Flavia Orsini y Lucas Cellini le invitaban a sus esponsales. Venía una posdata de puño y letra de Flavia: tenía una hija rubia con los ojos azules. Cuando pudo desvelar el muro de sus lágrimas, despachó al mensajero entregándole una carta para ambos esposos en la que les deseaba paz y felicidad.

En el verano de 1039, con el imperio en paz, Harald inició su peregrinaje a Tierra Santa. Era un viejo proyecto que siempre acarició, pero que nunca había tenido ocasión de llevar a la práctica. Las difíciles relaciones con el emperador, frías, distantes, precipitaron el viaje. También la aparición en su interior de una suerte de desconocida desazón, un desconcierto íntimo, un fuego en sus entrañas que lo

desvelaba y le impelía a partir para descubrir y recorrer los caminos de Cristo, los lugares de su pasión y muerte. Hacía ya tiempo que no se hablaba en Constantinopla de otra cosa. Mil años habían pasado desde que el Señor diese su vida por nosotros y Jerusalén yacía olvidada. El polvo cubría los caminos de Palestina y la incuria, los Santos Lugares en manos de los islamitas del Egipto, infames herejes fatimíes al servicio del sultán de Damasco. Los fatimíes componían la facción más intolerante del Islam, la más extremada. Cualquier cristiano que se aventurase por las benditas sendas evangélicas se exponía a ser muerto por ellos y sus restos devorados por las alimañas y los buitres. Por otra parte, las creencias del noruego, nunca consolidadas, tan pronto se tambaleaban hasta periclitar como se encrespaban y alzaban con fuerza de coloso. Cada día pedía a Cristo y a sus dioses vikingos que le diesen la fe. Había visto morir a miles de hombres luchando por la cruz, por el Talmud, por sus dioses paganos o por la media luna, mientras a él se le negaba la virtud teologal. Algunas gentes —pensaba ahora en Julia— morirían tal vez en nombre de sus mitos y sus dioses romanos mientras besaban la cruz colgada de sus pechos. Raro era el día en que no ojeaba su diario. Cada vez que lo hacía lo inundaba la pleamar de una tristeza indescriptible, un atracón de desconsuelo turbio que empañaba su mirar hasta anegarlo en lágrimas. Se enteró de su pensamiento más pequeño, de sus manías nimias cuando niña, de sus sueños de adolescente, de cómo lo adoraba, de su renuncia a todo por su amor. Supo de su felicidad tras conocerle, del deleite que coronaba cada una de sus fibras en los encuentros amorosos, del dolor que le traspasó el alma tras su marcha. Y de la negra angustia de la espera, zozobra tensa al escuchar los cascos de un caballo aproximándose. Conoció la tragedia que supuso en ella la ausencia del amado, la nostalgia que nace en la distancia y, por fin, el rayo de luz de la aparición de una nueva querencia. También aquellas líneas fueron un lenitivo al dolor de su pérdida: disfrutó al saber de sus risas, de su alegría en los días claros. No dejó de escribir su diario por causa de la peste. Apenas padeció pues murió pronto, abrazada a su hijo, con su nombre en los labios. La lectura de tan triste legado contribuyó a acelerar el viaje a los Santos Lugares.

Eran innumerables las expediciones que, procedentes de Inglaterra, Normandía, Borgoña, Lombardía o Sajonia, pasaban por Constantinopla camino a Palestina. Todas se detenían en la ciudad para pertrecharse de vituallas, reponer monturas o tomar guías antes de proseguir el incierto viaje. Las componían nobles y soldados y en ellas no faltaban jamás monjes guerreros o frailes visionarios. Siempre hablaban de constituir una gran expedición guerrera, una santa cruzada que recuperaría Tierra Santa, pero nadie se ocupaba de organizarla, de allegar los dineros para pagar las tropas mercenarias y buscar un paladín para acaudillarla. Habían pasado por allí, sólo en el último año, Balduino de Boulogne, el conde de Hainaut, Hugo de Saint-Pol o Francoise D'Armagnae. Raro era el viajero de calidad que no se entrevistaba con

Harald el Vikingo antes de cruzar el Bósforo. Sobre todo los normandos, del mismo origen nórdico que él, sabedores de su fama de incansable y victorioso guerrero, ansiaban conocerlo. Y solían hacerlo, pues la ansiedad era recíproca. Además, el varego estudiaba ya la posibilidad de regresar a sus lares y quién sabe si aquellas amistades no vendrían en su ayuda alguna vez. Por ello los atendía y agasajaba en su villa como a príncipes.

Con uno de aquellos aristócratas, Roberto, duque de Norman- día, entabló una buena amistad. El noble pasaba a Tierra Santa en virtud de cierta promesa, haciéndose acompañar de su lugarteniente y de una tropa de cuarenta jinetes. Una tarde, durante una deliciosa sobremesa en su villa, con la panorámica del Bósforo y el Cuerno de Oro a sus pies, hablaron de la situación política en Normandía, Inglaterra y Escandinavia.

—Muerto Canuto el Grande, que era rey de Dinamarca, Escocia, Inglaterra y parte de Noruega, se esperan cambios políticos en la zona —aseguró Roberto.

—Algo he oído —intervino Harald—. Escuché decir también que pretendéis el trono de Inglaterra.

—Os informaron bien. No es por ansia de poder o de tierras: tengo el mejor derecho y pienso ejercitarlo. El danés Canuto no dejó descendencia y era pariente mío por línea paterna.

Harald meditó sobre aquellas enérgicas palabras, sobre la soterrada amenaza bélica que representaban. Peligro también para Noruega. Cualquiera de los reinos de Canuto el Grande podía reivindicarlo aquel hombretón de hirsutas cejas y manos como palas para amasar el pan. Parecía buena gente, pero era poderoso y decidido amante de sus derechos. Y el caso era curioso: un noruego y un normando-danés, enemigos jurados, charlando como buenos amigos y bebiendo del mismo aguardiente. Así debiera ser por siempre, pensó. Al mirarlo, entendió el sobrenombre con el que se conocía al duque en media Europa: el Diablo. Era de pelo rojo, pómulos salientes, grandes nupias arqueadas, orejas de murciélago y cejas afiladas en forma de juguetona vírgula. De pesada osamenta y rasgos nórdicos, tenía la altura de un torreón de homenaje. Desmintiendo su aspecto de ogro, por todas partes le precedía su fama de mujeriego afortunado e incansable. Seguro que algún tema de faldas estaba detrás de la promesa que un día hiciera, aquella que le llevaba a Palestina. Harald llenó otra vez su copa del mejor vodka de Kiev de sus bodegas. Era la quinta que el Diablo trasegaba como si fuese agua. Se le veía acostumbrado a los licores fuertes de su tierra. Como si lo leyera el pensamiento habló el normando:

—Si algún día me ciñese la corona inglesa, Noruega nada tiene que temer de Normandía. Vos sois noruego y hermano de mi buen Olav Haraldsson, que Dios tenga en su gloria.

—Sólo hermano bastardo.

—Lo sé. Conozco vuestra bastardía. Algo, por otra parte, muy normal en el siglo. ¿Quién no tiene hijos fuera de matrimonio dentro de la nobleza? Ser bastardo hoy es una garantía, casi una patente de listeza: el espurio suele superar al legítimo en dotes intelectuales o guerreras. Es vuestro caso y también el mío.

Hubo un silencio denso, apto para las confidencias. Las luces de la tarde se iban ya y sobre Uskudar se dibujaba el más bello crepúsculo soñable. Sobre el cielo en azules menguantes, un mar de ardientes rojos, violetas, gencianas y ni una sola nube. El aire se había estacionado y tenía la glauca calidad del celadón. Olía a jazmín y a dama de noche. Los dos, obedeciendo al mismo impulso, se echaron al gaznate las copas de aguardiente y rellenaron otra vez los recipientes.

—Os lo ruego, explicaos...

—Es obvio. Olav era timorato y vos sois altanero y valeroso, él se pasaba la vida orando en su negruzca catedral y vos amando, hasta donde yo sé. Sois mejor guerrero, aventurero, navegante y hombre que lo fuera él y, según he visto en vuestra biblioteca, más interesado en arte y manuscritos. Yo también tengo un bastardo, Guillermo, que vale cien veces más que mis hijos legítimos.

Hubo otra pausa. Roberto pareció meditar antes de proseguir.

—El que representa una incógnita es Magnus I. Vuestro sobrino se deja manejar y no goza al parecer de una óptima salud. Crecen en su corte las insidias e intrigas. Se habla de cierto conde Gudmundsson como pretendiente a la corona, pero el derecho es vuestro. Ello me hace pensar que pronto accederéis al trono de Noruega. Y os seré franco: ésa es la causa de mi visita. Ansiaba conoceros para sentar las bases de la concordia entre nosotros. Si alguna vez me decido a tomar lo que es mío, no deberéis temer: si os apetece Dinamarca merendárosla, mis ambiciones se circunscriben a Normandía, Inglaterra y Escocia.

—No temo a nada ni a nadie, señor —aseguró Harald—. Agradezco vuestra sinceridad y la mano tendida. Sois mi invitado y os debo franqueza y lealtad. Por ello os aseguro que si algún día me sentara en el trono noruego trataría de arrojar de mi tierra al invasor danés, fuera quien fuese su rey. Para ello haría lo único que hago bien con ambas manos: pelear.

Callaron. La indirecta no parecía afectar al normando. El aguardiente había liberado las lenguas y refrescaba un ambiente festivo y agradable. El duque, rojo tras la comida opípara, el vino macedonio y los licores rusos y croatas, se sinceró con Harald.

—Quizá os preguntaréis por la promesa que me lleva a Jerusalén.

—Dios me libre de tal intimidad en vuestros asuntos, señor.

—Mi hijo bastardo, al que adoro, se cayó del caballo no hace mucho. Cumplía doce años en la ocasión y visitaba a su madre. Ella se llama Arlette y es bella como la luz del alba en su tierra alsaciana. Este medallón la representa, aunque no le haga

excesiva justicia. Prometí que si sobrevivía a sus lesiones haría este viaje.

Harald ya había reparado en el gran camafeo de oro que colgaba del cuello del normando. Dibujaba en nácar el etéreo perfil de una bella mujer. El duque se despidió pues partía temprano al día siguiente. Tan sólo una semana más tarde inició el Vikingo su propia peregrinación. Rulav insistió en acompañarlo pero, muy reciente su boda, le convenció de quedarse junto a su joven esposa. Después de la Epifanía de 1039, junto a veinte escogidos guerreros varegos a caballo, partió para Jerusalén por la ruta terrestre.

El trayecto por el Asia Menor bizantina fue tranquilo. Pasaron por Nicea y Dorilea antes de rodear Konia, enclave musulmán, para dirigirse directamente a Tarso. De la ciudad que viera nacer al apóstol Pablo siguieron a Edesa, condado bizantino entre musulimes. Los días eran cortos y frescos, buenos para viajar. Tras entregar cartas lacradas de Miguel IV para su mandatario y luego de un silente descanso en un cenobio de monjes, entre sicomoros y altas palmeras datileras, cabalgaron a Aleppo y luego a Antioquía. Salieron de tierras bizantinas por Laodicea y no hallaron problemas hasta avistar Sidón. Dormía la bíblica ciudad, blanca y amurallada, al llegar ante sus puertas. Se enteraron allí de la refriega habida la noche anterior entre soldados mamelucos de su guarnición y una tropa normanda. Harald y sus varegos, fuertemente armados bajo sus túnicas, vestían al modo campesino para no llamar demasiado la atención. Era una precaución que habían tomado por indicación de Abdul, el guía palestino que habían contratado en Edesa. El color de sus pieles y sus trazas delataban a la legua sus orígenes nórdicos, pero no deseaban provocar a la población árabe, muy sensibilizada, exhibiendo cruces, espadones o uniformes guerreros. No había sido el caso de los normandos atacados, que no eran otros que los hombres del duque Roberto. Al parecer, tras cenar hasta hartarse en la mejor posada de Sidón, se emborracharon antes de dedicarse a ofender a cualquier agareno, hombre, mujer o niño, que se pudiese al alcance de su boca apestosa. Trataron de violar a una mujer que, cubierta con su hijab, bajaba a la fuente a coger agua. Apuñalaron a un alguacil que intentaba poner orden y entonces el posadero avisó a los mamelucos. En la batalla campal que sucedió a continuación hubo seis u ocho muertos por cada bando, uno de ellos el duque. Harald consiguió autorización del caído para ver el cadáver, velado por sus hombres entre hachones ardientes y a punto de inhumarse. En el rostro de afiladas aristas que la parca dibujaba en el Diablo aparecía al fin la paz. No lucharía ya por ningún reino ni padecería incertidumbres. Se terminaron sus planes de futuro y correrías de faldas. Tal vez descansaría tranquila más de una doncella, allá en su lejana tierra franca. Tras orar ante él e identificarse a su lugarteniente que había conocido en Constantinopla, rescató de su pecho el medallón de Arlette con la intención de hacérselo llegar de alguna forma. Al día siguiente, tras presidir la cristiana inhumación del noble al pie de un ciprés solitario,

partieron hacia Palestina.

De Sidón, por Tiro y Safed, llegaron a Cafarnaún el 12 de febrero. Galilea exultaba del verdor de un invierno lluvioso. Las pedregosas praderas se cubrían de yerba, las palmeras lucían su glauco de gran gala y el mar de Tiberíades su mejor tono verde agua. Abdul los condujo a una posada muy cercana a un convento de agustinos descalzos. Eran monjes de la misma orden del obispo de Trondheim. El abad recibió a Harald de buen grado y paseó con él, dialogando por la orilla del gran lago, hacia Magdala. Después le enseñó su mínimo convento: paredes recién encaladas, pocos y limpios monjes, recoleta capilla, un blanco claustro y manjares frugales. Nada que ver con el lóbrego monasterio de su infancia ni con los modos turbios de sus frailes. Por la tarde le mostró las ruinas de la casa de Pedro y la sinagoga.

Partieron al día siguiente hacia Nazaret. El ánimo del Vikingo había cambiando desde que pisara los Santos Lugares. Un fervor desconocido le quemaba las entrañas tan sólo de pensar que caminaba las mismas sendas que un día recorriera el Salvador. Cabalgaron a la sombra del monte Tabor y cruzaron Caná a la vista ya de Nazaret, el más bello lugar de Palestina. En aquella aldea de cuarenta vecinos, en alguna de sus cuevas diseminadas a la orilla del arroyo, tuvo lugar la Anunciación de Nuestra Señora. Allí, el ángel del Señor se apareció a la Virgen quien concibió por obra y gracia del Espíritu. No existía ningún convento cristiano, pero sí vieron a varios cenobitas encaramados a pequeñas oquedades en la ladera de un montículo. Flacos, renegridos, comiendo saltamontes, hierbajos y miel silvestre, parecían espectros. Mudos en sus cubículos, no hadan proselitismo. Simplemente se azotaban con vergajos y de rodillas sobre la dura roca, oraban sin cesar. Aupado en una plataforma pétreo de diez varas de altura, un estilita descolgado de carnes clamaba a grandes voces mientras se flagelaba con cilicio. En un aduar vecino les prepararon un poco de cordero pascual que comieron con los dedos, al modo árabe. Antes, uno de los varegos bendijo la mesa. El misticismo de Harald parecía haberse transmitido a toda la partida. Era tal su fervor religioso que ni siquiera repararon en la dureza de aquella carne seca y correosa, muy especiada. Probaron también leche de camella, aceitunas y dátiles. Pernoctaron en una mala haima antes de proseguir camino hacia Jerusalén pasando por Betulia.

Entraron en la Ciudad Santa de las tres religiones por la puerta de Damasco, o mejor dicho por sus restos, pues puertas y murallas se encontraban semiderruidas y en lamentable estado. Existían en Jerusalén varios conventos cristianos, pues los fatimíes los consentían mientras los monjes no ganasen adeptos entre árabes. Fueron directamente al ortodoxo, para cuyo abad llevaban una carta lacrada del metropolitano de Bizancio. El fraile no consintió otra cosa que no fuese alojar allí a sus invitados. Nueve días estuvieron los guerreros varegos en sus celdas. Para Harald fueron días

monásticos, de oración y de recogimiento. A falta de libro de horas, releía una y otra vez el diario de Julia.

El propio abad se ofreció para mostrarle la ciudad. De su mano recorrió la explanada del Templo —o de sus restos—, el muro de las lamentaciones, las mezquitas de El-Aksa y Ornar, los vestigios de la Torre Antonia, el Pretorio y la Piscina Probática. Otro día recorrieron la vía Dolorosa, el Vía Crucis que recorrió el Señor desde el Pretorio al Gólgota, aproximadamente media versta. Una emoción quemante, inédita, recorrió la espalda del guerrero vikingo al imaginar a Cristo cargado con la cruz transitando por ella, coronado de espinas, al figurárselo cayendo una y otra vez bajo el peso del madero, al recrear el encuentro con su madre, con el cireneo, con la Verónica... Al llegar al Gólgota le pareció ver cómo lo desnudaban y crucificaban hasta morir por nuestras culpas. Hasta creyó escuchar el eco de los martillazos con que clavaban al travesaño sus castigadas carnes.

Pasó media mañana junto con sus guerreros visitando la basílica del Santo Sepulcro, tantas veces levantada y tantas arrasada. La primitiva, excavada en la roca, fue destruida por el persa Cosroes. Tras la derrota de los persas, los bizantinos sustituyeron aquel templo hipogeo por otro en fábrica de piedra que fue derribado por el califa Haken. La iglesia que recorrían había sido erigida sobre sus ruinas por peregrinos y frailes durante casi un siglo. Coincidieron con otros peregrinos, gentes de Francia, Inglaterra o de zonas españolas ya reconquistadas al muslim. Custodiaban la entrada dos familias musulmanas que ostentaban dicho privilegio desde antiguo. Abonaron el modesto canon que servía para conservar y adecentar el templo. Dicho mantenimiento lo compartían monjes católicos romanos y cristianos ortodoxos, maronitas, armenios, sirios, abisinios y coptos. Ante la hendidura en la roca donde estuvo hincada la cruz del Salvador, Harald y sus varegos se postraron sinceramente conmovidos pidiendo perdón por sus pecados. Harald, emocionado, lloró por los suyos y rogó por sus muertos: Greya, Julia y su hijo Dimitri. Pidió también por la felicidad de Flavia Orsini y de su hija, por la ventura de su matrimonio. Oraron después ante el Santo Sepulcro, trasladado a la basílica por Constantino el Grande, e impetraron la ayuda del Señor ante un grueso segmento de la vera cruz.

Antes de abandonar Jerusalén vieron el Cenáculo, bastante bien conservado en una antiquísima casa de dos plantas de estilo palestino, y, ya en las afueras, saliendo por la puerta de Jericó, el monte de los Olivos y Getsemaní. Partieron de la Ciudad Santa hacia Belén para ver la hipotética gruta del Nacimiento y siguieron a Hebrón donde está enterrado el profeta Abraham, Avraham o Ibrahim, padre de las tres religiones monoteístas y del Libro. El Vikingo sabía que nada en Palestina es lo que fue. Adriano, el italicense, ordenó terraplenar Jerusalén para edificar sobre sus ruinas, en 135, una ciudad pagana, la Aelia Capitolina. También en Belén, como si deseara borrar la memoria histórica de Cristo, había edificado sobre el lugar de la Natividad

un templo dedicado a Adonis, el amante de Venus. Pero todo ello, lejos de disminuir la naciente fe de Harald, la acrecentaba, hacía surgir en él un afán compartido por miles de creyentes de volver a restaurar los caminos del Redentor, de tornar a erigir los hitos que marcaron su vida, de liberar Tierra Santa de las heréticas garras del Islam. Terminó su peregrinaje en Masadá, a orillas del mar Muerto. Ascendió con su gente la colina y vio los restos de la fortaleza en la que Bar-Koseva se levantara contra los romanos. Era el último reducto de la sublevación de los judíos contra el invasor, su postrera acción bélica. Tras ser vencidos por las legiones, los hebreos iniciaron una diáspora que todavía perdura.

El Vikingo y sus hombres tomaron un reparador baño en las cálidas y saladas aguas del mar Muerto para dejar allí el polvo del camino y sus faltas. Se zambulleron desnudos como cumpliendo un rito, a la manera nórdica, gritando, chapuzándose, levantando una nube de burbujas y sonoras espumas. La sapidez del agua era muy grande y la concentración de sal tan elevada que los mantenía a flote sin esfuerzo. De paso hacia la costa, en Beersheva, comieron un detestable cabrito asado regado con mal vino. El mesonero, al apreciar el brillo en la mirada de los hombres, habló a Harald de tres jóvenes ramera egipcias que ejercían su oficio con probidad y decoro no muy lejos. El Vikingo resistió la sugestiva oferta que trasladó a sus hombres. Casi todos la aceptaron para probar que el gozo que proporciona una mujer es compatible con la fe y las buenas costumbres. A primeros de abril se embarcaron en Gaza en una nave bizantina que iba a Constantinopla.

Teniendo el barco que hacer escala en Mykonos para desembarcar a una familia de peregrinos, Harald aprovechó para visitar a Alvise. Preguntando en el puerto, no fue difícil de localizar. Él y su efebo se habían instalado en plena plaza y eran ya populares. Regentaban un negocio que traficaba con cualquier cosa: desde cordajes de navío y aparejos de pesca, a cera, miel, harina, cuero, tasajo de carne, pescado salado, herrajes de caballo y amuletos africanos para el mal de ojo. Trabajaban en el comercio desde el amanecer a media tarde. Cuando el sol declinaba y el fresco se adueñaba del aire se trasladaban a su vivienda rústica, una casa encaramada sobre un risco en Ajios Stéfanos, a tiro de piedra de la pequeña capital de la isla. Era la típica casa de las islas helenas: de modesto ladrillo, luciendo como recién enjalbegada, con las ventanas y sus marcos pintados en azul, una cúpula blanca y por todas partes buganvillas rojas y moradas. En el pórtico, enredado a una reja de arado, un arbusto del jazmín impregnaba con su aroma aquel hogar desde que oscurecía y ahuyentaba a los mosquitos. Por detrás, mirando a la montaña, el pequeño jardín: una tabla de huerta, la palmera de dátiles maduros, el limonero de frutos como faros de luz en la enramada y una higuera achaparrada de brevas tempraneras e higos dulces. Parecían felices. Después de intensas horas de confraternidad, Harald se despidió para siempre de su amigo con un sentimiento que era al tiempo de envidia y de tristeza. Tristeza

pues sabía que era el postrer encuentro y envidia al conocer que Alvisse había hallado su verdadera senda, aquella que tantos seres humanos intentan encontrar sin lograrlo. Al recalar en Atenas, donde la escala fue muy larga, los varegos admiraron la Acrópolis y el Ágora. Con el arco de Adriano y las columnas del templo de Zeus grabadas en su mente, el 20 de diciembre de 1039 Harald llegó a Constantinopla. No lo esperaban allí buenas noticias: el emperador Miguel había muerto y, en su ausencia, su sucesor Constantino IX, Monómaco, había desbaratado la Guardia Varega. Tras licenciar a muchos de sus hombres, la mayoría rus, postergó a los mandos seleccionados por el Vikingo y encumbró a mediocres personajes designados por él. Sólo después de solicitar audiencia tres veces fue recibido por el emperador.

La entrevista fue fría. Hasta un ciego captaría en el ambiente que Constantino IX quería prescindir de sus servicios. Estando el imperio en paz, vino a decirle, le sobraban guerreros y le faltaba oro, plata labrada y marina mercante. Por ello las licencias y los cambios. Pretendía recortar el presupuesto del ejército reduciendo unidades. En su idiocia amaurótica, sin duda de origen familiar, había contratado a un alquimista persa con la insensata idea de convertir el plomo en plata, el bronce en oro y las piedras en diamantes. El Vikingo observó al advenedizo con aguzada calma. Con los ojos saltones, la nariz congestiva y aquella sialorrea desbordándole el belfo, parecía un iluminado, un mentecato. Harald sufrió el varapalo y la verbal incontinencia tratando de dominar los nervios. Se pellizcó para comprobar que aquello era real. Le encendía el ánimo ser tratado de tal forma por un muchacho imberbe. Se dominó por el recuerdo de su padre, pero estuvo a punto de saltarle al cuello y degollarlo aplicando los modos de su ancestro Basilio, el Bulgaróctono. Salió de la estancia dejando con la palabra en la boca a aquel cretino. Por su vacilación al producirse, un decir quebrado y balbuciente, por lo rubro de sus chapetas males de beodo en ciernes, seguro que Monómaco iba a soltarle que también lo posponía a él. Y si no lo hizo en la ocasión, se dispondría a hacerlo. No le dio tiempo. Aquella misma noche, tras despedirse de Rulav, llamó a Frelav e Igor.

—Nos vamos. Retornamos a Kiev y de allí a nuestra patria. Es decir, si queréis acompañarme.

—Sabes, señor, que te seguiremos allá donde vayas —respondió Frelav por los dos.

—Entonces no tenemos tiempo que perder. Elegid a docena y media de buenos rus y varegos que deseen seguirme y preparad la Bizancio. Levaremos anclas antes del amanecer.

—La nave se halla dispuesta, Harald —dijo Igor—. Precisamente el mes pasado se calafateó y navegó a toda vela por el mar de Mármara. Para mí que se ha asentado su armazón y marea mejor y más veloz que nunca.

—Allegad pues en ella todas las provisiones que podáis. Yo haré lo propio con las

reservas de que dispone mi despensa. Recoged vuestras cosas y esperadme en el navío antes del alba.

Todo se hizo con sigilo, para no despertar entre la guarnición sospecha alguna de su marcha. De su huida, realmente. De hecho, en Bizancio se habló después oficialmente de evasión. El Vikingo hizo acopio de sus riquezas y cosas personales en cuatro grandes arcas. Había ganado mucho oro en aquellos años; los emperadores, agradecidos, se habían mostrado generosos regalándole joyas, piedras preciosas y valiosas preseas. Cuando la claridad del nuevo día se filtraba por las torres de Uskudar, antes de que el muecín de su mezquita llamara a los fieles al ebed, la primera oración, la Bizancio soltó amarras. Era la última vez que veían la cúpula de Santa Sofía. La nave surcó el Bósforo hasta salir a mar abierto. Con buen viento de popa, en sólo tres jornadas de navegación avistaron Odessa. No quiso Harald entretenerse en la ciudad y buscó la boca del Dniéper adentrándose en él. El ascenso de su curso fue laborioso, pues hubo días de intensa calma chicha que obligó a utilizar los remos. No bajaron a tierra ni una vez, pues ansiaban llegar a la capital de Ucrania cuanto antes. El primer día de enero de 1040, al doblar un recodo del río, avistaron la altísima cúpula de un templo: era la catedral de Santa Sofía de Kiev, el gran sueño del príncipe Yaroslav ya culminado.

El recibimiento que hizo la población a Harald y sus varegos fue inenarrable. Corrió por ella con endiablada rapidez la noticia de que la Bizancio remontaba el río. Un campesino que trabajaba en su huerto a la orilla del Dniéper, a doce verstas de Kiev, contempló a la nave vikinga y a su tripulación bogando aguas arriba, pues la brisa no era favorable. Se trataba de un antiguo luchador a las órdenes del Vikingo, al que veneraba. Sin más, el labriego arrojó el azadón, saltó sobre su mula y trotó sin tregua a la ciudad penetrando por la puerta de Odessa. Ya allí comunicó la nueva al jefe de la guardia. Todos en Kiev, civiles y militares, amaban al Vikingo. Unos por su bondad y largueza, otros por su compasión con los más pobres, los demás por haberlos conducido al triunfo muchas veces. Cuando la Bizancio embocó la pequeña rada fluvial, con Harald y sus hombres en cubierta, ya los esperaban en el muelle las fuerzas vivas: el burgomaestre, el deán de la catedral y el jefe de la guardia. La multitud vitoreó al guerrero noruego hasta enronquecer. Después, casi en volandas, lo trasladaron a palacio donde, en la puerta principal, lo esperaba el príncipe. Yaroslav le abrazó lo mismo que a un hermano, recibéndole de inmediato en el salón dorado, el de las grandes ceremonias. Harald dobló la rodilla iniciando el saludo debido, pero el mandatario lo alzó y tornó a abrazarlo estrechamente.

—He soñado mucho con este momento. Otra vez conmigo mi mejor capitán.

—No te hagas ilusiones, Yaroslav; aún no he hecho planes definitivos, pero tal vez parta pronto para mi tierra.

—Olvídate de eso. No te dejaré partir. Te encadenaré si fuera necesario.

—Intentas halagarme...

—Sabes que no es verdad. Te apreciamos como no imaginas. Y odiamos la idea de sufrir otra decepción. Tu lugar está aquí. Necesitamos de tu ardor combativo. Con tu sola presencia se enardecían las tropas y surgía siempre la victoria.

El Vikingo miró a su interlocutor. Yaroslav había envejecido. Su antigua cabellera dorada era exigua y de plata. Lo que no había cambiado eran sus modos ni su cortesía. Parecía sincero y sus palabras eran gratificantes. Imposible no esponjarse ante un recibimiento como aquél. Allí se le valoraba de verdad.

—Me enteré no hace mucho de tu desgracia, Yaroslav. Recibe mi condolencia más sincera. Y en cuanto a mi partida, no te alarmes, señor. Mi marcha nunca sería inmediata.

—Yo también sentí la muerte de tu esposa, Harald, pero no hablemos de cosas tristes. Tenemos tantas cosas que decirnos... Esta noche cenarás con nosotros. Todos en mi familia, desde Tatiana y Sonia hasta la más pequeña, arden en deseos de volver a verte o conocerte.

Sonia... Recordó en medio de la bruma a aquella niña pálida y delgaducha de siete años y vino a su memoria la esplendidez de las mesas del príncipe. Una cena como Dios manda al modo ruso...

—Acepto gustoso tu invitación, pero antes debería refrescarme y descansar.

—Tienes toda la tarde. Ya sabes que cenamos a las ocho. Y en cuanto al descanso, sabrás que tu casa sigue cual la dejaste. Se encuentra tan limpia y atendida como cuando la habitabas.

—Gracias por ello, señor. Antes de despedirme quisiera pedirte un gran favor: haz que encuadren a mis hombres en sus antiguos destinos militares.

—Cuenta con ello. Es de justicia. Y recuerda, te esperamos a las ocho.

Un poco antes de la hora, tras descansar, bañarse y componerse, Harald caminó la media versta que separaba su casa de palacio. Siendo los días cortos, la claridad menguaba. Aun así, fue reconocido pero no molestado. Todos lo saludaban y algunas mujeres mayores se acercaron para besarle las manos en silencio. La tarde, fría y limpia, le hizo gozar de nuevo de un ambiente invernal: aire seco y cortante que coloreaba el rostro, cielo azul, Venus parpadeando en su lugar de siempre y aquella luz de Kiev que ya echaba de menos: pálida, verdosa, como tamizada por un cendal de gasa. Lo que veía de la ciudad había mejorado: jardines cuidados, en la alameda una fuente de mármol jaspeado con seis caños de bronce, casas y edificios recién pintados y por todas partes nuevas cúpulas de mosaico o de cobre. Al entrar en palacio y verse en un espejo tuvo la sensación de estar enmohecido. Jamás había sentido tal efecto. Su paso era firme, su figura erguida y terne el ademán, pero sus ojos tenían menos vida, el pelo le clareaba ya en la frente y en las sienes se dibujaban los primeros regueros de plata. Además le parecía que su fuerza no era ya la misma.

Dentro de poco cumpliría treinta y nueve años...

Le sacó de su abstracción el propio Yaroslav que, tomándolo de un brazo, lo arrastró al comedor de gala donde se hallaba la familia al completo: su mujer y las cinco niñas. Todas se levantaron y a todas saludó con un beso a la rusa, es decir triple. Esperaba que, al hacerlo, Yaroslav o su mujer le presentarían a los nuevos miembros de la carnada, pero no fue así. Tal vez en Ucrania no se acostumbraba a presentar a las niñas pequeñas. Tatiana estaba igual. Si acaso su belleza se había difuminado levemente, como esos pergaminos lavados en el río para terminar de curtir antes de usarlos. Sus ojos verde mar reflejaban temor, ansiedad o, simplemente, la pérdida de un hijo.

—No sabes, mi querida Tatiana, cómo sufrí por ti al conocer la muerte del pequeño Andrei. He rezado por él ante el Santo Sepulcro.

—Te lo agradezco, Harald. Únicamente el Señor podrá consolarnos de aquella muerte cruel. Tenía ya catorce años. Entonces estuviste en Tierra Santa...

—Peregriné allí por mis muchos pecados.

—Al parecer tenemos entre nosotros a un pecador arrepentido —dijo Yaroslav, chascando un dedo que fue la señal para empezar la cena—. Buenas noticias para el metropolitano —añadió sonriente.

Harald tuvo tiempo de observar a Sonia y las pequeñas. Tenían mucho en común, el sello de familia. Colocadas una al lado de otra como en un besamanos, formaban una deliciosa fila de altura decreciente. Recordaban a mamá perdiz y sus perdigones que tantas veces viera en los campos toscanos. Mantenían los ojos bajos e idéntica verecundia de núbil sombreándole los rostros. Sonia no era una niña ya. Se había modelado y tendría quizá veintidós años. Delgada y tan rubia como sus hermanas, tenía sus mismos ojos claros y la boca pequeña, pero con un extraño rictus de disgusto, como si le apretasen los escaupines de seda o estuviese incomoda. La más alta de las pequeñas, con el empaque ya de una mocita, debía ser Ellisif. Aunque no era posible: Ellisif no podía tener más de catorce años y aquella belleza deslumbrante semejava una hembra ya hecha.

Se sentaron en la enorme mesa de ceremonia. Adornada con jarrones de flores y grandes candelabros, resultaba vistosa. Habían dejado para él un hueco entre la princesa Tatiana y Sonia, la mayor, y en él se sentó bendiciendo su suerte. Y lo hizo porque, justo enfrente, estaba la que parecía Ellisif. Debía de ser ella. A pesar de sus muchos años de vida en sociedad no terminaba de acostumbrarse a una mesa elegante. Nunca supo dónde poner sus largas piernas: tropezaba contra alguna pata, lastimaba a un comensal de un pisotón o se las enredaba en los faldones del mantel. Recordó la primera vez que viera un tenedor, en Novgorod. Hasta su salida de Noruega había utilizado la cuchara, el cuchillo y los dedos. La miró con disimulo y la vio enrojecer como una párvula. Tenía que ser ella. Alvise ya le había prevenido de su gran

hermosura. Luego, en Constantinopla, se acostumbró a todo tipo de cubiertos, de vasos y de copas, de artilugios con los que en sociedad se complica una mesa. Pero allí había un instrumento nunca visto por él. Se trataba de una especie de punzón de plata, largo y terminado en una especie de diminuto garfio. ¿Sería alguna novedad en mondadientes? No se atrevió a tocarlo. Volvió a observarla, esta vez con descaro. Era desde luego la mayor de las pequeñas y, con mucho, la más bella, infinitamente más que Sonia. Sólo podía ser ella. No alzaba la cabeza del plato e introducía en su boca de almendra mínimas porciones de alimento, igual que la oropéndola, cada vez que comía. Sus dudas respecto al cubierto desaparecieron cuando trajeron un crustáceo que dijeron del mar de Azov y todos se dedicaron a hurgar en su interior con aquel útil. Cuando degustaba un delicioso trozo de su blanca carne, trabajosamente extraído de una pata del extraño animal, su mirada volvió a cruzarse con la de la muchacha. Ellisif, porque lo era por fuerza, se encendió desde la cima de sus descotados senos hasta las orejas. Parpadeó y aumentó el rubor en sus mejillas hasta hacerse del color de la grana. Tanto se sofocó que dejó de comer y hubo de abanicarse con una servilleta. Harald también la utilizó para secarse los labios tras un sorbo de vino. Jamás se acostumbró a las servilletas. Ni a los vasos, copas y cubiertos. Ni a comer derecho, encorsetado, vigilado por varios pares de ojos. Ni a la etiqueta y angostura que comportaba aquella rigidez y la custodia. Por ello disfrutaba cuando, en campaña, comía con sus hombres a sus anchas, con los dedos, bebía a morro, escupía en el suelo y se secaba con la bocamanga. Todos hablaban con todos excepto Ellisif, sonrojada, temblorosa, tensa, tan callada como un hacha de sílex.

—Ellisif —dijo su madre, dirigiéndose a ella—, Harald va a pensar que eres muda.

Ni la sangre del becerro recién sacrificado alcanza el explosivo rojo que cubrió su cutis. Respiró ansiosamente y sus senos ascendieron hasta casi mostrarse en sus dos tercios. Volvió a parpadear, abrió mucho los ojos y semejó sufrir un desvanecimiento. Ya no había duda: era Ellisif. Y si era ella, iba a cumplir quince años, pues nació al partir Harald de Kiev.

—Mamá... Padre... Perdonad todos. Es que no tengo nada que decir...

—Ni tiene por qué hacerlo —intervino el Vikingo rápido y resuelto—. Ellisif, por cierto un bello nombre, seguro que utiliza la cabeza. Sabrá entonces que es mejor callar que decir algo vano o fuera de lugar.

Lo que ocurrió entonces marcó el resto de su vida para siempre. Ellisif lo miró de hito en hito, sofocada, padeciendo, como intentando escapar de algún suplicio o una realidad hiriente. Por fin, con gran esfuerzo, igual que si expurgara sus vías respiratorias de algún oculto impedimento, dijo:

—Gracias, Harald.

Sólo esas dos palabras. Ni una más. Fue la primera vez que le nombró, pero lo

hizo de una forma que despejaba incógnitas, resumía preguntas y respuestas y aclaraba incertidumbres. El Vikingo supo que se hallaba frente a la mujer destinada por el hado para él, la que iba a ser la madre del resto de sus hijos, la única a la que se encadenaría para siempre. Juró in mente por la mítica Freya dedicarse a ella, no dejarla por ninguna guerra ni mentirle jamás. El resto de la cena transcurrió entre miradas incendiarias de ambos, sentados frente a frente pero ausentes del mundo. Ellisif hizo amagos de llevarse a la boca un poco de caviar traído de Bakú mientras, liberada ya de cualquier traba, miraba sin recato al noruego que apenas probó bocado aquella noche. El, por su parte, escudriñó con calma a aquella niña-mujer de cuento de hadas aparentando más edad de la cierta. Su pelo tenía el tono del heno agavillado del final del estío; sus ojos eran grandes, rasgados, tan verdes como el mar en la bahía de Atenas; poseía una nariz antes larga que roma, griega, de tan bella irreal; su boca era de náyade, pequeña, de labios agrupados y de pulpa roja, perfecta lo mismo que la corona de sus dientes simétricos, albos como espuma de mar. La tez era muy clara, la frente despejada y los pómulos suavemente achinados. Una bandada de pecas revoltosas, que Harald hubiera comprado con su vida, parecía alentar en torno a su nariz con vida propia y aniñaba su rostro. Completaba su encanto un hoyuelo brujo horadando el mentón. El Vikingo, perdida toda compostura, se dedicó a observarla sin reparar en nada. Abstraído, tardaba en contestar si se le preguntaba o no lo hacía. Afirman que se sintió a Cupido planear por la estancia: el amorcillo alado terminaba de malherirlo con su dardo.

—...según parece. Por tanto habrá que esperar a mejor ocasión —oyó que decía Yaroslav en aquellos momentos. Se trataba sin duda de la última frase de un largo exordio del que no escuchó nada—. ¿Tú qué opinas, querido? —añadió, dirigiéndose a su invitado.

—Perdón —dijo el Vikingo—. Creo que me he perdido. Estoy algo confuso, cansado... ¿A qué te refieres?

—Creo que será mejor que dejemos a los hombres para que hablen a gusto de sus cosas —dijo la Yaroslova—. De otra forma, me temo que Harald terminará de perderse.

Todos entendieron la insinuación. Las féminas se levantaron, estamparon al invitado los tres besos de rigor y desaparecieron. Yaroslav y el Vikingo hablaron hasta la madrugada de la peste y las guerras, de sus vidas, de las vivencias de quince largos años. Bebieron hasta casi agotar la botella de vodka. Ya casi alboreaba cuando Harald se levantó para despedirse.

—Ha sido una velada muy agradable, Yaroslav.

—Es para mí un honor tenerte en mi casa. Dispón de ella.

—Antes de irme quisiera disculparme. Quizá he sido imprudente al no poder evitar gozar de la belleza de tu hija de una manera inoportuna y terca. Te pido perdón

por mi descaro y al tiempo te suplico me permitas hablarle.

—Supongo que te refieres a Ellisif...

—Desde luego. No me abochornes, viejo amigo.

—Si ella acepta ser cortejada, ni yo ni su madre tenemos inconveniente. Al contrario, será un honor para nosotros.

—No quiero ocultar que me intereso vivamente por ella. Es algo desconocido, totalmente nuevo para mí.

Se vieron a diario durante cuatro meses, siempre en palacio. Ellisif acudía por la mañana, junto con sus hermanas, a recibir lecciones en el monasterio de las Criptas mientras Harald iba a sus cometidos militares. Poco tardó el Vikingo en ordenar de nuevo los asuntos castrenses: reorganizó los acuartelamientos, puso al día las escalas de jefes y oficiales y renovó la impedimenta y el armamento de las tropas. No se avizoraba ningún peligro. Parecía que la gran peste de años atrás había templado los ánimos guerreros de las tribus caucásicas.

Al caer la tarde se trasladaba a palacio para hacer la corte a su amada, atraído hacia ella por una aspiración de tipo sideral. Era algo muy especial, inédito, caliente, jamás sentido con tal intensidad. Greya aumentaba el ritmo de sus pulsaciones, Ana aceleraba también su corazón, Julia lo desvelaba, Fátima le provocaba un latido doloroso en las sienes y Flavia una desazón mortificante que sólo se aplacaba poseyéndola. Con Ellisif era distinto: se trataba de una adoración de tipo místico. Lo sensual tenía poco que ver. Se le representaba en el caletre lo mismo que una imagen sagrada, una virgen de belleza arcangélica pero hecha de humo y éter. Le parecía una profanación pensar en poseerla, hollar sus veneradas zonas íntimas. No comía, razonaba o dormía a gusto desde que la vio. Estaba siempre presente en su cabeza. Tenía que verla a diario pues de otra forma le faltaba el aire.

Las primeras tardes fueron cómicas. Siempre en presencia de Sonia y las pequeñas, nuestro hombre no sabía qué decir o cómo actuar. Aquel guerrero temido por las tribus asiáticas, curtido en mil contiendas agarenas, temblaba de ansiedad ante Ellisif. Si la interpelaba, la joven enrojecía, se trabucaba o respondía con monosílabos. Las pocas veces que ella preguntaba algo, él se turbaba lo mismo que un infante. Si, tratando de ser ocurrente, decía algún chascarrillo, las carcajadas eran universales. Desde que podían, las niñas hadan corro, se decían cosas al oído o intercambiaban visajes cómplices. Se reunían en una confortable sala con dos chimeneas y una larga mesa de trabajo que compartían todos. Harald terminó por sentarse al lado de Ellisif para repasar juntos las lecciones que la muchacha había recibido durante la mañana y explicarle las cosas que no entendía o ampliárselas, si fuese el caso. Resultó un suplicio. El simple contacto de piel con piel suponía sudar sangre: se nublaba su vista, lo nítido se emborronaba sobre el pergamino y lo claro se convertía en críptico. Mientras, las demás reían, jugaban o repasaban sus propias

materias.

La estrategia de aquel cortejo había sido cuidadosamente diseñada por Tatiana Yaroslova. La pareja se vería por las tardes en palacio para estudiar juntos, en la primavera podrían salir al parque para pasear junto con las hermanas, en el otoño, cuando Ellisif cumplierse quince años, podrían cabalgar por los bosques vecinos aunque acompañados por gente de confianza y, al año de aquellas relaciones, si ambos persistían en sus intenciones, se publicaría el noviazgo. Yaroslav era feliz. Le agradaba Harald como hombre, como general y como yerno. Además, era la única forma de intentar uncirlo al carro y que permaneciese para siempre en Ucrania.

Fueron meses de una relación difícil de explicar. En los tímidos ojos de Ellisif se leía una dicha que se guardaba mucho de expresar. Harald, tras saludarla como a las demás con el triple ósculo, se sentaba a su lado para que le enseñara sus progresos en historia, latín, geografía o matemáticas. Se había propuesto no rozarla. Por ello no se aproximaba demasiado la silla. Era ella la que, de modo irreflexivo, desafiando un peligro que al tiempo desconocía y buscaba, acercaba su asiento. Entonces el Vikingo se agitaba como ante una carga de la caballería tártara. Cuando olía su perfume inmaduro, al respirar su hálito, cada vez que atisbaba la cima de sus senos turgentes por la mínima abertura de su túnica, su corazón se desbocaba y le coceaba el pecho desde dentro, igual que un dromedario. Amaba dibujar para ella los mapas de Ucrania y de Noruega y al hacerlo tenía que arrimarse. Entonces se encontraban sus rodillas y era como si un terremoto lo cegara en rojo: las rectas que separaban Ucrania de Moldavia se arqueaban, las fronteras que limitaban el país se fragmentaban, los ríos se desbordaban, confundía las cumbres de los Urales con las del Himalaya y los puntos que indicaban las ciudades se dilataban como insuflados por un oculto magma lo mismo que su verga. No podía seguir. Tenía que levantarse e interrumpir la clase para refrescarse con la visión del parque. Al llegar a su casa ordenaba que le preparasen un baño de agua tibia en la bañera hecha del tronco de un gran roble. Permanecía allí hasta que se enfriaban el agua y sus enloquecidos genitales. Pasaron cuatro meses en los que sólo aspiró el aroma de Ellisif, una excitante mezcla de jazmín, lavanda fresca y el celestial de su sudor de niña, pero muy poco para un ardiente amador de treinta y nueve años.

Cuando menguaron hielo y frío, iniciaron sus paseos por el parque. Nunca hasta ese momento habían estado solos. Recorrían el frondoso vergel en procesión, primero la pareja, sin tocarse, luego Sonia y, cerrando la marcha de mayor a menor, como las codornices lombardas que habitan los barbechos, las hermanas más chicas. Una vez que se cogieron de la mano ante un tropiezo de ella, Sonia tosió con fuerza. Ellisif no se malearía en las mañanas de Venus, pero aprendió naturaleza y entendió de botánica. Como las flores, estaba cada día más radiante y esponjada, más abierta. Habían colocado en uno de los árboles, en el roble más grande, un refugio rústico y aéreo

hecho de rama y caña, donde las hermanas jugaban desde que eran muy pequeñas. Las cinco se encaramaban sobre él en medio de un escándalo de risas y de gritos y, desde allí, lo animaban a subir. Harald sufría sus bromas con resignación y, como mal menor, atisbaba los tobillos de su amada y el arranque de sus piernas. Después, cuando terminaban de jugar, descendían del árbol aceptando su ayuda. Se lanzaban desde una rama baja, a tres codos de altura, y caían en sus brazos. Cuando llegaba el turno de Ellisif sus sienes reventaban de angustia, de abrasivo delirio. La recogía, la abrazaba un segundo, lo suficiente para notar la dureza de su cuerpo, de sus senos vibrátiles, de sus muslos huidizos como peces asustados y helados, y la soltaba en tierra.

Cuando retornaba a su casa pasaba alguna vez por el Podol. Amaba deambular por sus callejuelas umbrías y recoletas, tan queridas y de gratos recuerdos, tantas veces recorridas en soledad o acompañado por Julia o por Alvis. Al pensar en ambos le acongojaba un sentimiento inexplicable, mitad estupor y lástima. Cabalgó una vez a la villa de la orilla del Dniéper y sólo halló desolación y ruina. La puerta del jardín estaba abierta. La traspasó tras dejar el caballo. El otrora cuidado vergel era una selva, una maraña de arbustos descuidados que la humedad había hecho medrar de manera salvaje. La casa, abandonada, había sido saqueada por bandas de malhechores nómadas. Halló incluso restos de una hoguera en el salón que daba al río y huellas de excrementos, como si hubiesen acampado allí. Fue al remanso del río y la tristeza lo invadió. Al ver el tronco que nadaba en el agua, sin castores ni Rómulos, sus ojos se poblaron de lágrimas. Cuando imaginó a Julia desnuda entre sus brazos en aquella tarde caliente de verano, creyó desfallecer. Qué dura era la vida... Se preguntó dónde estaría su alma y se propuso averiguarlo. Retornó lentamente a la ciudad pensando en Ellisif. Qué distintas eran... ¿Por qué ocurrían las cosas? ¿Existía la justicia?

Otra noche, embozado lo mismo que un proscrito, pasó por la Casa Roja. Temía ser visto y, por ello, se caló hasta los ojos el capuz. Le costó tomar la decisión, pero no encontró solución más natural. Odiaba masturbarse. Lo hacía de muchacho, en el bosque, pero no le parecía un acto propio de hombres maduros. El hecho es que, de la visión de Ellisif, de su proximidad, de su esporádico contacto, de su aroma mareante y de pensar en poseerla, resultaba aquella conmoción pudenda que lo despabilaba por las noches y lo hacía amanecer en un charco helado y sucio de eyaculado lechoso. Aún dudó cuando llegó a la puerta, pero entró. Todavía lo regentaba la matrona ateniense.

—Qué gran alegría —dijo—. Te esperábamos...

—¿Y eso? —preguntó el Vikingo.

—Sabíamos que habías regresado a la ciudad y también que amas a Ellisif. Por ello, porque lógicamente no deberás tocarla, estábamos seguras de que aparecerías. Pero, antes de nada, quiero trasmitirte mi gran pena por la pérdida de Julia y de tu

hijo. Recibe mi pésame más profundo y sincero.

—Gracias. No hace falta que diga que absolutamente nadie debe saber que he estado aquí. Vengo porque no tengo más remedio. Confío en ti plenamente.

—Mis niñas son de absoluta confianza y garantía. Metería las dos manos en el fuego por ellas. Cuentas con mi completa discreción. Dime qué es lo que quieres...

—Me someto a tu buen gusto. El mío no cuenta en este caso. Deseo reserva y, simplemente, satisfacer mis apetitos de varón.

—Tengo lo que necesitas: una moldava de ojos malvas recién llegada de Kishiniov. Tiene diecisiete años, pero no los aparenta. A pesar de ello, ama como una hembra de experiencia.

Harald salió muy satisfecho. Nunca lo defraudó la Casa Roja. Iba por allí una vez por semana, cuando su calentura era tal que estallaba. De esa forma llegó el esperado otoño y sus largas cabalgadas por los bosques de Vasilkov. Ellisif parecía perder el miedo por momentos. Estaba cada día más bella y desenvuelta, más dispuesta y risueña, más mujer. El amor había terminado por dar seguridad a sus modos y afinar su figura, compacta, de curvas imposibles. Acompañados por un pelotón de jinetes y por Sonia, solían montar todas las tardes por las claras arboledas de pinos y de robles que bordean el Irpien, un afluente del Dniéper. Las hojas caídas alfombraban en cárdeno los caminos del bosque. Más de una vez se perdieron en la espesura haciendo caso omiso de los gritos de Sonia, que parecían fingidos. Y es que semejaba al fin que las hermanas habían llegado a algún tipo de acuerdo. Pocos días después de su cumpleaños, Ellisif cabalgó delante de su amado un trecho largo. Sonia se rezagó y ordenó a los jinetes de la guardia que los dejaran ir. La muchacha se introdujo por una estrecha senda y llegó hasta un claro en lo más profundo de la selva. Un grupo de acebales decoraba la escena con sus relucientes bayas rojas. Se apearon. Ella, vestida de amazona, no parecía real. Roja de la larga cabalgada, jadeante del sofoco y el ansia, jamás la había visto más hermosa.

—Te he traído a mi lugar preferido del bosque. A mi templo privado —dijo ella, temblándole la voz.

—Es precioso... Casi tanto como tú —dijo Harald, acercándose y tomándole una mano.

Ellisif callaba con la mirada baja. Los latidos de su corazón eran tan fuertes que resonaban en la quietud de la arboleda amiga. Ella fue la que habló:

—¿Me amas, Harald?

Pronunció su nombre con idéntica ensoñación que la primera vez.

—Tanto que me hace daño. Más que a ninguna otra mujer. Más que a Dios y a los hombres, mucho más que a mis dioses...

—Pues yo te adoro hasta morir desde mucho antes de conocerte. Desde que supe hablar... Tu nombre resonaba en todas las esquinas de Kiev, en el aire, en las fuentes,

en los árboles, en las estancias de palacio y en las bocas de todos: Sonia, mi madre, Yaroslav...

—¿Y qué decían?

—Las gentes te veneran. Tú lo sabes. Mi padre decía siempre que eres el mejor hombre que ha conocido y el más fuerte, su mejor guerrero. Tatiana, si no estaba delante su marido, te alababa, aseguraba que ninguno te superaba en belleza y en hombría de bien. Yo, sabiendo que eras casado, me enamoré de ti lo mismo. Dios me perdone, pero cuando murieron de la peste Julia y tu hijo, no me duró demasiado el sufrimiento. Ahora rezo por ellos y para que Dios perdone mi maldad.

—Yo no me enteré. Guerreaba por entonces en alguna parte.

—¿La amabas mucho?

—Sí. Fue una mujer extraordinaria. No serás celosa...

—Ya no sé lo que soy. Sólo que mataría por ti, que me envenenaría si te ocurriese algo...

—No debes decir eso, mi pequeña. Algún día moriré. Estamos en las manos de Dios.

—¿Crees en Él?

—Un poco más desde que vi la tierra en que nació y sembró con su preciosa sangre. Mi fe se consolida sólo viéndote.

—Yo soy creyente. Por eso le recé a la Virgen y a Santa Sofía para que te enviaran. Y apareciste. Aún no creo ser merecedora de tu amor. Soy tan feliz...

Justo en aquel momento apareció Sonia llevando de las bridas a su cabalgadura.

—¿Qué hacen los tortolitos? —dijo.

—Gracias, hermana —dijo Ellisif con una risa cómplice—. No hacemos nada que no pueda contarse.

Hasta que el frío insoportable de diciembre se instauró, cabalaron y navegaron por el río varias veces. Sonia los acompañaba siempre, pero muy relajada, permitiéndoles inofensivos arrumacos, caricias consentidas y besos tangenciales. Celebraron la Navidad en casa de Harald, que preparó una cena principesca para Ellisif y su familia. La noche de la Epifanía, muy significativa en el Oriente cristiano, tuvieron todos un ágape en palacio. Hacía justo un año del regreso del Vikingo a la ciudad.

—Ha pasado el tiempo que pacté con la pequeña Ellisif —dijo Yaroslav, que exultaba de gozo—; todo parece encaminarse de una forma más que apropiada. Era de esperar, por otra parte, dada la caballerosidad de nuestro invitado. Ha llegado el momento de tomar decisiones. ¿Queréis comprometeros en vuestra relación y convertirla en un noviazgo?

—Deseo hacer de Ellisif mi esposa cuanto antes. La amo, como ella sabe. Pero me someteré al criterio de sus padres —dijo Harald.

Los novios presidían la mesa manteniendo sus manos enlazadas. Ellisif, con la mirada brillante, no probaba bocado.

—Siempre he amado a Harald —admitió con voz serena, aunque apagada—; sueño con desposarme y con ser suya, pero obedeceré a mis mayores.

—Si es así, haremos pública vuestra decisión. Dentro de un año se celebrará la boda en la recién terminada catedral. Hasta entonces podéis veros libremente y pasear por la ciudad, pero nunca más tarde de la puesta del sol —dijo Yaroslav.

Ellisif adelantaba en sus estudios. Su dotación intelectual era notable. Además del ruso dominaba el griego y el latín y era una experta geógrafa. Recibía de Harald clases en lengua nórdica. Amaba la lectura, devoraba cualquier manuscrito que cayese en sus manos y tenía una libreta en la que, como Julia, anotaba sus experiencias diarias. También le gustaba vivir. Recorrió junto a su amado el Kiev desconocido para ella, el Podol, la judería, la zona portuaria. Solían ir a caballo, pero a veces callejaban en medio de la gente. Era tal la pasión que desataba la pareja que en ocasiones les era imposible dar un paso. Un guerrero apuesto y carismático y una joven princesa de mítica hermosura causaban expectación por todas partes. Las gentes los celebraban con aplausos, gritos de admiración e intentos serios de llevarlos en triunfo. Era el delirio. Una vez lo consiguieron: alzaron al Vikingo y a Ellisif entre varios fornidos estibadores del puerto y cargaron con ellos sobre sus hombros hasta la Bizancio, nave que se había convertido en la representación de la victoria. Harald presentó a su novia a Igor y Frelav, que se habían instalado en el barco, pues lo preferían al dormitorio comunal cuartelario. Después le mostró la embarcación y le narró, extractada, su odisea.

—¿Cómo puede arrastrarse un barco por tierra, entre matas, arbustos y piedras? —preguntó ella con los ojos dilatados de excitación y pasmo. Estaba preciosa, con el sofoco propulsando sus senos que amenazaban desbordarse escote arriba y conquistar Ucrania. El Vikingo se preguntó cómo podría resistir un año más sin poseerla.

—Los hombres nos las ingeniamos para lograr lo que queremos —dijo—. Pocas cosas escapan a la tenacidad de un varón que se precie.

—Según mi madre, hay algunas que deben esperar... —replicó ella.

Estaban en la bodega de la nave. Había allí un extraño olor a vino rancio, tela de arpillera, tasajo de carne y sudor de hombre. Harald aprisionó a Ellisif contra un barril vacío. No podía más. La abrazó con ternura y la besó en los labios. Ella colaboró casi desde el principio. Sólo dudó un instante, el que empleó en apreciar la sapidéz de su saliva cálida. Después abrió su boca para él. Era su primer beso de mujer. El primero en el que pugnó con la lengua y aleó su saliva con otra diferente. Sintió que su niñez quedaba atrás al notar la excitación creciente y un fuego que le quemaba las entrañas. Húmeda por abajo, temblorosa, sólo atinó a decir:

—Haz de mí lo que tengas que hacer... Sé por Sonia que es algo que enloquece a

los hombres. Imagino también que me harás daño, pero resistiré para mostrarte cómo te adoro...

—Mi tesoro... —dijo él—, el amor es igual de agradable en ambos sexos. Lo disfrutarás cuando llegue el momento. Y no debes temer: jamás te haría daño.

Un brutal ataque en varios frentes se abatió sobre Kiev en junio de 1041. Hordas chechenas, tártaras y uzbekas avanzaron desde el Caúcaso y cayeron sobre el río Don y las líneas defensivas del Donest. Yaroslav, enfermo de unas extrañas fiebres, no pudo cabalgar al frente de sus tropas como habría deseado, pero el Vikingo lo hizo por él. Tras frenar al invasor en Lugansk, Harald y sus ruso-varegos persiguieron al enemigo hasta arrojarlo de Ucrania. Retornaban victoriosos y con muy pocas bajas cuando un emisario trajo nuevas de que los mongoles siberianos habían traspasado los Urales y avanzaban por las llanuras de Uralskaia hacia Saratov. El guerrero varego, sin darse un momento de reposo y apoyado por tropas de refresco llegadas de Jarkov, presentó batalla a los atacantes en campo abierto. La victoria sonrió otra vez a Ucrania, aunque ahora a costa de numerosas bajas. El propio Harald resultó herido de un sablazo. La coraza protectora lo salvó de la muerte. Aun así, la lesión era grave y dolorosa, pues afectaba a un costado. Dejando en el terreno a la mayor parte de su ejército al mando de su lugarteniente, fue curado por un cirujano-barbero llegado de la ciudad de Kursk antes de retornar a Kiev a finales de octubre. Tras una campaña de cuatro meses volvía vencedor, aunque herido.

Ellisif lo esperaba descompuesta de pánico. Sabía de su lesión por un jinete que trajo nuevas de su última victoria, pero ignoraba la gravedad de su herida y si su vida corría peligro. Desde que supo la noticia se encerró en la capilla de palacio y, ante los iconos de San Juan Bautista y Santa Pelagia, se dedicó a rezar a Cristo y a la Virgen. Apenas probó bocado en aquellos tres días. Cuando vio a su novio herido pero salvo, se hincó de rodillas ante la santa cruz y enhebró oraciones con jaculatorias toda una tarde. Después se afincó en la cabecera de su lecho y no quiso moverse de allí hasta que estuvo restablecido.

No fue una herida simple, pero sí limpia. La hoja del arma resbaló por la cota de malla seccionando limpiamente la piel de una cadera y el músculo hasta llegar al hueso. El cirujano-barbero, un profesional con experiencia en lesiones de guerra, suturó los bordes de la herida tras lavarla con vinagre diluido. Por suerte no hubo contaminación por tierra o fango. El herido, que rehusó la copa de aguardiente, aguantó la intervención apretando los dientes, sin soltar una queja. Numeró las puntadas que cosían sus carnes pensando en su pequeña Ellisif. No apareció la fiebre. Hubo durante un tiempo supuración ligera que cedió espontáneamente a las tres semanas. Al final quedó una cicatriz que no dificultaba su laboreo guerrero, valía como recordatorio y servía como indicador de tormentas, lloviznas o ventiscas de nieve. En efecto, desde entonces y de forma invariable, dos días antes de cualquier

contingencia meteorológica se tensaba la cicatriz como el bordón de un arco de laúd y le dolía. También, mientras vivió, fue el terror de Ellisif. Gustaba de embromarla a cuenta del mongol que lo hirió, pintándolo como un demonio que había prometido volver para hacerle una cicatriz pareja en la otra parte. Ella chillaba, pataleaba, se tapaba los oídos por no oírlo y, desnuda, lloraba hecha un rebuño entre sus brazos.

Debido al contratiempo tuvo que retrasarse la boda mes y medio. Hubo una petición formal de mano en la que Yaroslav ofreció como dote por su hija el condado de Konotop, una región al norte de Kiev rica en bosques y labrantíos feraces, que rentaba al año seis mil trescientas estateras de oro. La ceremonia, en la catedral de Santa Sofía, fue oficiada por Stavros, el nuevo metropolitano de Ucrania. El templo, que abarrotaba el pueblo por expreso deseo del Vikingo, era una blanca luminaria de azucenas, calas de airoso tallo y gladiolos. Harald estaba a punto de cumplir cuarenta y un años y Ellisif no tenía aún diecisiete. Después del banquete nupcial, celebrado en el salón central del palacio, los novios partieron a un pabellón de caza propiedad del príncipe a veinte verstas de Kiev, en pleno bosque. Iban con ellos algunos servidores, el ama de Ellisif que la cuidara desde niña y dos docenas de soldados, la mayoría varegos, la guardia personal del Vikingo dispuesta a dejarse desollar por su jefe.

El pabellón de caza era amplio y luminoso. Contaba con un salón con ventanal que daba al Dniéper, un dormitorio principal y el de invitados. Anejo al edificio había otro, pequeño, para el servicio. Los soldados se acomodaron en tiendas de campaña que levantaron rodeando ambas construcciones. Cuando llegaron, en la carroza dorada de ocho tiros que el principado reservaba para los grandes fastos, aún había claridad. Era la luminosidad de junio en Ucrania: una exclusiva luz de tonos puros, brillante verde hoja, plata labrada, sangrantes bermellones y girasoles amarillos. Habían templado el salón —lleno de trofeos venatorios— con hermosos fuegos en sendas chimeneas de esquina. El jefe de la guardia, tras dar la novedad, se despidió. El ama insistió en quedarse para «preparar a su pequeña», según dijo, pero Ellisif se deshizo de ella tras abrazarla zalamera. Bailaba en sus ojillos una sonrisa picara y es que se moría por desentrañar los misterios del sexo y saber de sus gozos. Quedaron al fin solos ante el gran ventanal, abrazados, admirando en silencio la majestad del río ancho en aquella parte. A la izquierda, con el fondo del agua mansa y clara, se dibujaba la silueta de un guerrero de Harald. Las copas de los árboles, enfrente, parecían arder por efecto de la puesta de sol.

—Tanto tiempo esperando este momento y ahora tiemblo —dijo ella.

Era verdad. Rilaba tenue, como las hojas de las hayas del fiordo bajo el céfiro.

—Eres mío por fin y estoy tan asustada como cuando, de niña, me escondía en el desván después de una trastada —añadió.

Él, por toda respuesta, arreció en el abrazo y selló su boca con la suya. Se maldijo

por haberse perdido esa niñez a la que hacía referencia. Debió ser una niña adorable. Aún lo era. Se tomó todo el tiempo del mundo en el largo cortejo. Tras una escaramuza preparatoria frente al fuego, de caricias benignas, cogiéndola en sus brazos la llevó al dormitorio. La descalzó para besar sus dedos uno a uno, mucho tiempo. Suaves como barriga de garduña, dulces como eraje silvestre, olían a pan caliente. Después la desnudó con calma, recreándose, gozando de promontorios no pensados o curvas ya establecidas de su cuerpo, con saberes de experto. Ellisif, sin dejar de temblar, tan pronto pálida como encendida del color del granate, se dejaba hacer. Difícil describir de modo cierto la perfección de aquel cuerpo de mujer en agraz: la finura de su piel, como el musgo piloso que se cría en el hueco donde nacen las astas de los renos, lo grácil de su figura evocadora de las gacelas del desierto, sus movimientos felinos, de guepardo, o la belleza de sus senos de corza. Tras besar los pies por el haz y el envés siguió por los tobillos que acarició despacio; lamió luego sus piernas, rodillas y muslos, culminando en la cúspide. Ella consentía a todas sus propuestas en un silencio tácito, absorto, tratando de descifrar la causa de la pasión que despertaba en él. Le atusaba el cabello con la yema de los dedos mientras sentía surgir dentro de ella algo nuevo, caliente, excitante, que aceleraba el latir de sus pulsos y hacía arder su sangre lo mismo que en sus fiebres de niña. Se asustó cuando descubrió la realidad viril de Harald. Jamás había visto un falo humano, ni siquiera en un descuido de su padre aseándose, y al comprobar su existencia tembló de arriba abajo como un álamo ante una brisa recia. No se atrevió a tocarlo pero, a la incierta luz del velón de iglesia que escoltó aquel encuentro, lo vio medrar de forma mágica, crecer sin levadura, endurecerse. Aquella forma extraña, caliente y atezada, era la fuente de la vida, lo que proveía la semilla que originaba el nuevo ser. Su madre le había hablado de ello pocas semanas antes. Sabía que debería alojarse dentro de ella, pero no lo entendía. Su órgano genital, aquella estrecha grieta y el nacarado orificio puntiforme que un día viera reflejado en un espejo, era pequeño, diría que diminuto, y albergaba la secreta esperanza de que el priapo de Harald no fuese demasiado grandioso. ¿Cómo aquello iba a caber dentro de ella? Lo había soñado sonrosado, hermoso, ligero, manejable, y en lugar de ello aparecía aquella masa informe, ancha, larga y pulsátil, maciza y negra, un mazacote con la punta roja. En un alarde de valor del que se sorprendió, se decidió a palparlo con cuidado, lo mismo que a un reptil. Era de consistencia casi pétrea, hirviente, no dejaba de progresar en ancho y largo y tenía una cabeza que le recordó al rosado muñón del pordiosero que pedía limosna a las puertas de la catedral, los días de fiesta. Expelía además un aroma inquietante que no supo definir, pues no le sugería nada conocido. Reprimiendo cierta náusea, se abrazó al cuerpo de su esposo, convencida de que únicamente cosas agradables podían brotar de un amor puro y limpio. Lo cierto es que el deleite comenzaba a instalarse en su caletre. Los besos, las caricias, el delicado manoseo de sus senos, el

que Harald destinaba a su sexo, el absurdo pero envolvente aroma que provenía del falo, todo le provocaba un placer que aumentaba a medida que advertía el que crecía y dominaba a su pareja. Y es que el Vikingo estaba ya instalado en el delirio. A pesar de la escasa colaboración que le ofrecía la inexperiencia de Ellisif, su ingenuidad, su candor arcangélico, sentía magnificarse dentro de él un gozo nuevo, distinto al de otras veces. Tornó a acariciar a su mujer por todas partes arriesgándose a provocar rechazo, pero no pasó nada. Ellisif, entregada, transigía en proyectos impensables o extrañas conjeturas. No comprendía nada ni quería comprender, presumir, conocer el porqué de aquella libación interminable por abajo, las caricias al final de la espalda, los besos sin medida, tasa y nombre. Tan sólo cooperaba sin hacer preguntas. Separaba sus muslos para él, pues entendió que aquello le aumentaba el placer; si estaba boca abajo, se relajaba para que las caricias de su esposo llegaran a todas partes, sin ningún límite; cuando la tenía a mano, se asía a aquella verga que parecía hambrienta; lo besaba en la boca con la suya muy abierta cada vez que se ponía a su alcance; le ofrecía los senos y las bayas inmaduras de sus pezones rígidos. Era ya media noche cuando, ahítos de gozo, Harald se decidió a ahondar dentro de ella. Lo hizo de un modo sabio, aunando la experiencia a la pasión. Fue penetrando en la abertura angosta con mucha prevención, mimosamente, apretando, aflojando, besando al tiempo los ojos y los pechos. Tornó a profundizar en el ceñido canal donde mora el deleite mientras mordía su boca. Cuando calculó por los gemidos y el cambio en el sabor de su aliento que estaba ya dispuesta, entonces la penetró con furia. Taladrar el epitelio blando, perforar la membrana sutil y nacarada, terminar de dilatar lo estrecho, transportó a los amantes al séptimo suspiro. De sentir Ellisif el desgarró, de comprobar Harald la certeza de su sangre himeneal caliente y líquida empapando las carnes y las sábanas, resultó aquel estrépito de aullidos y alaridos. De júbilo en boca del Vikingo, de placer doloroso, animal, franco y sumiso en los labios de ella. Se devoraron mientras duraron los espasmos cíclicos y quedaron abrazados el resto de la noche. La albura verdiblanca, entrando oblicua por el ventanal que daba al río, vio amanecer a los amantes desnudos sobre el lecho. Cantó el gallo y seguían machihembrados.

Fueron los cuatro años más felices en la vida de Harald. En la ciudad que amaba, rodeado del fervor popular y del afecto de su familia adoptiva, transcurrieron muy rápidos. Con excepción de las incursiones bélicas de mongoles y tártaros, que no faltaban ningún otoño, nuestro héroe conoció al fin la paz. Vivía en su palacete rodeado de comodidades y de lujos. Ellisif se había acoplado a su carácter y era cada vez mejor mujer y esposa. Superaron la pérdida del primer hijo con naturalidad. A ella le costó más aceptar aquel aborto de siete meses, una niña perfectamente formada y casi a término. Sabían por otra parte que en más de la mitad de las gestantes se malograba el fruto del embarazo. Por ello, lejos de amilanarse, se aplicaron a lograr

una nueva preñez. Ello era fácil. Ellisif, en su radiante juventud y sana como una ternera recién parida, le había cogido el gusto a la coyunda. Quedó encinta de nuevo y aquella vez la cosa funcionó. Cuando alumbró a un varón, en el 44, se desató la locura colectiva en la ciudad. Yaroslav ordenó tres días de fiesta en toda Ucrania y repartió comida y vino en la plaza de las ciudades y cruces de caminos. Decretó un indulto general para cualquier proscrito no condenado a muerte por asesinato o violación. Un año después vino un nuevo varón que colmó de felicidad a la pareja. Los jóvenes abuelos exultaban de gozo, pues el alumbramiento coincidió con la boda de Sonia con un conde bizantino, Cosme Barderis.

Todo acabó de golpe en febrero de 1047. Un mensajero llegó de la corte Noruega. Sabía que Harald estaba en Kiev y allí se dirigió pasando por Constantinopla. Magnus I, conocido en toda Escandinava como el Bueno, hijo único de su hermanastro Olav II, había muerto como resultado de una caída de caballo. El consejo de nobles, reunido en Trondheim bajo la presidencia de Justus, el anciano arzobispo, ascendido por Roma a la máxima autoridad religiosa en Noruega, reclamaba la presencia de Harald para jurarlo como rey. Algún aristócrata insumiso pretendía la corona alegando parentesco con la difunta y lejana reina Ingeberg. No nombró a los Gudumdsson, pero no hacía falta. El caso era urgente, pues el monarca danés, aprovechando el desconcierto que provocaba una corona acéfala, se aprestaba a dominar la parte norte del país tras haber conquistado todo el sur. El Vikingo se reunió de inmediato con Yaroslav.

—Llegó el momento anhelado y al tiempo temido —dijo Harald.

—Para mí lo es de felicidad y esperanza —dijo el príncipe—. Felicidad pues mi estirpe reinará en Noruega a través de la sangre de mi hija, que será reina, y esperanza porque estableceré sólidos lazos de confraternidad con la monarquía que ya representas.

—¿Entonces me aconsejas partir?

—Cualquier otra cosa sería una cobardía. Debes partir y además de inmediato. Afrontarás tu destino con coraje y sin mirar atrás. No debes defraudar a tu pueblo. Ellos no saben el regalo que les baja del cielo: un rey prudente, cultivado, valeroso y fiel. Sé que pierdo a una hija, pero es el peaje que tenemos que pagar los gobernantes probos en nuestro duro oficio.

Tomada ya la decisión de aceptar la corona, Harald la comunicó al mensajero, que regresó por donde había venido. Él prefería desandar el camino que emprendiera veintisiete años atrás. Hubo una solemne fiesta de despedida en palacio con asistencia de los principales representantes civiles, eclesiásticos y una delegación del ejército a las órdenes de Harald. En ella, presidiendo la mesa, el Vikingo recibió el trato de rey y Ellisif el de reina. Yaroslav y Tatiana, de rodillas ante la pareja, besaron sus manos. A finales de abril, cuando ya no había hielo y las hojas verdeaban en los árboles, se

dirigieron a Novgorod en una gran comitiva que hada el viaje por tierra, en carricoche, o por ríos navegables. Igor y Frelav eran de la partida. Diecinueve días tardaron en recorrer las mil doscientas verstas. Harald aprovechó para poner a su mujer al corriente de sus amoríos de juventud con la pobre Greya y de la existencia de una hija que no conocía.

—Siempre supuse que has sido amado por multitud de mujeres —dijo Ellisif—. No me importa tu pasado. Sólo aspiro a que seas para mí en el futuro.

Le habló también del acoso de los intrigantes hermanos Gudumdsson y de sus ambiciones dinásticas. Por otra parte, extremó sus precauciones: sus enemigos podían intentar acabar con su vida para hacerse con el trono noruego. Al llegar a Novgorod se alojaron en el castillo condal, donde los esperaban.

Todo fueron atenciones en los cuatro días que pararon allí. Tanto Vasily como Ana Vasilieva se desvivieron porque estuviesen cómodos y los trataron como a reyes. Mayo despuntaba el tallo de las flores, en los árboles nacían los primeros botones; y hojas tiernas y en las torres de la ciudad había ya cigüeñas crotorando. Harald tuvo tiempo de hablar con sus dos anfitriones. Ana, consu mirada triste, se mantenía esbelta a sus cuarenta y ocho años. Le alabó la belleza de Ellisif con un temblor de voz. Después le presentó a su hija, una linda mujer de veintidós años llamada Raya. Era la imagen repetida de su padre y el Vikingo no pudo disimular un estremecimiento. Cuando quedaron solos, habló la Vasilieva.

—Vasily conoce por supuesto el origen de Raya. Sólo ella no lo sabe y espero que no lo sepa nunca.

—¿Por qué no ocultaste la verdad a Vasily?

—Infravaloras a mi marido. Siempre estuvo al corriente de nuestro amor. Además, ella se te parece tanto que hubiera sido inútil intentar ocultarlo.

—¿Cómo reaccionó al saber que llevabas en el vientre un ser de otro?

—Pregúntaselo a él. De vez en cuando surgen varones con verdadera hombría. Tan sólo te diré que recuperó mi amor con aquel gesto. No es que haya dejado de quererte, pero un hueco en mi corazón es de Vasily. También deseo que sepas que no te guarda el menor rencor.

Ana y Ellisif hablaron mucho. Congeniaron, entendiéndose casi como madre e hija. Sin palabras sobre la tormentosa relación adulterina, Ellisif se impuso en ella de modo misterioso. Una tarde Harald buscó a su mujer y la encontró en el torreón. Parecía meditar mientras contemplaba el incendio dorado provocado por el crepúsculo en las copas de los árboles.

—Os amabais aquí, ¿verdad?

Las mujeres son sabias y leen el pasado en el brillo de un iris. Mentir le pareció absurdo además de inútil.

—Aquello terminó hace mucho tiempo.

—No te culpo por ello. Raya se te parece como un copo de nieve a otro. Ana es hermosa y debió de serlo mucho hace veinticuatro años.

—Lo era. Los dos éramos jóvenes y por tanto imprudentes. Sólo tienes que saber que no hubo malicia en nuestra relación, que provocó el amor. Y también que de aquel fuego no existe ni el rescoldo.

La tarde anterior a su partida, el Vikingo tuvo ocasión de hablar en soledad con Vasily. O, mejor, de escuchar de los labios del conde su confesión.

—Te doy con gusto el trato de majestad. Te lo mereces —dijo.

—No seas bobo —respondió Harald—. Soy yo el que siempre te será deudor por el trato que me diste cuando no era nadie.

—Sé que has hablado con ella.

—Aunque tarde, quiero pedirte perdón por haberla amado. Podría decirte que fue Ana la que propició aquel amor, porque fue amor, pero te mentaría. Fue una pasión insoslayable y de los dos. Los dos fuimos culpables. Ambos estábamos horrorizados por nuestro comportamiento que, insisto, ocasionó el cariño. Quizá tú sepas de eso...

—Conozco que fue así y no te lo reprocho. Los dos erais muy jóvenes. Teníais una edad en la que es imposible domeñar las pasiones. Además, mi estado lamentable, aquel muñón hediondo que tanto me hizo sufrir, fue determinante. Ana me amaba... y a ti también. Distinto hubiera sido el caso si sólo se tratase de lujuria o placer majadero. Os habría degollado a los dos.

Partieron hacia la costa bajando el río Luga. No echaban de menos la Bizancio pues, desde Kiev, Yaroslav velaba por el éxito de la expedición y proveía de naves y carruajes. A Harald le pareció vivir de nuevo el ataque pirata, su primera prueba en suelo rus. Pararon una hora en Ivangorod, a refrescarse, y pasaron por el viejo colmado donde Farlo amara a la mujer del tabernero. Todo seguía igual a excepción del dueño del negocio, muerto años atrás. Svetlana, atónita ante la aparición de aquella extraña comitiva, tardó en relacionarla con su aventura de hacía tanto tiempo. Se veía por sus trazas, y a pesar de la edad, que seguía en el negocio de la carne.

—Tu marido me atendió muy bien cuando pasé por aquí, hace un cuarto de siglo —dijo Harald—. Me regaló esta cruz que siempre me ha acompañado desde entonces.

El Vikingo mostró la cruz griega que colgaba de su pecho en medio de la estupefacción de los presentes, entre ellos Ellisif.

—Por ello —continuó—, te ruego aceptes este modesto obsequio.

Y sacando una bolsa de cuero la desató y vertió sobre la mesa treinta estateras de oro. Al escuchar el sonido cantarín de las monedas, para muchos el mejor que pueda producir el más afinado instrumento, Svetlana palideció.

—Es demasiado, señor...

—Majestad —dijo uno de los varegos que iban con ellos—. Te habla el conde de

Kotonop, su majestad el rey de Noruega.

Se disponían a embarcar de nuevo cuando ocurrió el suceso: un arquero semioculto tras unos fardos, en el pequeño muelle, asaeteó a placer a Harald. La flecha resbaló en la loriga de malla y se incrustó en un hombro. El sicario sacaba del carcaj un nuevo dardo cuando se abalanzaron sobre él cuatro guerreros para decapitarlo.

—¡No lo matéis!—gritó el Vikingo—. Traedlo.

Le amarraron las muñecas por detrás y lo acercaron. Parecía un pobre campesino hambriento más que un guerrero. Temblaba de terror.

—Dime quién te paga y salvarás la vida —dijo Harald.

Silencio.

—Si no lo haces te descuartizaré y ordenaré que acaben con tu gente.

Nuevo mutismo.

—Decapítalo, Igor —mandó el Vikingo.

Sólo entonces, cuando el varego blandió en el aire el acero desnudo, abrió la boca el facineroso. Un muñón trágico, negro y sanioso, resumía lo que había sido lengua.

—¿Sabes escribir? —preguntó Harald.

El hombre negó con la cabeza.

—Te haré algunas preguntas. Contéstalas moviendo la cabeza. Si me engañas, amén de despedazarte con mis manos, quemaremos tu casa con tu familia dentro.

El cautivo asintió con los ojos dilatados de pánico.

—¿Te envían los condes Gudumdsson?

Hubo un enérgico movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Svend y Björn de consuno?

Se repitió el movimiento varias veces.

—¿Fueron ellos en persona?

Se reprodujo el gesto.

—Aherrojadlo en la sentina y vigíladlo día y noche —ordenó el Vikingo—. Su concurso es importante para mí y volveré a precisarlo.

El cirujano-barbero que los acompañaba extrajo el dardo que no era muy profundo. Quedó una herida que cerró pronto y sin dejar secuelas. Cruzaron el mar Báltico desde el golfo de Finlandia al estrecho del Sund, navegaron Kattegat y Skagerrak, doblaron la punta de Cristiania y el 20 de mayo de 1047 embocaron el fiordo de Trondheim.

Capítulo 4

¿Ves todas las estatuas que llenan el atrio de los césares? No hay ninguna que no sea célebre por alguna desgracia familiar.

Lucio Anneo Séneca, Consolación a Polibio

Ingrata fue la llegada de Harald a su tierra. Muy reciente la muerte del rey Magnus, universalmente aceptado como el Bueno, todos añoraban al difunto. Fue mejor acogido entre la plebe y la milicia que por la nobleza y el estamento eclesiástico. Los campesinos y pescadores sabían que era uno de ellos, lo habían visto crecer y pelear, al cabo que la nobleza desconfiaba. Muchos dudaban incluso que fuese el auténtico Harald Sigurdarson, el bastardo real. Habían pasado veintisiete años y aquel rubio y canoso hombretón poco se parecía al que dejó los fiordos con diecinueve. Ni siquiera las manifestaciones de Solvej, loca de alegría al recuperar a su hijo, hacían mella en ellos. En cuanto al clero, recelaba de la ortodoxia católica del recién llegado. Tantos años en tierras bizantinas podían haberlo contaminado de la ponzoña del herético Focio. Por eso, cuando el arzobispo Justus, un anciano de casi ochenta años a la sazón, manifestó que podía desvelar su verdadera personalidad, Trondheim entero se conmocionó.

El acto del reconocimiento tuvo lugar en la catedral en presencia de la nobleza y de Solvej. Fue fácil para el prelado descubrir y asegurar que los cuervos tatuados detrás de las orejas del candidato eran los mismos que un lejano día le enseñara Solvej. Además, resultaba evidente el aire familiar del recién llegado con el rey Harald II. En consecuencia, ante la asamblea de los nobles y de los ricoshombres, el obispo hizo a Harald dos preguntas en voz alta:

—¿Sois Harald Sigurdarson?

—Ése es mi nombre —respondió el Vikingo con voz firme—. Soy hijo de Solvej y del rey nuestro señor Harald II, que Dios haya recibido en su seno.

—¿Juráis por estos Santos Evangelios pertenecer a la Santa Iglesia católica apostólica y romana?

Era una respuesta de solución sencilla, para la que no tuvo necesidad alguna de mentir. Harald había sido bautizado en la Iglesia de Roma; pasó del agnosticismo a creer en Cristo con una tibieza confortable; aprobaba cosas del catolicismo y execraba de otras, algo parecido a lo que le ocurría con la ortodoxia que nadie le había obligado a abrazar. En consecuencia, su sí resonó por el templo como un aldabonazo.

—Sólo me queda una última pregunta, esta vez para la noble asamblea que nos

rodea —dijo el arzobispo—. ¿Alguien presenta trabas jurídicas o impedimentos legales para que Harald Sigurdarson sea coronado rey?

Tras unos segundos de mutismo en las gradas se levantaron Svend y Björn Gudumdsen. Se encontraban en cercanos sitios preferentes.

—Acuso a Harald de perjurio —dijo Svend—.

—Embarazó a nuestra hermana Greya y huyó para no cumplir su juramento de matrimonio y la palabra dada —añadió Björn, señalándolo.

Hubo un murmullo de admiración que iba en aumento. El acusado de perjurio alzó un brazo para pedir silencio.

—Mentís —respondió el Vikingo sin alterarse—. Jamás engañé a Greya. Para amenguar su sufrimiento ante mi partida le prometí volver, como pensaba, pero su muerte lo hizo innecesario. Me negué a jurar nada delante de vuestro padre, el conde Roald, que no me desmentirá desde su tumba. Pero no es la muerte de la pobre Greya, que descanse en paz, ni ningún juramento la causa de vuestra acusación infame y falsa.

—¿Nos tachas tú, un bastardo, de infames y de falsos?

—Y de asesinos con el fin de proclamaros reyes de Noruega.

Tras un silencio de claustro se recrudeció el rumor de voces y cuchicheos en decenas de gargantas.

—Lenguaraz... Cómodo y fácil es hablar sin pruebas —dijo esta vez Björn.

Entonces Harald se quitó la casaca y el jubón que arrojó al suelo, quedando desnudo de cintura hacia arriba. Su moreno y musculoso torso sembrado de cicatrices se mostró a los asistentes mudos de asombro.

—Esta herida es tártara y esta otra mongola —dijo señalándolas—. Pero ésta —se tocó el costurón del hombro— es de origen noruego.

Todos los asistentes se habían levantado de sus asientos. La expectación era máxima.

—¡Haced que pase el cautivo! —pidió el Vikingo, alzando la voz.

Cuatro soldados introdujeron en la sala al arquero que atentara contra su vida en el muelle del Luga. Venía maniatado y descalzo.

—No puede hablar porque alguien le cortó la lengua para que no lo hiciera, pero tiene ojos y cabeza. ¡Abre la boca! —le ordenó.

El prisionero obedeció para mostrar su muñón asqueroso. Un terrible silencio se adueñó del templo abarrotado. Las mujeres asistentes con Solvej a la cabeza se tapaban la cara con las manos.

—¿Reconoces esta herida? —preguntó Harald, marcando la del hombro.

El cautivo asintió con un gesto.

—¿La provocaste tú?

Hubo otro signo aquiescente con la cabeza.

—¿Tu intención era matarme?

El preso afirmó de igual modo.

—¿Se encuentran en esta sala los que te contrataron? Si es así, dirígete a ellos y señálalos.

En medio de un silencio tan denso que podía cortarse, el testigo paseó la vista por el estrado de los señores, se dirigió a los Gudumdsson y llegó a tocarlos. Éstos, muy pálidos, enmudecieron y se derrumbaron en sus asientos.

—Por mi parte no hay nada que añadir —dijo el arzobispo—. Que se pronuncie la asamblea.

Todos, puestos en pie, lo hicieron por aclamación. La ovación duró varios minutos. Al ceder los aplausos el conde de Bergen invistió a Harald Sigurdarson con la capa de armiño, lo armó del cetro y lo coronó rey de Noruega con el nombre de Harald III. Sentado en su trono, con la reina Ellisif a su derecha, desfiló ante él la nobleza de su patria, que dobló la rodilla imitando al prelado. Al acabar; el notario y guardasellos real pidió la venia al rey para prender a los traidores condes y llevarlos a juicio.

—No hará falta —dijo Harald III—. No empezaré mi reinado con sangre. Se respetarán las familias de los condes y sus propiedades, pero ellos tomarán el camino del exilio de por vida en Novgorod. Ésa es mi real voluntad.

No se dio el monarca un minuto de reposo. Lo primero arreglar los asuntos familiares. Solvej, siempre discreta y aún bella a sus sesenta y dos años, había vivido en el alcázar todo el tiempo, en un ala apartada. Al morir Greya lo hizo acompañada por su nieta, una preciosa niña que recibió al nacer el nombre de su madre. Solvej y la nueva Greya vivieron juntas hasta que la muchacha se casó con un oficial de la guarnición de Trondheim, al cumplir dieciocho. El nuevo rey hizo llamar a su hija, que era la viva estampa de su madre, la reconoció como tal y le dio su apellido. Nunca podría aspirar al trono noruego al ser bastarda, pero le concedió el condado de Alesund e hizo que su marido fuese promocionado en la milicia.

Habló el Vikingo a su madre del tío Rulav, de la pérdida de su brazo y de su matrimonio con aquella misteriosa y bella griega. Relató prolijos detalles sobre su casa, la forma de vida en el Oriente y lo ameno del clima. Intentó describirle una palmera y un mercado moruno mientras recordaba Uskudar y sus veladas de jazmín, dama de noche y plata derretida. Le pareció oler otra vez el romero, la albahaca, las frituras con comino, cebolla y pimentón, los sahumeros de sándalo y respirar los aromas de Fátima.

Ellisif y Solvej conectaron pronto. Tenían similares caracteres y eran igual de dóciles. La ucraniana llegó a Noruega en su momento dulce: los días largos, cuando amanece a las cuatro del alba y no se pone el sol hasta pasada media noche. Coincidió que estuvo sin llover dos semanas e hizo calor. Pensaba la infeliz haber llegado al

paraíso. Al tiempo del solsticio de verano, tras la noche de San Juan de cánticos y hogueras, Harald llevó a su mujer al fiordo después de amanecer.

—Pensaba en Noruega como un país muy frío —dijo ella.

—Es tan helador que terminarán doliéndote los huesos —sostuvo él.

Se bañaron desnudos en las gélidas aguas. A Ellisif le costó, pero lo agradeció cuando, roja la piel y humeante, salió del fiordo para secarse a la carrera, al modo nórdico. Se amaron en la orilla, colocando una túnica sobre el mullido césped.

—Aprovechemos nuestros últimos días tranquilos en mucho tiempo —dijo él.

—Lo negaste, pero sé que te irás...

—Debo arrojar a los daneses de mi patria.

—Dijiste que jamás me abandonarías. ¿Por qué los hombres sois tan guerreros? ¿Qué más os da un pedazo de tierra más o menos?

—La tierra es lo único real: igual que la mujer, puede tocarse, sentirse su vibrar, olerse. Quien la posea dominará a sus contrarios y tendrá el poder.

—Poder, dominio, posesión... Son palabras que no me dicen nada. Para mí no hay nada sin amor.

Harald reorganizó con rapidez las milicias noruegas. Ordenó reparar castillos defensivos, recomponer la flota y botar nuevos barcos. Mediante una leva de hombres consiguió aumentar su ejército con quince mil nuevos efectivos cuyo adiestramiento dirigió personalmente. En el otoño reunió a su estado mayor en el alcázar. Todo eran caras nuevas para él.

—Mi primer objetivo es la reconquista de Noruega —dijo—. Arrojuremos del solar patrio al invasor danés y le obligaremos a firmar la paz. Después iremos poco a poco: la fusión de los reinos escandinavos es esencial para desviar al norte el centro de la política europea que hoy se halla en Normandía. Volveremos a adueñarnos de Inglaterra, y Noruega se convertirá en el reino más poderoso de Europa. Luego, mediante mis excelentes relaciones con los rus de Novgorod, con Ucrania y Bizancio, dominaremos el comercio y el tráfico de especias.

Todos escucharon aquella prometedora arenga con atención. Uno de los generales lanzó un estentóreo ¡viva el rey! que corearon todos.

—Agradezco vuestra devoción, pero quiero ganármela con hechos —dijo Harald muy serio—. No soy hombre proclive a la adulación ni a escuchar complacidas lisonjas. Me tengo por austero e inflexible en asuntos que afecten al reino. He venido a luchar y a escuchar. Decidme vuestras propuestas y las estudiaré si son sensatas.

El general más antiguo habló de la situación geoestratégica. En Inglaterra, tras la muerte de Canuto el Grande y de su sucesor

Eduardo el Confesor, luchaban por la corona diversos condes anglos y sajones. También metía cizaña Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, quien, muerto su padre, Roberto el Diablo, exponía sus derechos de parentesco con Canuto. En

Dinamarca reinaba Sven II, nieto de Canuto y tataranieto de Sven Barbapartida. El rey danés, lejos de retirarse, presionaba las fronteras noruegas por el sur y hacía valer sus prerrogativas sobre Escocia. Las relaciones de Noruega con Normandía eran excelentes, lo mismo que con sus vecinos finlandeses y suecos.

Otro sesudo general expuso sobre un plano la situación de las fronteras. Los daneses controlaban el fiordo de Hardange y el de Oslo por el sur, hasta el Hallingdal, la cadena montañosa y su glaciar de Eidfjord. Toda Scania era suya, con la isla de Bornholm y la Pomerania. Las fuerzas vikingas noruegas alcanzaban los cuarenta mil efectivos sin contar la marina. El jefe de la armada, un engolado almirante de mostacho a la turca, describió las fuerzas bajo su mando: cuatrocientos navíos en posición de revista, es decir, listos para combatir, y veintidós mil curtidos marineros.

Con diferentes alternativas, doce años llevó a Harald III la liberación de Noruega. Scania y la isla de Bornholm permanecieron en manos danesas. En 1059, se firmó la paz en Lund, la pequeña capital sueca al borde del estrecho del Sund. Fue una paz inestable, como todas las escandinavas. Antes del año, Svend, el rey danés, amagó con desembarcar en Kristiansand. Harald contraatacó en Selandia y se generalizó otra vez la guerra. Finalmente, exhaustos los ejércitos, vacías las arcas de ambos reinos, incapaz de incorporar Dinamarca a un utópico reino panescandinavo, Harald el Vikingo selló una paz que esta vez perduró.

Entre batalla y batalla el guerrero descansaba en los brazos de Ellisif. La reina, con su belleza y simpatía, había conquistado el corazón del pueblo noruego. Tan sólo echaba de menos una cosa: la luz. No se quejaba del frío, menor que el de su tierra, ni de las heladas o ventiscas, que al lado de las de Kiev eran pequeñas, pero aquella negrura de los meses desde octubre a mayo le sacaba de quicio. Era como vivir eternamente dentro de un agujero, como morar en una cueva a la luz de los cirios. No soportaba los inviernos de Trondheim. Se había acostumbrado a la lluvia interminable y silenciosa, a la bruma lechosa que sobrenadaba el fiordo en época invernal, pero a la ausencia de sol durante tanto tiempo, a aquella grisalla húmeda y perenne no se amoldaría nunca. No bastaba la delicia del verano nórdico, corto pero intenso, ni el calor de los días largos que la hacía revivir como a los saurios. Por ello, desde que la costa sur estuvo ya segura, pidió a Harald el traslado de la corte a Kristiansand.

Tenían un hijo por año. Bien es verdad que no todos vivieron. En épocas de penuria y frecuentes hambrunas, de mil enfermedades, la naturaleza, sabia, no permitía que medrara toda la descendencia en las parejas. Ni siquiera en las acomodadas. El matrimonio que lograba tres hijos vivos de diez embarazos se daba por contento. Ellisif tuvo tres niños que nacieron muertos, otros tres que fallecieron a los pocos meses y cinco que lograron crecer. Tantos embarazos no lograron empañar su belleza. Mucho más joven que su esposo, siempre supo atraerle y conquistarlo. Hasta el punto de que Harald III no tuvo amantes conocidas. Las pocas veces que

engañó a su esposa, nunca estando en Noruega, fue durante sus campañas foráneas, de meses a veces, en las que su ardor varonil le impulsaba a desfogarse con cortesanas o damas de la nobleza que se le entregaban.

El año de 1063 fue un año de visitas. En mayo llegó a Noruega una delegación del emperador para cumplimentar al rey y hacerle entrega del título de Spakarocandidavth, como premio a sus muchos años al servicio de Bizancio. Fue emocionante. Rulav y su mujer, que eran de la partida, se abrazaron con Harald y Solvej y no se separaron en las tres semanas que estuvieron en tierras nórdicas. Juntos mostraron a Pelagia los bosques de hayas, los inmensos glaciares, los ciervos y alces en libertad y se bañaron en las heladas aguas de sus fiordos. A pesar de su manquedad y de su edad —cumplió en Noruega ochenta y cinco años—, Rulav conservaba su fuerza y era capaz de atravesar a nado un fiordo estrecho.

En junio, coincidiendo con el solsticio, llegó a Bergen la comitiva condal desde Novgorod. La integraban solamente Ana y Vasily, que respondían a la formal invitación tantas veces diferida de Harald. Cumplía así el Vikingo su promesa de enseñar a Ana Vasilieva los fiordos. Recorrieron el de Stavanger y el Lysefjorden, con su alto mirador en forma de pulpito: el Prekestolen. Navegaron ambos en toda su longitud, visitando puertecillos, brazos y recovecos. Ana, hermosa como siempre, estaba alucinada ante tanta belleza. Subieron hasta uno de los pequeños glaciares de la zona. Tras el amanecer de un día cálido, con el sol ya muy alto, se bañaron desnudos en el fiordo. En Noruega nadie se escandaliza de un desnudo si es para el baño ritual y purificador. Tampoco lo hicieron aquella vez al contemplar a tres viejos, uno de ellos cojo, y una bella mujer muy cerca de cumplir los cuarenta chapoteando en el agua. Tras una semana en el palacio de Kristiansand, los condes se despidieron. Ana, con lágrimas en los ojos, dijo adiós para siempre al amor de su vida.

Aquel invierno, tal vez por la emoción de la visita de su hermano o de verlo feliz, murió Solvej. Se apagó dulcemente, sin un ruido, sin dar pesar ni un mal trabajo a nadie. Una oscura mañana amaneció muerta en la cama, boca arriba, con los ojos abiertos y el cabello recogido en una trenza, como si ella misma, presintiendo la llegada de la parca, se lo hubiese atusado para cruzar compuesta el portón del Valhalla. Tuvo los funerales de una reina.

Tres años después, en la primavera de 1066, llegó a Kristiansand una embajada de Guillermo el Bastardo, duque de Normandía.

Harald el Vikingo se dirigía hacia su última batalla. Mientras navegaba por el mar del Norte discurría sobre los avatares de una vida que ya iba siendo larga. Habiendo surcado tierras y mares, ríos y lagos, selvas y páramos en los cuatro puntos cardinales y combatido a turcos y cristianos, árabes del desierto y bárbaros caucásicos, ahora le llamaba un poderoso príncipe: Guillermo, duque de Normandía. Varias veces leyó la propuesta que, sellada y lacrada, le enviaba el hijo de Roberto el Diablo con su

emisario de confianza, el conde de Poitiers. Era una oferta tentadora, simple y ventajosa: muerto el rey Eduardo el Confesor sin sucesión, se había proclamado monarca de Inglaterra Haraldo, el jefe del partido anglosajón. Según el duque se trataba de una proclamación nula de derecho, por cuanto sus ambiciones al trono inglés se basaban en lazos de consanguinidad, como era notorio al ser primo hermano de Eduardo, siendo más válidas que cualesquiera que ostentase Haraldo. Si el monarca noruego aunaba sus fuerzas a las suyas normandas, le explicaba en la misiva, caerían sobre el impostor para batirlo, decapitarlo y hacerse coronar, Guillermo rey de Inglaterra y Gales y Harald III monarca de Escocia.

Harald leyó a sus consejeros, en presencia del emisario francés, el pergamino. Todos, incluso el conde, se sorprendieron de la oferta, pero la encontraron razonable. La respuesta fue una poderosa flota de trescientos navíos de quilla plana, perfectamente armada y con veinte mil guerreros que se hizo a la mar desde Stavanger el primero de mayo. Era tal la potencia de la escuadra que, pensó el Vikingo, podría asolar la propia Normandía si se trataba de alguna estratagema. En cinco singladuras, avituallándose en Amberes y Calais, el 6 de mayo amarraba la flota en la boca del Orne. Tan sólo la nave capitana y dos de escolta ascendieron el río hacia la cercana Caen, la capital normanda. Guillermo el Bastardo, que esperaba en los muelles al rey Harald —conocido ya en toda Europa como el Justo— se fundió en un estrecho abrazo con su invitado.

Aquella noche hubo una gran cena en la fortaleza del duque, amenizada al modo galo con músicas y danzas.

—¿Vive vuestra madre? —preguntó al duque Harald, encarando un delicioso asado de pecho de corzo.

—¿Arlette? Sí, a Dios gracias. Mora en Falaise, un burgo a siete leguas. ¿Por qué?

—Tengo algo para ella.

—Lo sé —afirmó el noble—. A su regreso de Palestina, el lugarteniente de mi padre me informó sobre el medallón que el duque llevaba en su pecho al morir y que sé conserváis.

—La muerte del duque fue una terrible desgracia propiciada por la inexperiencia —aseguró Harald—. Le advertí en Constantinopla de ciertos peligros y de las inexcusables precauciones para el tránsito por tierras árabes que, fiado quizá en su fortaleza, no cumplió.

—Jamás podré agradeceros el trato que le disteis en vuestra casa, vuestra hospitalidad a orillas del Bósforo. Obra en mi poder su última epístola, en la que pondera sobremanera vuestro exquisito trato. Dios os bendiga. Y también por cerrarle los ojos.

—Me contó la causa de su peregrinación a Tierra Santa, que tal vez no sepáis ni

vos mismo —dijo Harald.

—jamás me habló de ello...

—Fue vuestra lesión, aquella que propició la caída de un caballo y que os tuvo al borde de la muerte. Os amaba hasta el punto de querer agradecer a Cristo la recuperación.

Guillermo, un príncipe de treinta y nueve años a la sazón, callaba mientras se humedecían sus ojos. Aquella mención y el recuerdo debieron suscitar sus mejores vivencias. Harald lo contempló con interés. Recordaba a su padre por la agudeza de su ingenio y también por las aristas descarnadas de su rostro: cejas salientes como alares de establo, pómulos puntiagudos y un mentón prognático que, cual mascarón de proa, hendía el viento dándole un aura muy viril que debía conquistar a cualquier fémina. Porque el duque, como supo enseguida el Vikingo, era bienquisto entre ellas. De su figura emanaba algo especial, una herencia magnética quizá, pues no cumplía en absoluto el canon griego.

—Pensé que se trataría de alguna promesa hecha a mi madre —dijo Guillermo—. O tal vez se creería culpable de la enfermedad de su mujer legítima. En cualquier caso, un asunto de faldas. Sabréis que era mujeriego.

—Algo me dijo.

Las mujeres del duque —su esposa y dos hijas de quince y trece años— se habían retirado tras los postres y era el momento de las confidencias. Guillermo llenó las copas hasta el borde con aguardiente bretón, se retrepó en su asiento, contrajo sus pupilas y casi murmuró:

—No soportaba la visión de una hembra hermosa... Era superior a él. Hasta que conoció a mi madre, engañaba a su mujer con cualquier cosa con enaguas que le hiciera frente. Gustaba poseer a todas las criadas de la casa y a las foráneas, así fuesen doncellas o casadas. Más de una vez, lo reconozco, abusó de ellas. Por ello creí que dicho desvarío femenino era la causa de su peregrinación a los Santos Lugares.

—¿Debo colegir que al conocer a Arlette cambió?

—Hasta donde yo sé, radicalmente.

—Sólo una mujer inteligente y hermosa puede obrar tal transformación en un varón de casta —sostuvo Harald, pensando en sí mismo.

—Su esposa ante la ley no era muy bella. El suyo fue un matrimonio impuesto, de estado, y suelen fracasar. En cuanto a la conquista de mi madre, me sé la historia pues me la contó la protagonista alguna vez.

—No tenéis que referirme confidencias...

El duque dio un largo trago de aguardiente y abismó su mirada en algún punto del tapiz de Bruselas que decoraba el paredón de enfrente. Su rostro, del vino y los licores, estaba congestivo; sus aletas nasales vibraban como los ollares de un jabalí acosado pezuñeando en la hojarasca, pronto al ataque. Parecía hacer tiempo para que

sus recuerdos le encajasen dentro del caletre y cuadrarse el rompecabezas que conforma cualquier evocación. Sin responder a la observación de Harald, continuó:

—Cuando la conocí, visitando un mercado en Falaise, tenía mi madre trece años. La niña compraba algo o husmeaba entre los puestos de frutas y verduras. Sus miradas coincidieron varias veces. El testimonio de los que la conocieron por entonces coincide al afirmar que era de tal belleza que quitaba el aliento. Si vais a visitarla, aún hallaréis rastros de ella. Mi padre quedó tan preso en su hermosura como una trucha al cebo y no pudo evitar perseguirla. Dejó su caballo al palafrenero y fue tras Arlette por callejas angostas hasta su domicilio, en lo alto de un taller de curtidos. Era tan fuerte el hedor a tanino y curtiembre que el duque no pudo soportarlo y desapareció. No sosegó aquella noche. La pasó en blanco, calculando la manera de hacer suya a aquella especie de ángel. Jamás había contemplado algo tan bello y delicado, de formas tan etéreas. No encontró mejor solución que mandar a buscar al curtidor y traerlo a su presencia. Nada se sabe, lógicamente, de aquella charla en la que una niña se jugaba su destino. Sólo sé lo que me contó la propia Arlette: su padre defendió con uñas y dientes la integridad de su pequeña, que era la niña de sus ojos; juró matarla y volver después la daga contra sí si el duque abusaba de ella. Pero acataría lo que la pequeña, libremente, dispusiera. Y aquel fue el trato que mi padre aceptó.

—Me parece una actitud encomiable e infrecuente por parte del duque —dijo Harald—. Cualquiera otro en la situación del noble, habría hecho azotar al descarado y habría violado a la pequeña y a su madre hasta hartarse.

—Y no descarto que tal fuese su primitiva idea. A decir verdad, ya la había practicado varias veces. Pero la ocasión era distinta, pues había por medio amor auténtico: cuando la vio ante sí, ruborosa, indefensa, temblando de pavor, bella como las auroras boreales que dicen gozáis en los estíos del norte, se derrumbó y no fue capaz de tocarle un cabello. Su melena, rubia como la arena de las playas normandas, desbordaba sus hombros y velaba las cimas de sus senos. Tan sólo fue capaz de besarle las manos. La llevó a pasear por el parque y, dialogando, logró tranquilizarla. El duque Roberto contaba a la sazón treinta años y era un hombre gallardo. Vos lo conocisteis.

—No entiendo de hombres, pero desde luego tenía buena planta incluso a los cuarenta y cinco, edad que le supuse cuando fue mi huésped.

—Estos días cumpliría ochenta y tres. Tenía cincuenta al morir. Imaginadlo con veinte años menos. Lo cierto es que Arlette se enamoró de él perdidamente.

Harald calló. Muy bien podía ser cierto lo que contaba el duque. Él también llevaba a Ellisif una montaña de años y daba fe de que los sentimientos de su esposa eran de puro amor.

—Continuad.

—El resto es aburrido. El duque llevó a su joven amada al castillo de Deauville, junto al mar, y la instaló mejor que a una princesa. Dispuso para ella un ejército de sirvientas, camareras, doncellas y hasta un ama de llaves. Eran tales sus celos enfermizos, que no consentía la presencia de hombre alguno en el castillo ni merodeando por sus cercanías. Los jardineros que trabajaban en el enorme parque eran vigilados por fieles centinelas desde los torreones hasta que, terminado su trabajo, regresaban a sus casas en el vecino pueblo. Los palafreneros, que siempre habían vivido en las cuadras al pie de las monturas, fueron trasladados a unos húmedos cobertizos por detrás del castillo, adosados al foso. Si en verano, Arlette bajaba a la playa para tomar un baño, la ensenada era copada por las sirvientas para impedir el ocasional paso de algún extraño. En una ocasión apalearon a un pobre desprevenido bañista que pretendía sumergirse en las heladas aguas de la bahía de la Seine.

—Cualquier precaución es poca cuando una joven se baña desnuda —dijo Harald.

—¿Desnuda decís? ¿Estáis loco? En Normandía, las cuatro mujeres que se bañan durante la temporada lo hacen con tantas enaguas, cenefas y puntillas que apenas dejan ver un poro de su piel...

—Perdonad. Pensé que, lo mismo que en mi tierra, las gentes se bañarían in puribus. ¿Qué satisfacción puede hallar uno metiéndose en el agua vestido y hasta el cuello de encajes?

No hubo contestación a tan insólita pregunta. El duque se recostó en su asiento. El Vikingo tuvo la sospecha de que Guillermo de Normandía no era partidario de los baños de mar. Pasó un minuto antes de que prosiguiera su relato.

—El caso es que Arlette quedó muy pronto encinta. Yo nací en aquel castillo, en el verano de 1027. Los inviernos los pasábamos en el palacio de Falaise, más confortable, pero pronto tuvimos que abandonarlo y nos trasladamos a Dauville para vivir allí todo el año. Tan sólo regresábamos puntualmente a Falaise: en Navidad o por Pascua florida.

—¿Por qué motivo dejasteis un hogar tan agradable? ¿Hubo quizá reformas?

—No. La verdadera esposa de mi padre fue recluida en uno de los calabozos del palacio de Falaise al enfermar; aquella fue la causa.

—Algún mal contagioso...

—No, algo mucho peor que le afectó a la mente.

—¿Se volvió loca?

—En efecto. Al comprobar que su marido la engañaba sufrió varios ataques de demencia agresiva. Era dos años mayor que el duque. No había cumplido treinta y cuatro cuando tuvo la primera crisis. Aullaba como una loba herida día y noche, se mesaba los cabellos y se golpeaba la frente contra los muros de su celda.

—¿Celda?

—Hubo que encerrarla y ponerle cepos en muñecas y tobillos. Si persistía en sus alaridos, los guardianes tenían la autorización del duque para azotarla hasta la sumisión, única medicina que la ciencia reputa como más eficaz para el tratamiento de los locos furiosos. Y es que, como si estuviese poseída, atacaba a cualquiera que se le acercara.

—Hay veces que es más caritativo terminar de una vez y ahorcar a aquellos infelices... —sostuvo Harald.

—Opino igual, pero no fue el caso. Yo, a espaldas de mi padre, bajé a verla una vez teniendo quince años. Quería observar a una loca rabiosa de cerca. Fue una mala experiencia.

—¿Qué ocurrió?

—Supo quién era sin mirarme. Estaba al fondo de la mazmorra, dentro de la penumbra. Sus ojos, desde la sima de unas cuencas orbitarias abisales, brillaban como ascuas, lo mismo que las lobas. Desgreñada, su pelo color ceniza le llegaba hasta el suelo. Semejaba una bruja. La piel formaba en unas zonas surcos rugosos y en otras se afilaba modelando el contorno de los huesos. Parecía un espectro apaisado, tal era su extrema delgadez. A sus pies, en una sórdida escudilla de barro, flotaba sobre el agua un mendrugo de pan. Su única compañía eran las ratas. Adivinando mi presencia con dotes taumatúrgicas, giró sobre el taburete y trató de estigmatizarme señalándome con uno de sus dedos. El caso es que consiguió asustarme. Es hoy, y aún me desvela aquel apéndice digital, filiforme, puntiagudo, azul y de uña negra, un descarnado hueso acusador levitando en el aire. Se levantó y trató de agarrarme, pero la cadena que la sujetaba por un tobillo lo impidió. Jamás olvidaré mi pánico irracional y el respingo que di intentando huir. Luego, con voz cavernosa que habitaba el rencor, susurró decenas de maldiciones, dicterios impublicables contra mí, contra mi madre, contra cielo y averno. Por fin, mi padre el duque, sobre todo por no oírla, pues sus bramidos destemplados se enredaban a los muros de piedra y subían hasta la torre del homenaje, habló con la superiora de un convento y fue recluida allí. Murió hace siete años.

Al día siguiente Harald pasó al castillo de Falaise para cumplimentar a Arlette y devolverle el medallón que fuera de su amante. Rodeado de pendones normandos, cabalgó por caminos y trochas enlodadas —había llovido mucho aquella primavera—, rectas y estrechas, entre sórdidas casuchas de barro y paja con los asombrados labriegos a sus puertas. Aquello recordaba más a las tierras danesas, llanas y verdes aunque más boscosas, que a las noruegas, abruptas, empinadas y de un verde más pleno. Falaise más parecía un polvoriento poblachón que la antigua capital de los normandos. Al llegar al castillo lo introdujeron sin dilación en la soleada habitación donde se hallaba Arlette. Harald se sorprendió. Con la piel viscosa de ungüentos y pomadas, facies inexpresiva y gesto gélido, aquella vieja más parecía un lagarto

hibernando que un ser humano. Al escuchar el chirriar de la puerta, movió despacio el cuello, lo mismo que un camaleón e igual de inexpresiva, con los ojos saltones y muy fijos. A sus sesenta y cuatro años no recordaba en nada a la bella mujer que representaba el medallón, que le entregó en silencio. En contra de la opinión de su hijo, Harald no halló traza alguna por donde hilvanar la madeja de su primigenia hermosura. Semejaba un viejo olivo sin sanear, seco y sin alma, petrificado, como si su vida se hubiese detenido en el momento en que murió su amante o escuchase subir de las mazmorras las voces destempladas y los alaridos de venganza de su rival, la auténtica y preterida esposa. Harald meditó un segundo sobre el azar, la inconsecuencia y la maldad humana. Aquel ser vegetal, casi una planta, había originado la locura y la perdición de una mujer honrada, que era feliz... Tentada por el duque —entendió de una vez aquel apelativo del Diablo—, no tuvo piedad de ella. Tras cruzar apenas tres palabras, Harald salió de allí abatido, buscando un poco de aire fresco.

De regreso a Caen prosiguió cavilando sobre el misterio de la vida. Había seres que cumplían sesenta y cinco años guerreando y otros que, por alguna desconocida causa, se encerraban en su concha y ocluían el opérculo mucho antes. Arlette, aquella mujer que fuera bella, purgaba sus pecados en vida. ¿Sería aquel el infierno que pregonaban los santones de desgarradas sayas por las calles y plazas? ¿Era su sufrimiento la contrapartida del placer que provocara con las delicias de su cuerpo?

Aquella noche hubo una cena íntima entre el duque y su regio invitado. Como siempre en las mesas de Francia, fue copiosa y delicada al tiempo: agneau al horno, langouste de Bretaña y vinos de Borgoña. A los postres probaron un excelso licor fabricado en los campos de Cognac fermentando la uva con su hollejo. El ambiente era el de las grandes ocasiones. Comían en un cenador sobre el Orne, entre antorchas humeantes, viendo arder en ocres y bermellones las copas de los árboles mientras el sol se hundía lentamente hacia poniente. De una nube fugaz se desprendieron gruesos goterones que repicaron en las lonas embreadas y levantaron polvo. Se notaba que el duque quería entrar en materia cuanto antes.

—El tiempo se echa encima —dijo de pronto Guillermo—. Si queremos actuar contra Inglaterra, deberemos hacerlo antes de que se inicien las lluvias del otoño. Imagino que querréis saber cuáles son mis proyectos y conocer mis credenciales, el porqué de embarcarme en un destino incierto.

—Desearía saber ambas cosas, si no es mucho pedir —dijo Harald, tratando de imponer seriedad a sus palabras—. Si llegamos a un acuerdo, yo también tengo planes.

—Sabréis que Eduardo el Confesor, el viejo zorro anglo, era mi primo hermano por línea paterna. Tengo por tanto el derecho de la sangre a mi favor. Y el derecho lo es todo. Con la ley en la mano me corresponde el trono de Inglaterra y, modelándola

un poco, también el de Escocia, donde reina el impostor Malcolm III, un beodo impenitente al que ya muchos conocen en aquellas montañas por tal apelativo. Ahora, escudado en la confusión surgida a la muerte de Eduardo, Haroldo Godwinson se ha aupado innoblemente a la poltrona despreciando a la ley. Y pagará por ello.

—Acogiéndonos a la legislación romana las cosas son como decís —sostuvo Harald—. Yo también creo en el derecho, que debe ser el supremo argumento. Otra cosa es que podamos o sepamos imponerlo. ¿Cómo es que en la corte de Inglaterra el vuestro ha sido relegado?

—Os lo explicaré de forma breve y clara. Mi primo Eduardo, que me acogió cordialmente en Kent en el 51, me ofreció la sucesión a la corona inglesa en caso de morir sin descendencia, pues la reina Edith era estéril. El arzobispo de Canterbury, el normando Roberto de Jumiéges, se hallaba presente en la ocasión. Por ello no quise obligarle a firmar nada. Pocas semanas más tarde regresé a Francia. Quiso mi buena estrella que el díscolo Haroldo Godwinson, el conde anglosajón que mantenía sus pretensiones al reino, pasara al continente a visitar a sus parientes de Flandes. El barco en el que navegaba se hundió en la tempestad frente a mis costas y el naufrago fue rescatado de entre las peñas de Ponthieu. El conde de aquel pago me lo trajo trincado por el pelo, igual de empapado y desabrido que un bacalao de altura sin salar. Temblaba, tiritando del susto, cuando se vio en mi presencia. Pensaba sin duda que iba a ahorcarlo, pero lo traté con el esmero debido a las gentes de alcurnia: lo curé sus heridas, le brindé mi hospitalidad dándole mesa y cama limpia y descorché para él mis mejores reservas de Borgoña. Dejé que hablara e incluso cortejara a mi pequeña Mathilde, de sólo doce años. Una noche, es cierto que empapado en licor de Armagnac, le arranqué la promesa de su fidelidad. Estaban delante varios ricoshombres de su círculo que nos habían acompañado en la cena. Por ello, tampoco lo forcé a estampar su firma en un legajo. Aún lo veo postrado de hinojos, jurando lealtad y prometiendo acatar mi voluntad en cuanto al tema sucesorio, el día que faltase el rey Eduardo. Pocos días después permití su regreso. Imagino que vos sabréis lo que es cumplir una promesa. Mi padre supo. Aquel hijo de mala madre no. Sin quitarse los duelos de la corte, Haroldo se hizo coronar al día siguiente de fallecer el monarca, con su cuerpo aún caliente. El 6 de enero de este mismo año de 1066, en la abadía de Westminster, tras reunir a los pares del reino, se ciñó la corona de oro de los anglos y se armó con el cetro de Gales. Debí haberlo obligado a estampar su firma en aquel juramento de fidelidad...

—Hubiera dado igual —aseguró el Vikingo—. Cuando alguien tiene menos palabra que un jayán, da lo mismo hacerle firmar un tratado delante de un notario y cien testigos que permitirle defecar y orinar sobre él. Ante un mentiroso desalmado y fatuo, es inútil presentarse con el guardasellos real para legalizar cualquier acuerdo: cuando des media vuelta te hará la higa judía y perderás tu crédito. Por el mundo

respira una legión de gentuza carcelaria a pesar de sus insignias, bandas, condecoraciones, cruces de plata y anillos de amatista. A propósito, ¿qué fue del arzobispo de Canterbury, el que escuchó del rey Eduardo sus promesas?

—Se muestra sordo y ciego. A pesar de sus ropas talares es el principal valedor del rey espurio, igual que aquellos ricoshombres que hospedé en mi casa, falsos, estafadores, babosos lameculos del impostor.

—Si Haroldo es de aquella calaña no entenderá otro lenguaje que el de las armas y habrá que sentarle la mano. Así que pongámonos a la tarea cuanto antes.

—Ya llevo tiempo en ella —aseguró el duque Guillermo—. He hecho correr por los reinos cristianos la verdad sobre el perjurio del earl británico. Saben de él en Asturias, Castilla, Aragón y Sicilia. También están impuestos en su prevaricación el emperador alemán y el bizantino. La conoce el rey danés. Todos verían con buenos ojos una acción de castigo contra el pérfido usurpador. Me faltaba el apoyo del papa Alejandro II y ya lo tengo. Sólo me queda el vuestro y es el más esencial.

—¿Por qué? Mi reino es muy pequeño...

—Sé bien lo que me digo. Los reinos españoles, aunque fuertes y amigos, andan inmersos en la lucha contra el infiel musulmán y sólo pueden ofrecerme ayuda moral, lo mismo que el imperio o Bizancio. Si los ingleses temen a alguien es a los guerreros nórdicos, únicos que los han doblegado. Ni siquiera los romanos llegaron tan lejos en sus conquistas britanas como los vikingos.

—Tal vez tengáis razón. Habladme con franqueza. ¿Qué me ofrecéis?

—Os lo haré muy sencillo para que lo entendáis. Para mí Inglaterra y Gales. El asunto irlandés quedaría para más adelante. Vos os conformaríais con Escocia.

—Me ofrecéis menos que vuestro padre, que en gloria esté —aseguró el Vikingo.

—No os comprendo...

—En mi casa de Constantinopla, con la cúpula de Santa Sofía por testigo, me prometió Escocia y Dinamarca si le ayudaba a coronarse monarca inglés, muerto ya el rey Canuto, si se decidía a la conquista de Inglaterra.

—Pero vos no erais nadie por entonces...

—Debí serlo para el duque Roberto. Él se mostraba seguro de mi candidatura al trono de Noruega. Y acertó. Hace un instante hablabais de respetar promesas.

Se produjo un largo silencio. Rey y duque daban cortos sorbos a sus copas de licor ambarino. Ambos estaban rojos, congestivos.

—Sin duda se trataba de tiempos diferentes. Yo no tengo la clarividencia de mi padre. Ni puedo ofreceros Dinamarca porque no está en mi mano —dijo el duque.

—Lo entiendo. Hablemos pues de Escocia. Escocia es grande...

—Las principales ciudades, Edimburgo y Glasgow, quedarían bajo vuestra férula. De la línea que las une, hacia el norte, todo sería vuestro. Desde aquellas costas podríais hostigar a los daneses para darles de su propia medicina. Sé por mi

embajador en vuestra corte que acariciáis desde hace tiempo tal idea.

—Una ciudad no es nada sin su hinterland —sostuvo Harald, obviando entrar en otros temas bélicos—. Preciso más espacio. Me atendería a considerar un tratado con vos si mi territorio llegara por el sur hasta el muro de Adriano.

El duque ordenó que le trajesen un mapa de la mayor de las Islas Britanas. Parecía excitado. Sus congestivas papadas, rojizas, transparentes, salpicadas de vénulas azuladas, de recalcitrante bebedor de fondo, vibraban como la gelatina de pescado. Dio un largo trago a su aguardiente mientras paseaba por la habitación dando zancadas recias. Eructó de manera sonora. Apareció por fin un ayudante con un gran pergamino que extendió sobre la mesa tras apartar platos y cubiertos.

—Si no me equivoco, ésta es la línea a la que os referís —dijo, trazando sobre el mapa la que iba de la bahía de Solway Firth, en el mar de Irlanda, hasta Tynemouth, en el mar del Norte.

—Exacto —dijo Harald.

—Me pedís demasiado... —sostuvo el duque.

—Es apenas un tercio del territorio que vos dominaréis. Lo encuentro justo. Precisaré de tierras con las que premiar a mis guerreros.

Esta vez el silencio duró poco. El rostro del normando pareció distendirse y en sus labios se dibujó una sonrisa franca.

—La isla de Man sería mía —dijo—. Y las Hébridas. No quiero que os sintáis demasiado poderoso.

—Sea —dijo el rey Harald, estrechando la mano que le tendía su anfitrión—. Quiero todo lo hablado puesto en un escrito —añadió—. Me fío de vos, que lleváis sangre vikinga en las venas, pero no estará de más firmar y sellar lo capitulado en presencia de testigos fiables.

—Los que vos indiquéis lo serán de manera inequívoca —respondió el Bastardo.

Aquella misma noche, en presencia de los guardasellos de ambos príncipes, se concretó lo hablado en sendos escritos que rubricaron, sellaron con las armas de Noruega y Normandía y lacraron.

Antes de los tres meses lo ultimaron todo. En medio de un sigilo inaudito diseñaron un plan de ataque conjunto. Las dos escuadras saldrían de Saint-Válery-sur-Somme el 28 de septiembre. La flota vikinga, pegada a la costa francesa, ascendería el Canal de la Mancha simulando regresar a Noruega. A la altura de York virarían de súbito con rumbo hacia la costa inglesa para intentar el desembarco en las arenosas ensenadas de la bahía de Bridlington. Por su parte el duque Guillermo, con sus doscientas galeras de alto porte, partiría directo a las playas de Hasting. El desembarco sería al día siguiente, desde que lo permitiese la marea. De esa forma, al atacar en dos frentes a la vez, esperaban vencer la resistencia anglosajona. Una vez derrotado el enemigo ambos ejércitos confluirían en Londres, la vieja y romana

Londinium. Allí, en la reciente catedral de Westminster, sería coronado Guillermo rey de Inglaterra. Posteriormente, con tropas de refresco, la marcha sobre Edimburgo sería un paseo. Ya en la capital escocesa sería depuesto Malcolm y jurado rey Harald.

Los vikingos desembarcaron sin novedad en las desiertas playas de Hornsea, completaron su caballería con la requisita de todos los equinos que pudieron y avanzaron sobre York, la vieja y danesa Jorvik, sin darse un segundo de reposo. En Fulford Gate aplastaron a los anglos que se les enfrentaron en campo abierto. Fue una batalla épica en la que Harald el Vikingo, a sus sesenta y cinco años, dio una lección de estrategia que nada envidiaría el propio Amilcar Barca. Amagando atacar sobre el flanco derecho del ejército enemigo, veinte mil curtidos luchadores entre arqueros, caballeros e infantes, hizo un despliegue súbito de su caballería al modo tártaro. La mortandad fue espantosa al decidir no tomar prisioneros. La verde campiña inglesa se tiñó aquel día de turbio bermellón. El 5 de octubre de 1066 Harald entró en York, la ciudad que se había engalanado para él, y mandó un emisario al duque Guillermo contándole la nueva. Unos días después supo que dos poderosos ejércitos, por junto treinta mil caballeros e infantes a las órdenes del propio rey Haroldo Godwinson, confluían contra él de manera envolvente desde Leeds y Nottingham. Sin apenas tiempo de reponerse de sus pérdidas, estudió la situación. Permanecer en York era suicida. La ciudad sería copada y morirían por hambre. Mandó un correo a Guillermo pidiendo ayuda pero tal no llegó. No pudo hacerlo pues el jinete fue capturado y ejecutado. Sólo el pobre animal regresó con la silla vacía.

Harald Sigurdarson escribió aquella misma mañana a su amada Ellisif. La carta decía así:

Sé que voy a morir. Todos entregamos el alma alguna vez, responderás. Pero yo hablo de mi muerte inmediata, dos, tres horas tal vez. He combatido en decenas de batallas y nunca sentí en mi pecho la certeza y en mi espíritu el sentimiento trágico que ahora lo envuelve en su lóbrego manto. Pero no estoy triste. Elegí mi destino libremente. Soy guerrero, hijo y nieto de guerreros y padre de guerreros, ¿ha de asustarme morir en campo abierto ejerciendo mi oficio, luchando por mi patria? En realidad, me alegra saber que muy pronto estaré en el Valhalla. Y bendigo mi suerte, pues no hay final más agradable ni más rápido: en la palestra, al aire puro y libre de los campos, rodeado de guerreros, peleando noblemente. No sabré del espanto de la extrema vejez, esa lenta agonía del anciano con el cuerpo llagado y la mente reseca. Me iré con las ideas frescas, sabiendo apreciar las cosas bellas, fuerte, animoso, sin dar trabajo ni pesar a nadie. Desde aquí puedo casi escuchar el rumor del ejército enemigo. Son bravos luchadores britanos, infantes, caballeros y arqueros que defienden su tierra. Sólo siento no tenerte a mi lado para escuchar tu voz una vez más y contemplar tu risa, para confortarme en tu mirada clara. No quiero que te apenes. Por si ello te consuela te diré que moriré con tu nombre en mis labios.

El Vikingo tomó la decisión correcta. La que tomara siglos atrás el emperador Septimio Severo en Inglaterra, la del guerrero que prefiere morir en el campo del honor, enfrentado gallardamente al adversario. Cuando aquel 9 de octubre de 1066 se dirigía a Stamford Bridge —en las afueras de York—, pensaba que ya había vivido bastante. Como siempre en su larga trayectoria de gladiador infatigable, cabalgaba al frente de su ejército. Al cambiar la rasante de aquellos trigales y avenales divisó a las tropas anglosas y sajonas —los famosos arqueros, sin igual en el mundo— en posición de combate. Los doblaban en número, pero no por ello se encogió su ánimo. Luciendo en su brazo derecho sus doradas anillas, ordenó al señalero que tocara a rebato como muestra de aceptación del duelo, se ató los correaes del arnés y coraza, se ajustó la gola, besó la cruceta de la espada que heredara de su padre el rey Harald, aquel acero que le había dado fama de invencible, imaginó a Ellisif entre sus brazos y oró mudamente al Creador. Quizá se le cruzaran en la mente sus dioses y sus mitos con las mujeres que había amado, los hijos legítimos y naturales, los ríos y mares que había surcado, las tundras, montañas, valles y desiertos que atravesara y la hendidura en la roca del Gólgota donde se hincara la santa cruz. Sus bravos luchadores, sabedores de su inferioridad numérica, estaban inquietos. Los caballos piafaban o espumajeaban penosamente. De repente se hizo el silencio. Tan sólo se escuchaba el rumor de pájaros cantores, de esas aves pequeñas que medran en los setos de la campiña inglesa y de las oropéndolas. Casi al tiempo, los capitanes de ambos ejércitos alzaron al cielo sus estandartes y prorrumpieron en alaridos de ánimo:

—¡Por la santa cruz! ¡Por Inglaterra! —rugió el paladín de los britanos.

—¡Odín!! —aulló Harald, aupándose sobre los estribos del caballo. Y a esa voz, coreada por millares de gargantas roncadas y enfebrecidas, repetida en millones de ecos reverberantes, se desencadenó una feroz carga de caballería.

Epílogo

La nave, erizada de hierro, ascendía lentamente por el fiordo de Kristiansand. Era de quilla plana, con una sola vela cuadrangular envergada en un único mástil. Sobre la cubierta, un féretro envuelto en la enseña noruega, una espada y un hacha de batalla. Dentro del ataúd, el cuerpo embalsamado de un monarca. Era el postrer viaje de Harald Sigurdarson, su última singladura. Lloviznaba. Decenas de hogueras testimoniaban el luto de los campesinos por su rey. Lentamente el navío atracó en el embarcadero donde lo esperaba la reina al frente de su corte. Envuelta en negros duelos, desgredada y llorosa, Ellisif conservaba mucha de su belleza a sus cuarenta y tres años. Rodeada de sus hijos, todos hombres y mujeres, debió evocar al hombre que la enamoró en Kiev siendo una niña y que ahora le devolvían sin vida. Era algo que esperaba desde que fuera herido por aquel guerrero mongol. Algo en lo que soñaba cada noche, pero que, al despertar, confiando en los milagros, pedía al Señor no sucediera nunca. Pensó, incluso, que su herida mortal sería en el otro flanco, para subir al Valhalla con lesiones parejas. Acompañó, bañada en lágrimas, los despojos de su marido las noches que lo veló y en las misas de réquiem. Sabía que en algunos pueblos del Oriente inhuman a las mujeres junto con sus esposos. Hubiera deseado que aplicasen con ella la misma dulce práctica: dormir con él por siempre, juntos, abrazados, y despertar íntimamente unidos en el más allá.

En la llanura de Nodeland a Tronstad, junto al lago, muy cerca de Kristiansand, se halla el túmulo funerario de Harald el Vikingo, tercer rey de su nombre en Noruega, apodado por unos Hardradi o Despiadado y por otros el Justo. Nunca llueve a gusto de todos. El montículo fúnebre es idéntico a tantos otros en Escandinavia: un suave lomo tapizado de hierba de cinco metros de alto, veinte de largo y apenas seis de ancho. El lugar es idílico. Tres grandes hayas con la copa redonda, una hilera de álamos cantores y un regato. Hay equinos pastando en libertad, vacas sueltas y un perro ladrador que responde por ellas. Recubierto de flores amarillas, el túmulo se halla varado en medio de un campo de labranza como todos, aunque éste es especial. Muchos años contuvo una nave vikinga, un caballo, una espada y el cuerpo de un monarca cuyos restos reposan hoy junto a los demás miembros de la monarquía noruega en el panteón real de Oslo. En Inglaterra existe otro lugar relacionado con Harald el Vikingo. Está en Londres y es un recinto deportivo. Se llama Stamford Bridge en recuerdo de la épica batalla que dos reyes libraron pronto hará mil años. Uno murió en la lid y el otro pocos días después en el patíbulo.

Fin.

Nota del autor

Al margen de eruditos, la peripecia vital del pueblo vikingo es poco conocida en nuestro ámbito. Se sabe que extraordinarios navegantes y guerreros conquistaron Normandía, Escocia e Inglaterra a partir del siglo VIII. Se conoce también que en fechas imprecisas llegaron a Groenlandia y la península del Labrador por lo que, en puridad, fueron los descubridores de América aunque no dejaron huellas de su paso; en la península Ibérica atacaron las costas gallegas y cantábricas, remontaron el Guadalquivir asaltando Sevilla en la época de Alhaquem I y ascendieron Ebro arriba años después. Lo que muchos ignoran es que en el siglo VII, cien años antes de aquellas razias, se produjo la expansión vikinga desde Escandinavia hacia el este llegando al corazón de Rusia y, a través de la inmensa red lacustre y fluvial de aquel país, al mar Caspio por un lado y por otro al principado de Kiev y a Constantinopla, la capital del Imperio de Bizancio. A finales del siglo VIII existe ya constancia de actividad comercial árabe, con circulación monetaria de oro, plata y piedras preciosas, en el curso del Volga. Este hecho impulsó a los vikingos a proseguir sus incursiones más hacia el sureste para descubrir la procedencia de tales riquezas. A los escandinavos que abrieron esas rutas se les conoce con dos términos: el paleoeslavo rus, que procede del finés ruotsi, ruso en español, y el sueco voeringer, que en español da varego o varanga. Las vías fluviales que utilizaban los rus para unir norte y sur se conocen en fuentes bizantinas como el «camino de los varegos a los griegos». Sería la versión nórdica del «camino de los españoles» que, en la época de nuestro dominio europeo, unía Milán y Flandes. Aquellos derroteros eran en esencia el lago Ladoga y los ríos Lobat, Dvina y Dniéper, que desemboca en el mar Negro muy cerca de Odessa, o el Volga que desagua directamente al Caspio. Con excepción de los tramos en que el paso de un sistema fluvial a otro exigía el «acarreo de las embarcaciones por tierra», los barcos vikingos, de casco ligero y quilla plana, remontaban aquellas corrientes y navegaban del Báltico al mar Negro —el Ponto Euxino de los griegos clásicos— y de allí al estrecho del Bósforo y al Cuerno de Oro.

La búsqueda de la riqueza mediante el botín y el comercio fue el motor impulsor de la expansión vikinga hacia el Asia Menor. Según la antigua Crónica de Néstor, primer dietario ruso con rigor histórico, las poblaciones eslavas pagaban tributo a los guerreros rus ya en el siglo VIII. A mediados del IX encontramos un asentamiento escandinavo en Novgorod (Nueva Fortaleza) mandado por el vikingo Rurik. Poco después, los nórdicos establecen su base principal en Kiev, a orillas del Dniéper, donde Oleg, sucesor de Rurik, unifica su dominio. El papel que desempeñan los escandinavos en la fundación del primitivo estado ruso ha sido objeto de grandes debates entre las historiografías normalista y rusista, controversia que enfrenta a los especialistas desde 1800. El hecho de que el historiador andalusí Al-Ya'Kubi, en el

siglo IX, identifique a los rus con los mismos piratas vikingos que atacaron Sevilla durante el emirato, refuerza el origen escandinavo de los rus.

La presencia escandinava en Rusia está ampliamente documentada con muchos más vestigios que en Europa Occidental. Los rastros vikingos —broches, fíbulas, necrópolis, armas, runas, fortificaciones y material doméstico— indican que sus poblaciones, aunque dinámicas, eran minoritarias. Esta minoría guerrera y comercial fue eslavizándose al ritmo de las alianzas locales y de la exogamia que estas implicaban. Los nórdicos —altos, fuertes, rubios, claros de piel— eran aceptados de inmediato, codiciados incluso, por las mujeres eslavas. En 945 reina el primer rus de nombre eslavo: Sviatoslav, hijo de Igor (Ingvar). El hijo de Sviatoslav, Vladimir, toma el bautismo junto con su pueblo, cuius regio, eius religio, de manos de los misioneros bizantinos, ya ortodoxos. La asimilación total del elemento escandinavo por parte de la población eslava duró casi dos siglos, lo mismo que ocurrió con los vikingos asentados en Inglaterra por anglos y pictos.

La referencia más antigua de los rus con Bizancio se remonta al siglo IX. Los Anales Bertinianos, una crónica franca de 839, refieren que el emperador Teófilo pidió a Ludovico Pío, emperador de Occidente, protección para un grupo de rus que pretendía regresar a su país dando un rodeo por Francia para evitar peligros. Ludovico, intrigado, interrogó a los rus y descubrió que eran suecos y noruegos. Horrorizado, pues conocía por experiencia lo brutal de sus incursiones por las costas galas del Canal de la Mancha, ordenó su arresto. No sabemos el final de aquellos desdichados vikingos, a buen seguro pacíficos comerciantes, pero la anécdota pone de manifiesto la existencia de rus que se identificaban como escandinavos, que procedían de Constantinopla y que contaban con el apoyo de su emperador. Desde entonces, Bizancio alude a los vikingos bajo una triple perspectiva: como depredadores y piratas, como comerciantes y como soldados mercenarios. Los nórdicos aparecen como aristocracia militar en el reino de Kiev, al servicio de los primeros príncipes ruso-eslavos; luego como aventureros en busca de la fabulosa Mikligård de sus sagas, Constantinopla, la mítica ciudad del Cuerno de Oro rica en sedas, especias, metales preciosos y mujeres ardientes, una migración hacia el sur en pos de botín, lujo y fama; por fin, como luchadores mercenarios defendiendo al Imperio de Oriente contra el turco y protectores pagados de su emperador: la Guardia Varega.

El 18 de junio de 860 una flota de doscientas naves vikingas procedentes de Kiev bajó por el Dniéper al mar Negro, pasó el Bósforo y atacó Constantinopla. La situación llegó a ser muy delicada: la flota bizantina luchaba en el Mediterráneo oriental contra los árabes, y el emperador Miguel III se hallaba de campaña con el ejército en el Asia Menor. El patriarca Focio, autor del primer gran cisma entre cristianos, urgió al pueblo a proclamar su fe y a arrepentirse de sus pecados «por cuya

culpa el Señor les enviaba a aquella horda de bárbaros desconocidos y sangrientos». Las sólidas murallas salvaron a Constantinopla del desastre. El simple anuncio del regreso del emperador hizo que los vikingos levantaran el sitio. Se conservan las homilías de Focio, de un valor inestimable, en realidad verdaderas arengas. Fueron pronunciadas durante el asedio en Santa Sofía, el mayor templo cristiano por entonces. En ellas el patriarca ortodoxo se refiere a los rus como a «bárbaros», «pueblo del norte», «salvaje y bárbara tribu escita». Identifica a los atacantes como «rus que atravesaron muchas tierras y reinos por ríos navegables y por mares sin puertos», «gentes desconocidas hasta que hicieron la incursión contra nosotros», «un pueblo del norte que nos ha atacado como si de otra Jerusalén se tratara, una caterva cruel y despiadada cuya voz es como el rugido del mar, que vive del saqueo de ciudades y suburbios, de destruirlo y arrasarlo todo: casas, cosechas, ganado, acémilas, mujeres, niños, viejos, jóvenes, de matar por el hacha sin usar la piedad». Y terminaba: «¡Oh, ciudad santa, que reinas sobre el orbe y has padecido que una hueste sanguinaria y anárquica te haya humillado lo mismo que a una esclava!». El trauma que supuso esta incursión fue tal que, seiscientos años después, cuando en 1453 los turcos inician el asedio final contra Constantinopla, un obispo se dirigió a los fieles con las mismas palabras.

Tras el asalto de la época de Focio, una serie de sucesivos ataques a la ciudad hace que los emperadores bizantinos se decidan a firmar un tratado de paz, en 911, entre Bizancio y el estado de Rus. El tratado, además de tener la importancia histórica de ser el primero entre quienes luego serían los pilares de la Commonwealth ortodoxa, en feliz terminología acuñada por Dimitri Obolensky, sirvió para ordenar las relaciones y el comercio entre las partes. Desde el norte se exportaban productos muy preciados: esclavos rubios; pieles finas como el castor, armiño, visón o marta cibelina; maderas; caviar; trigo; miel y ámbar, al tiempo que Bizancio vendía siervos de atezada piel, seda, oro, plata, frutas, aceites, mármoles, sal, vino, especias y todo tipo de manufacturas de lujo. La alianza contemplaba también la salvaguarda de los intereses mutuos, en especial la presencia de comerciantes ruso-nórdicos en Constantinopla: exención de tasas aduaneras, concesión de un barrio propio (el de San Mamas, hoy Besiktas), permisos de residencia, detalles higiénicos como la construcción de baños, exigencia impuesta por los rus de Novgorod, tan aficionados a los baños de vapor como más tarde los turcos. Otra cláusula estipulaba la presencia de una guardia permanente al servicio del emperador, la Guardia Varega.

Harald el Vikingo novela la vida del varego más famoso que pasó por Bizancio, Harald Sigurdarson, conocido luego entre griegos por Hardradi, el Despiadado, el Impío o el Severo, después rey de Noruega (1047-1066), que ha pasado a la historia como el Justo. Hijo bastardo de rey y hermanastro de Olav Haraldsson, el futuro San Olav, patrono de Noruega, su extraordinaria trayectoria es el ejemplo más brillante de

la huella que dejaron los vikingos en Bizancio. Sus vicisitudes, toda una epopeya, reflejan los caminos del comercio, la diplomacia, la milicia y la guerra que durante tres siglos vincularon oeste, norte y este de Europa con el Mediterráneo en la vasta red de comunicaciones tejidas por los vikingos. El impresionante periplo que en su fulgurante actividad cumplió Harald deja corto a Alejandro Magno y casi a Adriano o Trajano. Abarcó unas longitudes y latitudes asombrosas: desde York —la Jorvik vikinga— hasta Jerusalén y desde Trondheim a Sicilia y Creta. Su itinerario constituye el testimonio del influjo cultural bizantino en el norte de Europa. Sus huellas se dejaron ver en la numismática —presencia de rasgos bizantinos en las acuñaciones danesas del siglo XI— y en la presencia de misioneros griegos para tratar de emancipar a Escandinavia, recién cristianizada, del influjo de Roma.

Las hazañas de Harald el Vikingo tuvieron amplio eco en las rancias sagas nórdicas. Encontramos a Harald peleando por su hermanastro Olav para reconquistar el reino de Noruega; lo vemos prisionero en Novgorod y al frente de los ejércitos del príncipe Yaroslav de Kiev; surge en Constantinopla al mando de una tropa varega para servir en la guardia imperial —a cuatro emperadores— y defender Bizancio, en el Ponto, Asia Menor, Creta, Sicilia, Italia y Bulgaria. Vacante el trono noruego tras la muerte de Olav y de su hijo Magnus, y luego de una fuga novelesca, regresa a Kiev, se desposa con la princesa Ellisif, la hija de Yaroslav y, en 1047, se hace con la corona de Noruega. Tras expulsar a los daneses del sur de su patria, la decepción por no haber podido incorporar al cetro Dinamarca impulsó a Harald a embarcarse en la expedición de Inglaterra junto a Guillermo el Bastardo, duque de Normandía. En el verano de 1066, Harald el Vikingo desembarca con trescientos navíos en las costas inglesas, aplasta a los británicos en Fulford Gate y se apodera de York, la vieja ciudad vikinga, pero muere en la batalla de Stamford Bridge a primeros de octubre. Su cuerpo fue rescatado del campo de batalla y trasladado a Canterbury, donde lo recibió el duque de Normandía con honores reales. Pocos días después, el 14 de octubre, Guillermo el Conquistador vence en la batalla de Hastings o de las Dunas a Haroldo II, el último rey anglosajón, y los normandos —hombres del norte— se adueñan de Inglaterra para cambiar el curso de la historia. Haroldo Godwinson, conde de Wessex, fue ajusticiado. Se iniciaba una nueva dinastía en Inglaterra: la normanda. La influencia normanda escandinava era sustituida por la normanda francesa. La nueva dinastía se agotó en los dos hijos de Guillermo: Guillermo II y Enrique I Beauclerc. Luego vendrían los Plantagenet.

No quisiera terminar estas notas sin agradecer a mis editoras María Borrás y Berenice Galaz su callada y anónima labor en la publicación de Harald el Vikingo. Vayan desde estas líneas mi admiración y reconocimiento a un trabajo tenaz y delicado cuya culminación, distinguido lector, tienes ahora en las manos: un libro que respira, vive y siente.

Las Palmas de Gran Canaria.